

ADAM NEVILL

APARTAMENTO

16

Algunas puertas deberían permanecer
SIEMPRE cerradas...

minotauro

ePUB

Algunas puertas deberían permanecer cerradas... En Barrington House, un elegante bloque de pisos londinense, hay un apartamento vacío. Nadie entra, nadie sale. Y ha permanecido así durante cincuenta años. Hasta que una noche el vigilante oye unos ruidos después de medianoche y decide ir a investigar. Lo que experimenta allí basta para cambiar su vida para siempre.

La joven Apryl llega a Barrington House procedente de Estados Unidos. Ha heredado un apartamento de su misteriosa tía abuela Lillian, fallecida en extrañas circunstancias. Se rumorea que Lillian estaba loca. Pero su diario insinúa que estuvo implicada en un suceso terrible e inexplicable varias décadas atrás. Decidida a averiguar algo sobre esta excéntrica mujer, Apryl comenzará a desentrañar la historia oculta de Barrington House. No tardará demasiado en descubrir que un mal que transforma a la gente aún habita el edificio. Y que la puerta del apartamento 16 es el acceso a algo mucho más terrorífico...

Para Ramsey Campbell,
Peter Crowther y John Jarrold

PRÓLOGO

Al oír el ruido, Seth se detuvo y se quedó mirando la puerta del apartamento dieciséis, como si pudiera ver a través de la teca revestida de una pátina dorada. Los ruidos habían comenzado justo después de bajar la escalera desde el noveno piso y cruzar el rellano. Al igual que las tres últimas noches, durante la ronda que realizaba a las dos de la madrugada.

Salió de sus ensoñaciones repentinamente y dio un rápido paso atrás desde la puerta. La sombra de su cuerpo larguirucho, reflejada sobre la pared opuesta, alargó los brazos como si quisiera sujetarse a un puntal. La imagen hizo que se sobresaltara.

—Joder.

Nunca le había gustado aquella parte de Barrington House, pero no era capaz de explicar la razón con claridad. Puede que fuese demasiado oscura. Puede que las luces no estuviesen bien colocadas. El jefe de porteros decía que no les pasaba nada, pero muchas veces proyectaban formas en las escaleras por las que subía Seth y éste tenía la impresión de que unos miembros puntiagudos estaban a punto de aparecer al otro lado del recodo de la escalera. A veces incluso llegaba a convencerse de que había oído un roce de tela y el sonido de unos pies que se aproximaban con paso decidido. Sólo que nunca aparecía nadie, y nunca había nadie allí arriba al doblar la esquina.

Pero los ruidos del apartamento dieciséis eran más alarmantes que cualquier sombra.

Porque durante las primeras horas del amanecer, en una zona exclusiva y

apartada de Londres como aquélla, hay pocas cosas que puedan competir con el silencio de la noche. Alrededor de Barrington House, el laberinto de calles que se extiende más allá de Knightsbridge Road tiende a permanecer en calma. De vez en cuando, en el exterior, pasa un coche alrededor de Lowndes Square. O, en el interior, el portero de noche se da cuenta de que las luces eléctricas de las zonas comunes zumban como insectos con las negras cabezas pegadas al inhóspito cristal. Pero en las horas que discurren entre la una y las cinco de la mañana, los residentes duermen. En el interior no se oye otra cosa que los sonidos ambientales.

Y el número dieciséis estaba desocupado. El jefe de porteros le había dicho en una ocasión que llevaba así más de cincuenta años. Pero por cuarta noche consecutiva, algo en el piso había llamado la atención de Seth. Un ruido sordo detrás de la puerta, contra la puerta. Algo a lo que, hasta entonces, no había prestado atención, considerándolo uno de tantos ruidos en un edificio viejo. Un edificio que llevaba más de cien años en pie. Algo movido por las corrientes de aire. Una cosa así. Sólo que aquella noche era insistente. Más fuerte que nunca. Parecía... decidido. Como si hubiera crecido. Parecía dirigido a él y preparado para que coincidiera con su paso, normalmente despreocupado, hacia el siguiente rellano, en esas horas en las que baja la temperatura del cuerpo y muere la mayoría de la gente. Unas horas en las que a él, el portero de noche, le pagaban por hacer la ronda por nueve pisos y por los antiquísimos rellanos de cada uno de ellos. La cosa nunca había llegado al punto de convertirse en una repentina erupción de ruido como aquélla.

Un traqueteo de madera sobre el suelo de mármol, como si en el vestíbulo del piso alguien hubiera empujado a un lado una silla o una mesita. Como si se hubiera caído, quizá, e incluso roto. Algo que no tendría que haberse oído a ninguna hora en un edificio tan respetable como Barrington House.

Nervioso, siguió mirando la puerta, como si estuviera esperando que se abriera en cualquier momento. Su mirada estaba clavada en el número 16 de bronce, tan bruñido que casi parecía hecho de oro blanco. No se atrevía ni a parpadear, por si al cerrar los ojos aparecía de repente la fuente de aquella conmoción. Una imagen que quizá no pudiese soportar. Se preguntó si sus

piernas tendrían la fuerza necesaria para bajar ocho tramos de escalera a toda velocidad. Quizá perseguido por algo.

Acalló aquel pensamiento. Un pequeño atisbo de vergüenza caldeó el frío dejado a su paso por aquel terror repentino. Era un hombre de treinta y un años, no un niño. De metro ochenta y vigilante profesional. Y no es que pensara que tendría que hacer otra cosa que servir como presencia tranquilizadora cuando aceptó el empleo. Pero aquello tenía que investigarlo.

Hizo un esfuerzo por acallar el martilleo del corazón en sus oídos, se acercó a la puerta y colocó la oreja izquierda a escasos centímetros de la boca del buzón para escuchar. Silencio.

Sus dedos se movieron hacia la boca del buzón. Si se arrodillaba y empujaba la pestaña de cobre hacia dentro, se colaría la suficiente luz del pasillo para iluminar parte del vestíbulo al otro lado de la puerta.

Pero ¿y si algo le devolvía la mirada desde allí?

Su mano se detuvo y luego se apartó.

Nadie tenía permiso para entrar en el dieciséis, una norma que le había dejado claro el jefe de porteros cuando comenzó a trabajar en el turno de noche, seis meses antes. Este tipo de instrucciones no eran inusuales en los edificios de apartamentos de Knightsbridge. Una persona corriente que hubiera ganado un premio de cuantía media en la lotería habría tenido dificultades para permitirse un apartamento en Barrington House. Aquellos pisos de tres dormitorios nunca se vendían por menos de un millón de libras, al que había que añadir otras once mil anuales en concepto de comunidad. Muchos de los residentes llenaban los apartamentos de antigüedades. Otros eran tan celosos de su privacidad como criminales de guerra, y poseían trituradoras de papel cuyos residuos debían llevarse luego los porteros en bolsas de basura. La misma prohibición de acceso se hacía extensiva a otros cinco apartamentos vacíos en el edificio. Pero durante sus rondas, Seth no había oído ruidos en ninguno de ellos.

Puede que hubieran dado permiso a alguien para alojarse en el apartamento y uno de los porteros de día se hubiera olvidado de hacerlo constar en el libro de inquilinos. No era muy probable, puesto que los dos, Piotr y Jorge, lo habían mirado con incredulidad la primera vez que mencionó

el asunto, durante el cambio de turno de la mañana. Lo que sólo dejaba una explicación plausible teniendo en cuenta la hora que era: un intruso se había colado desde el exterior.

Pero un intruso habría tenido que ayudarse desde el exterior del edificio con una escalera. Seth había hecho la ronda por la entrada hacía menos de diez minutos y no había visto ninguna escalera. Siempre podía ir a despertar a Stephen, el jefe de porteros, y pedirle que le abriera la puerta. Pero la idea de molestarlo a aquellas horas no lo atraía en absoluto. La mujer de su jefe era inválida. Sus cuidados le ocupaban casi todo el tiempo libre de que disponía, y eso lo dejaba exhausto al cabo del día.

Se apoyó sobre una rodilla, abrió la boca del buzón y escudriñó la oscuridad. Una corriente de aire frío chocó contra su rostro, acompañada por una fragancia que le resultaba familiar: un olor a alcanfor que le recordaba el gigantesco armario de su abuela, que para él había sido como una cabaña secreta de niño, y un aroma no muy distinto al de las salas de lectura de las bibliotecas universitarias o los museos construidos en la época victoriana. Un vestigio de viejos residentes y antigüedad que sugería ausencia de inquilinos y no su presencia.

La tenue luz que se coló entre su cabeza y sus hombros iluminó una pequeña sección del vestíbulo del piso. Pudo vislumbrar el contorno impreciso de una mesita para el teléfono junto a una pared, una puerta apenas visible a mano derecha y unos pocos metros de suelo con baldosas de mármol blanco y negro. El resto del espacio estaba sumido en sombras o en la oscuridad total.

Entornó los ojos para protegerse del molesto aire que soplaba contra su cara y trató de ver más. No lo consiguió. Pero lo que oyó hizo que se le pusieran los pelos de punta.

En la penumbra que trataba de penetrar con los ojos se oía algo que parecía sugerir que estaban arrastrando una cosa muy pesada al otro extremo del pasillo, un bulto grande envuelto en unas sábanas o tendido sobre una alfombra de gran tamaño, algo que se alejaba a pequeños y agotadores tirones de la estrecha franja de luz que había aparecido junto a la puerta principal. A medida que se adentraban cada vez más en los confines del apartamento, los

sonidos fueron apagándose hasta cesar al fin.

Seth se preguntó si debía alzar la voz y lanzar una advertencia a la oscuridad, pero fue incapaz de reunir las fuerzas necesarias para abrir la boca. En aquel momento lo embargaba con total claridad la sensación de que lo estaban observando desde allí dentro. Y esa repentina sensación de vulnerabilidad provocó en él el deseo de cerrar la boca del buzón, incorporarse y marcharse de allí.

Titubeó. No era fácil pensar con claridad. Estaba cansado. Agotado hasta la médula, torpe y confuso, incluso un poco paranoico. Tenía treinta y un años, pero el trabajo en los turnos de noche lo hacía sentir como si fueran ochenta y uno. Indicios evidentes de falta de sueño, comunes a todos los trabajadores nocturnos. Pero en toda su vida, jamás había tenido alucinaciones. Así que tenía que haber alguien dentro del apartamento dieciséis.

—Dios...

Se abrió una puerta. Dentro. En la zona oscura que no alcanzaba a ver. A mitad del pasillo, más o menos. La puerta hizo un clic y, con un chirrido, completó su trayectoria hasta chocar contra la pared.

Seth no se movió ni parpadeó. Se limitó a quedarse mirando y a esperar la llegada de algo desde la oscuridad.

Pero no hubo otra cosa que expectación, y silencio.

Aunque no una ausencia total de sonido, no durante mucho tiempo. Al cabo de un momento comenzó a oír algo. Algo tenue pero cada vez más próximo, como si estuviera acercándose a su rostro.

Ese algo creció en el interior silencioso y oscuro del piso. Una especie de rumor parecido al que se producía al acercarse al oído caracolas de gran tamaño. Algo que sugería la presencia de vientos lejanos. Tuvo la sensación de que al otro lado de la puerta se abrían grandes distancias. Hacia abajo. Donde no podía ver absolutamente nada.

La corriente de aire se hizo más densa junto a su cara. Como si arrastrara algo consigo. Dentro de sí. La insinuación de una voz. Una voz que sonaba como si estuviera moviéndose en círculos a kilómetros de allí. No, había más de una, eran varias voces. Pero los gritos eran tan lejanos que no se podía

entender lo que decían.

Apartó el rostro de la puerta mientras su mente trataba de dar con una explicación. ¿Habría una ventana abierta en alguna parte? ¿Podía haber una radio encendida, o una televisión con el volumen muy bajo? Imposible, el apartamento estaba vacío.

El viento se acercaba rápidamente y las voces sonaban cada vez con más fuerza. Estaban adquiriendo un extraño predominio en el movimiento del aire. Y aunque no terminaban de definirse, su tono era cada vez más claro y estaba empezando a provocarle una gran intranquilidad en primer lugar, y luego espanto.

Eran los gritos de gente aterrorizada. Alguien estaba chillando. ¿Una mujer? No, no podía ser. Ahora que estaba más cerca sonaba como un animal, como un babuino que había visto una vez en el zoológico y que rugía enseñando unas encías negras y unos colmillos largos y amarillentos detrás de unos labios de color escarlata.

Entonces el grito fue reemplazado por un coro de gemidos que, a pesar de su desdicha y desesperación, parecían competir en el frío viento. Una voz histérica, avasalladora en su pánico, bajó en picado sobre las demás y las dominó, obligándolas a retirarse como si las arrastrara una rápida marea, hasta que Seth casi pudo oír lo que decía la recién llegada.

Soltó la boca del buzón y entonces se hizo un inmediato y profundo silencio.

Mientras se ponía en pie y retrocedía unos pasos trató de recomponer sus pensamientos. Desorientado por el martilleo de su pulso, se limpió la humedad de la frente con la manga del jersey, y se dio cuenta de que tenía la boca tan seca como si hubiera estado respirando polvo.

Un deseo desesperado de abandonar el edificio lo invadió. De volver a su casa y tumbarse en la cama. De poner fin a las sensaciones extrañas y la violenta sucesión de impresiones que acompañaban a la falta de sueño. Porque eso era todo, seguro.

Bajó corriendo de dos en dos las escaleras del ala oeste hasta la recepción. Pasó rápidamente junto a la mesa del conserje y salió del edificio por la puerta principal. Una vez fuera, se detuvo sobre la acera, levantó la

mirada y contó los balcones de piedra blanca hasta llegar al piso octavo.

Todas las ventanas estaban cerradas. No abiertas, ni siquiera entreabiertas, sino cerradas a cal y canto en el interior de los marcos blancos, a lo que se unía además, en el caso del apartamento dieciséis, la protección adicional de unas gruesas cortinas, echadas día y noche para mantener a raya a Londres y al mundo.

Pero se le puso la piel de gallina por debajo del cabello, porque aún podía oír, sobre él o quizá dentro de su cabeza, casi inaudibles, el viento lejano y el clamor de unas voces irreconocibles, como si las hubiera arrastrado hasta allí abajo consigo.

Capítulo 1

Apryl fue directamente al edificio desde el aeropuerto. No fue difícil de encontrar: desde Heathrow, la línea azul marino de Picadilly llevaba a la estación de Knightsbridge.

El impulso de la turba humana que la rodeaba la transportó por las escaleras hasta que finalmente salió a la acera con su mochila. Había pasado tanto tiempo en el metro que la penetrante luz la hizo entrecerrar los párpados. Pero si el mapa estaba en lo cierto, aquello era Knightsbridge Road. Se sumó al avance de la multitud.

Zarandeada desde atrás y luego empujada a un lado por un fuerte codazo, en un primer momento no consiguió moverse al compás de la extraña ciudad. Se sentía irrelevante y muy pequeña. Cosa que la hacía sentirse humillada y furiosa a un tiempo.

Atravesó lentamente la estrecha acera y se refugió en el portal de una tienda. Con las articulaciones de las rodillas entumecidas y el cuerpo frío y mojado por debajo de la chaqueta de cuero y la camisa a cuadros que llevaba, se tomó unos segundos de descanso mientras observaba cómo se dividía, competía y rompía delante de ella el tráfico humano, con Hyde Park como telón de fondo; un paisaje pictórico que se disolvía en la neblina de la lejanía.

No era fácil concentrarse en uno de los edificios, rostros o escaparates que la rodeaban, porque Londres estaba en constante movimiento alrededor de cada elemento estático. Miles de personas marchaban calle arriba y calle abajo y la atravesaban cada vez que los autobuses azules, las furgonetas

blancas, los camiones de reparto y los coches frenaban aunque sólo fuera un instante. Quería mirarlo todo al mismo tiempo, conocerlo, y comprender el lugar que cada cosa ocupaba, pero la tremenda energía que desprendía la calle comenzaba a aturdir la capacidad de procesamiento de su cerebro y le hacía entornar la mirada como si su mente ya se hubiera rendido y no pensase en otra cosa que en echarse a dormir.

Consultó el mapa de su guía y volvió a repasar la corta y sencilla ruta hasta Barrington House por centésima vez desde que partiera de Nueva York, ocho horas antes. Lo único que tenía que hacer era bajar por Sloane Street y luego doblar hacia la izquierda para entrar en Lowndes Square. Un taxi no la habría dejado mucho más cerca que el metro. El edificio de su tía abuela estaba en algún lugar cerca de la plaza. Se trataba sólo, pues, de seguir los números hasta la puerta correcta. Una buena noticia, que la inundó de alivio. La frustración de tener que buscar los carteles y deducir en qué sentido estaba avanzando en calles como aquélla habría sido paralizante.

Pero tendría que descansar dentro de poco. La idea de visitar Londres y ver qué era lo que su tía abuela Lillian les había dejado a su madre y a ella llevaba más de una semana sin dejarla dormir, y en el vuelo no había podido más que echarse una pequeñísima siesta. Sin embargo, ¿cómo podía aspirar una mente a descansar en un lugar como aquél?

El corto paseo entre la estación y Lowndes Square confirmó sus sospechas de que su tía no había sido una indigente. En el mapa, el hecho de que el vecindario estuviera tan cerca de Buckingham Palace, de Belgravia con todas sus embajadas, y de Harrods, los grandes almacenes de los que había oído hablar en casa, inducía a pensar que el lugar en el que su tía abuela había pasado los últimos sesenta años de su vida no era ninguna barriada infecta. Pero ni siquiera esta constatación la había preparado para su primer encuentro con Knightsbridge: los edificios altos y blancos, de ventanas alargadas y barandillas negras; la plétora de flamantes coches de lujo aparcados junto a la acera; las delgadas y rubias chicas inglesas de marcado acento, tacones altos y bolsos de mano de diseño, comparados con los cuales su mochila parecía un inmundo harapo. Entre su chaqueta de motero, sus pantalones remangados, sus Converse y aquella cabellera negra peinada a lo

Bettie Page, sentía que la tensión de la incomodidad le hacía inclinar la cabeza hacia adelante con la vergüenza y la timidez de quien no se encuentra en su sitio.

Al menos no había demasiada gente en Lowndes Square para verla en aquel estado: un par de mujeres árabes que se bajaban de un Mercedes plateado y una chica rusa, alta y rubia, que hablaba con tono de furia a un teléfono que llevaba pegado al oído. Tras la batalla campal de Knightsbridge Road, la elegancia de la plaza resultaba tranquilizadora. Los edificios de apartamentos y los hoteles formaban un rectángulo grácil e ininterrumpido alrededor del largo parque ovalado que ocupaba su centro, donde podían verse unos árboles achaparrados y parterres de flores vacíos por detrás de las barandillas. La armonía natural de las señoriales construcciones infundía paz al ambiente y amortiguaba los ruidos por todas partes.

«Increíble.» ¿Su madre y ella poseían ahora un apartamento en aquel lugar? Al menos hasta que lograran venderlo por una fortuna. Un pensamiento que le provocó un momentáneo acceso de irritación. Quería vivir en aquel lugar. Su tía abuela lo había hecho durante más de sesenta años y Apryl podía entender por qué. Era un lugar clásico, impecable, que exudaba con toda naturalidad un aire de dilatada historia. Podía imaginarse los rostros educados e indiferentes de mayordomos detrás de cada una de las puertas. En aquel lugar debía de vivir gente de la aristocracia. Y diplomáticos. Y multimillonarios. Personas que no se parecían en nada a su madre y a ella.

—Joder, mamá, no te lo vas a creer —dijo en voz alta.

Sólo había visto una foto de la tía abuela Lillian, cuando era una niña. Vestida con un curioso traje blanco idéntico al de su hermana mayor, la abuela de Apryl, Marylin. En aquella fotografía, Lillian cogía a su hermana mayor de la mano. Estaban juntas, con sendas sonrisas forzadas, en el patio de su casa de Nueva Jersey. Pero Lillian y Marylin estaban más unidas en aquel momento de lo que lo estarían jamás. Lillian se trasladó a la ciudad durante la guerra para trabajar como secretaria para el ejército de EE.UU. Allí conoció a un inglés, un piloto, con el que contrajo matrimonio. Nunca volvió a casa.

Lillian y la abuela Marylin debían de haberse escrito, porque Lillian se

enteró del nacimiento de Apryl. Cuando era pequeña, solía enviarle tarjetas de felicitación el día de su cumpleaños. Con bonitos billetes ingleses dentro. Papeles realmente coloridos, con retratos de reyes, duques, batallas y Dios sabe qué más. Y unas marcas al agua que, cuando sostenías los billetes delante de una luz, te hacían creer que eran mágicos. Ella siempre los conservaba en lugar de cambiarlos por dólares, que comparados con ellos parecían dinero de juguete. Siempre le hacían sentir deseos de visitar Inglaterra. Y allí estaba al fin, por primera vez.

Pero Lillian había dejado de escribirles mucho tiempo atrás. Incluso las felicitaciones de Navidad dejaron de llegar antes de que Apryl cumpliera los diez años. Su madre estaba demasiado ocupada criándola sin ayuda como para averiguar la razón. Y cuando la abuela Marilyn murió, su madre escribió a Lillian a la dirección de Barrington House, pero no recibió respuesta. Así que asumieron que había muerto también, allí en Inglaterra, donde había llevado una vida de la que no sabían nada, y que la tenue conexión con esa parte de la familia se había cortado para siempre.

Hasta dos meses antes, cuando un bufete especializado en testamentarias les escribió para informarles de que, tras el «triste fallecimiento de Lillian Archer» sus últimas parientes con vida habían recibido una herencia. Su madre y ella aún estaban aturdidas. Una muerte, acontecida ocho semanas antes, que las había convertido en herederas de un apartamento en Londres. En Knightsbridge, nada menos. Justo donde ella se encontraba en aquel momento, a la entrada de Barrington House: el gran edificio blanco que se levantaba solemnemente al pie de la plaza. Esbelto, con sus muchos pisos dignificados por la solidez de la piedra blanca y atemperado en su clasicismo por los finos ornamentos *art-déco* que rodeaban los marcos de las ventanas. Un lugar tan bien proporcionado y tan orgulloso que Apryl no podía por menos que sentirse intimidada frente a la enorme entrada, con sus puertas de cristal enmarcadas en bronce, sus cestas de flores y sus columnas ornamentales a ambos lados de la escalinata de mármol.

—Imposible.

Más allá de su reflejo sobre el cristal prístino de la puerta principal podía ver un pasillo largo y alfombrado con una gran mesa de recepción al otro

extremo. Y detrás de ésta le pareció entrever a dos hombres de cabello pulcramente recortado, con sendos chalecos plateados.

—Oh, mierda.

Se rió para sí. Embargada por una sensación de ridículo, como si su vulgar existencia se hubiera transformado de repente en una fantasía cinematográfica, comprobó la dirección en los documentos que le había dado el abogado: una carta, con un contrato y una escritura que debía presentar para que le entregaran las llaves. Las llaves de aquello.

No cabía duda. Aquél era el lugar. Su lugar.

Capítulo 2

La figura volvía a estar allí, observando a Seth desde el otro lado de la calle. Esta vez se encontraba en el bordillo, entre dos coches aparcados, y no agazapada en la entrada de una tienda ni observándolo desde una bocacalle, como en las tres ocasiones anteriores.

Muy cerca ahora, sin ocultarse, la pequeña criatura parecía más segura de sí misma. Sin acusar la presencia de la lluvia que la golpeaba de costado, se limitaba a mirar fijamente. A mirarlo a él.

Seth creía que era un niño, pero no podía estar seguro. A pesar de que ya no tenía la cabeza inclinada, en el interior de la capucha de la sucia trenca no se podía ver ninguna cara. Sólo era un niño, entonces, que andaba perdiendo el tiempo por ahí en lugar de ir al colegio, donde tendría que haber estado a aquella hora cualquier niño cuyos padres se preocuparan por él. Y justo enfrente de la calle en la que se encontraba el pub Green Man, donde Seth vivía en una habitación de alquiler.

Así que era posible que el niño sólo estuviera esperando a que su padre o su madre salieran del bar. Pero la atención de la figura estaba centrada en él, como si hubiera estado esperándolo. Y había estado en aquel mismo tramo de Essex Road las tres últimas tardes, cuando él salía para dirigirse al trabajo.

Era un niño realmente insólito: embutido de la cabeza a los pies en la trenca de apagado color caqui. ¿O era gris? No era fácil distinguir el color de la tela contra aquel fondo oscuro, ni tampoco el mojado forro de piel de color plata bajo el rojizo cartel manchado del restaurante de pollo frito para llevar.

Era uno de esos viejos chaquetones con capucha forrada. Ni siquiera sabía que todavía los fabricaran.

Los pantalones también eran de tela oscura. No los vaqueros holgados ni los de chándal que llevan casi todos los críos ahora, sino unos pantalones de verdad. Con un aire escolar. Demasiado largos, como los que se heredan de los hermanos mayores en las familias pobres. Y complementados por unos zapatos negros de suela gruesa. Hacía mucho tiempo que no veía nada parecido, desde que iba a la escuela primaria, y eso había sido a comienzos de los setenta.

Por lo general, cuando paseaba por Londres hacía lo que podía por ignorar a la gente de las calles, y se cuidaba especialmente de evitar las miradas de cualquier joven que anduviera por el mismo trecho que él. Muchos de ellos habían estado bebiendo y Seth sabía lo que podía provocar una mirada. En aquella zona campaban a sus anchas. Habían adquirido demasiado pronto los privilegios de la condición adulta, y llevaban tanto tiempo jugando a su versión de la madurez que habían logrado erradicar de su interior todo rastro de juventud genuina. Pero aquél era distinto. Apartado de los demás por su vulnerabilidad, su aislamiento. Le recordaba su propia juventud y se sentía atraído hacia él por un sentimiento de piedad. Todos los recuerdos de su infancia eran dolorosos y estaban presididos por un terror a los matones que aún podía saborear como si fuera ozono, y por una rápida punzada de desolación que aún perduraba veinte años después del divorcio de sus padres.

Pero lo que más sorprendía a Seth era la curiosa e inesperada sensación que lo embargaba siempre justo antes de ver a aquel extraño y vigilante niño. La mera presencia de aquella figura proyectaba una fuerza tal que al verla había reaccionado con un leve respingo y una confusión momentánea, como si de repente una voz se hubiera dirigido a él o una mano lo hubiera agarrado inesperadamente en medio de una multitud. No era una sensación totalmente insólita, pero sí lo suficiente como para sobresaltarlo. Para despertarlo. Pero antes de que la sensación pudiera terminar de formarse en su mente, el momento pasaba. Y el niño desaparecía con él. Nunca se quedaba mucho. Lo justo para que supiera que lo estaba vigilando.

Pero no aquella tarde. La figura encapuchada seguía en el bordillo.

Seth entornó la mirada y volvió la cabeza hacia la figura, convencido de que su atención obligaría a que apartase la cabeza encapuchada por incomodidad. No funcionó. No se movió ni un milímetro. La figura del abrigo mantuvo la calma y continuó observándolo desde el interior del óvalo oscuro formado por el sucio nylon forrado de piel. Llevaba tanto tiempo en la misma posición que parecía que fuese un elemento decorativo de la calle, una escultura ajena al paso de la gente que caminaba a su lado. Y nadie salvo él parecía fijarse en ella.

Al cabo de unos instantes, la situación comenzó a tornarse casi íntima. Parecía inevitable hablar. Mientras Seth trataba de pensar en algo que pudiera gritarle al chaval desde el otro lado de la calle, la puerta del pub se abrió detrás de él.

Una serie de ruidos turbadores le llegaron desde el interior del local. Alguien gritó «¡coño!», una silla chirrió violentamente sobre el suelo de madera, unas bolas de billar entrechocaron, hubo un aparatoso estallido de carcajadas y una amortiguada canción de amor se alzó desde la gramola, como para calmar los demás sonidos. Seth se volvió hacia la puerta brillante y anaranjada. Pero nadie entró ni salió, y los sonidos sólo duraron lo que tardó la puerta en volver a cerrarse por sí sola. Todo se fue apagando hasta que las cálidas y ruidosas entrañas del pub quedaron de nuevo totalmente aisladas del exterior.

Cuando volvió de nuevo la mirada hacia la calle, la figura había desaparecido. Bajó a la calzada y la recorrió de arriba abajo con la mirada. No había ni rastro del chico de la trenca.

El Green Man era el último edificio Victoriano que quedaba en la esquina de un barrio en cierto estado de abandono. La basura de las calles empobrecía el carácter que le conferían la construcción en ladrillo y los contrafuertes. Los mugrientos ventanales de las calles, que habían sobrevivido a los bombardeos alemanes y, al parecer, llevaban décadas sin limpiarse, apenas dejaban ver nada del establecimiento, aparte de una serie de carteles pegados en su cara

interior. Había un anuncio de Guinness, que Seth recordaba de los tiempos de su adolescencia. Ahora, la Guinness de la jarra había perdido color hasta quedar teñida de un verde lima, como un regaliz chupado. Otros anuncios de futuras atracciones, como *Quiz Night* y *Sky Football: Big Screen TV*, sólo conservaban el brillo y los colores allí donde la lluvia había teñido las ventanas.

Llevaba viviendo el tiempo suficiente en aquel lugar como para saber algo sobre los clientes y la realidad del Green Man. Algunos de ellos eran antiguos dueños de puestos ya retirados, pero que aún hacían negocios en el establecimiento, y hablaban con un acento del East End tan marcado que uno sentía la tentación de considerarlo impostado. Había víctimas de convenios laborales tan míseros como el suyo, que se bebían sus modestos salarios desde la apertura hasta el cierre o se dedicaban a jugar a las tragaperras. Los huecos entre ellos en la oscuridad los ocupaba un surtido de personajes variopintos, posicionados como centinelas de guardia. Esta última subcultura no era comparable a ninguna otra, al menos que Seth conociera. Representaban nuevas modalidades de la disfunción provocadas por tragedias personales, enfermedades mentales y abuso del alcohol. ¿Cuánto tardaría él en sucumbir del todo? Algunos días no estaba seguro de no haberlo hecho ya.

Rendido por haberse despertado entrada la mañana tras apenas unas horas de sueño, se sacudió de encima los efectos residuales de la mirada fija del niño y se aproximó a la puerta (leí pub. Le tocaba pagar el alquiler: setenta libras a la semana. Pasó sobre unos excrementos de perro y entró en el bar.

Su visión empezó a dar saltos, como si marchara sobre los hombros de alguien que fuera al trote. Le pareció que sólo obtenía impresiones fugaces del lugar: una estampa de ojos amarillos, costados espumosos de vasos de una pinta, paquetes de cigarrillos Lambert y Butler, el rostro de un zorro malvado detrás de un vaso, una hilera de botellas de champán detrás de unas telarañas auténticas, un techo de nicotina, una mesa de billar, un perrillo de pelo erizado junto a una bolsa abierta de cortezas de cerdo, una camiseta del Arsenal y una mujer que había sido bonita, con unos ojos aún atractivos pero, sobre todo, arteros. Varias cabezas se volvieron hacia él y luego apartaron la mirada.

Seth saludó con un gesto a Quin, que era quien trabajaba aquel día en el bar. La cabeza de Quin tenía aspecto de haber recibido un hachazo alguna vez. La herida, que discurría desde el cráneo blanco y pelado hasta una frente rosada, aún tenía el brillo del tejido cicatrizado. Quin le devolvió el gesto sin sonreír. Se apoyó en la barra para coger el dinero de Seth.

—Hay un chaval... —empezó.

Quin entornó la mirada y sus gafas ascendieron por el puente de su nariz.

—¿Eh?

La música estaba muy alta y alguien con unas mejillas que parecían trozos de carne enlatada estaba gritando al otro lado de la barra cuadrada.

—Hay un chaval ahí fuera. Vigilando el lugar. ¿Lo has visto?

—¿Eh?

—Un chaval. Ahí parado, junto a la calle. Está mirando fijamente el pub. Sólo quería saber si lo habías visto.

Quin le lanzó una mirada que parecía decir que sus palabras confirmaban algo que llevaba tiempo sospechando. «Se le ha ido un poco la pinza a éste. Ahí arriba, siempre solo. Sin novia. Sin amigos.» Se encogió de hombros y se volvió para guardar el alquiler de Seth en el cajón.

Seth se sentía ridículo. Se dispuso a marcharse por donde había venido, pero alguien se interpuso en su camino.

—Oye, hijo. —Era Archie. Archie de Dundee, aunque llevaba más de veinte años sin ir a Dundee a ver a su mujer y sus hijos. Se encargaba de las labores de limpieza y mantenimiento de las habitaciones que había encima del pub. Aunque la ironía del asunto no se le escapaba a Seth, que sabía que Archie era el principal responsable del estado de suciedad y abandono del lugar.

Menudo y descarnado como un anciano, Archie, más que caminar, parecía flotar sobre el suelo. Pero aún poseía una increíble mata de cabello grisáceo, recortada con la forma de casco sajón. Su rostro, arrugado y cubierto por un fino rastrojo de barba, le confería un aire de abuelo compasivo. Además, a Archie siempre lo llamaba «hijo», aunque sólo porque era incapaz de recordar su nombre.

—¿Tienes tabaco por ahí? —le preguntó.

Seth asintió.

—Claro. —Le dio un arrugado paquete de Old Holborn, con un último manojo de tabaco en el fondo.

Archie sonrió.

—Pero qué majo eres, hijo. —Le quedaba un solo diente, un incisivo en la mandíbula inferior, del que Seth nunca era capaz de apartar la mirada. Al igual que de la cinta adhesiva con la que mantenía los gruesos cristales de las gafas dentro de la montura de plástico—. Estoy sin blanca. No cobro hasta el martes —añadió mientras miraba su botín con una sonrisa.

—Oye, Archie, ¿has visto el chaval que anda merodeando por el exterior del bar? Lleva un abrigo con capucha.

Ahora que ya tenía su tabaco, Archie había perdido interés en la conversación. Además, estaba borracho y tenía que concentrarse para liar el pitillo. Seth salió al porche, introdujo la llave en la cerradura y subió la oscura escalera que llevaba a las habitaciones sobre el local.

En el primer tramo de la escalera, los rodapiés estaban pintados de color rojo sangre. Sobre las paredes, un papel blanco decorado con racimos de uva se había descolorido y despegado a lo largo de las juntas. En algunos sitios lo habían arrancado a grandes tiras y se podía ver el yeso de la pared.

En el oscuro descansillo del primer piso, Seth se orientó gracias a la luz que salía de la cocina comunitaria. Podía oler los posavasos de tela en la lavadora. Alguien había frito beicon hacía poco sobre el antiguo hornillo de gas y la grasa se había enfriado. El olor se mezclaba con el de la basura orgánica, lo que significaba que Archie no había bajado las bolsas aún. Había ratones allí, pero ratas todavía no.

Frente a la cocina se encontraba el baño. La mitad superior de la puerta era de cristal esmerilado, pero no lo bastante opaco como para ofrecer privacidad. Seth encendió la luz y se asomó para comprobar si habían arreglado la ducha que había junto al retrete. No era así.

—Coño —maldijo, antes de preguntarse cuándo dejaría de comprobar los progresos de las reparaciones. Treinta y un años, con dos diplomaturas de

arte a su nombre, y se veía reducido a lavarse el cuerpo entero en una pila.

Subió el segundo tramo de escalera para dirigirse a su cuarto. El pasamanos era del mismo color siniestro que los rodapiés del resto del edificio, pero el dibujo y el color de la alfombra había cambiado tres veces para cuando llegó al segundo piso. Allí vivía con otros dos tipos con los que nunca había hablado. En aquel lugar, la falta de luz natural y eléctrica sumía a Seth en el olvido.

—¡Mierda! —Se golpeó contra algo afilado con una rodilla. Sacudió un brazo en el aire mientras movía la otra mano por una pared hasta dar con un interruptor cuya montura de plástico agrietada revelaba que alguien lo había golpeado en una ocasión con excesiva fuerza. Todas las luces tenían temporizadores. El gran botón circular activaba la desnuda bombilla que colgaba del techo.

El pasillo que unía las tres habitaciones, cada una de ellas con su puerta roja, parecía aún más sombrío y abarrotado a causa de los muebles apilados contra las paredes. Aquello era una auténtica ratonera por la que él tenía que pasar a diario. Apretó el paso para llegar a su cuarto antes de que se apagaran las luces, y tuvo que pasar sobre los restos rotos de un sofá abandonado. Al llegar a la puerta de su cuarto, el pasillo volvía a estar a oscuras. Pulsó el interruptor más próximo para disfrutar de otros cinco segundos de luz mientras buscaba la llave. Al cruzar el umbral de su habitación, regresó la oscuridad y lo engulló todo tras él.

En su primer día en el Green Man, doce meses antes, fue Archie quien le enseñó el cuarto. No se quedó allí demasiado tiempo, porque él había sido el encargado de preparar el lugar para el nuevo inquilino. Ninguno de los dos marcos de las ventanas tenían visillos, y sólo la de la izquierda tenía unas cortinas de tela, del mismo color que los patrones para vestidos que aparecen en los ejemplares de *Wooman's Weekly* que sobreviven décadas en las salas de espera de las consultas. La ventana de guillotina de la derecha estaba desencajada en un lado del marco.

—Joder —dijo Seth, horrorizado e incrédulo.

Pero Archie se limitó a parpadear.

En el lado de la habitación opuesto a las ventanas, la colcha de la cama de matrimonio exhibía con distinción unas rayas tipo Auschwitz y unas manchas dignas de una violación en grupo. A modo de mobiliario, dos armarios roperos destartados y un pequeño armarito junto a la cama. Cubierto todavía de cercos de jarras y maquillaje, añadía al lugar un toque femenino ligeramente tranquilizador.

Junto a la mesita de noche había un solitario radiador, pintado de amarillo y recubierto de manchas oscuras. Sangre seca. Nunca había sido capaz de librarse de las manchas, y en una ocasión le preguntó a Archie quién había sido su predecesor. A lo que éste había respondido enarcando las cejas y diciendo:

—Lassy. Una chica encantadora. Tenía problemas con su novio. Estaban siempre dale que te pego toda la noche. —Disfrutaba realmente de su condición de narrador de historias—. Antes de ella hubo un tío realmente raro. Tan callado como tú. Pero cuando vino la policía, se lo encontró con su ahijada y con una amiga de ella.

La habitación entera olía como una de esas alfombras que llevan años guardadas en el garaje. Pero al menos estaba seca.

Después de eso no hizo demasiados cambios. Sólo llevó sus cosas y recogió algunos cristales rotos de la alfombra. El ruinoso estado de la habitación convertía en una pérdida de tiempo cualquier intento de mejorar las cosas. Y ahora, los montones de revistas y periódicos dominicales que guardaba hacían que pareciera abarrotada y vacía al mismo tiempo. La desesperación lo había llevado hasta allí. La desesperación lo mantenía allí.

Durante su primera noche en el lugar recordaba haber sentido una combinación de lástima de sí mismo, abandono y un terror que habría llegado a ser asfixiante de haber dejado que fuera a más. Pero no podía permitirse otra cosa tras mudarse a Londres sin otro patrimonio que veinte cuadros que nadie quería. Como la habitación tenía grandes ventanales orientados al sur, se dijo que sería un gran estudio. A la antigua.

Cerró la puerta del dormitorio y echó la llave. Los otros inquilinos se emborrachaban con frecuencia y luego se dedicaban a merodear por el pasillo. Nunca podía relajarse del todo hasta que la puerta estaba bien cerrada. Dejó la bolsa en la cama y encendió la tetera. Luego volvió a apagarla y abrió la nevera, al acordarse de que todavía le quedaba una de las latas de cerveza del paquete de cuatro que había comprado el día anterior.

Se sentó en el borde de la cama y miró de reojo las cajas de cartón aún apiladas en una esquina de la habitación. Todo su material de pintura seguía allí, acumulando polvo en un rincón. Los cuadros estaban en bolsas de plástico, guardados dentro del armario. No había hecho ni un mal esbozo en seis meses, y comenzaba a preguntarse si el deseo creador lo había abandonado finalmente o algún día podría volver a dedicarse a ello.

Sin molestarse en sacar un vaso, bebió directamente de la lata. Pensó en prepararse un sándwich, pero ahora que se había sentado estaba demasiado cansado para volver a moverse. Sin quitarse el abrigo, se tendió directamente sobre la colcha y siguió tomándose la bebida fría a sorbitos. Había llegado la hora de cambiar. Al día siguiente tenía que empezar. Tomar una decisión sobre su futuro.

Consultó su reloj: las cuatro en punto. Tenía que irse a trabajar a las cinco y media. Pensó que después de una siestecita se sentiría mejor, así que dejó la lata en el suelo, se acurrucó de lado y cerró los doloridos ojos. Y soñó con un sitio en el que no lo habían encerrado desde los once años.

La puerta de la estancia estaba hecha de barrotes de hierro cubiertos completamente de pintura negra. En lugar de ventanas había dos arcos, uno a cada lado. También éstos estaban cerrados con barrotes verticales. La cámara no tenía más entradas.

La pared trasera, las dos de los lados y el techo que completaban la sala rectangular eran de piedra blanca sin pintar. Las baldosas de mármol que pisaban los pies de Seth eran frías y duras. Allí dentro siempre tenía que estar saltando de un pie a otro. Se sentía como si las plantas de los pies se le hubieran puesto azules y se fueran a quedar así.

La cámara, con sus apenas cinco metros cuadrados, no tenía decoración alguna. Ni tampoco mobiliario. No había donde sentarse. El frío hacía que le doliera la espalda, pero el suelo estaba demasiado helado como para apoyar en él las nalgas desnudas.

Del suelo colgaba una luz suspendida de una cadena de bronce. La bombilla estaba alojada en el interior de un farolillo de cristal cuadrado, como una de esas lámparas antiguas que llevaban los carruajes de caballos en el exterior. Despedía una brillante luz amarilla todo el día y toda la noche. Siempre intentaba calentarse las manos en la pantalla, pero cada vez que alargaba los brazos y tocaba el cristal, estaba frío.

Al otro lado de la puerta cerrada se podía ver un bosque de hoja caduca: húmedo, denso y agreste. El follaje era de un verde muy oscuro y el cielo sobre las copas de los árboles más altos parecía bajo y gris. Tres amplios peldaños bajaban desde la cámara a la larga franja de césped que rodeaba la fachada de la estructura antes de llegar a los árboles. Un viento frío se colaba entre los barrotes de hierro.

Su mundo había quedado reducido a unos pocos colores.

Estaba dentro de aquel lugar porque había permitido que lo llevaran hasta allí y lo encerraran. Aquello era lo único que sabía. Aparte de eso, albergaba vagos recuerdos sobre visitas de su familia, tiempo atrás. Sus padres habían venido juntos a verlo. Su padre parecía decepcionado con él. Su madre, preocupada, aunque intentaba que no se le notara. En otra ocasión vino su hermana con su marido. Se quedaron al fondo de la escalinata y su cuñado hizo chistes estúpidos para que se sintiera mejor. Seth mantuvo una expresión sonriente en el rostro hasta que empezó a dolerle. Su hermana habló poco. Parecía tenerle miedo, como si ya no lo reconociera.

Les dijo a todos que estaba bien, pero no era capaz de contarle a nadie lo que sentía en realidad sobre su cautiverio en la extraña cámara de piedra; era incapaz de explicárselo a sí mismo. Cuando desaparecieron, se le hizo un nudo en la garganta.

Confuso, traicionado por su memoria, ignoraba cuánto tiempo llevaba dentro de la cámara de piedra y por qué razón concreta lo habían encerrado allí. Lo que sí sabía era que permanecería allí eternamente, siempre helado,

siempre hambriento, incapaz de sentarse, saltando de un pie a otro, atormentado.

Capítulo 3

Lo mismo podría haberse encontrado en un trasatlántico de pasajeros de lujo, un *Titanic* o un *Lusitania*. Por dentro, Barrington House era como un plato diseñado para una película ambientada en alta mar durante el periodo de entreguerras fotografiada en cobre y en sepia.

Un poco aturdida aún, siguió al alto jefe de porteros, Stephen, a través de la recepción y el ala este. A lo largo de pasillos con papel de seda en las paredes, teñidos de marrones dorados por las luces de lámparas de cristal tramado, en medio del peculiar olor de la tradición. No era exactamente un ambiente eclesial, pero casi: madera y metales bruñidos, flores frescas y la fragancia de cosas preciosas y preservadas pero insuficientemente ventiladas, como un museo viejo y privado que nunca se hubiera abierto al público.

Stephen iba hablando mientras caminaba delante de ella.

—Hay cuarenta apartamentos entre los dos bloques, con el jardín en medio, que proporciona luz a la parte trasera de los pisos. Al principio es un poco confuso, pero si piensa en una enorme forma de L, con las calles en la parte exterior, en seguida comenzará a orientarse. Hay veinte plazas de aparcamiento bajo el edificio, pero me temo que ninguna de ellas corresponde al piso de su tía.

—No pasa nada, tampoco tengo coche. Y la novedad del metro aún no ha perdido su interés.

El jefe de porteros sonrió.

—Pues lo hará, señora, lo hará.

—Apryl. Llámame Apryl. Así parece que tenga ciento noventa años.

—Pues podría ser que llegase a esa edad. Su tía murió con ochenta y cuatro años.

—Tía abuela. Era la hermana de mi abuela.

—Una edad muy estimable, aun así. —Hizo una pausa y volvió la cabeza—. Aunque siento mucho su pérdida... Apryl.

—Gracias. Pero no llegué a conocerla. Aun así es triste, sí. Era la última de esa rama de mi familia. No sabíamos que siguiera con vida. Ni que este lugar fuera tan... vaya, como es. O sea, es espectacular. No somos ricos. No podríamos permitirnos ni la comunidad. Es casi lo que gano yo en un año. Así que no me quedará mucho tiempo.

A ojo de buen cubero, cuando finalmente logran vender el piso, ni su madre ni ella tendrían que trabajar durante mucho tiempo, si es que tenían que volver a hacerlo. Serían ricas. La mera palabra parecía incongruente, aplicada a ellas. Pero no había nadie más que pudiera reclamar la herencia. Lillian había muerto sin hijos, y la madre de Apryl, al igual que ésta, era hija única. Punto final. Y si ella, con sus veintiocho años, no hacía algo por remediarlo, la familia Beckford se extinguiría a su muerte. La última solterona.

—Es todo como un cuento de hadas. Mamá se va a morir cuando le hable de este sitio. O sea, con porteros y todo lo demás. Podría llegar a acostumbrarme a esto.

Stephen esbozó una sonrisa diplomática pero distante. Parecía cansado, pero también preocupado por algo, y no precisamente por los tatuajes que asomaban por debajo de las mangas de la camisa de la chica. Reflejados en el espejo del ascensor parecían las páginas abiertas de un cómic.

—¿Así que no llegó a conocer a su tía Lillian? —preguntó con voz cautelosa, como si estuviera sopesando algo embarazoso que tendría que contarle en algún momento.

—No. Mi madre la recuerda, más o menos, aunque no demasiado. Y Lillian tampoco tenía mucho trato con la abuela Marylin. Se separaron durante la guerra. Cosa que, como hija única, nunca he entendido. Me habría encantado tener una hermana. Creíamos que Lillian había muerto hace años.

Mi abuela falleció hace quince. Y mi madre estaba demasiado ocupada criándome como para preocuparse por buscarla. Yo era bastante complicada. —Parloteaba en exceso y era consciente de ello, pero estaba demasiado emocionada como para que le importara.

Stephen se mordió el labio inferior y luego suspiró.

—Su tía abuela no estaba demasiado bien, Apryl, me temo. Era una mujer encantadora. Muy amable. Y no sólo lo digo yo. Aquí todo el mundo le tenía mucho cariño. Pero era ya mayor y su salud mental venía deteriorándose hacía tiempo. Al menos los diez años que llevo trabajando aquí, y mi antecesor también decía lo mismo. Hace años que empezamos a servirle las comidas en casa, y una enfermera la visitaba todas las semanas. La dirección hacía efectivos sus cheques y pagaba las facturas en su nombre.

—No tenía ni idea. Suena como si fuéramos unas brujas.

—No pretendía insinuar nada. En esta parte de la ciudad es muy habitual. Algunas personas cortan los vínculos con sus familias. Se aíslan. El dinero puede provocar esas cosas. Pero el estado de Lillian iba de mal en peor. Sobre todo los últimos años, antes de su fallecimiento. La verdad es que no tendría que haber estado aquí. Pero ésta era su casa y todos, tanto los porteros como las chicas de la limpieza, poníamos nuestro grano de arena para que pudiera quedarse.

—Es muy amable por su parte.

—Oh, no es nada. Sólo hacíamos lo básico, como ir a comprarle lo que necesitaba. Pero siempre nos preocupaba que pudiera sufrir una caída o... — Hizo una pausa para aclararse la garganta—... perderse.

—¿No tenía amigos?

—No que yo sepa. Ni una sola visita desde que estoy aquí. Verá... — Hizo una pausa y apretó los labios—. Era bastante excéntrica. No se me ocurre un modo más diplomático de expresarlo y no quisiera faltarle al respeto. —Parecía bastante incómodo al decirlo. Incluso bajó la voz. Pero lo que quería decir era que estaba loca.

Pero Apryl quería saberlo todo sobre la tía abuela que les había legado a su madre y a ella un auténtico tesoro inmobiliario en Londres. Cuando se vendiera, se encargaría de recompensar a quienes se habían preocupado por

hacerle un poco más fáciles sus últimos años a la anciana señora. Su madre no se opondría. Seguro que también se sentía culpable. Como ella en aquel momento. Aunque no tenían por qué. No había sido una negligencia consciente por su parte: Lillian sólo era una pariente lejana que vivía al otro lado del planeta.

—¿Se acuerda de su marido? ¿Reginald? —preguntó Apryl—, Creo que fue piloto durante la guerra.

Stephen apartó la mirada y sus ojos azul claro revolotearon alrededor de la cabeza de la muchacha, como si estuvieran inspeccionando las luces del ascensor, que eran tenues y proyectaban una sombra oscura y desagradable sobre los paneles de caoba y los apliques de bronce.

—Mmm, no. Falleció antes de que yo empezara a trabajar aquí. Pero me atrevería a aventurar que su muerte afectó mucho a la pobre mujer.

—¿Por qué lo dice?

Pero en ese momento el ascensor se detuvo con un silbido seguido por un chasquido. Las puertas se abrieron y Stephen se apresuró a salir al pasillo.

Lo siguió al rellano. El suelo estaba cubierto por una alfombra verde oscuro y la decoración de las paredes era del mismo tono discreto que los pasillos de la zona comunitaria del piso de abajo. Había un radiador frente al ascensor, dentro de un armazón ornamental que parecía una tumba victoriana. Sobre él brillaba un espejo amplio de marco dorado y a cada lado del hueco subían y bajaban sendas escaleras. En las paredes colgaban grabados elegantemente enmarcados. A cada lado del rellano había una puerta de madera con el número en bronce.

—Bueno, aquí estamos. Número treinta y nueve. Justo en la cima. Por desgracia, la calefacción no funciona muy bien aquí, así que coloqué unos radiadores portátiles en el dormitorio de Lillian y en la cocina, las únicas habitaciones que utilizaba, que yo recuerde. Los necesitaré en algún momento.

—Claro. —Apryl observó la parte trasera de la pulcra cabeza plateada de Stephen mientras éste, con un tintineo del llavero que colgaba de su bolsillo, buscaba la llave correcta. Bajo el brillante chaleco gris se adivinaba la fuerza de sus hombros. Exudaba el aire de un antiguo militar, el tipo de autoridad

que, imaginaba ella, complacía a los residentes. Su tía abuela debía de haberse sentido segura con él cerca.

—Me temo que está un poco desordenado. La señora no quería una doncella y no dejaba que nadie tocara nada. Dudo que tirara nada en sesenta años. En cualquier caso, aquí están las llaves. Tenemos otro juego en la caja fuerte, abajo. Es lo normal para casos de emergencia. Ahora tengo que dejarla. Vienen los de las antenas a ver las parabólicas del tejado. Pero si necesita algo, sólo tiene que llamar a recepción. Piotr está en el mostrador hasta las seis y media y luego empieza su turno Seth, el portero de noche. Yo estoy aquí la mayor parte del día, todos los días. Puede llamar a recepción desde el teléfono de la cocina. Sólo tiene que descolgar el aparato y se conecta directamente.

La miró a los ojos. Probablemente fuera consciente de que no quería quedarse sola en el apartamento.

—Me temo que tiene trabajo por delante, Apryl. Dudo que hayan limpiado en años. Y es el único piso que aún conserva el baño original. Si quiere venderlo, tiene mucho que hacer. Quizá se imponga una renovación completa, si espera conseguir el precio que vale.

La dejó junto a la puerta abierta y bajó las escaleras al trote.

Las persianas debían de estar echadas, porque a pesar de que Stephen había encendido la luz de la entrada, poco se veía aparte de un vestíbulo sucio y abarrotado, salido de una época diferente.

La mera idea de entrar la hacía sentir vulnerable y culpable a la vez, como si fuese una intrusa. Y los residuos del tiempo no parecían dispuestos a permanecer dentro de aquellas paredes. Incluso desde el descansillo, el lugar olía a vejez. Auténtica vejez. Como el dormitorio de su abuela en Jersey, que tampoco había sufrido alteración alguna desde los años cuarenta. Pero este olor era mil veces más intenso. Como si las ventanas no se hubieran abierto nunca y todo lo que había allí dentro fuese antiguo, descolorido y polvoriento. Un pasado reacio a desaparecer. Como el resto del lugar, para ser sincera, ahora que se había disipado la emoción provocada por la primera impresión. Escaleras sombrías y pasillos en penumbra. Era como retroceder en el tiempo. Puede que a los inquilinos les gustara así. Un ambiente

tradicional o algo por el estilo.

Introdujo la cabeza en el piso y sintió el absurdo impulso de decir en voz alta el nombre de su tía. Porque, curiosamente, el lugar no parecía vacío.

El jefe de porteros no estaba exagerando. Lillian había estado recluida en su propia casa. El vestíbulo estaba a reventar de periódicos viejos y revistas antiguas amontonados y metidos en bolsas de plástico llenas hasta los topes. Apryl examinó la más cercana al perchero. Estaba atiborrada de correo publicitario, coloridas intrusiones del mundo moderno que no tenían nada que hacer allí, pero por alguna razón se habían conservado, cautivas.

Bajo las suelas de sus botas la alfombra crujió. Con las débiles luces del vestíbulo encendidas, y a pesar de las incontables polillas muertas que contenían las pantallas de cristal, pudo ver en aquel momento que la alfombra estaba desgastada hasta la trama. Lo que en su día fuese un complejo patrón de rojos y verdes, se había convertido en un color parecido al de la paja comprimida, sobre todo en el centro, desgastado por los pies de su tía abuela.

El mobiliario del vestíbulo era de indiscutible antigüedad. Patas de madera brillante y oscura asomaban en medio de montones de periódicos amarillentos. Los cojines bordados de las sillas estaban parcialmente ocultos bajo listines telefónicos descoloridos. Por todas partes se vislumbraban la madera tallada, las incrustaciones de madreperla y el cristal esmerilado con intrincados ornamentos en medio de las bolsas de basura, como humillados por el entorno. Apryl no tenía grandes conocimientos de historia, pero incluso ella sabía que habían dejado de hacer armarios, relojes y sillas como aquéllos en los años cuarenta. Y de no haber sido por los montones de basura y las paredes manchadas, puede que el apartamento hubiese parecido elegante. O puede que no.

El papel de las paredes había sido en su día sedoso y de color beige, con unas rayas plateadas que lo recorrían en vertical, pero ahora estaba casi todo amarillento y cubierto de manchas marrones en los sitios donde la humedad se había secado, cerca de los paneles de madera sucios y por encima de los rodapiés. Bajo las yemas de sus dedos, las paredes parecían cubiertas de alguna clase de vello, como el pelaje desgastado de un animal disecado.

En la cocina había un suelo de linóleo amarillo agrietado y un perímetro

de antiguos electrodomésticos esmaltados. De las paredes colgaban unos armaritos de madera oscura pintados en su día de una tonalidad amarilla que ahora, descolorida, recordaba al marfil. Los quemadores de gas de la cocina estaban cubiertos de polvo y la pila, seca como un sarmiento. Sólo la superficie de la encimera mostraba algún indicio de uso. Había rayas dejadas por un cuchillo sobre la tabla de cortar y migas en la cesta del pan. De la mesa de la cocina asomaba el respaldo de una solitaria silla provista de un cojín a cuadros.

Las escasas evidencias de las actividades domésticas de su tía abuela le provocaron un repentino acceso de tristeza que la recorrió de arriba abajo. Pero fue la imagen de la tetera de plata sobre la bandeja decorada con aves de las islas Británicas, junto a un paquete abierto de galletitas de limón en la mesa, lo que hizo que se le formara un nudo en la garganta. Pensó que se iba a echar a llorar.

Había una solitaria taza de porcelana junto a la tetera, un colador, un azucarero y una cajita para el té. El borde dorado de la taza, posiblemente la última de un juego, estaba desportillado. Quizá fuese un regalo de bodas de cuando Reginald y ella se casaron. Apryl tocó el asa, pero no fue capaz de levantar el frágil recipiente. Era la taza de Lillian, la taza en la que tomaba el té. Allí sola, en su cocina, en aquella mesita junto al cubo de plástico de tapa oscilante, rodeada por las reliquias de casi cien años de vida en el mundo, Apryl sorbió por la nariz para reprimir las lágrimas. Podía entender por qué los ricos se encerraban en complejos para jubilados en Florida, donde paseaban en carritos de golf ataviados con polos. Pero ¿qué sentido tenía el dinero si uno acababa viviendo de aquel modo?

Se secó los ojos.

—Podrías haber venido a vivir con nosotras.

En los armarios de las paredes encontró una variopinta colección de vajilla: tres juegos de platos de porcelana, todos ellos incompletos y combinados ahora en una incongruente mezcolanza de dibujos. Había también algunas cazuelas y sartenes viejas. Dudaba que las hubieran utilizado desde hacía años, salvo una que tenía un cerco de leche reseca por dentro. Y aparte de tres latas de sopa y unos paquetes de galletitas dulces, no había

nada de comer. En la nevera encontró una botella de plástico con leche cortada. Su tía abuela había conseguido llegar hasta los ochenta y cuatro con una alimentación a base de té, galletitas y sopa.

Stephen le había dicho que no habían tocado nada desde la muerte de Lillian. ¿Y cómo había sido, por cierto? ¿Había sucedido allí?

Se quitó la mochila de la espalda y la dejó apoyada en la mesa de la cocina. No lograba sacudirse de encima la sensación de que era una intrusa en la casa de una desconocida. Ya comenzaba a contemplar con temor la idea de dormir allí. ¿Habría sábanas limpias? ¿Había muerto su tía en la cama? De repente la invadió el deseo de llamar a Stephen y no dejarlo marchar hasta haberse enterado de todo.

Logró calmarse con un ejercicio de voluntad. Estaba cansada, emocionada y con los nervios a flor de piel. No se esperaba nada de aquello. Sólo tenía que recordar que se trataba de una gran oportunidad. Algo totalmente extraordinario, distinto a cualquier otra cosa que le hubiera pasado nunca.

Pero cuando abrió la puerta del salón, su determinación volvió a desmoronarse. No logró avanzar más de dos pasos. ¿Por qué no le había hablado Stephen de las flores? Todas aquellas flores muertas... El empinado montón de tallos marrones y pétalos marchitos que se levantaba desde la alfombra hasta el alféizar del gran ventanal que daba a Lowndes Square. Le recordaban a los ramos de flores de las tumbas que, abandonados, se marchitaban y se iban desmoronando hasta perder todo el color. Al ver tantas flores consumidas y tantas hojas muertas bajo aquella luz delicada y parda, sintió que un punzante escalofrío ascendía por su columna vertebral y luego avanzaba siseando por la base de su cráneo. Harían falta años para conseguir algo así. Un montículo como aquél, construido flor a flor. Todas rosas, a juzgar por el color de los pocos pétalos de la parte superior, que conservaban aún una tonalidad tan oscura como el vino. Tras ellas, las cortinas grises con adornos dorados trenzados estaban corridas.

Encendió la luz de la habitación para poder investigar mejor las flores y ver los cuadros de las paredes, pero la estancia seguía tan en penumbra que pensó que sería mejor abrir las persianas. Pero al inclinarse por encima de las

flores y tratar de separar las cortinas se dio cuenta de que estaban cosidas. Retrocedió lentamente un paso desde las ventanas y se quedó mirando los pulcros nudos de hilo rojo que unían los bordes de las cortinas de manera permanente.

—Pero ¿qué coño...?

Sola y loca, la tía abuela Lillian había cosido sus cortinas, antes de levantar ante ellas ofrendas florales que cubrían la mitad de la sala. Se volvió para mirar a su alrededor. La habitación no tenía muebles y el suelo seguía cubierto de polvo, pero en las esquinas donde se encontraban las paredes no había telarañas, así que todavía se podían ver las fotografías. Todas las paredes estaban cubiertas, desde la altura de su cintura hasta el techo, de fotografías en blanco y negro dentro de marcos antiguos. Y todas ellas mostraban a una misma pareja. Hasta la última.

Apuesto, con el fino bigote a lo Douglas Fairbanks júnior y el cabello peinado con fijador a ambos lados de una raya, vio a su tío abuelo Reginald por primera vez en su vida.

Sus ojos eran oscuros e inteligentes. Y risueños. Bastó con mirarlo para que la hiciera sonreír. Siempre aparecía vestido con traje y corbata, o con unos pantalones holgados de color plateado y una camisa blanca abierta a la altura del cuello. En una de las fotos estaba sentado en una silla de mimbre y tenía tumbado a los pies un pequeño terrier. Su fuerte mano izquierda solía sostener una pipa. El marido de Lillian: un hombre junto al que siempre posaba orgullosa, pegada a él, agarrada a su codo o con una mano sobre su hombro. Como si no quisiera dejarlo ir. Como si lo amara tanto que sin él se volvería loca.

Y Lillian había sido una mujer muy hermosa. Como una estrella del cine de los años cuarenta, de grandes ojos castaños y una marcada estructura ósea que era poco frecuente en aquellos tiempos. Siempre elegante, llevara una blusa, un traje de cóctel hasta las rodillas o un vestido de noche que se ensortijaba alrededor de los tacones blancos de sus flamantes zapatos. Pero lo que más afectó a Apryl fue el modo en que se miraban. Algo así no se podía fingir. De repente, el triste, pardo y enmohecido espacio por el que Lillian había vagado, soñado y merodeado como alma en pena durante sesenta años

cobró mayor sentido. Allí habían vivido dos personas que nunca tendrían que haberse separado. Y el lugar seguía de luto, porque la viuda tenía el corazón roto. Quizá loca con una pena que nunca desaparecía. ¿Todavía había gente a la que se le partía el corazón de ese modo?

Sabía que Reginald había muerto a finales de los cuarenta. Tras servir en la RAF y sobrevivir a peligros que ella ni siquiera alcanzaba a comprender, aquel feliz y apuesto caballero, con una preciosa y joven esposa, había muerto de repente. No conocía los detalles, pero su abuela le había contado a su madre que fue después de la guerra. Eso era lo único que sabían. Un esbozo de historia transmitido oralmente de una anciana solitaria a otra, y luego a ella. Pero los vestigios de la vida de Lillian colgaban de las paredes a su alrededor, por todas partes, y en las bolsas abarrotadas del vestíbulo y en cualquier otra cosa que Apryl pudiera encontrar en los tres dormitorios y en el salón. ¿Y no había dicho algo Stephen sobre una caja fuerte situada en el sótano?

Su plan original era organizar una venta rápida del piso y disponer de las posesiones de Lillian en dos semanas o menos. Pero ya no quería hacerlo. Quería quedarse allí y descubrir las vidas de su tía abuela y de su marido. Quería examinar, considerar, recolectar y preservar. Aquello no era basura. Significaba algo para Lillian. Lo había significado todo.

Tenía que haber cartas. Puede que un diario. Tendría que cribar y descartar como una arqueóloga al tiempo que trataba con agentes inmobiliarios y se hacía cargo del papeleo. Trabajar de prisa y, con suerte, puede que visitar un poco Londres. Pero Lillian tenía preferencia. Y si eso significaba gastarse el resto de sus ahorros y dejar el trabajo que tenía en casa, pues que así fuera. Descubriría todo lo que se pudiera descubrir sobre su tía abuela.

Capítulo 4

Cuando Seth, ya de uniforme y con una taza de té en la mano, llegó desde el cuarto del personal, suponía que Piotr ya habría bajado al garaje donde aparcaba la tartana oxidada que era su coche. Pero Piotr sólo se había puesto el anorak rojo sobre la sudada camisa de poliéster y lo estaba esperando. Muy sonriente, levantó el libro de incidencias.

—¡Ah, Seth vuelve a ver los fantasmas! Todos nos reímos mucho cuando leemos el libro. A lo mejor se bebe el whisky de noche y ve cosas, ¿eh? — Puso los ojos en blanco y levantó un brazo para simular que bebía de un vaso.

—No he dicho que viese nada. Sólo he informado de una incidencia. Un ruido. Había alguien dentro del dieciséis. Lo oí.

Pero Piotr no le prestaba atención.

—Deberías abrillantar el bronce por las noches. Se lo digo a Stephen, pero no me hace caso. Así tendrías trabajo y no verías fantasmas.

La puerta se cerró delante del anorak y el rostro sonriente.

No volvería a informar, oyera lo que oyese. Joder. Había hecho su trabajo. Si se producía un robo, ya les había advertido.

Se dejó caer sobre la silla y volvió a acordarse del sueño que había tenido aquella tarde. Le había provocado una mezcla de nostalgia e intranquilidad. De niño solía visitar aquella cámara en sus pesadillas. Mientras lo arrastraban allí dentro en contra de su voluntad trataba de gritar, pero se mantenía extrañamente mudo. Todo había comenzado más o menos en la época en que se marchó su padre. La extraña cámara se presentaba en sus sueños una y otra

vez. Se trataba de un mausoleo real que había visto una vez con su niñera, mientras paseaban por una zona medio abandonada del cementerio en el que estaba enterrado su abuelo. Todas las flores estaban secas y los nombres de las personas se habían borrado de las lápidas de piedra. Aquello lo aterrizzaba. No podía aceptar que su papá y su mamá morirían algún día y acabarían enterrados en alguna de aquellas cárceles de piedra o en el mausoleo. Y que lo mismo le pasaría a él. Su niñera sonrió y dijo:

—No hasta dentro de mucho tiempo, Seth.

Pero el mausoleo de frío mármol, con su tenue luz, la puerta cerrada a cal y canto y las ventanas de barrotes, lo atormentaba. Imaginaba que lo metían allí. Que estaba muerto. Que se encontraba en el lado equivocado de la puerta y lloraba llamando a su papá y a su mamá, quienes no podían verlo. Que los veía marchar entre las lápidas. Los veía con claridad mientras ponían en marcha el Austin blanco y se alejaban dejándolo en la puerta, sollozante e histérico.

Negó con la cabeza. Ni siquiera ahora le gustaba recordarlo. De niño, el miedo a aquella cámara le oprimía el pecho de tal modo que no podía ni respirar.

Tenía que llamar a su madre. A su padre. A su hermana. El sueño había provocado que le entraran ganas de hacerlo. No recordaba la última vez que había hablado con ellos. Se le había pasado.

Suspiró y se volvió hacia el sujetapapeles con las tareas de la noche para obligarse a pensar en otra cosa. Solo veinte de los cuarenta apartamentos estaban ocupados. Igual que durante los cuatro turnos de la pasada semana.

La mayoría de los áticos eran casas de gente asquerosamente rica que venían a pasar unos días de vacaciones o apartamentos de empresa para ejecutivos que trabajaban en la City. Aunque en algunos de ellos se alojaban inquilinos problemáticos, raramente había problemas durante la noche. Sin embargo, había una novedad en el piso treinta y nueve del ala este. Alguien se había mudado. La viejecita, Lillian, había fallecido. En un taxi o algo así, un par de meses atrás. Stephen se lo había dicho al día siguiente, pero él nunca había llegado a ver a la anciana durante su turno. Nunca salía de noche. La nueva inquilina se llamaba Apryl Beckford. Se preguntó qué

aspecto tendría.

Tras terminarse el té, salió al jardín ornamental que ocupaba la intersección entre las dos alas. Lió y luego se fumó un delgado pitillo mientras escuchaba el ruido de la fuente. El recuerdo del sueño se fue apagando y comenzó a sentir algo parecido al alivio por estar de vuelta en el trabajo. No había mucho que hacer, aparte de las rondas ocasionales y algún que otro inquilino que llegaba a casa de noche. Era menos desmoralizante que la vida en el Green Man, aparte de más comfortable. Una vez, antes de que comenzara a trabajar allí, el edificio había aparecido en la revista *Helio!* a cuenta de un futbolista que vivía en él. Un trabajo ideal para un artista, a la antigua usanza, había pensado al comenzar. Pero había dejado de dibujar en cuanto apoyó el trasero sobre la silla de cuero de recepción. Ahora sospechaba que se había escondido allí para olvidar y que lo olvidaran, para escapar de la vida convencional del modo más cómodo posible. Y la idea ya no lo perturbaba.

Después de arrojar la colilla a la fuente, volvió a la silla y comenzó a bostezar. Otra noche sin descanso. Unos jóvenes árabes en coches deportivos daban vueltas alrededor de Lowndes Square. Consultó su reloj. Faltaban diez horas para la mañana, entonces podría salir de allí y sumirse en un sueño profundo. O en un coma sin sueños, si tenía suerte.

Mientras hojeaba la programación de televisión del *Evening Standard*, de pronto lo sobresaltó el timbrado del teléfono. En el panel de bronce se había encendido una luz roja junto al indicador del apartamento cuarenta.

—¿Qué coño quieres? —susurró para sí. Era el señor Glock, el playboy suizo de mediana edad que además era uno de los hombres más maleducados que hubiera conocido jamás. Levantó el auricular para acallar la ensordecedora vibración del panel.

—Seth, dígame.

—Necesito un taxi para Heathrow. Ahora mismo —y colgó.

Ningún otro inquilino había hecho tanto por apuntalar su idea de que los ricos eran una gente desagradable. Al comenzar a trabajar en el edificio, los inquilinos y su absurda riqueza lo intimidaban, como si su mera presencia bastara para proyectar un foco sobre su corbata manchada, las rozaduras de

sus zapatos y los enormes agujeros de su curriculum. Lo hacían sentir ridículamente apocado en su presencia. Pero al cabo de medio año sacando a la calle su apestosa basura y presenciando incontables demostraciones de ostentación delante de su mesa, combinadas con sus afectados acentos y sus vulgares mobiliarios, aquella intimidación había quedado reducida a un resentimiento soterrado y no demasiado intenso. No sentía demasiado respeto por ellos. Y menos aún por Glock. Trabajar allí le había permitido comprender que el dinero favorecía a gente de la peor calaña.

Cogió el ascensor hasta el cuarto piso, donde lo estaría esperando el equipaje de Glock. De camino se limpió la cara con una toalla de papel. La textura del papel le arañó la piel caliente y delicada de la frente y de las mejillas. En ese momento se acordó de un asiático que le había estornudado encima en el cine, y se preguntó si aquel extranjero le habría contagiado alguna enfermedad tropical. Mientras se frotaba el cuello comenzó a sentir un hormigueo en la zona. Entonces se acordó del aire helado que había inhalado por el buzón del apartamento dieciséis e hizo una mueca. Todavía le parecía sentir el sabor a polvo.

Después de ocuparse de Glock y de su equipaje, se lió otro cigarrillo y observó al taxi mientras abandonaba el bordillo y salía de la plaza. Se dijo que era la última vez que levantaba el trasero del asiento durante su turno. Se sentía fatal, El hormigueo de la garganta se había convertido en una picazón. Bajo la chaqueta, tenía la camisa pegada a la espalda.

Pero su periodo de descanso detrás de la mesa de recepción duró poco. La siguiente en reclamar su atención fue la señora Shafer, la anciana esposa de un agente de bolsa norteamericano casi inválido. Vivían en el apartamento doce.

Plantada junto a la entrada principal del edificio, comenzó a tocar el timbre. El penetrante e incesante zumbido que sonaba detrás del escritorio transmitía toda la fuerza de su fastidio. Estaba aún más grotesca de lo habitual, con el cabello amontonado en un aparatoso peinado en estratos del que escapaban algunos mechones alrededor de su flácido rostro. El puto Halloween con un pañuelo. Se estremeció de asco. ¿Cómo podía abandonarse de tal modo una mujer? Sobre todo una mujer con tanta pasta.

La dejó pasar pulsando el interruptor que había debajo de la mesa. Mientras la mujer hacía su entrada en recepción caminando lenta y pesadamente con aquellas piernas rollizas, un gesto de ceñuda severidad arrugó su frente.

—¿Qué sentido tiene...? —Hubo una larga pausa—. ¡Esto es un problema! —Señaló la puerta. Seth se encogió. Aunque ya estaba acostumbrado a su histeria y su temperamento impredecible, siempre conseguía aterrorizarlo. Estaba loca. Sólo el jefe de porteros, con su comportamiento elegante y su voz suave, parecía capaz de manejar sus arranques.

La mujer comenzó a dar cortos y temblorosos pasos hacia la mesa.

—¡No se moleste! —le chilló. Agitó en el aire uno de sus bazos y Seth pensó que parecía un dinosaurio, con el voluminoso cuerpo inclinado hacia adelante y unos brazos cortos, fetales y acabados en garras estirados hacia él. La señora Shafer esperaba que los porteros corrieran a la puerta y la mantuvieran abierta para ella como si fuera un miembro de la realeza. Después debían escoltarla desde el ascensor a la puerta principal de su apartamento. El precedente lo había sentado Piotr, con su inagotable sed de propinas, pero Seth se negaba a participar de aquella indignidad. Le hacía acordarse con amargura de su desaprovechada educación. Cuatro años en la Escuela de Bellas Artes, seguidos por un master, para acabar teniendo que complacer a una gorila rica y desquiciada que se dedicaba a aterrorizar a su minúsculo e impedido esposo ante los ojos del personal.

El señor Shafer raras veces abandonaba el apartamento. En las contadas ocasiones en que lo hacía, siempre lo acompañaba la histérica de su esposa. Parecía una marioneta, con miembros de madera reseca suspendidos ligeramente por encima del suelo, como si le hubieran cortado la mayoría de las cuerdas. Su esposa arrastraba al anciano alrededor de sus enormes faldas y no hacía otra cosa que regañarlo constantemente mientras él invertía toda su concentración y energía en dar un lento paso detrás de otro. Los dos Shafer apestaban a sudor.

Seth se levantó de su silla y dijo un «buenas noches» tan bajo que apenas se oyó él mismo.

La mujer volvió a agitar los brazos con exasperación mientras su rostro se ponía colorado.

—¡Que venga Stephen! ¡¡Llama a Stephen ahora mismo!!

Sólo dejó de gritar cuando las puertas del ascensor se abrieron tras ella. Por un momento el sonido pareció abochornarla, y luego entró caminando lenta y pesadamente. Su último murmullo se transformó en un agudo chillido que Seth fue incapaz de descifrar. No tenía la menor intención de molestar a Stephen. Para cuando la señora llegase a su apartamento, el altercado habría caído en el olvido.

Pero aquella noche no iba a poder descansar. Todos los capullos del edificio parecían haberse conjurado para obligarlo a trabajar. A las nueve en punto, la señora Pzalis telefoneó desde el apartamento veintidós para quejarse de la calidad de la recepción de la televisión. Lo mismo que la señora Benedetti, del apartamento cinco. Lo consignó todo en el libro de incidencias, pero comprobó que los antenistas habían estado dos veces en el tejado desde su último turno. A las diez y media, la señora Singh, del diecinueve, llamó para quejarse de que olía a humo en el ala oeste, y antes de que tuviera tiempo de ir a investigarlo, la señora Roth, del dieciocho, telefoneó para decir lo mismo. Las alarmas de incendios y los detectores de humo estaban en silencio, pero tenía que ir a comprobarlo de todos modos.

Si las señoras Singh y Roth podían olerlo dentro de sus apartamentos es que el olor llegaba del dieciséis, más o menos. Una zona del edificio que tenía previsto evitar en cada una de las tres rondas que estaba obligado a realizar durante su turno.

—Coño. —Cogió el ascensor hasta el noveno piso.

Nada más salir al rellano, pudo olerlo él también: carne quemada, tela calcinada y algo parecido a azufre. Pero no había humo, las puertas estaban frías y los cubos de basura, vacíos. Era un olor antiguo, pero también un miasma profundamente desagradable, como lo que queda en un lugar donde se ha producido un accidente con fuego. Y era más intenso cerca de la puerta del diecinueve. La casa de la vieja señora Roth.

Al mirar a su alrededor recordó por qué nunca le habían gustado los pisos superiores del edificio. Ninguno de ellos, para ser sincero. Incluso en las

tardes más luminosas de verano, cuando las últimas luces del sol reforzaban la iluminación eléctrica en las zonas comunes, el lugar resultaba lúgubre. La vieja madera marrón, el bronce apagado y la gruesa alfombra verde parecían absorber toda la luz, sobre todo en la escalera. Le recordaba a esas zonas de las casas viejas en las que reina la sombra. Pero a pesar de la ausencia de tráfico humano en la escalera y en los pasillos, el lugar poseía una activa energía. Una especie de hormigueo y revuelo en el aire, como si la presencia de una actividad anterior, atrapada allí, fuese incapaz de escapar.

Bajó al octavo piso sumido en un aturdimiento febril y sin aliento. Decidió cruzar rápidamente el pasillo y no detenerse, al margen de lo que olierá o de los golpes y ruidos que pudiera oír en el interior del apartamento dieciséis. Pero no pudo hacerlo.

Al llegar al descansillo, bajando los escalones de dos en dos, estuvo a punto de chocar con una figura. Una figura encorvada y vestida de blanco. Se encontraba a pocos pasos de distancia del apartamento dieciséis.

—Jesús —gimoteó casi sin resuello mientras sentía que se le ponían todos los pelos de punta.

La figura se volvió hacia él. Durante un segundo no logró reconocer el rostro arrugado y la ondulada mata de fino y plateado cabello. Pero entonces vio de quién se trataba. El asombro fue reemplazado por una inmediata sensación de alivio. Era la señora Roth. Pero en camisón y claramente angustiada.

—Ha vuelto —dijo al borde de las lágrimas. Sus brazos finos como agujas y sus manos artríticas temblaban. A través del material fino y sedoso del camisón, Seth pudo entrever cómo sobresalían los puntiagudos huesos de los hombros y la pelvis. Unas rodillas ridículamente flacas y huesudas, surcadas de venas, asomaban por debajo del dobladillo del camisón. Los pies, similares a dos garras, estaban descalzos—. Ha vuelto a por mí.

Tenía noventa y dos años. Seth no pudo sino preguntarse cómo habría logrado bajar un tramo de escalera con aquellas piernas. La señora Roth estaba casi confinada en su cama, de la que sólo salía para almorzar dos veces por semana, con la ayuda de dos bastones y de su doncella filipina, Imee.

Se quedó inmóvil, mirándola. Trató de tragar saliva, pero le dolía

demasiado la garganta.

La mujer señaló la puerta del apartamento dieciséis con una mano contrahecha.

—Abra la puerta. Quiero verlo por mí misma.

Seth negó con la cabeza.

—No puedo, señora Roth. Venga, la llevaré a la cama.

Furiosa, ella sacudió en el aire la extremidad de hueso y piel fina que llamaba mano.

—¡No quiero volver a la cama!

No estaba sonámbula. Y, a pesar de su edad, nunca había parecido propensa a la menor confusión. De hecho, se mostraba indefectiblemente desagradable y maleducada en todo momento. Aunque raras veces molestaba a Seth de noche, sus maltratos al personal del turno de día habían llegado a ser legendarios. Hasta el jefe de porteros le tenía miedo.

—Por favor, señora. No debería estar aquí.

Comprendió que había cometido un error nada más decirlo. La furia tiñó el rostro de la mujer de color morado. Se volvió hacia él. Le apuntó a la cara con un dedo tan retorcido que sólo el nudillo de la segunda articulación estaba dirigido hacia sus ojos.

—¡Cómo te atreves! —El halo normalmente impecable de bucles transparentes de su cabeza, recogido en un peinado abombado, se deshizo. Algunos rizos cayeron alrededor de sus orejas. A través de lo que había quedado en su sitio se podían ver la piel pálida del cuero cabelludo y las manchas propias de la vejez. Tenía un cuello muy flaco y la carne colgaba de sus clavículas como tiras de cuero.

Le recordó a un pájaro. Un pájaro de pico grande al que aún le quedaban algunas plumas sobre el pellejo lívido.

—¡Te digo que ha vuelto! ¡Lo he oído! He oído cómo se reía.

Normalmente, un hombre en su posición habría respondido a los desvaríos de una anciana de noventa y dos años en camisón con una carcajada abochornada o una risa nerviosa, pero había algo en su rostro decidido y en sus ojos desquiciados y legañosos que hizo sentir intranquilo a Seth. Sobre todo porque aún recordaba lo que había oído al otro lado de

aquella puerta.

Hizo una temeridad. Se acercó a la señora Roth y asintió con un gesto de complicidad.

—Lo sé. Ya hace algún tiempo que oigo ruidos ahí dentro. Pero ¿qué es?

—¿Qué? Habla. No seas ridículo. ¿Qué dices?

Seth señaló la puerta con un gesto de la cabeza.

—Ahí dentro. De noche. Los he avisado. Sobre los ruidos. Los golpes. En el vestíbulo. Muebles que se caen. Cosas. Cosas de esas.

El rostro puntiagudo de la señora Roth cobró una tonalidad de enfermiza palidez. El leve temblor de sus enclenques miembros de mono se transformó en un estremecimiento. Seth creyó que se iba a desmayar y se acercó para cogerla del codo. Ella se agarró a él y dejó caer la cabeza.

—No —susurró. Y luego de nuevo—: No. —Pero esta vez para sí. Levantó los ojos y lo miró como un niño que acabara de tener una pesadilla—. Llévame a casa. Quiero a Imee. Busca a Imee. ¿Dónde está Imee? Quiero a Imee.

Tenso e incómodo en presencia de la indignidad de la anciana, Seth la acompañó lentamente hacia la puerta del ascensor y lo llamó desde la planta baja pulsando el botón de la placa de bronce bruñido. Mientras esperaba, reparó en que volvía a tener la camisa empapada de sudor.

Los chirriantes cables parecieron tardar una eternidad en llevar el pesado pero elegante vehículo desde abajo. Y mientras tanto, a pesar de su incomodidad, Seth trató de tranquilizar a la señora Roth hablándole de Imee y de su cama, hasta que ella agitó una mano delante de su cara y dijo:

—Cállate, cállate ya.

Una vez que abrió las puertas y la condujo al interior del ascensor, la anciana cerró los ojos con fuerza. Parecía más decrepita y encorvada que nunca, como si la estuvieran obligando a recordar algo especialmente doloroso. Algo que era incapaz de soportar. Que destrozaba el poco espíritu que aún quedaba dentro de aquel cuerpo viejo y frágil.

En el noveno piso, la puerta del apartamento seguía abierta, y Seth llamó al timbre para despertar a Imee, que acudió corriendo desde su cuartito al final del largo pasillo. Con las manos aferradas al camisón azul delante del

cuerpo, como si quisiera proteger su intimidad de los ojos del portero, le arrebató a la señora Roth y, con una mirada de hostilidad y malhumor, cerró la puerta sin dejar que terminara de susurrar sus explicaciones. La señora Roth había empezado a lloriquear en el mismo momento en que viera a Imee.

—Zorra —murmuró Seth ante la puerta cerrada. Bajó en el ascensor hasta el cuarto del personal, en el sótano, donde se preguntó, con cierta incomodidad, a quién se habría estado refiriendo la señora Roth junto a la puerta del apartamento dieciséis.

Capítulo 5

—Mamá, nunca tiraba nada. Nada. Lo digo en serio. Tendrías que ver su ropa. Hay como cien trajes y vestidos y abrigos y cosas en el dormitorio. Hasta de... cómo te diría yo, de los años cuarenta o así. Sigue todo allí. Como un museo de la moda o algo parecido. Hemos heredado un museo, joder. La colección Lillian. Y algunos de los vestidos son preciosos.

Apryl paseaba de un lado a otro del dormitorio de su tía abuela con el móvil pegado a la oreja.

Pero sabía que su madre nunca podría comprender lo que había descubierto en el cuarto de la anciana. Al menos hasta que no lo viera con sus propios ojos. Cosa que nunca podría hacer por culpa de su miedo patológico a volar. Y no se sentía capaz de describir adecuadamente sus descubrimientos o de transmitirle a su madre la atmósfera del apartamento: la raída grandeza, la ubicua sensación de pérdida, las caóticas defensas que había erigido una anciana contra el mundo exterior, la perturbada vida interior aún evidente en las habitaciones desocupadas, con altares y rituales y hábitos mantenidos durante mucho tiempo pero ya convertidos en meros misterios.

Dos de las habitaciones, los dormitorios pequeños que había al final del abarrotado pasillo, a la derecha, estaban a rebosar de basura. En cada una de ellas había encontrado una cama individual con un viejo edredón cubierto por una capa de polvo. Alrededor de la cama se agolpaban cajas y maletas viejas con toda clase de curiosidades. Aún no sabía lo que iban a hacer con todo aquello. Para realizar un inventario exhaustivo necesitaría semanas, e incluso

meses.

Al menos el dormitorio de Lillian permanecía despejado alrededor del gigantesco armario y la enorme cómoda. También había una cama amplia y un precioso secreter con los cajones cerrados cuyas llaves no logró encontrar y que debían, sospechaba, de contener la documentación de la anciana. Sobre la cómoda había más frascos de perfume de los que hubiera visto en toda su vida. Las compañías de cosméticos ya no fabricaban recipientes así, ni tampoco los envases de porcelana de las cremas y el maquillaje, cuyos contenidos, en su mayor parte, se habían agrietado como la tierra reseca de planetas lejanos.

—Mamá, me gustaría llevarme los trajes. Creo que son de mi talla. Es increíble, ¿no? Me he probado dos abrigos de piel y tres sombreros y es como si estuvieran hechos a mi medida.

—Cariño, ¿dónde vas a guardarlos? ¿En tu minúsculo apartamento? Aquí no tengo sitio, ya lo sabes. Y piensa en el coste, cielo. No tenemos dinero para eso, y encima ahora hablas de dejar el trabajo. Estoy preocupada.

—Pues no lo estés. Dentro de poco nos va a salir la pasta por las orejas.

—Me parece que no, si sigues así. Tienes que ser realista, cariño. El apartamento podría tardar un tiempo en venderse.

—Puedo pagar el transporte con mis ahorros. Pero tendré que mandarte las cosas de Lillian que quiero conservar, para que las guardes en el sótano.

—Cariño, te va a salir por una fortuna. No puedes traerlo aquí. Tendrás que venderlo todo en Inglaterra. ,

—No. Tendré cuidado. Puedo alojarme aquí hasta que se venda y encargarme de todo. Tendremos que sacar el mobiliario. No sé nada sobre antigüedades, así que habrá que contratar a un experto para que haga una tasación. Pero las cosas personales, las personales de verdad, quiero quedármelas. Mamá, son preciosas. Y hablo sólo de la ropa, las fotos y algunas cosillas más.

—Oh, cariño, no sé. Sólo ibas a quedarte dos semanas para vaciar el lugar y venderlo y ahora mira las cosas que estás diciendo...

—Mamá, mamá, es nuestra historia. No podemos tirarla a la basura de cualquier manera. Tendrías que ver las fotos de Lillian y Reginald, son

enternecedoras. Eran tan elegantes... como dos estrellas de cine. No te lo vas a creer cuando lo veas. La gente que está en esas paredes forma parte de nuestra familia. Una mujer con ese gusto, esa clase y ese estilo... Se ha convertido en mi ídolo. Ya sabes cómo me gusta lo retro.

Pero su madre parecía cansada. No tendría que haberla sobresaltado de aquel modo. Sumada a la tensión de que su única hija estuviera al otro lado del océano, la intrusión de cualquier cosa novedosa o extraña en su immaculado *bungalow* de Nueva Jersey le provocaría una grave ansiedad. Tendría que habérselo contado poquito a poco, pero era incapaz de contener la emoción.

Hacía tiempo que los años cuarenta y cincuenta eran su inspiración estilística allí en Nueva York, donde se ganaba la vida vendiendo ropa alternativa y *vintage* en St. Mark's Place. Había tenido que trabajar por salarios de miseria durante los últimos cinco años, que habían pasado volando sin dejarle gran cosa en términos de curriculum, apartamento o nivel de vida. Pero aquel tesoro que había encontrado podía alcanzar miles de dólares en eBay. Y no es que pensara venderlo. Cuando volviera a casa tenía la intención de lucirlo en la mayoría de los locales retro del centro y del Village. Aquella era su herencia. Su abuela había llevado realmente aquella ropa en su época.

La factura de los trajes era exquisita. Había encontrado seis immaculados vestidos de noche de seda y tafetán, dos docenas de trajes de cachemira y lana y dos veces este número de modelos ceñidos de color negro y crema, doblados y guardados en maletas, que su tía abuela debía de haber llevado en los sesenta junto con, quizá, un collar de perlas. Y al ver las joyas para el vestuario no había logrado reprimir un chillido: tres cajas llenas a rebosar de preciosos broches, collares y pendientes revueltos.

La ropa interior de estilo retro había dejado de fabricarse a comienzos de los setenta, y algunos de los corsés y las fajas de su tía abuela debían de remontarse a los años cuarenta. Llevaba mucho tiempo fantaseando con encontrar cosas parecidas en tiendas de ropa usada y mercadillos caseros, y nunca había dejado de probar suerte en saldos de fábricas que cerraban o en puestos de caridad, por si encontraba accesorios antiguos para su propio

guardarropa o para vender en la tienda. El dormitorio de su tía abuela contenía ropa suficiente como para montar un negocio empezando de cero o llenar una sala de subastas entera. Había al menos treinta paquetes de medias de seda sin abrir en el primer cajón de la cómoda, con nombres tales como Mink o Cocktail Kitty. Algunas de las medias más antiguas seguían guardadas entre hojas de papel de seda dentro de cajas de cartón, cuyas tapas lucían con regio orgullo los nombres y el logotipo grabados del fabricante.

Lillian no se había desprendido de una sola pieza de su vestuario. Parecía que, a medida que pasaban las décadas y cambiaban las modas, lo había ido conservando y almacenando todo hasta que, en algún momento de la década de los sesenta, dejó de comprar ropa. No había una sola prenda contemporánea. Así que debía de haberse vestido con aquel estilo clásico hasta el mismo día de su muerte. Si era así, resultaba una asombrosa coincidencia. Apryl rara vez llevaba algo que no pareciera hecho en los años cincuenta.

Sólo la colección de zapatos la decepcionó. Aparte de un par de zapatos bajos de terciopelo con tacón cubano y un par de sandalias plateadas, el resto estaba desgastado por el uso. La madera de los tacones estaba a la vista y los empeines de cuero, rotos o recorridos por profundas grietas. Eran insalvables. Parecía como si su tía abuela hubiese sido muy aficionada a los paseos, pero no tanto a reemplazar su calzado.

—Mamá, mira, no te preocupes. Estoy bien. Todo va a salir bien. Lo único que pasa es que estoy muy cansada. Llevo en pie desde las cinco y media. Todo esto es emocionante y triste a la vez, y no sé qué más. Aún no he acabado de asumir que la tía abuela Lillian vivía aquí. Knightsbridge es como Park Avenue. Entre el dinero que tenía en el banco y la venta de este apartamento vamos a ser ricas, mamá. ¿Me oyes? Ricas.

—Bueno, eso no lo sabes, cariño. Dijiste que había que hacerle algunas reformas.

—Mamá, esto es una propiedad de lujo. Estas cosas se las rifa la gente. Incluso en el estado en el que está. Es un ático, mamá. —El timbre de la puerta trinó como un pequeño badajo que hubiera enloquecido dentro de una campanita de hierro—. Mamá, hay alguien en la puerta. Tengo que irme.

Además, casi no me queda batería en el móvil.

—¿El móvil? ¿Es que me estás llamando desde el móvil? Te va a salir por una fortuna.

—Te quiero, mamá. Tengo que irme. Volveré a llamarte dentro de poco, cuando sepa algo más. —Lanzó un beso por el auricular y luego corrió desde la cocina a la puerta principal para abrir al jefe de porteros.

—Supongo que lo que realmente quiero es saber cómo era. Sobre todo al final. Quiero decir, ha dejado todo esto... aquí dentro... —«Desembrollar» era la palabra que buscaba. Lillian no le había dado la opción de sacar las cosas sin más y vender el piso. Era como si la fallecida estuviera obligándola a involucrarse en su desquiciada existencia.

Sentada en la cocina en compañía del jefe de porteros, Apryl suspiró.

—Le prometo que no lo entretendré mucho tiempo... Yo misma estoy rendida. Me encuentro tan cansada que estoy empezando a tener alucinaciones. Así que quizá no sea el mejor momento para empezar a hacer preguntas, pero... hay algunas cosas que me tienen desconcertada. —No logró disimular la emoción de su voz. Tosió y tomó un sorbo de té negro. Normalmente bebía café, pero Lillian no tenía otra cosa.

Stephen ya no estaba de servicio y se había quitado la corbata, pero a pesar de que eran más de las diez, aún llevaba la camisa de algodón blanca y los pantalones grises de su uniforme, lo que sugería que en su vida no había gran cosa aparte de sus deberes en aquel edificio. Mientras que Apryl se había sentado en la mesa de la cocina, la única habitación del piso en condiciones de recibir a un invitado, él estaba apoyado en la encimera, con una taza de té que ella le había preparado en la mano.

Asintió.

—Supongo que son muchas cosas a la vez. Pensaba que sería más fácil para usted, dado que no llegó a conocer a Lillian. Pero claro, imagino que no haberla conocido es igual de complicado, sólo que de otra manera. Quiere conocerla antes de desprenderse de este lugar.

—Se podría decir que es eso. Y además, estoy viendo cosas aquí que me

recuerdan a mí misma. Si es que eso tiene algún sentido.

Stephen sonrió, un gesto que parecía el prelude a una confesión.

—Lo tiene. Ya había reparado en el parecido. En sus ojos. Pero es irónico. A menudo los inquilinos acaban estando más próximos a nosotros los porteros que a sus propias familias.

—E imagino que nadie piensa nunca en ustedes.

—Oh, no pasa nada. Nos pagan por hacer un trabajo. Pero cuando trabajas mucho tiempo en las casas de la gente, aunque no quieras acabas convirtiéndote en parte de su vida. Como una especie de familia.

—Lillian le caía bien, ¿verdad?

—Sí. Y también a los porteros de día. No creo que el personal del turno de noche la viera nunca. Ni una sola vez.

—¿Y eso por qué?

Se encogió de hombros.

—Siempre procuraba estar en casa mucho antes del anocheecer. —Se dio cuenta de que Apryl estaba confundida e hizo un esfuerzo por explicarse—: Es lo que sucede cuando pasas aquí un turno de doce horas. No es que cotillees, pero por mucho que intentes no hacerlo, acabas fijándote en toda clase de detalles. Y nos pagan para ser observadores. —La estaba preparando para algo. Apryl se había dado cuenta de que era un hombre de modales impecables y muy profesional, que no quería decir nada fuera de lugar ni parecer indiscreto. Puede que fuese la política del personal. Pero estaba cansada y quería que fuese franco con ella. Si Lillian no recibía visitas ni amigos, entonces la gente con la que tenía que hablar eran los empleados de Barrington House. Parecía que, al final, lo único que tenía eran los porteros. Y la mera idea de una vida reconstruida únicamente por ellos la hacía sentir decaída de nuevo.

Le ofreció a Stephen una sonrisa cansada.

—Por favor, Stephen, puede ser franco. Necesito saber algunas cosas para poder pasar página. La curiosidad me está matando.

El portero asintió. Se miró los pies. Se pasó la lengua por las encías.

—Como ya dije antes, era una mujer excéntrica.

—Pero ¿en qué sentido, concretamente? O sea, ¿hablaba sola en voz alta

y...?

—Sí. Lo hacía, sí. Pasaba la mitad del tiempo en su propio mundo. En su cabeza. Y nunca parecía demasiado feliz cuando estaba allí.

Apryl sintió que se quedaba boquiabierta.

—Pero también había momentos en que se mostraba completamente lúcida. Y entonces era la elegancia personificada. Su tía era una mujer de una educación exquisita. Una mujer de una pieza. Aunque nunca pasábamos más que un rato del día con ella, cuando salía. Todos los días a las once, como un reloj. Pero...

—Continúe.

Stephen esbozó una sonrisa incómoda.

—En estos tiempos no es habitual ver a una mujer con sombrero. Con un velo. Pero Lillian nunca salía sin él. Ni sin sus guantes. Y siempre vestía de negro. Como si estuviera de luto. Era toda una celebridad en el barrio. Todo el mundo la conocía. Y cuidaba de ella. Los vecinos, los tenderos y los taxistas la traían a casa cuando la encontraban por ahí, confusa.

—¿Qué quiere decir con «confusa»?

Stephen se encogió de hombros.

—Su tía salía a dar su paseo todos los días, hiciera sol o estuviera lloviendo. Pero entonces se ponía nerviosa y había que llevarla a casa. La mayoría de las veces se animaba al volver a ver el edificio. Al final, si podía prescindir de ellos, yo solía pedirle a alguno de los porteros que la siguiera cuando salía. O lo hacía yo mismo. Nunca se alejaba demasiado, pero nunca tomaba la misma ruta dos veces. Siempre acababa en sitios distintos.

—Qué horror.

El portero volvió a encogerse de hombros con expresión de impotencia.

—¿Qué podíamos hacer? No somos niñeras.

—Me pregunto lo que le pasaría por la cabeza en esos momentos.

—Antes de marcharse siempre me decía: «Bueno, adiós, Stephen. Si no volvemos a vernos, cuide usted de mi amor.» Y siempre llevaba las mismas cosas: una maletita y un paraguas negro, como si se fuese de viaje. Pero todos los días regresaba al cabo de un par de horas. Lo que más nos preocupaba era que se perdiese. Algunos taxistas paraban al verla y le decían: «Sube, Lil, te

llevo a casa.» Y si estaba lista, se montaba y les respondía: «Hoy no voy a ir más lejos. Hoy no. Pero mañana volveré a intentarlo.» Siempre lo mismo, todas las veces. Todos me lo contaban. Y la traían a casa. En cierto modo, siempre he creído que es tranquilizador saber que todavía existe un cierto sentido de comunidad, al menos entre los trabajadores del barrio. Todos conocían a su tía Lillian.

—¿Y las flores? Debía de haber miles en el dormitorio.

Stephen se encogió de hombros.

—Nunca me dijo para qué eran ni por qué las recogía. Pero desde que la conocí, siempre volvía a casa con ellas. Siempre rosas. En dos ocasiones la sorprendieron cortándolas en los jardines delanteros de Chesterfield House, en Mayfair. Por suerte, conozco al jefe de porteros del edificio, así que no hubo problemas. Pero podía ser algo incómodo. A veces las sacaba de los cubos de la basura, o se iba sin pagar de las floristerías.

—¿Y cómo murió? En el certificado de defunción decía que de un ataque al corazón.

Stephen se secó la boca. Parecía tener dificultades para mirarla a los ojos. Lo intentó dos veces y no lo consiguió.

—Por favor, Stephen, dígamelo.

—Murió en el asiento trasero de un taxi, Apryl. Le dio un ataque de pánico cuando estaba en la calle. En uno de sus paseos. El taxista la vio. Parecía realmente angustiada. Había llegado hasta Marble Arch. Más lejos que nunca, que yo sepa, y es una distancia bastante considerable para una mujer de su edad. Pero aquel día estaba distinta. Verá, por lo general, cuando alguien la encontraba, hablaba sola o golpeaba el aire con el paraguas o el bastón. No era algo insólito. Todos la habíamos visto hacerlo. Como si estuviera muy metida en una discusión con alguien que no se encontraba allí. Y normalmente, la agitación se producía justo antes de que diera media vuelta y regresase a casa. O, como le he dicho, de que alguien la recogiera y la trajese hasta aquí. Pero la mañana en que murió, según el taxista parecía enferma. Realmente agotada. Estaba apoyada en la barandilla del parque. Muy pálida y casi a punto de desplomarse. Algo la había enfurecido hasta el punto de agotar todas sus fuerzas. Así que paró y la ayudó a subir al coche.

Pero no llegó a salir del trance, como otras veces. Parecía... aturdida. Como si ya no supiera dónde se encontraba ni adónde iba. El taxista paró y telefoneó a recepción para pedirnos que llamáramos una ambulancia. Pero murió de camino aquí. Desde mi punto de vista, fue un fallo general de su organismo. Eso pensé. Y lo más raro es... Bueno, salió del trance justo antes de morir. Al mismo tiempo que el taxi entraba en la plaza. El taxista dice que la vio en el espejo. Angustiada. Realmente angustiada, al final. Bueno, o asustada, se podría decir. De algo. Como si hubiera alguien sentado a su lado.

Apryl miró los restos de su té. Al cabo de un largo e incómodo silencio dijo:

—¿No habría estado mejor en una residencia?

—Sí, posiblemente. Pero tenía una enfermera, y cuando venía, Lillian estaba perfectamente. Era un poco excéntrica, pero estaba lúcida y era más que capaz de cuidar de sí misma. Se trataba de una mujer muy fuerte para su edad. Sólo cuando salía... cuando dejaba el edificio... se... en fin, se ponía así.

Podía haber sufrido cualquier cosa: Alzheimer, demencia... Si su madre y ella lo hubieran sabido.

—Pobre tía Lillian —dijo.

Pero Stephen no le estaba prestando atención. Parecía sumido en sus propios pensamientos.

—Pero lo más extraño aquel día —dijo de repente— estaba en su bolso. —Frunció el ceño mientras se miraba los pies, intrigado—. Llevaba un billete de avión. A Nueva York. Junto con un pasaporte que había caducado hacía cincuenta años. Parece ser que estaba realmente decidida a abandonarnos de una vez por todas.

Después de que se marchara Stephen, Apryl comió un poco de pasta con pesto que había comprado en una tiendecita de Motcomb Street y luego se dio un baño. No había ducha. Ni tan siquiera un accesorio similar que se pudiera acoplar al viejo grifo de acero. Así que se sentó en el banquillo acolchado que había junto a la bañera y observó cómo caía la gruesa cascada de agua, con un ruido hueco, sobre el desgastado esmalte. Su presencia desencadenó una serie de sonidos de succión y circulación detrás de las

descoloridas paredes del baño. Mientras esperaba a que se llenara la bañera, fue a sacar la poca ropa que había traído consigo y dejó la maleta sobre la cómoda del dormitorio de Lillian.

De repente se dio cuenta de que estaba buscando algo que hacer. Tratando de distraer su mente para no pensar en la idea de dormir sola en el apartamento ni en las cosas que su tía abuela se dedicaba a hacer por las noches. Los dos dormitorios del fondo llevaban demasiado tiempo en desuso y se usaban sólo como trasteros, así que era poco probable que entrara en ellos si no era para sacar algo. El salón nunca se utilizaba para otra cosa que para almacenar flores frescas encima de las flores muertas del altar de la ventana. Aquella habitación era sagrada para su tía. Y el mobiliario estaba cubierto con sábanas para protegerlo del polvo. En el apartamento no había televisión. Ni tan siquiera una radio que funcionara. Había encontrado una vieja radio averiada en una caja de bakelita, envuelta en periódicos y guardada en el fondo de una caja de jarras de peltre. Pero aparte de eso y de unos pocos libros en el dormitorio, ninguno de ellos reciente, no alcanzaba a imaginar cómo ocupaba su tía abuela las largas noches que pasaba allí encerrada, sin ninguna compañía. No era de extrañar que hablase sola. Apryl llevaba allí únicamente un día y estaba lista para empezar a hacerlo.

Después del baño, durante el cual se le cerraron los párpados y se abandonó a un sueño ligero que duró lo que tardó el agua en enfriarse, se dirigió al dormitorio y cerró la puerta. Bajo el viejo edredón acolchado la cama parecía limpia, pero fue incapaz de meterse entre las sábanas. En lo alto del armario encontró unas mantas y se preparó un nidito provisional con ellas encima de la colcha.

Al apagar la luz, la profunda oscuridad de la habitación la sobresaltó un poco. Se quedó parada un momento antes de tumbarse, pero se obligó a calmar su intranquilidad. Estaba demasiado cansada para eso. Con bragas limpias y una camiseta de Social Distortion, se hizo un ovillo mirando en dirección a la puerta, como hacía siempre que dormía en algún sitio desconocido.

Allí tumbada oía el ocasional ruido de los coches que pasaban bajo la ventana de su cuarto, en Lowndes Square. Proyectó sus cada vez más

adormilados pensamientos hacia fuera, hacia Londres, en lugar de dejar que dieran vueltas y comenzaran a explorar el apartamento, las extrañas y abarrotadas habitaciones en las que se había hecho la oscuridad y el silencio.

Pegó aún más las rodillas al estómago, juntó las manos y las enterró entre los cálidos muslos, como siempre había hecho desde la infancia. Y al instante se dio cuenta de que estaba sumiéndose en un pesado sueño, un sueño que duraría horas, la noche entera. Su mente descendió y se alejó de allí. Hasta que por fin quedó en calma. Al contrario que la habitación, más allá de sus cerrados párpados.

Desechó el susurro y el ruido sutil de unos pies sobre el suelo, que se movían rápidamente de la puerta al pie de la cama. Sólo era su compañero de piso, Tony. Que, como siempre, caminaba de puntillas para recoger vete a saber qué cosa abandonada antes por él mismo en el cuarto. Demasiado cansada como para abrir los ojos, en una parte muy lejana y cada vez más pequeña de su consciencia sabía que no tardaría en marcharse. En esfumarse.

¿Qué quería ahora, plantado al pie de la cama e inclinado sobre ella? Sintió que la alargada presencia se extendía sobre sus pies y hundía una rodilla al borde de la colcha.

Despertó bruscamente, aterrada, con la frente empapada de un sudor frío. Completamente desorientada, contemplaba con los ojos una oscuridad total. Se incorporó.

—¿Qué quieres? —preguntó, pero no obtuvo respuesta, y durante algunos segundos fue incapaz de comprender dónde se encontraba o cómo había llegado hasta allí.

Hasta que la memoria le proporcionó unos pocos detalles: Tony no estaba allí, ni tampoco ningún otro compañero de piso. Se encontraba en Londres. En el nuevo apartamento. El de Lillian. Entonces, ¿quién...?

Con una mano, tanteó alrededor de la mesita de noche en busca de la lámpara. La encontró. Buscó a ciegas el interruptor. Un gimoteo escapaba de sus labios. Pegó las rodillas al pecho. Sentía el cuerpo dolorosamente vulnerable y expuesto a la figura que se encontraba tan próxima en la oscuridad. Sus dedos encontraron al fin el viejo y tosco interruptor y lo pulsaron. La pesada base de la lámpara se balanceó sobre la mesa. Entonces,

de repente, la pálida luz inundó la habitación marrón.

No había nadie. Estaba sola en el cuarto.

Hasta el último centímetro de su cuerpo se relajó de alivio. Respiraba a bocanadas, como si acabara de subir corriendo una escalera. Habían sido las cortinas, mecidas suavemente por una corriente de aire, o los viejos tablones del suelo, que corregían su posición. Como sucede en los edificios viejos que no conoces bien.

Se tapó la cara con las manos. La tensión la abandonó bruscamente y se sintió como una estúpida.

Pero la experiencia de una alienación tan acusada y el terror de la intrusión la habían alterado tanto que intentó dormir incorporada y con la luz de la mesilla de noche encendida. La dejó así toda la noche. Algo que no había hecho desde la primera y única vez que viese *El exorcista*.

Capítulo 6

Algún tiempo después de medianoche, los inquilinos dejaron de molestar a Seth, y el olor a azufre y humo de los pisos superiores del bloque oeste se dispersó durante su tercera investigación, mientras buscaba su origen entre los cubos de la basura. Pero la somnolencia que le impedía concentrarse en el *Evening Standard* aumentó cuando volvió a estar detrás de su mesa. La cabeza le caía sobre el pecho cada pocos minutos. Cosa que no era habitual. Por lo general no le entraba el sueño hasta las dos de la madrugada, como muy temprano. Debía de ser el virus que su cuerpo estaba ocupado cultivando para convertirlo en algo más que unas décimas de fiebre y un leve dolor en el fondo de la garganta.

Decidió echar una cabezadita de pocos minutos. Así despertaría más fresco y podría mantener los ojos abiertos al menos durante unas horas.

Se quedó profundamente dormido.

El sueño se prolongó lo que le parecieron unos pocos minutos, antes de que un movimiento cercano y una sombra delante de sus párpados cerrados lo despertasen.

Seth se incorporó, alerta.

La recepción estaba desierta.

Con un escalofrío, volvió a retreparse en su asiento.

Y volvió a adormecerse.

Pero despertó al cabo de un momento, convencido esta vez de que había un rostro pegado al cristal de la puerta principal, frente a su mesa. Pero al

abrir los ojos de par en par e inclinarse hacia adelante en la silla, al tiempo que se aclaraba ruidosamente la garganta, lo único que pudo ver en la oscuridad fue su propio rostro devolviéndole la mirada: un rostro solemne y fino de ojos oscuros.

Alterado, bajó al sótano, donde se fumó dos cigarrillos y se bebió una taza de café. Pero a pesar de sus esfuerzos por mantenerse despierto, a los pocos momentos de haber regresado a su silla tras la mesa de recepción, volvía a cabecear. Se hundió en las acogedoras profundidades del sueño.

Hasta que volvió a oír el susurro de una tela justo al lado de su oído. Y una voz. Alguien que decía:

—Seth. —Y al cabo de un instante, de nuevo—: Seth.

Se incorporó bruscamente en la silla, como impulsado por un resorte, con el corazón acelerado, y miró a su alrededor. Enderezó la espalda y comenzó a balbucir una disculpa, como si estuviera seguro de que iba a encontrar un inquilino en pijama inclinado sobre la mesa. Pero no había nadie. Se lo había imaginado. ¿Cómo era posible? La boca estaba pegada a su oreja. Estaba seguro de haber sentido hasta el frío aliento de su dueño.

El brillo de las blancas luces eléctricas de la recepción hacía que le dolieran los ojos.

Todavía intranquilo, volvió a la silla y encendió la televisión. Se frotó la cara con las dos manos y sacudió el cuerpo entero. Pero era como si no tuviera alternativa y no pudiese controlar el empeño de su mente en quedarse dormida. O en volver al sueño.

Tras la esquina del bosque apareció una pequeña figura. Ataviada con una chaqueta gris con capucha, observó a Seth, que, encerrado en la cámara de piedra, aferraba con las manos los fríos barrotes de la puerta que le impedía salir. Mientras cambiaba de pie dando un salto, Seth tragó saliva y se dijo que ojalá la figura no desapareciera ni pasara de largo.

Al tratar de sonreír descubrió que no tenía control sobre los músculos faciales. Debía de parecer que estaba a punto de echarse a llorar. Dejó de intentarlo y saludó con la mano. Azorado al ver que la figura encapuchada ni

siquiera se movía, dejó que la mano cayera a un lado y volvió a preguntarse si debía acurrucarse en un rincón y no volver a molestar a nadie. Por eso estaba allí.

La figura se apartó de los árboles. Lentamente, anduvo por la crecida hierba, esquivando los sitios donde se acumulaban las ortigas oscuras y húmedas, hasta llegar al borde de los escalones de piedra. Las macetas que había sobre ellos contenían unos tallos secos de color marrón. La figura levantó la mirada hacia él. Seth no pudo distinguir ningún rostro en el interior de la capucha.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el muchacho. —Seth.

—¿Por qué estás ahí?

Seth se miró los pies. Hizo una pausa para tragar saliva, levantó la mirada y se encogió de hombros,

—No lo sé.

—Yo sí. Te entró miedo y te volviste loco. Como yo. Vas a estar siglos ahí metido. Y luego en un sitio mucho peor.

En el interior de su prisión de piedra, Seth sintió que algo frío revoloteaba en su estómago. Se le puso la piel de gallina y sus ojos se movieron de un lado a otro sin control. Le costaba respirar.

—Da un miedo que te cagas, ¿eh? —dijo el muchacho.

Unas lágrimas ardientes resbalaron por el rostro de Seth y agarró los barrotes con tal fuerza que sus manos perdieron toda sensibilidad. Pero no dejó de hacerlo, a pesar de que sabía que le saldrían sabañones.

—Es demasiado tarde —dijo con una vocecilla que se quebró al final de la frase.

—De eso nada —respondió el niño de la capucha con voz desafiante—. Yo puedo sacarte de ahí.

—Pero nos meteremos en líos —respondió Seth, y se detestó por haber dicho aquello.

—¿Y qué coño importa eso? Además, nadie piensa en ti. Ya no. Se han olvidado.

Seth trató de responder que no, pero sabía que el niño encapuchado estaba diciendo la verdad.

—¿Quieres salir? —preguntó el niño mientras metía la mano en uno de sus hondos bolsillos.

Seth sorbió por la nariz para contener las lágrimas y asintió.

El muchacho sacó una gran llave de hierro del bolsillo de su chaqueta. Pero Seth no la miró. No podía apartar los ojos de la mano del niño. Era morada y amarilla y bastaba con mirarla para ponerse enfermo. La piel se había fundido y luego se había endurecido de nuevo. Algunos de los dedos estaban pegados entre sí.

Los dedos torcidos se cerraron sobre el mango grande en forma de mariposa de la llave y la hicieron girar en el interior de la cerradura. El mecanismo emitió un chirrido antes de que el portal se abriera de par en par.

Demasiado aterrado para sacar los pies desnudos del suelo de mármol de la cámara, Seth permaneció allí dentro un momento, temblando. El muchacho retrocedió hasta el pie de la escalera y lo miró desde allí. Volvió a meter las manos en los bolsillos de su chaquetón y reasumió su postura de costumbre: relajada pero expectante.

El cielo sobre el bosque se ensombreció. O se aproximaba la noche o las nubes estaban acercándose a las copas de los árboles.

El muchacho encapuchado empezó a volver la cabeza en derredor y a observar los árboles. De una manera instintiva, Seth supo que tenía que darse prisa y tomar una decisión. ¿Se quedaba o se iba? Era como si se hubiera abierto una puerta mucho más grande en el mundo más allá de la celda y si no se daba prisa pudiera volver a cerrarse y dejarlo allí atrapado. Y si permanecían mucho tiempo en el mismo lugar podrían llamar la atención. Tenía la sensación de que en cualquier momento, alguien podría verlos desde los árboles.

Atravesó la puerta y salió a la hierba caminando con unas piernas que no estaban acostumbradas al ejercicio. Se imaginaba sus miembros como unas verduras alargadas, reblandecidas tras pasar demasiado tiempo en el fondo de la nevera.

De pie sobre la hierba, lo asombró la sensación de su tacto sobre unos pies acostumbrados a la piedra, y del roce de la brisa sobre la piel desnuda, y de la emoción que lo embargaba al ver una senda que se adentraba en el

denso follaje caduco del bosque.

El muchacho encapuchado echó a andar hacia los árboles. Inquieto, Seth fue tras él.

Desde el linde del bosque, se volvió una última vez para contemplar la cámara y su lucecilla amarilla. Algo más adelante en la vereda, el muchacho instó a Seth a seguirlo por el procedimiento de esperar y mirarlo sin hacer nada hasta que estuvieron juntos entre los árboles.

—¿Adónde vamos? —preguntó al muchacho encapuchado.

—Lejos de aquí.

Seth tragó saliva y sintió el sabor del pánico.

—Si vuelves allí, no podremos sacarte otra vez. Te quedarás ahí. Siempre pasa. Hay muchísima gente atrapada. Los veo todo el rato. No saben cómo escapar.

—¿Qué quieres decir?

—Sólo una parte de ti está todavía viva, Seth. El resto está aquí, siempre. Y cuando mueras volverás a este lugar. Durante mucho tiempo. —La cabeza encapuchada asintió en dirección a la jaula de mármol—. Es lo que pasa. Entonces se hará la oscuridad, donde no se puede ver nada. Ni recordar gran cosa. Es como si estuvieras en el mar, de noche. Hace frío y te estás ahogando y nadie acude a ayudarte.

Con nerviosismo, Seth comenzó a dar pasitos adelante y atrás.

—Soy tu amigo, Seth —dijo el niño con voz más vehemente, más madura—. Tienes suerte de que hayamos venido. Puedes confiar en nosotros.

—Lo sé. Lo sé. Gracias. En serio, gracias. —Se sentía mejor. Agradecido, pero también azorado. Tenía muchísimas cosas que preguntar, pero no quería fastidiar a su nuevo amigo, que lo había dejado salir de allí—. ¿Quiénes...? O sea, ¿has dicho «nosotros» y «ellos»?

Como si no lo hubiera oído, el muchacho encapuchado reanudó su marcha alejándose de la cámara. Las ramas y los matorrales mojados le arañaban el nylon del chaquetón. Seth lo siguió, caminando cada vez más deprisa, hasta que se alejaron tanto de la cámara que se preguntó si podría volver a encontrarla. Estaba empapado por el rocío y las ortigas se le clavaban en las espinillas.

—No tengas miedo, Seth. Al principio es un poco raro. Todo te parecerá extraño. Pero al cabo de un tiempo te acostumbras. Yo tenía sólo diez años cuando me quedé atrapado. En una tubería de hormigón, cerca de un parque infantil.

—¿En serio, una tubería?

—Entonces acabaron conmigo con fuegos artificiales. Mis amigos. —Se detuvo. Sacó las manos de los bolsillos y Seth vislumbró por un momento una articulación deformada y una carne de color morado, antes de que las largas mangas bajaran y cubrieran las extremidades hasta las yemas de los dedos—. Ahora que has salido de ese sitio vas a ver las cosas como realmente son, Seth. Cuando la gente como tú y como yo sale de los sitios donde nos meten, lo vemos todo. Y entonces hacemos lo que tendríamos que haber hecho desde el principio.

—¿En serio?

—Sí. Y tú vas a pintar lo que veas. Ellos te enseñarán cómo. Vas a ser genial, amigo. El mejor. Me lo han dicho. Y luego tú también harás cosas por nosotros.

—¡Claro! —dijo Seth, repentinamente emocionado, aunque sin saber muy bien lo que iba a tener que hacer.

—Al principio te dará mucho miedo. Pero no querrás regresar. Yo no quise hacerlo, una vez que salí de aquella tubería.

Seth asintió, disfrutando de la nueva sensación de liberación que experimentaba fuera de la cámara. Sí, sentía que había una verdadera diferencia, una libertad real que no lograba definir del todo. Era una presencia informe y nueva, pero lo hacía temblar de placer. Era algo que había deseado la mayor parte de su vida y luego había olvidado. No recordaba la última vez que se había sentido tan entusiasmado por algo.

Al poco, el bosque comenzó a ralearse a su alrededor. El aire se tornó más frío y el color del cielo se aclaró hasta transformarse en un gris acuoso.

—Éste es mi sitio —dijo el chico encapuchado—. Quería enseñarte dónde me quedé atrapado. La mayoría de la gente va a un lugar al morir, como te he dicho. Y no puede salir. Hasta que ese sitio se vuelve todo oscuro. Y no te gustaría esa oscuridad, colega. Ni hablar. Yo la he visto. Es el fin de todo.

Pero vamos a enseñarte a moverte alrededor de los demás aquí abajo, colega. Están jodidos. Pero tú no tienes por qué estarlo.

Salieron del bosque y se encontraron en una amplia franja de tierra desolada. Unas hierbas solitarias y tenaces crecían en medio del lodo que se le pegaba a Seth a los pies y lo hacía resbalar. En la distancia, a la izquierda, podía ver un grupo de casetas con el tejado de plástico y ventanas de polietileno rotas. Entre las casetas había parcelas invadidas por la maleza. Justo delante de ellos se veía un parque infantil.

Caminaron hacia allí. Cada pocos metros pasaban junto a excrementos secos de perro y fragmentos de botellas rotas. El chico encapuchado comenzó a saltar y a canturrear para sus adentros. Parecía contento por la forma en que estaban saliendo las cosas.

En el parque había un tobogán y cuatro columpios de cadenas metálicas y asientos de plástico suspendidos de una estructura de metal, así como un carrusel de planchas de metal oxidadas con el techo de madera sólidamente anclado a una base de hormigón. La pintura de color brillante del armatoste estaba desconchada y se podía ver el metal marrón que asomaba por debajo, barnizado posteriormente por la grasa de numerosas manitas. Había un enorme foso de arena lleno de cristales rotos y carcasas de petardo. Un trozo de una muñeca de plástico languidecía en un charco de lluvia. Tenía la cabeza agrietada. Se veía un agujero de color oscuro entre su cabello rubio y rizado. La herida parecía real. Y también le faltaba un ojo. La violencia de la imagen lo hizo estremecer. Junto a la muñeca había unas cuantas páginas de una revista pornográfica. Al mirarlas, Seth vio una mujer con las piernas abiertas y un dedo entre los grandes y morados labios.

—Menudo vertedero, ¿eh? —dijo el niño.

Seth asintió y lo siguió lejos del parque hasta llegar a dos enormes bloques de viviendas, que se alzaban hacia las nubes hasta tal altura que tuvo que entornar la mirada al levantar los ojos. No se veían luces encendidas y parecían abandonados. Las paredes estaban cubiertas de pintadas hasta la altura de un niño, y el viento arrastraba restos de basura por las calles que los separaban.

Seth contempló las cosas que había alrededor de sus pies: paquetes de

galletitas saladas, latas de refresco y otras con las etiquetas borradas, un neumático, una pieza de un motor de coche, un televisor roto y un par de leotardos empapados por la lluvia y secados luego tantas veces que tardó un rato en descifrar qué era aquella cosa quebradiza de largos tentáculos. Los restos de un dibujo infantil hecho con ceras de colores —rosa, amarillo y azul— manchaban el pavimento. La lluvia no había conseguido borrarlos del todo. Y parecía que acababa de llover. El hormigón estaba húmedo y había algunos charcos en las calles. Seth supuso que el lugar estaría siempre mojado. Se estremeció y se rodeó los costados con los brazos. Debía de ser horrible hasta en verano. Cuanto más se acercaban a los edificios, más intenso era el olor a orina y a lejía.

Mientras caminaban entre los gigantescos bloques de apartamentos, se levantó un viento que hizo que Seth se encogiera de frío. Alzó la mirada y le dio la impresión de que los edificios estaban inclinados sobre él, listos para desplomarse. Tuvo que apoyar una mano en un muro de guijarros para no caerse.

A continuación llegaron a un pequeño y salobre arroyo que atravesaba el llano y monótono paisaje de hierba tenaz, salpicado de excrementos y cristales.

El lodo de las orillas y el lecho del arroyo eran de un brillante color anaranjado y olían como los espacios bajo los fregaderos de las cocinas, donde se guardan botellas de plástico. Bajo los pies de Seth, un letárgico reguero de agua se movía entre una lata de pintura oxidada y un cochecito roto de los que usan las niñas para pasear a sus muñecos. Los jirones de un lienzo morado colgaban de la estructura de plástico blanco. Más avanzado el arroyo, Seth vio una gran tubería de desagüe de color gris. En el interior de la boca, el hormigón estaba teñido de naranja. Miró al muchacho encapuchado, que asintió sin decir nada. Menudo lugar para morir.

Cruzaron el arroyo. Hasta donde alcanzaba la vista, el paisaje nunca cambiaba: parcelas abandonadas, parques vacíos, desechos y bloques de apartamentos levantados sobre una planicie yerma. Hasta el fin del mundo.

—También hay baños —dijo el muchacho encapuchado sin volver la cabeza hacia Seth—, No te los he enseñado. Y en algunos de los pisos he

encontrado gente.

—¿También están atrapados?

El muchacho asintió.

Seth se estremeció.

—¿No puedes ayudarlos a salir?

El muchacho se encogió de hombros y luego dijo:

—No. Están acabados. Encontré a un niño mongólico con una bolsa de plástico en la cabeza que no podía salir. No entendía nada de lo que le decía. Y también había una vieja que respiraba los vapores que salían de una caldera. Estaba tendida sobre el linóleo, como enferma. Y también un hombre que no me gustó. Estaba sentado en una silla, junto a una estufa de gas, y me pidió que le mirara la colita.

—¿Podemos continuar? Tengo frío —dijo Seth.

—Sí. Sólo quería enseñarte dónde vivía.

—Gracias.

—La mayoría de la gente sólo puede ver estos sitios en sueños que olvidan al llegar la mañana. Y cuando se mueren ya es demasiado tarde. Regresan y esperan a que los alcance la oscuridad.

Volvieron por donde habían venido, en dirección al bosque.

—¿Quién te sacó de aquí? —fue la última pregunta de Seth antes de que abandonaran aquel páramo.

—Un hombre —respondió el muchacho—. Es artista. Como tú. Y algunas personas que conoces le hicieron cosas malas.

—¿Quiénes?

—Nos va a ayudar. Es tu colega. Lo conocerás, Seth. Dentro de poco. Pero antes tienes muchas cosas que hacer por nosotros.

Seth despertó con un sobresalto y tardó un momento en comprender dónde se encontraba. Al mirar a su alrededor vio cosas que conocía: la mesa semicircular a la que se sentaba, con el teléfono del edificio y el panel de metal con las alarmas de intrusos y de incendios conectadas a todos los apartamentos, el transistor, las paredes amarillas de la espaciosa zona de

recepción, las plantas de pega, el ordenado montón de ejemplares de *Tatlers* y *London Magazines* sobre la mesilla de mimbre y los monitores de seguridad en la mesa, ante él, con sus pantallas amarillas y verdes. Sobresaltado, tuvo el convencimiento de que alguien iba a gritarle, o al menos estaría frente a la mesa, reprochándole con la cabeza el que se hubiera quedado dormido durante su turno.

Pero no había nadie. Ambos ascensores estaban en su sitio, tras las puertas metálicas. Las salidas de incendios al pie de cada escalera estaban cerradas. La puerta principal tenía la llave echada. Nadie había entrado en la recepción y nadie lo había visto allí dormido.

Echó un vistazo al reloj y comprobó que eran casi las cuatro en punto. Llevaba tres horas durmiendo. El dolor que sentía en la espalda era el mejor testimonio del tiempo que había pasado en aquella posición incómoda. Exhaló una bocanada de aire con lentitud y se arregló la corbata. Al volver la cabeza oyó un crujido en el interior de su cuello, antes de que los músculos se calentaran y recobraran la flexibilidad. Luego estiró las piernas. Se le habían agarrotado las rodillas de tenerlas suspendidas sobre el borde de la silla mientras permanecía reclinado.

Nunca se había dormido tan profundamente en el trabajo. Pasarse varias horas así era algo insólito, que no le había sucedido antes. Recordaba lo suficiente sobre su sueño como para saber que había vuelto a ver aquel lugar. La cámara de piedra, el mausoleo al borde del bosque... Pero esta vez había algunas diferencias. El niño de la capucha y las quemaduras no habían aparecido en el primer sueño.

Era el mismo niño que había visto junto al pub, observándolo. Su subconsciente había insertado la figura en el sueño. Volvía a recordar con sorprendente claridad lo que era ser un niño. Lo había recobrado en el sueño. Y había estado llorando de frustración mientras dormía. Notó la leve tirantez de los salados regueros dejados por las lágrimas en sus mejillas al bostezar. Casi sintió deseos de volver a dormirse para revivir la embriagadora sensación de la huida, el consuelo de un nuevo compañero, la expectante anticipación de la aventura.

Pero entonces comenzó a tiritar, y cuando trató de tragar saliva, fue casi

incapaz de hacerlo. Le ardía el rostro de fiebre. Sentía deseos de tenderse en el suelo y dejarse morir. Un persistente sentido del deber lo obligó a mirar los monitores. En la hilera de pantallas en blanco y negro no se veía a nadie en la calle, ni en las veredas que discurrían tras el jardín ornamental, ni en el garaje del sótano.

Y entonces se detuvo y miró a la izquierda. Olfateó el aire. Se levantó. Apresuradamente se olió la manga de la chaqueta y luego las manos. Apestaban a azufre, puede que a pólvora, y al denso y grasiento humo que expelen las cocinas de gas. Su cuerpo entero exudaba aquel tufo, así como la mesa y la zona de recepción hasta las puertas de los ascensores.

Capítulo 7

No había espejos en el dormitorio, hasta donde podía ver Apryl con la escasa luz de la mañana que se colaba entre las cortinas abiertas, así que fue al baño y revisó los alféizares de las ventanas detrás de las persianas y el pequeño botiquín, que contenía unas vendas y un frasco de desinfectante pero no un espejo. Husmeó en los dos dormitorios del final durante cinco minutos más. Pero no encontró un solo espejo por ninguna parte.

Volvió al dormitorio principal y registró las cajas de cosméticos en busca de un espejito de mano. Nada. Pero se fijó en un espacio vacío, en la parte de atrás de la cómoda, entre dos bastidores verticales de madera, que a buen seguro había albergado en su día un espejo ovalado.

Intrigada, regresó al baño, donde encontró cuatro agujerillos en la pared, sobre la pila. Agujeros de taladro, con los tacos de color marrón aún en su interior. Agujeros para tordillos que en su día debieron de sujetar un armarito. Un armarito que, casi con toda seguridad, debía de tener puertas con espejos.

En la pared que había detrás de la bañera vio dos agujeros más. Eran más grandes, para tornillos más largos, capaces de sujetar un espejo de mayor tamaño. Que también habían quitado. Y sin embargo no habían cambiado la decoración de la habitación ni la habían pintado de nuevo, así que no habían descolgado el armarito y el espejo para modernizar el lugar o animarlo con una capa de pintura o unos azulejos más alegres. Las paredes, amarillentas y cubiertas por unas manchas de humedad seca parecidas a nubarrones, llevaban así mucho tiempo.

De regreso al cuarto examinó con mayor detenimiento las paredes del pasillo que llevaba a los dormitorios. El día anterior no había podido hacer otra cosa que someterlas a una inspección pasajera, porque le inspiraban inquietud. La culpa era de las manchas y del papel levantado aquí y allá. ¿Tanto tiempo había pasado incapacitada Lillian? Le costaba aceptarlo, teniendo en cuenta que su abuela Marylin había sido una mujer ordenada y pulcra hasta la neurosis, y la elegancia y perfección con la que aparecía Lillian acicalada en todas las fotografías.

Pero el misterio de la ausencia de espejos volvió a hacerse presente de manera incómoda cuando reparó en la absoluta falta de elementos decorativos en todas las paredes del apartamento. No había un solo cuadro u ornamento en el pasillo. Ni en la cocina o en los tres dormitorios. No se había fijado en ello el día antes. Pero ahora, cuanto más inspeccionaba el papel viejo del abarrotado pasillo y de los desordenados dormitorios, más evidencias encontraba de la presencia de los tornillos y accesorios de acero que en su día debían de haber sujetado cuadros, espejos y adornos. Cosas que su tía abuela, en algún momento, había decidido quitar del apartamento. Y estaba segura de que, al registrar las cajas, los cajones y los dos dormitorios que hacían las veces de trasteros, no había encontrado una sola acuarela, una marina, un trofeo de caza, un óleo, o cualquier otra de las cosas, fueran las que fuesen, con las que Lillian y Reginald habían decorado en su momento las paredes de su hogar.

Las habían hecho desaparecer en su totalidad. No sólo de las paredes, sino del propio apartamento. Stephen le había dicho que Lillian era una de esas personas que lo guardaban todo, que no había tirado nada en todo el tiempo que él había pasado como jefe de porteros. Así que sólo quedaba el trastero del sótano como posible depósito de los cuadros y espejos. Apryl frunció el ceño y pasó un dedo por la pequeña llave de hierro negro que acompañaba en el llavero a las de la entrada.

—Y la señora Lillian no tiraba nada —dijo Piotr. Sudaba copiosamente. Su traje parecía irle tan ajustado que debía de resultarle incómodo, y tenía el rostro rosado y cubierto de humedad. Le recordaba a una salchicha de perrito caliente, con la carne rojiza a punto de estallar bajo la membrana de la piel. Y

nunca dejaba de parlotear con una jovialidad forzada y carente de todo sentido del humor o ingenio. Su educada sonrisa comenzaba a fastidiarla mientras la bombardeaba con irritantes preguntas, la mayoría de ellas sobre dinero, sin esperar a recibir respuesta—. Y puede que la señora Lillian guarde el oro aquí, ¿no? Puede que una de las cajas esté llena del dinero, ¿no? Así no tendrá que comprar billetes de lotería, ¿eh?

Bajaron al sótano. A lo que el personal llamaba las «jaulas». Bajo aquel mundo de millonarios, con sus alfombras oscuras y sus puertas de teca, de cortinas gruesas y suelos de mármol, entraron en unas catacumbas que coexistían por debajo del lujo y el silencio del mundo al que servían.

Allí abajo las paredes eran de cemento pintado, y el tosco suelo tenía manchas de aceite y marcas de pisadas. Del techo colgaban alambres y cables eléctricos recubiertos de goma. Chicas de la limpieza de origen africano, cuya piel negra como el carbón parecía morada bajo aquellas luces, se movían con lentitud por allí, con cubos y botellas de detergente. En las puertas de acero se advertía del peligro de alto voltaje. Una enorme y humeante caldera emitía un zumbido y una trepidación que se transmitía por el hormigón hasta las finas suelas de las Converse de Apryl. Y luego estaban las jaulas. Un laberinto de cubículos de malla metálica de color negro, repletos de bicicletas, cajas y objetos voluminosos cubiertos con sábanas. Una por cada apartamento. Confiaba en que Piotr la dejara sola después de abrirla suya.

—Ah, ésta es.

Más cajas y sábanas largas tendidas sobre cajas de embalaje. Había el espacio justo para meterse en la jaula con la puerta metálica abierta.

—Gracias, Piotr. Ya me encargo yo.

—Pero puede que necesite la ayuda para coger las cajas, ¿no?

—No hace falta. En serio. Si necesito que me eche una mano, me pasaré por recepción. Gracias de todos modos. —Tuvo que repetirlo tres veces mientras él permanecía allí, demasiado cerca, sudoroso y sonriente, observando con un pestañeo de los ojillos el contenido de la jaula que ella tenía detrás. Cuando por fin, limpiándose el sudor de la frente, se decidió a marcharse, Apryl se preguntó adónde habría ido la emoción del descubrimiento. Con sólo mirar todo aquello ya se sentía agotada. Era como

mudarse, sólo que cien veces peor. Porque a pesar de que, desde el punto de vista legal, aquellas cosas le pertenecían, realmente no las sentía como suyas. Y eran muchísimas, y no sabía qué hacer con ellas ni si tenían algún valor. Una parte de sí misma le sugirió que lo tirara todo a la basura y saliera a conocer la ciudad.

Empezando por un extremo, comenzó a levantar las sábanas, y al poco rato se encontraba entre montones de cortinas viejas y sábanas de lino polvorientas, esquís y raquetas de tenis anticuados, aparejos de pesca, mantas de tartán, una cesta de *picnic* de mimbre, dos viejos juegos de té, unos trofeos de plata deslustrada y seis pares de botas de agua. Debajo y detrás de todo esto encontró los espejos que faltaban. Ocho de ellos, de formas y tamaños variados, envueltos en papel marrón, pulcramente atados con hilo y cuidadosamente guardados.

Y dentro de unas cajas de madera lisa, con unas bisagras tan antiguas y corroídas que se deshacían como el polvo, encontró los cuadros que en su día habían decorado las paredes de Lillian y Reginald. Marinas y dibujos a lápiz de estatuas griegas, litografías y placas de escuadrones de la RAF. Y luego estaba el cuadro más grande. Al que se encontraba al fondo del todo no llegó hasta el final, a principios de la tarde, cuando le ardían las tripas de hambre y una botella de litro de Evian, vacía, rodaba a sus pies. Su incomodidad cayó instantáneamente en el olvido en el mismo momento en que sacó la pintura y se encontró cara a cara con una imagen de la tía abuela Lillian y el tío abuelo Reginald, retratados en la cúspide de su elegancia por una mano muy hábil. Era la primera vez que los veía juntos en color. Durante unos segundos, los contempló sin parpadear.

Era un retrato a tamaño natural. El rostro hermoso y señorial de Lillian miraba con orgullo, como si no le impresionara la sórdida ubicación a la que se veía confinada su imagen eterna. El cabello, de un rubio casi transparente, estaba recogido detrás de una resplandeciente tiara y la frente era suave como la porcelana. Una nariz perfecta, los finos arcos de unas cejas recortadas y unos labios carnosos completaban una estampa de belleza sobrecogedora. Unos guantes de satén blanco y reluciente cubrían sus manos hasta los codos, una gargantilla rodeaba el cuello principesco, y un vestido largo de color

blanco ceñía sus maravillosas formas. Pero eran los ojos árticos lo que más impresionó a Apryl. Hacía daño mirarlos, pero era imposible no hacerlo. Unos ojos rebosantes de curiosidad e inteligencia. Y de pasión, también. Pero, por encima de todo, unos ojos vulnerables. Profundamente vulnerables.

Atribuyó una inminente melancolía a las dos figuras, sabiendo que aquellas cualidades, en el caso de Lillian, germinarían en una lenta locura tras la muerte de su amado esposo. Era como si el pintor hubiera recibido el encargo justo a tiempo de captar el último reflejo de su belleza e inteligencia extraordinarias antes de que se transformaran en algo completamente diferente, hasta que al fin, un día, acabara por sufrir una muerte aterradora y confusa en el asiento trasero de un taxi.

Y costaba creer que hubiera existido un hombre más distinguido y apuesto que el caballero de uniforme que había al lado de aquella belleza. La hermosura rayana en lo femenino de los ojos y de las largas y oscuras cejas quedaba compensada por la masculinidad de las líneas de las mandíbulas y los pronunciados pómulos. La leve protuberancia de una nariz que se le había roto en algún momento era una imperfección que, en lugar de detraerle un gramo de apostura, le prestaba el mismo carácter que una cicatriz cobrada en duelo. Unas hebras plateadas moteaban las sienes, pero el resto del cabello era tan negro como el petróleo recién extraído.

Estaban cogidos de la mano. Con los dedos entrelazados. Un inesperado gesto de intimidad al que se vieron atraídos los ojos de Apryl. Un detalle levemente incongruente en una postura tan formal, pero no inapropiado. Un signo de devoción que no habían podido contener ni siquiera en el momento en que eran inmortalizados.

Se le hizo un nudo en la garganta. Les susurró «perdón» a ambos. Perdón por registrar sus efectos personales. Por pensar en vender todas las cosas que habían reunido juntos y en las que en su día habían puesto todo su cariño. Se sentía como una intrusa, una ladrona, una pihueta de manos polvorientas y mejillas manchadas allí donde se había retirado el cabello que escapaba por debajo del pañuelo rojo.

Su casa y sus muebles, la mayor parte de sus objetos de valor y de sus menudencias, extraídos de una época y un mundo distinto, tendrían que ser

vendidos al mejor postor. Pero no aquel cuadro, ni el elegante espejo vestidor, ni el vestuario de su tía, que le serviría como inspiración. Todo esto volvería a Estados Unidos, para que la rama pobre de la familia pudiese contemplar con asombro los vestigios de aquella gente antaño orgullosa y bella que llevaba la misma sangre que ellos en las venas.

Había anochecido temprano, cerca de las cuatro de la tarde, y se había formado un denso océano de negrura en el que, en aquel momento, repiqueteaba la lluvia contra las ventanas del apartamento. En el interior, los radiadores y las tuberías estaban demasiado calientes como para tocarlos y exiliaban el frío a los rincones y los espacios situados bajo las ventanas del dormitorio de Lillian. Apryl se había calentado los huesos con otro baño y un almuerzo caliente a base de comida libanesa, pero la idea de probarse la ropa de Lillian le provocaba una emoción temblorosa, como una niña que hubiera recibido permiso para usar el maquillaje de su madre. Era su momento. Cansada tras un día entero en el sótano recogiendo, evaluando y cribando otro cargamento de recuerdos, había decidido llenar la tarde con la elegancia del pasado. Y en aquel lugar solemne era como un brillante pequeño fantasma, dispuesto a prepararse para veladas y días de un pasado lejano.

Para cuando el reloj dio las diez se había probado vestidos negros, trajes sin mangas y resplandecientes trajes de noche, cubiertos por abrigo de piel y complementados con sombreros de etéreo velo que conferían a sus ojos más aire de misterio que ninguna sombra de ojos. Era asombroso lo bien que le quedaban. Se ajustaban a la perfección, pero no de manera incómoda, sobre sus esbeltas caderas y su pequeño y atlético busto.

Cubrió la cama de *tweed*, lana, cachemira, seda, satén y perchas de madera. Se recogió el cabello en el peinado clásico más sencillo que pudo conseguir con las horquillas de uno de los tarros de porcelana de Lillian. Luego se dio crema, se cepilló y se maquilló el bonito rostro y la nariz respingona con sus propios cosméticos, y al fin, incapaz de resistirse, se aplicó un toque del perfume de Lillian con el tapón de cristal sobre el cuello y cada una de las pálidas muñecas.

Con los zapatos de tacón cubano o las flamantes sandalias plateadas, dependiendo del traje —un vestido ajustado con chaqueta corta, un traje de

noche hasta los tobillos con un diáfano chal—, caminó, posó, dio la vuelta y se sentó con aire afectado frente al espejo ovalado que había rescatado del trastero, en el que el deslustrado dormitorio de la anciana formaba un telón de fondo de color pardo alrededor del reflejo de su silueta.

Sobre la curva tersa de su muslo, las medias de nylon de su tía abuela resplandecían vivamente a la luz. Finas como telarañas, pero lisas y suaves como un espejo, dotaban a sus piernas de una tersura que las imitaciones que compraba en casa nunca podrían aspirar a alcanzar. Con las uñas tan rojas como gotas de sangre, los pómulos maquillados y ojos de muñeca con unas pestañas falsas que había encontrado en un cajón junto con largos guantes de ópera, dio una vuelta y bailó un *swing* de tres pasos. Se sentía transformada y tenía la sensación de que, de repente, su tía abuela estaba viva a su alrededor y dentro de ella.

Transportada por aquel vestuario de ensueño, el tiempo comenzó a pasar volando, sin que volviera a pensar en el traslado de cajas, las llamadas a los anticuarios y las complicaciones de tratar con las inmobiliarias que la esperaban en los días siguientes. Vacío su mente de todo, salvo la atmósfera y las imágenes del pasado que tan repentinamente llenaban su imaginación e iluminaban su espíritu.

Desde el cuadro, que Stephen había colgado sobre la abarrotada cómoda, su tía abuela y el marido de ésta la observaban en silencio.

Todas estas emociones... Hasta que se vio obligada a pararse en seco, a hacer una pausa y mirar con los ojos abiertos de par en par, como una chica sacada de una película muda. En el espejo, su rostro se contrajo de repente de asombro al ver que algo se movía detrás de su imagen.

Un movimiento rápido, algo que avanzaba aceleradamente hacia su reflejo. Carente de todo rasgo, aparte de su delgadez y de la insinuación de algo rojizo allí donde cabía esperar que estuviera la cara.

La fugaz visión de aquella forma en el espejo hizo que se volviera y se encogiera como un gato que esperase un golpe.

Y al echar un segundo vistazo al espejo, no vio otra cosa a la luz austera del cuarto que los armarios a ambos lados de la cama deshecha. Y a ella misma, petrificada y sola.

Su cuerpo inhaló bruscamente todo el aire que le faltaba y sintió que recobraba el equilibrio. Mientras enderezaba la espalda, le dio la impresión de que unos cristales de hielo se formaban y luego se fundían sobre su piel cálida. Tragó saliva con la garganta tensa.

No había sido nada. La luz tenue de las lámparas, con sus pantallas sucias, la había hecho creer que veía algo en el espejo, cuando en realidad no había nada. A pesar de lo cual, cruzó la habitación de puntillas, salió precipitadamente y corrió hasta la puerta principal, donde se detuvo con la respiración entrecortada.

En aquel lugar durante mucho tiempo silencioso, de sombras y estrechez, ¿había estado escondiéndose algo durante todo ese tiempo, agazapado sobre unos flacos miembros, con algo rojo pegado alrededor de un rostro que sólo podía haber salido de una pesadilla?

Capítulo 8

Otros tres pasajeros del autobús se habían fijado en que estaba hablando solo. Fingían que la presencia de un sujeto que murmuraba para sí no los molestaba. Avergonzado al comprender que su voz interior se había tornado audible, Seth dejó de cuchichear y se dedicó a mirar las calles por la ventana del autobús para mantener su mente distraída de sus vagabundeos interiores.

¿Qué le estaba sucediendo? Era difícil de decir. Le costaba recordar cómo había sido antes. Las preocupaciones normales de la gente habían comenzado a parecerle extrañas. Ajenas. Se preguntó si sería un proceso de iluminación o de demencia.

Le ardía toda la parte delantera de la cara y tenía la piel muy sensible. Cualquier movimiento le provocaba un doloroso roce de la cabeza del hueso contra la articulación. Sentía cada músculo como si estuviera sumergido en un ácido amarillo que respondiera con furia al mínimo esfuerzo. Una palpitante jaqueca lo obligaba a entornar los ojos o a cerrarlos del todo cuando se encontraba cerca de alguna luz intensa. Y cuanto más se alejaba de su cuarto, peor se sentía.

En las calles se veían los mendigos sentados, con las piernas metidas bajo mantas blancas sobre el pavimento frío. Pero al menos ellos parecían capaces de alcanzar la salvación, o de tener una segunda oportunidad, mientras que a él lo habían condenado a un mal incurable, una desintegración tanto física como mental. Así es como se sentía. Una larga e intrincada sucesión de decepciones, hábitos, decisiones desafortunadas y periodos de introspección

lo habían llevado a eso.

Ya no podía poner coto a sus pensamientos. Corrían, cambiaban de dirección y reaparecían inesperadamente, como el fuego entre la maleza. Y era como si hubiera sobrevivido sólo un último vestigio de su antiguo yo para asistir con impotencia a la transformación.

Furioso consigo mismo, trató de comprender por qué había salido del Creen Man. La fiebre sólo le había permitido disfrutar de unas pocas horas de intermitente descanso entre sus turnos en Barrington House. Y cada vez que despertaba de día, se encontraba con que su cuerpo sudoroso y enfermo había transformado la cama en una fría ciénaga, mientras la luz del sol que se filtraba por las finas cortinas del cuarto lo hacía gimotear y luego sollozar con una almohada sobre la cabeza. Si se quitaba las sábanas con los pies para buscar alivio frente al calor, no tardaba mucho en helarse y tener que cubrir de nuevo su cuerpo agarrotado con el tejido húmedo. Finalmente, a las tres de la tarde se había despertado para tomar un vaso de agua y varios analgésicos. Puede que en ese momento un falso sentido del deber, una triste parodia de una ética del trabajo, lo hubiera obligado a vestirse y marcharse a Barrington House.

Pero era algo más que eso. Casi se sentía obligado a regresar. Como si hubiera dejado inconcluso algún importante asunto relacionado con sus extraños sueños y la señora Roth. O puede que su juicio estuviera tan deteriorado que no pudiera responder por sus propias acciones. Era posible.

Tras bajarse del autobús, atravesó Hyde Park Córner y entró en Lowndes Square. El sudor le cubría la frente y había vuelto a empaparle la espalda de la camisa y el jersey. Su cuerpo perdía tanto líquido por los poros que hasta el forro de su abrigo estaba empapado cuando comenzó a subir penosamente las escaleras traseras del edificio. Cada paso era un martillazo en la cabeza y un aguijonazo en la parte inferior de la espalda. La respiración entrecortada le provocaba un intenso dolor en los pulmones, a pesar de lo cual fumaba hasta sentir náuseas.

—Ahh —dijo, y se cubrió con las manos las orejas ardientes al ver que aparecía Piotr.

—Hoy ha pasado la cosa que no te vas a creer. Va a haber problemas muy

gordos. El Jorge estaba fuera conduciendo cuando tendría que haber estado aquí. No puedo hacerme el responsable del edificio tanto tiempo si se va...

Seth se introdujo en la escalera y escapó en dirección al cuarto del personal, cubriéndose la cabeza y el frágil e hinchado cargamento que contenía. Meningitis. Tal vez sus tejidos cerebrales estuvieran inflamados y presionaran contra las paredes interiores del cráneo. La voz de Piotr lo persiguió escaleras abajo:

—Y cobra por eso. Cuando en nuestro contrato dice que no podemos ganar el dinero fuera del edificio. No es justo. ¿Por qué él puede...?

Iba a morir en la silla, tras la mesa semicircular, aquella noche. Tal vez los sueños fueran el preludio de un coma. Sí, había llevado su mente al borde de la extinción. Se había deshecho lentamente a sí mismo hasta comprender que la existencia no tenía sentido, así que la naturaleza había decidido intervenir para librar a la raza humana de una carga. Se rió por lo bajo y luego sorbió por la nariz.

En el cuarto del personal se quitó los pantalones y los calcetines y se lavó con agua fría de la pila. Cogió unas toallas de papel y se secó en las axilas, alrededor del cuello y en las posaderas. Pero al terminar de ponerse el uniforme —pantalones de poliéster gris, una camisa blanca de tejido sintético, un jersey, corbata y una chaqueta azul marino— volvía a tener el cuerpo empapado de sudor.

Apagó las luces y se tumbó en el pequeño sofá que había junto a la fuente de agua. Se tomó una bebida caliente de paracetamol con sabor a limón mientras esperaba a que comenzara su turno.

Durante las siguientes horas, su enfermedad no lo dejó hacer otra cosa que existir dentro de ella. Se columpió adelante y atrás en la silla con la cara caliente enterrada entre las manos. Las fuertes luces de la recepción le quemaban los ojos y los ruidosos radiadores amenazaban con desecarle el cuerpo entero. Con el abrigo puesto, se dormía y se despertaba a cada momento.

Pero justo después de la medianoche cobró consciencia de una presencia en las zonas comunitarias del edificio. Parecía haber alguien allí, como encerrado con él para pasar la noche entera, alguien que se movía entre piso y

piso, que corría sin objetivo concreto escalera arriba y escalera abajo y hacía cortos e irrelevantes trayectos en los ascensores. Como lo que habría hecho un niño aburrido e inquieto tras conseguir colarse en un edificio privado.

Media hora más tarde, hizo un esfuerzo y se levantó de la silla para ir a investigar el más reciente de los ruidos cercanos a su mesa: un rápido susurro de tela y el golpeteo de unos pies rápidos y diminutos. La mayor parte de lo que había oído cuando estaba medio dormido parecía demasiado lejano como para resultar preocupante. Pero los últimos sonidos habían pasado corriendo por delante de la recepción, a poca distancia de su mesa, al menos hasta que un chirrido y un portazo procedente de la salida de incendios que daba a la escalera del ala oeste acabaron con el revuelo.

Al seguir el ruido por la escalera, oyó el tenue sonido de unos pies que ascendían corriendo un piso y luego se detenían. Subió a investigar.

Los apartamentos de los dos primeros pisos del ala oeste estaban vacíos. Uno de ellos estaba a la venta y los inquilinos del otro se encontraban fuera del país, así que no había ninguna razón que explicara la presencia de gente allí. Pero parecía que la había.

Tampoco era del todo imposible: podía ser el viento que se movía por los circuitos de ventilación; alguna doncella o niñera de los pisos superiores — había al menos dos, que él supiera— que bajaba a fumarse un cigarrillo o a llamar por teléfono; o incluso un inquilino, que al bajar se hubiera dado cuenta de que se había dejado la cartera y que volvía a su apartamento a buscarla.

Sobre él, al pie del siguiente tramo de escalera, parpadeaba una de las luces del techo. Pero todo lo demás estaba como siempre a esas horas de la noche. ¿O no? Captó un olor. De nuevo. Tenue, pero innegablemente presente, y más intenso cuanto más investigaba. Al doblar el recodo husmeó el aire y advirtió un rastro de azufre en el pasillo. Era como si alguien hubiese encendido una cerilla hacía poco. Y también un leve olor a humo, como el que impregna la ropa de alguien que acaba de estar junto a una fogata. Y algo más: olor a comida. Sí, una especie de fragancia a carne a la parrilla, como la que emite la grasa animal en el horno. Lo mismo que había oído junto al apartamento dieciséis la pasada noche.

—Pero qué coño...

En cada una de las puertas por las que pasó en su ascenso acercó la nariz al buzón para averiguar si había alguien dentro de los apartamentos preparando carne. Pero el olor era más intenso en el centro de los descansillos y prácticamente desaparecía cerca de las puertas. Era como si alguien estuviera dejando un rastro al pasar por el edificio.

Sobre él, la escalera había quedado en silencio, y como no le quedaban fuerzas para seguir subiendo, volvió a la planta baja y se sentó detrás de su mesa. Incapaz de mantener los párpados abiertos a causa de la dolorosa presión que sentía detrás de los ojos, los cerró. Y se sumió en un profundo sueño.

Una ojeada al reloj reveló que acababa de pasar la una y media cuando volvieron a empezar las perturbaciones. Esta vez eran más insistentes. Desde detrás de su mesa oyó que el ascensor del bloque oeste emitía un chasquido, un chirrido y luego se ponía en funcionamiento. Y ascendió por el oscuro hueco en dirección a los pisos superiores.

Alguien lo había llamado desde arriba. Seth echó un vistazo al panel de metal que había bajo el borde de la mesa. Una luz roja parpadeó detrás de cada dígito hasta detenerse en el octavo piso del ala oeste. El piso diecisiete estaba vacío desde hacía cuatro meses, cuando el señor y la señora Howard-Broderick se mudaron a su apartamento de Nueva York. El dieciséis, bien lo sabía él, llevaba desocupado casi medio siglo.

Desde la silla observó el panel iluminado. Vio bajar el ascensor. Piso a piso, desde el octavo hasta la planta baja. Justo donde estaba esperando.

Con un silbido hidráulico, el ascensor frenó y luego se detuvo acompañado por un chasquido. La puerta permaneció cerrada.

Con precaución, Seth se levantó de detrás de su mesa y atravesó la recepción. Miró por la ventanilla de la puerta del ascensor. Y no vio nada más que el espejo de la pared opuesta. Temiendo que las puertas interiores pudiesen abrirse de repente mientras él espiaba por el cuadradito de cristal, retrocedió un paso y pulsó el botón de apertura.

Estaba vacío. No había otra cosa que su propio y pálido rostro, observándolo desde el espejo del interior. Husmeó el aire y arrugó el gesto. Volvió a captar el olor a humo y grasa quemada en el interior del ascensor, más intenso aún que antes en la escalera.

Cerró la puerta exterior y luego los ojos. El breve esfuerzo lo había agotado. Estaba demasiado cansado como para preocuparse por un olor desagradable y un ascensor averiado. El virus había regresado con renovadas fuerzas y aquellos mínimos movimientos lo hacían sentir como si estuviera a punto de morir. A duras penas lograba mantenerse en pie, y tuvo que agarrarse a la barandilla de la escalera mientras bajaba casi arrastrándose hasta el cuarto del personal para tomar un poco de agua helada de la fuente.

Pero el alivio aún estaba lejos. Tras volver a su mesa y desplomarse sobre la silla de cuero, fue como si las perturbaciones nocturnas sólo acabasen de empezar.

A las dos de la madrugada, por segunda vez aquella noche, el ascensor del ala oeste se detuvo con un chirrido metálico en la planta baja. Pero esta vez no estaba vacío.

Mareado y parpadeante, Seth se incorporó y se apoyó en la mesa con los codos. Con los ojos entreabiertos para sortear una migraña que recorría su cabeza a oleadas, vio que algo salía del ascensor reptando sobre un número de patas que fue incapaz de contar. Sólo cuando la cosa llegó arrastrándose a poca distancia de su mesa, reconoció que el rostro marchito de la criatura era el de la señora Shafer.

Envuelta en un enorme kimono de seda, la mole de su cuerpo cruzó la alfombra con sorprendente celeridad. La cabeza, similar a un saco, descansaba sobre la espalda y unos hombros que parecían enanos en comparación. El cabello, torpemente prendido con alfileres bajo un tapiz de pañuelos, estaba mojado. Varios zarcillos relucientes habían escapado sobre la frente y las sienes, donde se habían soltado algunos de los alfileres.

—¿Cuántas veces tenemos que quejarnos para que se hagan las cosas como es debido? —Su voz parecía al borde de la histeria—. Han estado en el

tejado no sé ni cuántas veces y todavía no recibimos la imagen. ¿Es que esos hombres no saben hacer su trabajo?

Ya se había quejado por lo mismo otras veces. Su abdomen había dejado sobre la alfombra un reguero de humedad parecido al rastro de un caracol. Apestaba como la carne estropeada metida en una bolsa de plástico.

—Mi marido —le dijo a Seth, que se había cubierto la boca con una mano para soportar el olor— es un hombre muy importante. Necesita ver las noticias financieras. No se pasa todo el día sentado sin hacer nada. —Una de sus pequeñas patas delanteras se sacudió en el aire para añadir énfasis a su comentario. Había una minúscula mano humana al final del miembro—. ¡Quiero ver a Stephen ahora mismo! —Seth se apartó del borde de la mesa.

La mujer volvió la bolsa que tenía por cabeza sobre un cuello grasiento y luego chilló:

—¿Y tú quién eres?

Se refería al muchacho encapuchado, que, plantado junto a la puerta principal de la zona de recepción, observaba a Seth.

—Te lo dije, ¿no? Que verías las cosas como realmente son —dijo a Seth, haciendo caso omiso de la señora Shafer, quien atravesó corriendo la recepción, llamando a gritos al jefe de porteros, hasta que su cuerpo bulboso volvió a meterse al fin en el ascensor. Cuando Seth se volvió de nuevo hacia la puerta principal, el chico encapuchado había desaparecido. El vestíbulo estaba vacío y en silencio, aparte del zumbido de los apliques de las paredes. Y el olor a carne quemada.

Seth se levantó de la mesa. Revisó la alfombra en busca de las manchas dejadas por la señora Shafer. No estaban. Pensó que iba a echarse a llorar. Al volver a sentarse, le dio la repentina impresión de que la mesa y los monitores de seguridad eran, de algún modo, más grandes y amenazantes, y se cernían sobre él hasta arrinconarlo en una esquina. La puerta principal retrocedió en la lejanía, como si la estuviera observando a través del lado equivocado de un telescopio.

Cerró los ojos con fuerza y se cubrió la cabeza con el abrigo hasta sentir su aliento húmedo contra la cara. Se quitó los zapatos, se sentó en el suelo detrás de la mesa y acurrucó el cuerpo debajo del abrigo.

—Necesitamos ayuda —dijo la voz de un anciano—. Venga conmigo, por favor. —Era el señor Shafer el que había despertado a Seth. Pero parecía distinto a las otras veces que lo había visto. Desnudo, caminaba cojeando junto a la mesa sobre unos pies alargados y huesudos. Las uñas de sus pies estaban amarillentas y agrietadas. Tenía los miembros encogidos y las costillas presionaban la fina y azulada piel del torso. Con la nariz aguileña y las mejillas sin afeitar, su cabeza grisácea parecía demasiado grande para que pudiera sustentarla aquel cuello fino y alargado. Debajo de la hueca pelvis, Seth miró un momento la protuberancia de los genitales y el contraído saco de los testículos y luego apartó la mirada. Su grado de escualidez era tan extremado que parecía imposible que pudiera seguir con vida.

—¿Podría subir, por favor? —dijo el señor Shafer con un tono educado que, por lo general, servía como antídoto a los chillidos de su esposa.

Impulsado por su instinto, Seth se incorporó y rodeó la mesa hasta encontrarse sobre el encogido y minúsculo anciano. Como un niño, el señor Shafer agarró el codo de Seth con sus largos dedos. No había ninguna fuerza en su contacto.

Con tanta lentitud que era como si el señor Shafer estuviera andando por la cuerda floja, Seth lo llevó hasta el ascensor. Tenía la mirada clavada en la enorme joroba que deformaba la espalda y los hombros del anciano inquilino. Bajo la piel estirada había crecido una vasta urdimbre de tendones y venas negras hasta transformarse en un montículo. A Seth le producía repugnancia, pero también sentía deseos de tocarla para ver si era dura.

—¿Qué sucede? —preguntó, y al instante se sintió idiota por decir tal cosa, cuando el señor había bajado al vestíbulo desnudo y su esposa era un arácnido grotesco. Pero el señor Shafer se limitó a murmurar algo sobre que era «el momento apropiado» a modo de respuesta.

En cuanto entraron en el apartamento que los Shafer tenían en el sexto piso, Seth tuvo que taparse la boca con la manga de la chaqueta. Pero no le sirvió de mucho para contener la peste. Las bolsas de basura se apilaban por docenas contra las paredes del largo pasillo que cruzaba de un lado a otro el

apartamento rectangular. Cada una de ellas tenía pegada una etiqueta que decía: «DESECHOS CLÍNICOS.»

Todas las puertas de las habitaciones que daban al pasillo estaban abiertas. Una parda lóbreguez llenaba cada una de ellas, como si el olor fuese visible. En su interior había más bolsas de basura junto a montones de periódicos y revistas, platos con comida reseca ya incrustada y ropa arrugada. Era como si jamás hubieran tirado nada durante su larga y miserable ocupación de aquellas habitaciones. Bajo sus pies, la alfombra estaba húmeda y cubierta de manchas blancas.

No había ni rastro de la enfermera.

—¿Dónde está su esposa? —preguntó Seth con un tenso susurro.

El señor Shafer levantó el hueso de gallina que era su antebrazo y señaló hacia adelante, en dirección al salón que había al final del pasillo.

—¿Y su enfermera? —añadió el otro, desesperado por mantener el control de la voz—. Ustedes tienen una enfermera.

—No era buena —respondió el señor Shafer con un parpadeo de sus ojos lechosos—. Con su ayuda será suficiente.

—¿De qué se trata? ¿Otra vez la televisión?

El señor Shafer lo interrumpió con un gesto de su mano grisácea.

—Todo irá bien. —Su voz adoptó un timbre que Seth encontró desagradable. Había algo lisonjero en su tono y un brillo taimado en la sonrisa. Y por si fuera poco, cuando se acercaban, comenzó a proferir un sonido similar a un suspiro que parecía algo sexual y aceleró su coqueo, de manera que su cabeza comenzó a bambolearse ostensiblemente junto al hombro de Seth. Alrededor de su codo, los dedos huesudos se cerraron con mayor fuerza.

Al llegar a la entrada del salón, Seth creyó que iba a ponerse enfermo. La señora Shafer se encontraba en la esquina más alejada de la habitación. Estaba de rodillas, con la cabeza baja y las enormes espaldas orientadas hacia ellos. Ataviada aún con el vestido manchado de antes, volvió el rostro en su dirección y luego levantó sus anchas nalgas. El leve movimiento pareció levantar una bocanada de putrefacción que cruzó la habitación hasta debajo de la nariz de Seth.

El señor Shafer soltó el brazo de Seth y comenzó a avanzar a trompicones y con indicios de excitación por el salón. Con aquellos movimientos torpes, parecía el esqueleto de un niño muerto que diese sus primeros e impíos pasos alrededor de una cripta. Un niño con una pierna más corta que la otra.

La señora Shafer observaba detenidamente a Seth. Sus minúsculos ojos rojos despedían un feroz brillo de desaprobación, pero también estaban expectantes.

—¿Puede usted ayudar a este buen hombre con su medicación?

El señor Shafer anduvo sobre sus patas de ave hasta una caja de cartulina con inscripciones en chino a un lado y un gran sello oficial que demostraba que había pasado por la aduana. De su interior, unos dedos finos como agujas extrajeron un tubo de goma y una jeringuilla grande y antigua con gruesos agujeros para introducir los dedos en el inyector. Los dejó caer sobre el suelo sucio y luego registró una segunda caja. Unos paquetes de poliestireno cayeron entre sus pies nudosos. Levantó un tarro, pero el peso del objeto, aparentemente excesivo para él, estuvo a punto de hacerlo caer de bruces.

—¡Ayúdelo! —bramó la señora Shafer.

Seth salió del trance provocado por el horror y corrió a ayudar al señor Shafer. Le quitó el tarro de las manos. Estaba cubierto de polvo y lleno de un fluido amarillento. Preservada en aquel suero y apoyada contra uno de los lados del tarro, Seth pudo ver una forma blanda del color de un hígado. En ese momento, la cosa se movió y abrió un ojillo negro, y a Seth se le cayó el tarro de las manos.

—¡Tenga cuidado! —gritó la señora Shafer. Su marido cayó de rodillas y trató de alcanzar el contenedor de cristal con unos dedos como garras. Tenía un torniquete de goma alrededor de uno de los consumidos muslos.

—¡El tratamiento es más caro de lo que puede imaginar y no nos queda demasiado! ¿Es usted idiota? ¿No es capaz de hacer nada bien? —bramó la señora Shafer con voz temblorosa de histeria—. Nosotros costeamos su salario. No me parece demasiado pedir.

El señor Shafer se sentó en el suelo con el tarro entre las piernas. Apresuradamente, su cabeza comenzó a bambolearse en una especie de ataque mientras que su rostro, o bien había esbozado una sonrisa tiesa y

forzada o bien estaba al borde de las lágrimas.

Dentro del tarro, la criatura comenzó a moverse en una serie de contracciones que parecían unos torpes intentos por defenderse. Pero la actividad del interior del humeante tarro sólo sirvió para excitar aún más al señor Shafer, que pinchó la lata con renovado vigor. El hilo de baba que colgaba de su barbilla se columpiaba como un péndulo a causa de sus esfuerzos. Cuando al fin logró perforar la tapa con sus débiles ataques, algo siseó en el interior del tarro. Puede que fuese el ruido que hacía el aire al escapar, pero Seth pensó que sonaba más bien como un pequeño grito.

—Es usted un caso perdido —dijo la señora Shafer a Seth con exasperación en la voz.

Cuando el señor Shafer sacó finalmente la jeringuilla del tarro, Seth retrocedió un paso y se cubrió la boca con la mano. Un fluido amarillo escapó de la tapa de metal y resbaló por el borde del tarro. Seth quiso creer que lo que oyó entonces fue una repentina exhalación de excitación proveniente del anciano, pero sabía que era un jadeo de dolor de la criatura del interior del tarro.

Fuera lo que fuese el fluido que absorbió entonces la jeringuilla, el señor Shafer no perdió un instante en inyectárselo en la ingle. Seth apartó la mirada.

—¿Está bien, cariño? —preguntó la señora Shafer a su marido—. ¿Funciona? —Y luego añadió, dirigiéndose a Seth—: Hemos pedido machos. Normalmente nos engañan y mandan hembras. Pero éstos son machos, sin duda.

—Creo que está mejor —murmuró el señor Shafer, pero al instante pareció volverse inseguro y confuso.

No era la respuesta que esperaba la señora Shafer. Su rostro enrojeció y su corpachón comenzó a temblar bajo el kimono.

—Te dije que no tendríamos que haber cambiado de marca. —Luego volvió su rostro ultrajado hacia Seth, como si buscara apoyo en su argumentación—. No me escucha. Gastamos una fortuna en esta basura. Viene desde China, nada menos. ¡Rumania está más cerca, y al menos lo que mandaban desde allí producía resultados!

El señor Shafer parecía alicaído y más cansado que nunca.

—No me gustaba la última compañía. Te lo dije. Eran unos estafadores.

—¡Todo el mundo es un estafador! —chilló ella—, ¿Y ahora qué pasa conmigo? Sabes desde hace meses que me toca a mí.

El señor Shafer levantó el cráneo y sonrió a Seth.

—Que se encargue él.

Esto pareció aplacar a su esposa.

—Bueno, no se quede ahí —le dijo a Seth.

—¿Qué? —preguntó éste.

El señor Shafer negó con la cabeza.

—Otro idiota. No es usted un hombre muy listo, ¿verdad?

—Podríamos comprar un mono para que se sentara detrás de esa mesa —añadió su esposa. Los dos se echaron a reír y disfrutaron de lo que parecía ser su primer momento de complicidad en mucho tiempo.

El señor Shafer se levantó y le puso a Seth una moneda en la mano.

—Tenga. Puede que esto lo ayude. —Seth abrió la mano. Había una moneda de diez peniques en la palma.

—Vale —dijo la señora Shafer—, Ése es el precio. ¿Que cómo lo sé? Se trata de un servicio que ya hemos pagado. No tiene ningún derecho a esperar una propina.

Seth trató de apartarse del señor Shafer.

—¿Qué hace? —El señor Shafer, de repente, estaba tan atareado con la hebilla del cinturón de Seth como una anciana haciendo calceta—. No, por favor. No quiero.

—No es mucho pedir. ¿Cree que a Stephen le va a gustar enterarse de esto? —lo amenazó la señora Shafer desde el rincón.

Seth apartó de un manotazo los insistentes dedos del señor Shafer de su entrepierna. Absorto en lo que la señora Shafer hizo a continuación, retrocedió un paso.

—Oh, no. —En la esquina, ella había levantado el abdomen y retiraba lentamente el kimono de su trasero en una parodia de seducción. Y allí, durante el breve momento en que Seth fue capaz de soportar aquella imagen, surgió una ranura húmeda de labios grisáceos e interior rosado, abierta en

medio de sus hirsutas posaderas.

—¿Y bien? —chilló ella en ese momento.

—¡Ten cuidado, Seth! —exclamó una voz desde atrás.

El muchacho encapuchado se encontraba en la puerta del salón.

—¿Quién es ése? —gritó la señora Shafer mientras se bajaba la enorme falda y, a Dios gracias, ocultaba al fin aquel ojo carnoso.

—¿Qué significa esto? —preguntó a Seth el señor Shafer. Había entornado los ojos y su boca se había dilatado hasta transformarse en una sutura perversa.

—Pero ¿qué puedo hacer? —preguntó Seth al muchacho con la mandíbula temblorosa.

—Tienes que cargártelos. Se lo merecen.

—¡Llama a Stephen! —chilló a su marido la señora Shafer.

—Eso pretendo —respondió éste antes de dirigirse con paso bamboleante a un teléfono que había sobre un montón de catálogos médicos.

—¿Cómo? —preguntó Seth al muchacho encapuchado. Nunca se había sentido tan débil e inútil—. No puedo.

—Tienes que hacerlo. Hace tiempo que se lo merecen. Y ellos lo saben.

Seth apretó los dientes y sintió que el reconfortante brillo de la rabia reemplazaba su pánico y su miedo. A los pocos instantes, un enorme poder ardiente corría por todos sus miembros. La señora Shafer se dio cuenta.

—Date prisa, cariño —dijo a su marido—. Creo que se ha vuelto loco.

El anciano gimió al levantar el peso del auricular. Observó el teclado con los ojos entornados y uno de sus dedos flotó sobre los botones. Seth se le acercó y agarró el teléfono. El viejo no lo soltó.

—¿Cómo se atreve? —dijo. Y luego añadió—: Suéltelo si no quiere lamentarlo. —Seth lo apartó de un empujón.

Al instante, el viejo se desplomó sobre la sucia alfombra y comenzó a gemir. El teléfono cayó detrás de él, sobre la petrificada deformidad de hueso y piel, y se estrelló contra su cráneo.

—¿Qué ha hecho? —gritó la señora Shafer, y a continuación se puso a chillar. El ruido era espantoso y ensordecedor.

Seth miró al muchacho encapuchado. Quien asintió.

Agarró el pie de bronce de una lámpara que sobresalía en medio del caos de una docena de cajas de cartón. De un tirón, la levantó del suelo y la arrancó de la pared. El cable de la electricidad se partió y siguió enchufado. Seth se acercó a grandes pasos al rincón de la habitación donde la señora Shafer temblaba. Ésta dejó de chillar.

—¿Ha perdido la cabeza? —le preguntó.

—Eso espero. —Golpeó el rostro vuelto hacia él con la pesada base de la lámpara.

—Oh —gimió ella, aturdida, después del ruido seco del impacto de la antigualla de nogal y metal contra sus pequeños rasgos. Luego se incorporó y trató de recobrar la dignidad. Se apartó de la frente un mechón de cabello ensangrentado y frotó los labios entre sí como después de aplicarse carmín.

Seth volvió a golpear, esta vez con más fuerza. Como si empuñara un pico, aplicó la potencia de todos los músculos y tendones de su espalda y de sus brazos al segundo golpe.

—Eso es —lo jaleó desde atrás el muchacho encapuchado. Sus palabras ocultaron en parte el crujido del cráneo.

Seth se echó a reír para no caer de rodillas y ponerse a llorar. La señora Shafer dejó de hablar, pero sus labios seguían moviéndose. Volvió a golpear su cara una vez tras otra con la lámpara, con la esperanza de que su corpachón dejara de temblar debajo del kimono. No parecía dispuesto a hacerlo, así que le hundió la base de la lámpara en el abdomen. Después del segundo golpe contra el vientre distendido, oyó que algo se desgarraba bajo el kimono y el cuerpo entero de la mujer pareció ablandarse y relajarse al fin.

—Mi mujer. Mi mujer. Mi mujer —gritaba el señor Shafer con una débil vocecilla desde el suelo, donde yacía presa de su propia invalidez.

—No le tengas lástima —aconsejó a Seth el muchacho encapuchado—. Al final todos lo lamentan mucho, pero se lo han ganado a pulso.

Seth asintió con convencimiento y cruzó la alfombra para acabar con el señor Shafer. Sus pies pisaron algo mojado. Era un fluido que salía por debajo del kimono de la señora Shafer.

—No es tan difícil después de la primera vez —declaró Seth con asombro al muchacho encapuchado—. Simplemente pierdes los estribos y todo se

vuelve rojo.

—Eso es.

—Pero lo que más me sorprende es que no son nada. Al final, no significan nada.

El muchacho encapuchado asintió con excitación.

Seth descargó la lámpara en mitad del abdomen del señor Shafer. Fue como si el pie de un gigante hubiera pisado unas ramitas secas en el suelo de un bosque.

—Hay otra cosa que tienes que ver esta noche, Seth. Me han dicho que te la enseñe —dijo el muchacho encapuchado.

—No, por favor. Aquí no. —Se encontraba junto a la puerta del apartamento dieciséis. La madera de teca brillaba como el oro, y desde debajo de la gruesa puerta una luz rojiza se propagaba sobre la alfombra verde del vestíbulo. En el interior del piso sintió una voluntad por emprender un viaje que llenó su cuerpo de terror. Y con ella llegó también el sonido lejano de algo que había oído antes pero era incapaz de ubicar. Unas voces. Voces que se arremolinaban. Que hablaban al revés, como un disco girando hacia atrás. Tenues como el llanto de unos niños en una casa lejana captado una tarde de invierno en el preciso instante en que el sol se pierde detrás de unas nubes negras. Desamparadas. Y que, rápidamente, se transformaban en un coro mucho más potente. Dentro del apartamento, pero también en todas partes. Sobre él.

Con el cuerpo rígido de miedo, trató de alejarse, pero la puerta fue tras él.

—Tienes que hacerlo —dijo el muchacho encapuchado—. Quiere mostrarte a todos los demás, ahí abajo, de donde no pueden escapar. Están todos esperando. Ha abierto sólo para ti, colega.

Seth trató de resistirse. Se retorció y agitó los brazos para hacer frente a una repentina densificación del aire que presionaba contra su espalda y amenazaba con derribarlo. Sabía de manera instintiva que si cruzaba el umbral de aquel lugar sucedería algo terrible. Se vería obligado a enfrentarse a algo que podría pararle el corazón en un instante.

Y entonces, de repente, se encontraron en un vestíbulo rojo, al otro lado de una puerta que no había visto abrirse. Codo con codo. El muchacho que olía a carne abrasada, pólvora quemada y cartulina carbonizada y él. Un olor que le llenaba las fosas nasales y se le pegaba al fondo de la garganta. Un olor que hacía que le costase respirar, mientras el sonido arremolinado de la multitud se iba acercando, dando vueltas como un carrusel lleno de terror. Venía del rojizo pasillo, más adelante, como si la habitación que había detrás de una de aquellas pesadas puertas contuviera un remolino de violencia en el que toda aquella gente estuviera atrapada y se viese arrastrada hacia atrás, dando vueltas y vueltas, hasta que estuvieran demasiado mareados como para hacer otra cosa que chillar.

Podía sentir que caería una gran distancia si abría la puerta equivocada. Hasta el fondo de aquel sonido y a gran velocidad.

El muchacho estaba tras él.

—Adelante, Seth.

La presencia encapuchada empujó a Seth hacia adelante. Tenía las piernas dormidas y sentía pinchazos en los pies. Levantó la mandíbula mientras hacía esfuerzos por respirar. Pero avanzó por aquel pasillo, sobre las baldosas de mármol blancas y negras. Bajo la vieja lámpara de cristal que despedía aquella luz sucia que no llegaba al techo y que sólo a duras penas alcanzaba a iluminar las rojizas paredes. Rojo de sangre de toro alrededor de los grandes cuadros de marco dorado. Marcos gruesos y brillantes que actuaban como los marcos de unas ventanas detrás de las cuales la existencia se había detenido mientras se movía el vacío.

El vacío absorbía su mirada. Lo extraía de su cuerpo sin dejar tras él más que el resto de su cara. Lo atraía hacia la lisa oscuridad de los cuadros. Retratos de una ausencia que le hacía sentir frío, calor y vértigo al mismo tiempo, como si pudiera caerse en su interior.

Pero si pasaba el tiempo suficiente contemplando la oscuridad que contenían todos aquellos marcos, se podían ver cosas. Apenas visibles, como peces pálidos que emergieran de aguas inmóviles, oscuras y olvidadas.

Empezó a pensar que aquí y allá podía ver cosas que se movían velozmente: un destello de hueso gris. El borrón de un rostro que se volvía

sobre el cuello. Dientes amarillos que parloteaban sin sentido y luego desaparecían. ¿O se trataba de una mala pasada que le jugaba la penumbra al distorsionar cualquier percepción real de la forma?

Pero al pasar junto al más grande de los marcos rectangulares, tuvo la certeza de que veía el enladrillado húmedo de un pozo que descendía desde el marco. Y dentro del pozo, la pálida silueta de algo se revolvía y se alejaba correteando hacia atrás.

Poco a poco, a medida que pasaba junto a otros de los fondos oscuros de los marcos, nuevas formas fueron surgiendo y cobrando contornos definidos. Y los cuadros comenzaron a parecer habitaciones lejanas sin iluminar. Dentro de ellas vislumbró cosas encorvadas y retorcidas. Los rostros estaban cubiertos o vueltos en dirección contraria a la luz. Otros marcos transmitían impresiones de presencias carnosas, cuyas pieles moteadas eran como la ropa vieja, carente de la rigidez que aportan los músculos y los huesos, pero que a pesar de ello se movían. Se movían contra los finos alfileres que mantenían clavada su despellejada opacidad a paredes manchadas de óxido o podredumbre.

Y entonces, también él comenzó a avanzar. Empujado hacia adelante en contra de su voluntad, pasó rápidamente junto a los ocupantes de las numerosas y lóbregas habitaciones que contenían los marcos junto a los que avanzaba. Desesperado por mirar hacia adelante, o a sus pies, a cualquier cosa que no fuesen las terribles paredes y lo que colgaba de ellas, luchó contra su cuello para obligarlo a detener los bruscos latigazos con los que se movía su cabeza de lado a lado. Pero seguía vislumbrando retazos de cosas en el borde de su campo de visión. O delante, en otros marcos, pues sus ojos se negaban tenazmente a obedecer su voluntad. Apretó las mandíbulas para no comenzar a gritar ante aquellas cosas roídas hasta los huesos. Aquellas cosas desgarradas. Aquellos fragmentos de carne rasgada como si fuera tela. A veces, una cara humana, blanquecina y borrosa, sorprendida en el acto de gritar, colgaba suspendida en el aire. Hasta que a ambos lados del pasillo se fue acumulando una terrible inercia. Como si se hubiera producido una llamada para convocar a los protagonistas de todos los cuadros a una audiencia.

Unos rostros iluminados, transformados por rasgos animales, comenzaron a brotar al poco desde la oscuridad. Los miembros se entrelazaban cada vez con más frecuencia. Todo ello nublado por la escasa luz, como si una revelación total pudiese ser demasiado terrible, incluso en un sueño. Pero las mujeres aún trataban de mostrarle sus dentaduras sucias. Y los hombres, revueltos en auténticos harapos, revelaban un raptó de dolor tan intenso que hacía que sus rostros aullantes se tiñeran de azul y se desintegraran por los bordes.

Y entonces se encontró en el interior de otra habitación, en medio del pasillo, donde el ruido era más intenso. Tuvo que taparse los ojos y agazaparse para volverse más menudo, y comenzó a tiritar a causa del aire frío que soplaba alrededor de su cuerpo. Un aire cargado con centenares de voces que narraban, todas ellas, historias frenéticas.

—«Contra la pared. Contra la pared. Aplástalo contra la pared.»

—«No puedo. No lo haré. Ha dicho que volvería. Espera aquí. Sé que hace frío, pero espera aquí, cariño.»

—«Písala. Rómpela.»

Seth espió entre los dedos, aterrorizado pero obligado a mirar a quiénes hablaban, gritaban y chillaban a su alrededor.

Los rostros blanqueados gimoteaban pero mantenían los ojos cerrados. Se alzaban y se esfumaban en las oscuras paredes.

—«Lo he vomitado. He vomitado mi corazón.»

¿Aquello era un mono? ¿La criatura que tenía el pelo alrededor de la boca?

—«Creo que viene. Que está bajando aquí. Esto será un infierno.»

¿Podía tener los dientes así una anciana?

—«Discúlpeme. Por favor. Discúlpeme. Creo que me he caído.»

Vio tres criaturas semejantes a niños, de grandes cabezas y cuerpos de muñeca, colgadas delante de unos ladrillos mojados en una alcantarilla.

—«¿Están todos dormidos? Lo siento, pero ¿están todos dormidos? Tengo que ver al doctor. Pero la puerta está cerrada. Siento despertarlos, pero han apagado todas las luces.»

Las paredes eran de pintura. Los techos eran de pintura. Todavía estaba

húmeda. Rojiza pero oscura, como la sangre o el óxido humedecido.

Se volvió hacia un pico negro que decía: «Sangre. Está en la sangre.» Pero entonces la figura se esfumó y vio cómo se perdían en las líquidas sombras unas patas traseras.

—«Oh, Jesús.»

No había vértices donde terminaban las paredes y comenzaba el techo. Lo que había sido una sala era ahora un mero espacio.

A su izquierda, a la altura de su cabeza, cuatro mujeres daban vueltas andando a cuatro patas. Todas sus articulaciones estaban en los lugares equivocados. Les brotaban dientes y matojos de pelo de la carne grisácea y rosada de sus cuerpos.

—«¿Hola? ¿Hay alguien ahí? ¿Quiénes sois? Ayudadme, por favor.»

Entre una procesión de criaturas azuladas y huesudas que se arrastraban por la oscuridad en círculos, girando en el extremo de la sala, arriba, cerca de donde tendría que haber estado el techo, caminando en pos de las piernas paralizadas y los cuerpos inútiles de los demás, y más allá del traqueteo de los dientes que chasqueaban como cascos de caballos de madera, había una profunda negrura. Que se movía. Que rebullía.

Seth chilló y una figura terriblemente delgada se abalanzó sobre él corriendo a cuatro patas, con los mechones de su cabello desordenados en el viento gélido, pero entonces, de repente, retrocedió, o tiraron de ella hacia atrás, para que otra cosa, dentro de un saco de tela, avanzase penosamente apoyándose en los codos, con los párpados cosidos, siseando y desesperada por alcanzarlo, pero incapaz, en su ceguera, de encontrarlo.

—«¿Estoy despierto? Por favor, ¿podéis decirme si estoy despierto?»

Todo allí dentro estaba suspendido en un éter helado. Una eternidad de aceite viviente en la que muchas cosas se hundían y volvían a salir a la superficie antes de que se las tragaran de nuevo. La habitación se había transformado en un terrible caldo de líquido y gas en el que esas cosas, atrapadas, apenas eran conscientes las unas de las otras. Algunas agitaban los brazos a ciegas y chocaban con otras a las que luego atacaban o a las que increpaban, locas de miedo. Otras flotaban en silencio o se quedaban paralizadas un momento contra la oscuridad antes de volver a difuminarse de

nuevo en el vacío. El atronar del viento era el rugido de decenas de miles de voces. El vértigo amenazó con hacer vomitar a Seth al darse cuenta de que no era más que un minúsculo punto en medio de un hervidero que se extendía hasta el infinito.

Se tapó los ojos. Se incorporó y comenzó a caminar bamboleándose de acá para allá. A tantear en busca de la puerta por la que había entrado. No la había. Tuvo que asomarse de nuevo entre sus dedos, pero la oscuridad era tan profunda que no podía verse ni los pies. Y había cosas que lo rozaban en el aire en movimiento. Algo parecido a una lengua le lamió las manos. Un rostro seco e hirsuto se pegó a su estómago. ¿Estaba diciendo algo o tratando de morderlo? Unos finos dedos le tocaron la cara y luego la empujaron. Las yemas estaban frías, pero parecían impacientes en su examen, como si se hubieran sorprendido de encontrarlo allí en la oscuridad. Una mano lo agarró del muslo y apretó. Una mujer chilló. Un pellejo cubierto de cicatrices le rozó el dorso de la mano. Un horroroso jadeo sexual estalló detrás de él y sintió el movimiento febril de algo húmedo y en carne viva que se dirigía hacia él en la oscuridad.

Seth avanzó bamboleándose hacia el lugar en el que antes estaban las paredes. No había dado más que unos pasos cuando la temperatura se desplomó de repente. Se le heló el cuerpo. Tiritando con una violencia que dificultaba la respiración, y a pesar de que tenía los ojos cerrados, notó que se encontraba junto al borde de un edificio. El suelo de la habitación había desaparecido sin dejar nada más que una pequeña plataforma en medio de una noche insondable. Una oscuridad superpoblada de sufrimiento, confusión y locura. Que estaba trepando a la plataforma con él, como si la habitación fuese una solitaria almadía en medio de un mar negro y gélido.

Se desplomó y se aferró al suelo, mientras los deformes y fragmentados protagonistas de lo que había tomado equivocadamente por los cuadros del pasillo se amontonaban sobre él.

Fue el timbre del teléfono lo que lo arrancó del sueño en medio de un grito. Fue un sonido estrangulado que de repente se desintegró, convertido en

un sollozo angustiado, un sonido que nunca hasta entonces había escapado de él. Y a medida que la brillante y amarilla luz de la recepción le iba quemando en los ojos abiertos de par en par y se volvía consciente de la solidez de la silla de cuero contra su espalda, sus sollozos se fueron transformando en un jadeo.

Tenía lágrimas secas sobre la cara. Carraspeó para eliminar la mucosidad de la garganta. Sus manos aferraron los brazos de la silla hasta quedarse blancas, como si siguieran sometidas a una orden destinada a impedirle caer desde gran altura.

Miró a su alrededor, cada vez más repuesto del terror por la repentina intromisión de la consciencia. El familiar mundo de los monitores de seguridad, los sujetapapeles y los ruidosos teléfonos de los apartamentos se reconstruyó a su alrededor y expulsó de su mente los vestigios de una oscuridad sofocante. La pesadilla se fue desvaneciendo, junto, gracias a Dios, a la sensación que lo había asaltado al despertar de que lo que acababa de presenciar era real.

Estaba enfermo. Realmente enfermo. Tenía que estarlo.

Alguien lo llamaba por teléfono. Por Dios, ¿cuánto tiempo llevaba sonando? ¿Qué hora era? Se volvió en el asiento y levantó el auricular del panel.

Se aclaró la garganta y habló rápida e instintivamente:

—Aquí Seth.

La línea estaba estropeada. Pero se oía una voz en medio de los chirridos y la estática. «Aquí dentro» creyó oír que decía. ¿O era «aquí abajo»? Era una voz de hombre, pero no la reconocía. Miró el panel. La luz roja que parpadeaba era la del piso dieciséis.

Asaltado de repente por los recuerdos del sueño, Seth soltó el teléfono.

Capítulo 9

El espejo estaba orientado hacia la pared. Durante toda la noche no había reflejado otra cosa que la noble imagen de su tía abuela y su marido en un viejo y polvoriento óleo, en lugar de a ella, aterrada y tensa en la cama.

Le había dado la vuelta porque la asustaba. Pero no era más que un espejo alargado en una habitación oscura de un viejo apartamento en una ciudad extraña, en la que una chica cansada y excitable se había dejado abrumar por todas las cosas que había visto, pensado y fantaseado. No era más que una mente con demasiadas preocupaciones que había imaginado una presencia en el espejo. Sólo eso.

La tenue luz de la mañana flotaba alrededor de los marcos de las ventanas y emitía una fina neblina grisácea a través de las cortinas. No había echado las persianas la noche antes para no sentirse atrapada, como si las ventanas sobre Lowndes Square le ofrecieran la posibilidad de una fuga rápida. Además, todas las lámparas estaban encendidas, lo mismo que las luces del techo.

Confundida por el modo en que su mente había inventado horrores para atormentarla, salió a rastras de la cama y contempló el cielo, oscuro aún y recubierto de vetas de color mandarina. Era como si la noche estuviera dispuesta a reclamar de nuevo la tierra a las nueve de la mañana.

Cansada y tensa, como si no hubiera pegado ojo en toda la noche, abrió las cortinas para que entrara más luz. Al reordenar el fino y transparente tejido, algo cayó al suelo y rebotó entre sus pies. Un platillo azul y blanco

quedó boca abajo sobre la alfombra y, cerca de él, una llave de hierro con sendas alas de mariposa en la empuñadura. Del tamaño de las cerraduras de los cajones de un secreter. Se acercó rápidamente al sólido y oscuro mueble que había frente al pie de la cama.

La llave abrió el primero de los cajones con un leve chasquido que, más que oírlo, sintió en los dedos.

Estaba lleno de billetes. De tren y de avión, e incluso algunos de crucero. Estaban organizados por años y luego sujetos con gomas de color rojo en el primero de los cajones. Pero ni uno solo de ellos estaba sellado, perforado o cortados por la línea de puntos. Eran billetes de viajes planeados pero nunca ejecutados. Y la mayoría de ellos tenían como destino Estados Unidos. Desde al menos 19 , Lillian había estado pensando en volver a casa.

Apryl pensó en lo que le había contado Stephen sobre sus despedidas al salir del edificio para dar sus paseos matutinos. El día que murió llevaba consigo una pequeña maleta, con un pasaporte caducado, un billete de avión y todo lo necesario para un viaje transoceánico. Pero ¿por qué había roto todo contacto con su hermana y su familia cuando era tan importante para ella volver a Estados Unidos? No tenía sentido.

Había oído hablar de las obsesiones rituales y las precisas pero irracionales rutinas que las acompañaban, y aquello era una prueba más del proceso de deterioro sufrido por la mente de su tía abuela. Un proceso iniciado cuatro décadas antes. Con un sombrero anticuado y un velo, abandonaba el edificio rumbo a América, pero sólo una hora después regresaba confusa y desorientada, y luego, ya descansada, repetía el proceso de nuevo al día siguiente. De no haberse tratado de su tía abuela y benefactora, tal vez la idea la hubiera hecho sonreír, pero en su lugar lo que hacía era preguntarse cómo era posible que, en aquella época, hubieran dejado pasar tanto tiempo así a una mujer adinerada.

En el segundo cajón había copias de los certificados de nacimiento de Lillian y Reginald, algunos sellos antiguos sin franquear, las medallas de Reginald, su anillo de boda y unos mechones de pelo en un saquillo de

plástico. Debajo de todo esto había un grueso fajo de documentos privados que parecían títulos de propiedad, seguros y facturas, pulcramente guardados en sobres de lino. Su tía, aparte de estar como una regadera, había sido una mujer muy meticulosa. Apryl supuso que tendría que revisar toda la documentación más adelante.

El último de los cajones, salvo que hubiera una caja fuerte o una cámara en algún banco, representaba los últimos elementos que le faltaban por descubrir de la vida de su tía abuela Lillian. El olor que salía de él invadió sus fosas nasales con la intensa pero no desagradable fragancia de las virutas de lápiz, el polvo y la tinta seca. Se arremolinó como una nubecilla delante de su cara y luego, rápidamente, volvió a hundirse en el cajón de madera oscura que, vio en aquel momento, estaba lleno de libros. Libros de portada lisa, de una época en que la encuadernación y la producción de los libros eran oficios artesanos. Cada volumen tenía tapas de cuero o de algún tipo de tejido. Polvorientos y descuidados, pero de calidad. Cualidades que igualmente podían aplicarse a la vida de su pariente.

Al abrir el libro de tapas rojas que encabezaba el montón, se encontró con páginas cubiertas de letra manuscrita, pero sin fechas. Mientras iba pasando las páginas, no tardó en darse cuenta de que su tía abuela había utilizado una distinta para cada anotación, escrita con mano temblorosa.

La letra era difícil de descifrar. ¿Eso era una «b»? Y lo que en un primer momento había tomado por una «s» era en realidad una «f». Y se inclinaba tanto hacia la derecha que los trazos más largos corrían el riesgo de tenderse en horizontal y aplastar las vocales contra las líneas azules de la cuadrícula. Llegó hasta la última de las anotaciones. Decía algo sobre «volver a intentarlo por la mañana» y «coger la carretera de Bayswater, que llevo años sin ver».

Volvió a la primera página y, con el dedo pegado a cada palabra, moviendo los labios como una niña que aprende a leer, comenzó a avanzar lentamente por la narración, de la que tenía que abandonar frases y párrafos enteros cuando la maraña de letras y anotaciones la derrotaba. Pero en ocasiones sobresalía una palabra solitaria, o una frase entera, como por ejemplo: «más lejos que antes de aquí. Hace años». Y «hay grietas por las

que pasar sin que él te pueda seguir. Ni estar esperando.» Al menos eso era lo que le parecía leer, pero no podía estar segura y los pequeños músculos de sus ojos comenzaban a cansarse. La luz del dormitorio era demasiado escasa para la tarea.

Dejó a un lado el primero de los diarios y sacó otros cinco. La escritura era similar a la del primero, pero al menos uno tenía los meses escritos sobre las anotaciones, aunque con frecuencia entre interrogaciones —¿junio?—, como si Lillian no fuera muy consciente de la fecha en la que escribía.

Había un total de veinte diarios, y Apryl los colocó sobre el secreter en el mismo orden en que los había sacado del cajón, suponiendo que Lillian los había guardado por orden cronológico, con los más antiguos al fondo.

Tenía razón. La letra era mucho más clara en el último que salió del cajón. Era legible casi en su totalidad y resultaba muy agradable a la vista. Y no había errores, como si su contenido hubiera sido objeto de una cuidadosa composición.

Tras decidir que dejaría para más tarde las llamadas telefónicas que tenía que hacer, volvió a la cama y se hundió entre los mohosos almohadones de pluma de ganso. Y, a partir del primer diario, comenzó a leer páginas escogidas al azar.

Highgate y Heath se han perdido del todo para mí. Lo he aceptado. Fui para recordar los paseos que con frecuencia dábamos por allí. Pero tendrán que pervivir tan sólo en mi memoria. Y hace al menos seis meses que no voy a St. Paul. No puedo acercarme a la ciudad. Es demasiado difícil. Después del episodio en el metro, me he prometido no volver a meterme bajo tierra. Puede que el desaliento y la ansiedad sean intensos en la superficie, pero en los subterráneos, por aquellos túneles estrechos, lo son por partida doble. Hasta mis tardes en la biblioteca y en el Museo Británico en Bloomsbury están en peligro.

¿También eso?, no dejo de preguntarme con desesperación. ¿Cuándo terminará al fin este tormento y qué me quedará para entonces? La opresión en el pecho y el parpadeo de la visión se han sucedido dos veces en la sala de lectura, así como el lento nacimiento de una horrible jaqueca. Pedí que me trajeran un poco de agua. La segunda vez, un hombre con un terrible aliento

trató de aprovecharse de mí.

El doctor Hardy insiste en que estoy bien de salud. Pero ¿cómo es posible? El doctor Shelley asegura que soy agorafóbica e insiste en hurgar en mis recuerdos de juventud. Pronto habré agotado los conocimientos de Harley Street. Y no me atrevo a hablarles de los espejos. El resto tendrá que ir también abajo.

La mayoría de las anotaciones del diario eran de similar tenor. Catálogos de fatigas y extrañas sensaciones corporales en distintas ubicaciones de Londres que Apryl no era capaz de imaginar o situar en un mapa. Pero parecía que su tía abuela sufría graves ataques de ansiedad cada vez que se alejaba demasiado de Barrington House.

Cada vez más, las anotaciones se transformaban en listas de direcciones que, asumía, había tratado de utilizar su tía para abandonar Londres, o incluso escapar de ella. Abundaban las estaciones de tren: King's Cross, Liverpool Street, Paddington, Charing Cross, Victoria... Lillian había tratado de alcanzarlas todas, pero en cada intento había sucumbido a un ataque de nervios combinado con desagradables y paralizantes síntomas físicos. Algo a lo que comenzó a referirse como «la enfermedad».

O puede que estuviera tratando de poner a prueba una especie de frontera que creía impuesta sobre su libertad de movimientos. A veces le daba la impresión de que aquellas excursiones obsesivas eran algo así como misiones de reconocimiento.

Algunas de las anotaciones hacían referencia a personas que nunca eran descritas en detalle, porque su marido muerto, que era el destinatario de los diarios, ya las conocía bien.

Al este no puedo pasar de Holborn. Al oeste, la frontera termina más cerca aún. Hoy he tenido que llamar a Marjory desde la calle para cancelar el almuerzo. En esa dirección no puedo llegar más allá del cuartel del Duque de York. El puente es imposible, porque, teniendo en cuenta lo poco que puedo alejarme últimamente, es como si Holland Park estuviera en China.

Cada cancelación ahonda la preocupación de las chicas. Lo intuyo en sus voces y sé que están nerviosas conmigo, aunque como son tan buenas, intentan disimularlo las pocas veces que vienen a cenar a Mayfair. Si sigo

cancelando citas y rechazando invitaciones, temo quedarme sin amigas. Y menos mal que no tengo que cruzar el río. Ya he fracasado dos veces en el puente de Westminster después de haber partido con la cabeza muy alta. Pero me abrumaron un intenso mareo y una sensación de agotamiento que me provocaron un desvanecimiento y tuvieron que ayudarme a llegar hasta un banco, como si fuese una ciega.

Ahora mismo es difícil de concebir, mientras me siento aquí y te escribo, con la mente clara y el porte orgulloso a los que creía haberme hecho acreedora en esta vida. Pero junto al embarcadero que lleva a Grosvenor Road no puedo hacer otra cosa que arrastrarme como una gata miserable aquejada de alguna lesión interna y contemplar desde lejos Wandsworth como si fuese una especie de paraíso. Un lugar que nunca deseé visitar mientras aún vivías, cariño. Pero de buen grado iría descalza y sin un penique en el bolsillo entre las grúas y el cemento si eso significara librarse de él y de la enfermedad que me ha contagiado. Y que aqueja también a las demás. No pueden engañarme. Beatrice lleva más de un año sin llegar más allá de Claridges. Y cuando le conté que me había puesto mala en Pimlico dejó de devolverme las llamadas, como si yo estuviera infectada y pudiese contagiarla. Es una criatura cobarde y una señora terrible. No podemos conservar la servidumbre. Y ella le impone su cautiverio agente que no tiene ninguna culpa. La idea de que él sea el responsable de esta terrible situación ni se le pasa por la imaginación. Y los Shafer, aunque son amables conmigo, han comenzado a quejarse de problemas en las caderas, como si ya estuvieran viejos e impedidos. Tienen sus estúpidas cabezas enterradas en la tierra, querido mío. Creen que mientras algunos viejos amigos los visiten en casa no necesitan salir del edificio. Y aún no me han querido contar lo que les pasó el día que trataron de huir de Londres por King's Cross.

Capítulo 10

Débil, con las tripas vacías y un fuerte ardor de estómago, Seth despertó en su cuarto. Había logrado mantenerse con vida en un entorno relativamente salubre hasta que pasó lo peor de la fiebre, orinando en una cacerola grande y bebiendo agua turbia y templada de una botella vieja.

Al otro lado de las finas cortinas podía ver el brillo de las luces eléctricas del edificio de apartamentos que había tras el Green Man. Era tarde y ya estaba oscureciendo. El despertador de viaje marcaba las cuatro. En la vida que llevaba ahora parecía inevitable esquivar la luz del día. Se preguntaba si cuando finalmente volviera a ver el sol le devolvería las fuerzas o lo mataría.

En el segundo piso del Green Man todo estaba en silencio. Los demás inquilinos debían de estar trabajando, de paseo o en el bar. Pronto volverían y comenzarían a freír beicon y huevos en la cocina. Era lo único que comían los demás: cosas fritas de desayuno. La idea hizo que se le deshinchara el estómago.

Embozado en el edredón, salió de la cama y se dirigió a la cocina. Encendió la tetera y abrió la nevera para sacar la botella de plástico de la leche. La luz de color vainilla del interior le hizo cerrar los ojos. Sólo quedaba un poco de leche y la olió. Debía de haberse agriado en algún momento durante la mañana, mientras él estaba combatiendo la fiebre. Sin leche no podía tomar cereales y no tenía pan. Examinó los estantes y encontró un trozo de queso duro, unos frascos de especias con tapas de colores, tres cubitos de caldo, salsas de soja y Worcester, una cabeza de ajos

seca y medio paquete de champiñones arrugados. Nada que constituyera una comida, ni en combinación ni por separado. Sobre la mesa plegable del centro de la sala, dos manzanas de pequeño tamaño se habían puesto blandas y mohosas. Sería algo así como hincarle el diente al relleno de un cojín.

Era inevitable: tendría que salir.

Se sentía sin fuerzas. Se sentó en el borde de la cama y encendió un pitillo. Al cabo de tres caladas estaba mareado.

¿Debía lavarse en la bañera de abajo antes de salir al supermercado? Decidió no hacerlo. El lugar estaba sucio. Era para gente sucia.

El agua de la tetera estaba hirviendo. La echó sobre una bolsita de té y se puso cuatro cucharadas de azúcar. Con esto podría llegar hasta Sainsbury. Se tomó el té con la mirada clavada en el suelo. Mientras disfrutaba del calor de la taza enterrada entre sus manos, pensó en las alucinaciones de los últimos días y noches, pero con una sorprendente falta de preocupación. La espantosa naturaleza de los sueños, sus macabros temas y sus aterradoras situaciones sustentaban, noche tras noche, la reaparición del muchacho encapuchado. En conjunto era suficiente para que se cuestionara su salud mental. Pero desde su punto de vista, había algo al mismo tiempo natural y necesario en todo ello. Hasta la ejecución de los Shafer en aquel largo y tortuoso sueño. En cambio, sobre lo que siguió a su nocturno periplo por su desordenado piso, se negaba a pensar. Hasta el más vago recuerdo de las borrosas apariciones del apartamento dieciséis bastaba para ponerle los pelos de punta.

Pero por primera vez desde hacía más de un año estaba intrigado por sí mismo. Sus pesadillas nunca le habían parecido tan reales, pero aquello no lo preocupaba. Puede que su miseria y su letargo hubieran llegado a un punto en el que ya no lo atormentaba estarse extraviando del camino por el que transitaban los demás. La rutina mataba la motivación. El aislamiento lo convertía en paranoico. La pobreza ahondaba sus miserias. Todo esto lo sabía. Se suponía que las penurias eran buenas para el arte, pero ¿qué clase de arte y a qué precio?

Un mes antes, un doctor nada interesante había tratado de recetarle Prozac de nuevo.

—Deje de trabajar de noche. Obviamente, no le sienta bien —le dijo,

aburrido, con el bolígrafo sobre el talonario de recetas. «Pero no es tan sencillo», había tratado de decirle Seth. «La gente me vuelve loco. Me agota. El aislamiento es mi única defensa. Tengo que estar despierto cuando ellos duermen y dormido cuando ellos están despiertos.»

—A la mierda. —Se levantó y apagó el cigarrillo en el plato que usaba como cenicero. Había ya otras veinte colillas en él, tiesas y retorcidas como los dedos de títeres viejos. Una nube de fina ceniza gris se levantó del cenicero al dejarlo sobre la mesa. ¿Qué aspecto tendrían sus pulmones? Eso sí que valdría la pena pintarlo: la representación de la decadencia de un hombre. Su mente, sus emociones y sus valores recreados mediante los colores y las formas de su cuerpo disecado. Quizá debería probar a hacer un esbozo luego.

Se sentó y se lió otro cigarrillo.

Aunque estaba arrugada, húmeda y le iba un poco corta de brazos y piernas, Seth llevaba la misma ropa que dos días antes. El frío se colaba a través de ella.

En las calles era complicado ver nada con claridad. Era como si estuviera mirando aquella minúscula arruga del mundo a través del parabrisas mojado de un coche con las escobillas averiadas. La oscuridad se tragaba las farolas amarillas. El agua emborronaba toda nitidez. Pero sí que vio algo de pie en el bordillo, bajo el estridente anuncio y los canalones goteantes del Green, Man: un muchacho con un abrigo con capucha al otro lado de la calle, que esperaba con aire solemne entre dos coches aparcados.

Se sobresaltó al ver al crío que lo había guiado por sus propios sueños. Pero en cuanto la súbita impresión de la sorpresa se disipó, atribuyó una insolencia malhumorada a la pequeña figura e imaginó un rostro de comadreja bajo la capucha oscura, que sonreía con malicia ante el asombro y la alarma dibujados en el rostro de su víctima.

Con la cabeza inclinada para protegerse de la lluvia, Seth hundió las manos en los bolsillos de su abrigo y se alejó del pub y de la figura vigilante.

Una ráfaga de fuerte viento le azotó la desprotegida cabeza. Unas hojas

de periódico, cargadas de pesada humedad, se le enredaron entre las piernas. Al sacudirlas para librarse de aquella maraña, perdió el equilibrio y se dio de bruces contra el cristal del escaparate del corredor de apuestas. El cristal soportó su peso. Se enderezó, masculló algo entre dientes y trató de apretar el paso bajo la ventolera y el agujijoneo de la llovizna. Hasta los autobuses y los coches parecían estornudar y tener que esforzarse para hacer frente a la energía que bajaba por la calle como la subida de la marea. Levantó la cabeza como aceptar la lluvia y los arremolinados vapores y lanzó un insulto a la cara del universo.

En el exterior del puesto de periódicos se leía el último titular del *Standard*: «La policía abandona la búsqueda de Mandy.»

El enfado se convirtió en vergüenza. El chico de la capucha estaba solo bajo la lluvia, el frío y la oscuridad. En un gesto impulsivo, se volvió hacia él y levantó un brazo. Pero en el aire, su mano vaciló, inútil e insegura. ¿Hoy en día se agitaba la mano o se saludaba con el pulgar? ¿O sólo existía un tipo de saludo de rap lo bastante moderno como para garantizar la respuesta de un joven? Introdujo de nuevo la mano en el bolsillo y esperó a que terminara de pasar un autobús ante el bordillo donde había visto por última vez al muchacho encapuchado. Cuando se despejó la calle, el chaval ya no estaba.

Seth se limpió el agua de la nariz, se dio la vuelta y siguió su camino hacia Sainsbury. Sólo tenía nueve peniques de cobre en el bolsillo, así que tendría que ir a alguna parte donde se pudiera pagar con tarjeta de crédito.

—Puto crío —se dijo, y pasó entre dos mujeres con paraguas para llegar al paso de peatones que había frente a la tienda del taxidermista.

Pero algo malo pasaba en el supermercado.

Aunque la mayoría de los estantes contenían una amplia variedad de productos, no veía nada comestible.

Como de costumbre, docenas de personas se empujaban y daban codazos unas a otras mientras llenaban sus cestas metálicas. Pero Seth se preguntó cómo podían pensar en preparar y luego consumir las cosas que estaban cogiendo de los estantes. La joven que tenía más cerca lo miró con asco. ¿Qué le pasaba en la piel? Cubierta de marcas rosas, blancas y grises, parecía la superficie de una de esas latas de carne que vienen con tapa de apertura

fácil. Y al ver sus pies rojizos retrocedió un paso. A pesar de que era diciembre, llevaba sandalias. Sus pies parecían dos trozos de carne de vaca medio descongelada, y las uñas de los dedos, gruesas y amarillentas como las de un cocodrilo, sobresalían por encima de las suelas de goma. Su ropa olía a humedad.

Seth se apartó de los tomates demasiado maduros que ella estaba tocando con el dedo. No podría coger nada en aquella parte de la sección de productos frescos sabiendo que el rostro hecho de cerdo salado de la chica había estado cerca. Ella se volvió en su dirección y lo apartó de un codazo para poder inspeccionar unas cebollas duras y reseca. Sus turbios globos oculares lo penetraron con la mirada. Su teléfono móvil comenzó a sonar. Sus garras lo extrajeron de su bolsito de mano mientras ella echaba la cabeza atrás, encantada de disponer de la oportunidad de chillar en público.

Seth se alejó. Pero ninguno de los demás productos estaba fresco. Un manojo de chalotas que sostuvo ante su rostro se desmoronó entre sus dedos. Al ver que costaban una libra y setenta y cinco peniques, las estrujó y las arrojó entre las amarillentas coles chinas.

Sentía un hambre desesperada, pero ¿qué podía encontrar para comer allí? Apartó la cara y metió un poco de apio y una lechuga redonda en su cesta.

—Abono, estoy comprando abono —dijo con una gran sonrisa.

Se volvió en busca de fruta. Los plátanos estaban marrones y las peras cubiertas de pelusa. Tampoco quedaban naranjas y todo lo demás estaba demasiado blando, roto, cubierto por una capa blanca de pesticida, marchito, viejo o podrido.

A su alrededor, gente de rostro gris y mejillas cubiertas de cicatrices de espinillas caminaban arrastrando los pies y extendían las zarpas hacia las cestas de plástico y los estantes para coger champiñones gomosos, porciones de pescado pasado, grasienta carne picada y carísimos pimientos importados en tarros sellados llenos con un turbio fluido de embalsamamiento.

Probó en otro pasillo, pero se vio incapaz de apartar la mirada de la mujer obesa que estaba cogiendo bloques de manteca envueltos en papel de cera. Estaba quedándose calva y apestaba a sudor. A través del abrigo y el jersey de lana rosa que llevaba pudo sentir la textura de su espalda: carnosa pero

resbaladiza, y posiblemente infestada de hongos.

Sacudió con disgusto la cabeza mientras se tapaba la nariz y la boca con la parte interior del antebrazo. Al expeler el gas generado por el hambre en la boca de su estómago, comenzó a sentir mareos y tuvo que apoyarse en un arcón refrigerador lleno de papel congelado que se vendía como patatas. Con las manos apoyadas en las rodillas, respiró hondo para tratar de reponerse.

Pero en cada pasillo que entraba se veía cercado, empujado, objeto de sonrisas maliciosas. Los rostros de los niños eran como máscaras de Halloween, calabazas esculpidas de sonrisas viperinas. Chocaban contra sus piernas y engullían sin control chucherías que apestaban a productos químicos. Ancianos desaliñados en zapatillas caminaban arrastrando los pies alrededor de las judías enlatadas.

Junto al mostrador de la panadería lo asaltó una terrible peste a pis humano: salada, acre, penetrante.

—Oh, por el amor de Dios... —dijo, antes de apelar, abrumado de incredulidad, a la pareja con sucias chaquetas vaqueras y pantalones acampanados que seleccionaban minúsculas y retorcidas barras hechas de harina orgánica—. ¿Huelen eso? Es pis. —Miraron a Seth con sus pálidos rostros de pez y luego intercambiaron una mirada entre sí. ¿Cuándo sería la última vez que habían dormido? Los cercos oscuros que rodeaban sus ojos habían comenzado a parecer cardenales. Sin decir nada, le dieron la espalda como si estuviera delirando.

Seth dejó la cesta sobre el suelo de baldosas y se estremeció con una furia que le hizo sentir mareos. Apretó los puños y se quedó mirando una fila de pasteles de cumpleaños. El glaseado de colores estaba cubierto de huellas dactilares. Alguien le había dado un mordisco a un pastel de chocolate blando antes de devolverlo a la estantería.

El olor a pis era aún peor junto a la zona del *naan* y el pan de *pita*. Vio a una mujer con traje de ejecutiva y el cabello cano recogido en una trenza. Había cogido el pastel de chocolate mordido y lo estaba metiendo en su cesta. Sus zapatos de cuero estaban deformados por culpa de unos pies demasiado largos y unas articulaciones de los dedos propias de un hombre. Seth sintió deseos de marcharse.

Algunos vestigios de la fiebre seguían vivos en su cuerpo. Por eso el mundo tenía ese aspecto. Cada poco tiempo, comenzaba a tiritar y tenía que meter las manos en los bolsillos del abrigo. Las luces del techo, de un blanco amargo y cegador, parecían clavársele en el fondo de los ojos y lo obligaban a entornar la mirada.

Alguien le empotró un carrito en los tobillos. La madre de tres niños que lo empujaba lo fulminó con la mirada mientras le enseñaba una sucia dentadura de caballo. Su aliento apestaba a yogur pasado.

—¡Que te jodan! —exclamó Seth con voz rota. Con los niños pegados a las piernas, la mujer se alejó dando traspiés, no sin mirar repetidamente hacia atrás en su huida. Incluso a tres metros de distancia seguía viendo su bigote.

Las latas de atún que había cogido tenían algo pegajoso en los dentados bordes que olía a rancio. A contaminado. Volvió a dejarlas en su sitio. Sabía que, dentro de las latas de sardinas, las tripas plateadas de madres muertas estaban llenas de minúsculas huevas de color marrón. Eructó y se limpió una capa de lechoso sudor de la frente.

En un pasillo adyacente, para su total incredulidad, un grupo de personas con abrigos apestosos estaban comprando bolsas de arroz en cuyo interior podían verse con toda claridad excrementos todavía húmedos de roedores al otro lado del poliestireno de los envoltorios.

No había en su cesta más que apio blando y lechuga marrón. Añadió unas cuantas botellas de agua mineral. El mango metálico se le clavaba en los delicados dedos. Tiró la lechuga y el apio. Tendría que encontrar cosas selladas dentro de envases de metal que nadie hubiera manipulado o tocado, olido o sobre las que nadie hubiera respirado. Pero no pescado. Quería materia comestible e incorruptible, sobre todo si era una pasta insípida procesada por los dedos metálicos de robots que formaban largas hileras en fábricas limpias de polvo. No quería nada que hubiese entrado en contacto con la gente.

¡Sopa! Pues claro. Con una sonrisa, entró en el pasillo central y levantó la cabeza en busca de los carteles que indicaban la posición de los artículos. Al tercer recorrido del pasillo le dolía el cuello y todavía no había encontrado ni rastro de la sopa.

Alguien lo tocó en el codo.

—Señor.

Seth se volvió y se encontró con un hombre de color, con camisa blanca y corbata azul. Tenía los ojos saltones e inyectados en sangre. Sobre el bolsillo de la camisa, una placa de plástico revelaba su identidad: Fabris.

—Oh, sopa —dijo Seth, apresurado, atormentado, desesperado por comunicarse—. Sopa. ¡Sopa! No encuentro la sopa. —Su parloteo lento estaba intercalado de interrupciones para tragar saliva. En el interior de su cráneo, un denso tejido de fibras blancas parecía impedirle hilvanar las palabras en la debida secuencia. Sentía la lengua hinchada y torpe. No había hablado mucho en los últimos días. Era como si hubiera olvidado cómo articular sonidos con la boca. Se aclaró la garganta con tal violencia que el guardia de seguridad retrocedió un paso y extendió las manos, con las palmas blancuzcas por delante—. No, no —insistió Seth—. Sopa. Es la sopa. No consigo encontrar la dichosa sopa. —¡Al fin! Había recuperado la voz—, ¿Dónde coño está?

—Sígame, señor —dijo Fabris.

Seth sonrió y asintió.

—Tiene que ser en lata —le explicó—. Tengo agua. Pero necesito sopa en lata. No pienso tocar nada más. La gente... Bueno, ya sabe, usted trabaja aquí. No soporto nada que hayan tocado otros. En Londres no se lavan demasiado. Y su ropa igual. Apesta. Alguien se ha meado en el pan, Fabris.

Llevó a Seth hasta el final del pasillo y luego de regreso hasta la sección de frutas y verduras. Otros dos hombres de color con corbatas y pantalones azules se reunieron con Fabris. Entre los cuatro podrían encontrar la sopa.

—Pues qué lugar más absurdo para poner la sopa. Junto a los putos periódicos —comentó Seth—, Normalmente, la comida enlatada está por ahí. Qué raro. —Hizo un ademán en el aire.

Fabris intentó quitarle con delicadeza la cesta de las manos.

—No, no pasa nada —rehusó Seth, conmovido por el gesto—. Yo la llevo. Y no hace falta que me llame «señor».

Fabris insistió y cogió la cesta.

Junto con los otros dos hombres, que en aquel momento estaban

sonriendo y haciendo esfuerzos para no echarse a reír —a causa, seguramente, de su observación sobre la ridiculez de poner la sopa junto a los periódicos— formó un estrecho semicírculo detrás de su espalda y lo condujo con mano firme más allá de los periódicos y el puesto de cigarrillos. Sólo cuando Seth sintió en la cara el frío que entraba por la puerta principal desde la calle a oscuras comprendió lo que estaba sucediendo. No iban a buscar la sopa. Fabris y sus compañeros estaban echándolo del establecimiento.

Al revolverse para mirar a los tres hombres junto a la entrada, reparó de repente en que un grupo muy grande de gente estaba observándolo. Tres de las cajas habían dejado por un momento de pasar los artículos por el pequeño ojo rojo para presenciar su expulsión del edificio.

—¿Qué? ¿Por qué?

Entonces vio a la madre de los grandes dientes amarillos y el bigote, de pie junto al encargado con traje y corbata, al lado de las gallinas congeladas de color naranja que olían a antiséptico. Debía de haberse quejado de él.

El sentido de la injusticia rebulló en su interior.

—¿Cómo? ¿Me vais a echar por culpa de esa zorra gorda y barbuda? — Fabris y sus aliados se lo quedaron mirando con expresión impasible—. Me ha embestido con el carrito. Es indignante. ¡Por no hablar del estado de la comida en este sitio! Tienen suerte de tener clientes, joder.

Fabris se adelantó un paso.

—Voy a pedirle que se marche ahora mismo, señor.

—¡Que te den! —gritó Seth, y su voz transmitía una nota de triunfo que no había pretendido comunicarle. Se revolvió con un dramático aleteo del abrigo para salir del supermercado y se abrió paso a empujones entre la multitud del exterior para alejarse de las ardientes luces rojas.

Para cuando llegó a la calle principal estaba riéndose a carcajadas bajo la lluvia. Una risa descontrolada desde el fondo del estómago que le hacía temer que pudiera asfixiarse. Durante unos instantes se sintió totalmente libre e ingrátido.

Temblando todavía a causa de la confrontación, se dirigió al cajero más cercano. Sacó un billete de diez libras. Un mendigo sentado dentro de una caja de cartón le pidió unas monedas.

La lluvia caía con fuerza y necesitaba sopa. Con dinero podía ir a la tienda de veinticuatro horas. Casi todo lo que tenían allí era enlatado. Caro, sí, pero ¿qué alternativa tenía? Y estaba a punto de desvanecerse. A partir de entonces tendría que limitar su patrocinio a los tenderos del barrio.

Bajo el frío y la lluvia le costaba creer que el episodio de Sainsbury hubiese tenido lugar. Nunca le había sucedido nada similar. Era una persona educada, de buena familia. Pero la culpa era de la ciudad. Le hacía cosas terribles a la gente: les volvía el pelo grasiento y la piel gris y cubierta de manchas. Todo el mundo a su alrededor tenía aquella misma palidez, inducida por el aire viciado, los humos, las partículas en suspensión, el agua estancada y lechosa de las tuberías victorianas, la comida podrida a precio de oro, el estrés, el aislamiento y el dolor. Allí no funcionaba nada: luces, teléfonos, cables, carreteras, trenes... No podía confiar en nada. Y aquella oscuridad, la eterna noche de hollín y aire negro... Tenía el pecho rígido. Le costaba respirar. ¿Dónde estaban todos los perros, los gatos y los niños sonrosados en sus carritos?

El tendero del establecimiento de veinticuatro horas nunca dormía. Era un hombre de Bangladesh, de piel negra como el carbón y ojos medio cerrados, que manejaba la caja registradora sin mirar las teclas.

—Gracias, señor. —Allí era demasiado peligroso rechazar a nadie. Había fragmentos de botellas vacías junto a la puerta del Green Man y en la parada del autobús.

—¿Tiene sopa? —preguntó Seth.

—Sí, señor. —Señaló el fondo de la tienda. Seth pasó como pudo por el estrecho espacio que dejaba el viejo irlandés que farfullaba y maldecía junto a las botellas de dos litros de sidra. Apestaba. Aquel día todo apestaba. ¿Es que la gente no tenía tiempo de lavarse?

Además de seis latas de sopa, compró unas galletas duras y crujientes que una máquina de gran tamaño debía de haber comprimido hasta darles textura de madera. Añadió lejía y una botella de agua a su compra. El conjunto agotó el billete de diez libras.

Con el rostro oculto en la redondeada oscuridad de su capucha, pero ligeramente alzado e inclinado a un lado en un gesto de impaciencia, el muchacho esperaba a Seth mientras éste regresaba a casa caminando a paso vivo sobre el pavimento mojado y reflectante como un espejo. Esta vez las cosas eran diferentes. El contacto era inevitable. El muchacho había cruzado a su lado de la calle. Seth sonrió para sí. Puede que al hablar con la versión real de aquella creación de su enloquecido subconsciente lograra expulsar al espectro de sus sueños.

Dejó de correr y se detuvo junto al muro del pub. El muchacho esperaba en el pavimento, cerca del bordillo. La lluvia había teñido de negro su abrigo caqui.

Seth levantó la vista hacia el cielo, un impenetrable borrón de tinta negra en el que el agua plateada destellaba frente a la luz de sodio de las farolas. Se pasó una mano por la cara. El abrigo parecía pesado y empapado, pero por debajo tenía el cuerpo caldeado. Con los músculos sueltos y la piel caliente, había ido más allá del punto del cansancio, el hambre y la fatiga. Bajó la mirada hacia el muchacho, que lo esperaba y observaba en silencio.

—Te he visto por aquí antes. ¿Tienes algún problema?

Hubo una larga y silenciosa pausa, seguida por un gesto de negación con la cabeza. En la mitad inferior de la capucha, a Seth le pareció vislumbrar algo de color rojo, pero no estaba seguro.

—¿Te has perdido? ¿Eres un vagabundo o algo así?

Otra sacudida de la cabeza.

—Entonces... ¿qué? ¿Por qué estás aquí? Es decir, puedes estar aquí, si quieres. No lo prohíbe ninguna ley.

El niño no dijo nada.

—Pero está lloviendo. —Volvió a mirar al cielo.

—No me molestes —replicó el muchacho, encogiéndose de hombros. La voz era lo bastante fuerte como para que Seth se diera cuenta de que no estaba asustado.

Sonrió, pero su sonrisa no pareció penetrar en la capucha, que parecía un

espacio silencioso y vacío.

—Y hace frío —murmuró.

El muchacho volvió a encogerse de hombros. Era uno de esos críos que se quedan despiertos hasta tarde, llaman a los adultos por su nombre de pila, nunca van a casa, llaman a los timbres cuando la gente se sienta a comer y miran con ojos inexpresivos a todo el que les grita. Percibía algo duro e insensible dentro de aquella capucha, pero no cruel, no malvado, no criminal. Sólo perdido y capaz de hacer frente a su situación sin preguntas y sin compadecerse de sí mismo.

—¿Tus padres están en el pub? —preguntó Seth, y al instante se sintió estúpido por haberlo hecho y, al mismo tiempo, preocupado por cómo sonaba la pregunta. Era la clase de cosas que, suponía, decían hombres de cabello cano desde el cálido interior de sus coches, inclinados sobre el asiento del copiloto, para invitar a los hijos de otros a entrar en el vehículo. No quería que el niño pensara que era un perverso.

El chico negó de nuevo con la cabeza y desvió la mirada hacia la calle. Había una cierta desesperación en su forma de hacerlo.

—Deberías irte a casa. Hará más calor. A ver la tele. — ¿Qué podía decirle al muchacho para conectar con él?—. ¿Por qué te quedas por aquí? Esto es un vertedero.

Tampoco esta vez recibió respuesta. Pensó en ofrecerle algo de dinero para chucherías o cigarrillos, pero se dio cuenta de que no llevaba nada encima. Con un suspiro, se dio la vuelta para marcharse.

—He visto sitios peores.

—Al menos métete bajo el porche. Te vas a empapar.

—No me molestes.

—A tu madre no le va a gustar si coges una neumonía.

—No tengo.

—¿No tienes madre? Pues a tu padre, entonces.

¿Sería un truco ensayado para inspirar lástima?

—Será mejor que te vayas a casa. No hace noche para andar por ahí.

Pasaron dos chicas sin abrigo. Llevaban el cabello rubio peinado hacia atrás, y Seth se preguntó si la lluvia sería capaz de penetrar en su suave pelo.

Ese tipo de peinado siempre parecía mojado. Llevaban zapatillas deportivas sin calcetines, leotardos negros ajustados y sudaderas amplias de cuyos pliegues delanteros colgaba el logotipo de Reebok. Una pasó un cigarrillo a la otra. La más alta llevaba una botella de Bacardi Breezer entre los dedos abarrotados de anillos. Las dos miraron a Seth y se rieron por lo bajo. Sus pecosos rostros, mojados, prominentes e indisciplinados, tenían algo perruno.

—¿Qué haces tú entonces por ahí? —preguntó la que llevaba demasiada sombra de ojos imitando su voz.

—¿Qué?

—Debería seguir sus propios consejos, señor —dijo la de la botella.

—No estaba hablando contigo.

Las chicas se detuvieron.

—¿Y con quién, entonces?

—No, Shell —dijo su amiga, pero incapaz de contener la risa al mismo tiempo.

—Con este chico. —Hizo un ademán hacia el muchacho encapuchado.

Las chicas se volvieron, miraron en la dirección en que señalaba y se rieron con carcajadas duras y sin alegría.

—Idos a la mierda —musitó Seth. En aquella calle no te podías parar mucho tiempo sin que alguien te molestara. Tenías que seguir andando.

—A la mierda tú —respondió la más alta de ellas. Su aliento olía a piña. Siguieron caminando, riéndose y mascando chicle.

—No te preocupes por ellas —dijo Seth al chico.

—No me molestan. Ya no.

Seth se volvió hacia el pub, cada vez menos interesado en el niño de la noche.

—Bueno, será mejor que me vaya.

—No pueden hacerme nada.

—¿Eh?

—Las chicas. No pueden hacerme nada. Ni los chicos.

—Me alegro de saberlo. —Se alejó.

El muchacho lo siguió hasta la entrada del Green Man. Seth soltó un gemido al comprender el terrible error que había cometido al hablar con aquel

personaje. Tendría que haberlo ignorado, como todos los demás. Ahora corría el riesgo de encontrarse con él cada vez que saliera del edificio. El muchacho se acercó hasta situarse en la entrada junto a Seth, con la capucha inclinada en dirección al excremento de perro que había junto a sus zapatos de tacón grueso.

—Lo siento. No puedes entrar. Vete a casa.

—No tengo.

—¿Cómo?

—Voy adónde quiero. —Sacó una mano de un bolsillo. Tenía los dedos quemados y deformados.

Se los mostró a Seth.

—¿Nos...? —Tuvo que aclararse la garganta—. ¿Nos conocemos?

El muchacho de la capucha asintió.

—¿De dónde? —Seth abandonó la entrada y volvió a la lluvia. Era mejor quedarse en el frío y bajo el viento que con la peste a azufre y carne quemada que flotaba en los estrechos confines de la entrada.

—Te he visto unas cuantas veces. —Había una cierta arrogancia en la voz y en el ángulo de inclinación de su cabeza. Tuvo la sensación de que el muchacho estaba sonriendo dentro de la negrura. Los pelos se le erizaron por todo el cuerpo.

—Te dije que las cosas iban a cambiar, ¿no? —le recordó el muchacho.

Seth hizo un gesto de incredulidad con la cabeza y cerró los ojos. Luego los abrió. El muchacho seguía allí, mirándolo en la calle mojada.

—Te he visto en la tienda, antes de que te echaran a patadas.

Seth no podía hablar ni tragar saliva. Retrocedió unos pasos. El muchacho lo siguió.

—Eso es sólo el comienzo. Luego empeora, Seth.

—Sabes mi nombre... —Seth salió de su aturdimiento—, ¿Es una broma? Tiene que ser una broma, joder. —Su voz era un susurro.

—Es lo que querías. Aprovéchalo —lo instó el muchacho.

Seth se interpuso en el camino de un anciano con un paraguas. De algún modo logró encontrar las fuerzas para hablar.

—Perdone —se disculpó.

El anciano se sobresaltó. Su rostro fofo se estremeció.

—¿Ve a este niño? —Seth señaló al muchacho encapuchado, quien volvió la mirada hacia el anciano caballero—. Puede verlo, ¿verdad?

El anciano inclinó la cabeza y rodeó a Seth, pero se detuvo una vez avanzados unos pasos para mirarlo con una mezcla de aburrimiento y curiosidad.

—¡Éste! —gritó Seth mientras señalaba el pecho del chico. El hombre se volvió y se alejó rápidamente.

El niño se rió entre dientes desde el interior de la capucha.

Seth se obligó a sonreír educadamente a una mujer caribeña que pasaba a su lado cargada con un montón de bolsas de la compra.

—Discúlpeme, señora.

—¿Sí? —dijo ella, con el rostro al borde de una sonrisa, pero reprimida al final por una suspicacia instintiva.

—Este chico se ha perdido.

—¿Eh?

—Este chico. Se ha perdido. Quiero ayudarlo.

—¿Se ha perdido usted? —preguntó ella—, ¿Adónde quiere ir?

—No. Yo estoy bien. Vivo aquí. Pero este niño... Éste.

La mujer miró en la dirección en la que señalaba y luego entornó los ojos y observó a Seth, intrigada al principio y cautelosa después. Al cabo de un instante de silencio dijo:

—Déjeme. Tengo que irme a casa. No tengo nada. —Y se alejó caminando con un balanceo de pato.

Seth miró al niño y tragó saliva.

—No —susurró, y echó a correr hacia la puerta del pub. Soltó la bolsa de la compra para meter la llave en la cerradura. Recogió la bolsa de latas y lejía, entró en el edificio y cerró dando un portazo.

Capítulo 11

A veces creo que tengo marcas y me rasco la piel hasta dejármela en carne viva. ¿Cómo, si no, puede seguirme? No consigo ahuyentar la idea de que puede leerme la mente y conoce mis intenciones con antelación. ¿Abandona el edificio cuando lo hago yo, tras permanecer sentado junto a mi puerta como un perro cruel, esperándome pacientemente? ¿O ha estado aquí dentro conmigo desde la última vez que lo vimos? Empiezo a hablar como tú, amor mío.

Apryl, sentada en la cama con el segundo diario, hojeaba otra serie de viajes fallidos y fantasías paranoides. Más historias absurdas sobre el terror que sufrían Lillian y sus amigos del edificio. Y sobre su torturador, cuyo nombre no había pronunciado siquiera.

Cuando habló con su madre, una hora antes de medianoche, no mencionó ni la locura de Lillian ni la inquietud que le inspiraba el apartamento. Y para gran alegría de su madre, insinuó que tal vez pudiese regresar a Nueva York en la fecha prevista en un principio. Después de colgar volvió a acurrucarse bajo el edredón con una taza de manzanilla con miel, tras prometerse que sólo leería el comienzo del tercer diario antes de dormir un poco. Había quedado con el anticuario a las diez de la mañana y con un agente de subastas a mediodía, de modo que había puesto el despertador a las ocho y media.

Pero dos horas más tarde, tras zambullirse en el tercer volumen, comprendió que lo último que podría hacer sería conciliar el sueño en aquel dormitorio.

Querido mío, estas dos últimas semanas he intentado escapar de aquí por los parques. Pero las cosas también han cambiado allí. Por si la enfermedad y la confusión no fuesen suficientes, creo que ahora ha apostado centinelas para mantenernos aquí.

El lunes salí a las cinco, con las primeras luces, preguntándome si eso supondría alguna diferencia con respecto a mis probabilidades de escapar. Pero comencé a sentir náuseas a medio camino de Constitution Hill. Decidida y enfadada por haber llegado sólo hasta allí antes de que me aquejara de repente La enfermedad, decidí dirigirme hacia el norte a través de Green Park sin perder de vista Picadilly. Fue entonces cuando vi a una mujer que no tendría que haber estado en el parque. Ni a esas horas del día ni a ninguna otra, para serte sincera.

Verla me provocó un terror tan grande que no me atreví a salir de nuevo del piso hasta el domingo por la mañana, y les encargué todas las compras a los porteros.

Incluso después de todo lo que he soportado, aún estoy en condiciones de sorprenderme hasta la médula por el alcance de su influencia. Todavía me cuestiono lo que vi, y de hora en hora paso de la negación a la aceptación, pero he de admitir que estas nuevas visiones representan un cambio en la estrategia que emplea para mantenernos aquí dentro.

En mi nerviosismo, estaba dispuesta a tomar a la mujer de Green Park por una especie de actriz. Puede que estuvieran filmando una película en las cercanías. O puede que fuese una de esas extrañas jóvenes que, según he leído en los periódicos, se entretienen disfrazándose. Pero a juzgar por su apariencia yo la habría tomado por una mujer victoriana y no por un miembro de uno de esos grupos de londinenses modernos que se ven en la actualidad.

Llevaba un vestido negro cuya cola arrastraba por el suelo y un sombrerito en la cabeza que ocultaba su rostro de mi vista. ¿Me habré imaginado las cintas de detallado encaje alrededor del sombrero, como los de una mujer de luto? Fueron los detalles los que me convencieron de que aquella figura silenciosa e inmóvil era real. Pero era tan alta y tan excesivamente flaca bajo aquel vestido que la ceñía hasta la garganta que

por un momento imaginé que estaba viendo a una persona en unos zancos, haciendo bromas a las personas que pasaban por allí a esas horas. Empujaba un carrito de color negro delante de sí. Un armatoste grande y pasado de moda con pequeñas ruedas, como un carromato.

Me di la vuelta y fingí ignorarla. Pero al disponerme a reanudar la marcha, pareció salir rápidamente de la niebla que se estaba levantando en la base de los árboles y se aproximó por el camino que yo debía atravesar para llegar hasta Picadilly. Por mucho que aminorara o acelerara el paso, era imposible que no nos encontráramos en alguna de las intersecciones que había delante.

Me desvié hacia la derecha, pero ella mantuvo el mismo paso que yo, así que atajé directamente hacia arriba tratando de evitar una colisión que, de manera instintiva, adivinaba desagradable para mí. A esas alturas andaba a trompicones. Me sentía tan mal que casi no podía mantener el equilibrio. Tenía el pelo suelto delante de la cara y me encontraba en un estado atroz, cariño, pero aun así lo intenté. Realmente lo intenté.

Cuando llegué al camino, ella estaba allí. Esperándome, apenas a unos pasos de distancia. Casi a mi lado. Totalmente en silencio, pero decidida a darme la bienvenida. Sólo la miré un instante, pero no alcancé a vislumbrar evidencia alguna de sus facciones debajo de aquel sombrero. Estaba inclinado hacia abajo, pero aun así, pensé, ¿dónde estaba su rostro? Aunque lo que sí reveló aquel solitario vistazo fueron sus manos, aferradas al manillar del carrito. Y no podría haber dado un paso más tras reparar en su estado.

Eran de hueso. Marrones y moteadas, no flaneas como uno espera que sean los huesos. Y en aquel momento alargó los brazos y tendió aquellas manos por encima del carrito. Al desabrochar el velo negro de la capota e introducir sus manos allí, los finos dedos emitieron un traqueteo, como si bailaran en ellos incontables anillos de madera. Pensé que aquel sonido era aún más espantoso que su imagen. Y lo que sacó del carrito me hizo gritar. Recuerdo haber oído mi voz como si perteneciera a otra persona. Simplemente, no parecía la mía.

Debí de perder el conocimiento, porque al despertar, el sol me calentaba

el rostro y tanto la mujer como su espantoso carrito habían desaparecido. Un vagabundo se inclinó sobre mí para interesarse por mi estado, pero me asusté y regresé como pude a casa, deshecha en lágrimas.

Una semana después de aquel día, volví a intentarlo. Mi objetivo era coger primero el tren de Brighton en la estación Victoria y luego cruzar el río por el puente Albert, adónde había sido incapaz de llegar unos años antes. Pero había más de ellos. Esperándome.

Cerca de la estación Victoria me encontré con una criatura encorvada que llevaba un sombrero plano. Bajo su pico castañeteaban unos dientes amarillos. Y en Cheyne Walk, tres días después, casi se me para el corazón al encontrarme con la repentina aparición de tres niñas despojadas de todo cabello y con las cabezas más extrañas y deformes que se puedan imaginar, todas alargadas y finas. Llevaban vendajes quirúrgicos atados al cuello e interpretaron un extraño bailecillo sobre unas piernas finas como palitos, allí mismo, ante mis ojos. Bajo los vendajes, creo que sus cuerpos estaban cosidos. Pero lo peor era su forma de moverse...

Traté de rodearlas corriendo para llegar al puente Albert, pero entonces vi algo atrapado en un árbol. Era como una cometa, pero de carne. Un rostro, de hecho. Con pequeñas marcas de viruela sobre la piel y sin ojos. Simplemente suspendido allí, solo con su propio pesar, suplicándome.

Fue como si estuviera atrapada en un sueño y fuese incapaz de despertar. Dudo que vuelva a tratar de ir hacia el sur. Allí abajo es peor que en ninguna otra parte.

Estoy perdiendo la cordura, por supuesto. Lo sé. Como tú al final, querido mío. Pero ambos sabemos dónde vimos antes tales cosas. El las trajo aquí, al edificio, a nuestras casas. No nos libramos de ellas. Ni siquiera después del incendio.

Apryl cerró el libro. Habían dado las dos y no soportaba seguir leyendo. Lillian era una esquizofrénica. Pero ¿cómo había podido pasar tanto tiempo sin que la diagnosticaran cuando veía a tantos médicos? Puede que fuese Alzheimer. ¿No te hacía ver cosas también? ¿Sabían de su existencia en aquella época?

No había un solo coche en la plaza. Echaba en falta el susurro rápido de

sus neumáticos sobre el asfalto mojado. Era su única compañía mientras yacía allí sola, con las luces encendidas. Unas luces tan tenues que a duras penas alcanzaban a iluminar la habitación. Ya ni siquiera sabía cómo se sentía con respecto al extenso guardarropa, y se preguntaba si debía ir a comprobar las llaves de las puertas y asegurarse de que estaban bien cerradas.

Miró el techo. La pintura estaba agrietada alrededor de la moldura de la lámpara. Tres veces creyó quedarse dormida, pero las tres se obligó a permanecer despierta. Estaba desesperadamente cansada, pero no quería dejarse llevar por el sueño, porque cuando estás durmiendo no puedes montar guardia. Sin embargo, la siguiente ocasión en que se le cerraron los ojos, no volvieron a abrirse para sacarla del sueño.

Hasta que, en el apagado y lejano mundo de más allá de su sueño, oyó que una puerta se abría y se cerraba. Una puerta dentro del apartamento. Seguida por el ruido de unos pies que se movían rápidamente sobre los tablones del pasillo.

Un instante después estaba despierta, incorporada en la cama con el corazón en un puño y el cuerpo agarrotado de miedo. Sus ojos, al volar hacia la puerta, pasaron sobre el espejo que aún miraba la pared y el retrato de Lillian y Reginald. Pero no logró mantener la mirada mucho tiempo en la puerta, porque se vio obligada a devolverla a la pintura. Ahora había tres figuras en el cuadro, en lugar de las dos de antes. Y la que se encontraba en el centro, entre su tía y su tío, era de una delgadez aterradora.

Capítulo 12

A medianoche, Seth seguía caminando de un lado a otro de su cuarto. De la zona fría junto a las ventanas al calor del radiador y viceversa. Un cigarrillo tras otro pasaron entre sus dedos y sus labios hasta que se sintió enfermo y con un fuerte dolor en el pecho.

—Jesús...

Estaba teniendo alucinaciones. Había perdido la cabeza.

Se sentó en el borde de la cama y clavó la mirada en el suelo sin ver nada. El corazón le latía demasiado deprisa. El sudor se enfrió en sus axilas y empezó a despedir un olor desagradable. Se levantó y reanudó sus paseos hasta que no pudo seguir soportándolo, y abrió la ventana de par en par para inhalar a grandes bocanadas el aire oscuro y húmedo del exterior. Esto lo tranquilizó lo bastante como para darse cuenta de que necesitaba escapar de manera inmediata de los confines de su cuarto, huir de su habitación, agotar con el movimiento de los pies y de las piernas al enjambre de abejas enfurecidas que le revoloteaban dentro del pecho y de la cabeza.

Pero no llegó más allá del cuarto de baño, un piso más abajo, donde necesitó de toda la concentración que le quedaba para permanecer en pie el tiempo suficiente para terminar de orinar. Pero cuando las últimas gotas desaparecieron en la masa de papel higiénico que atascaba la taza del váter, una serie de pensamientos inquietantes sobre el mundo exterior y lo que podía estar esperándolo en la esquina de la calle lo obligó a volver a subir a su cuarto. Una densa humareda cubría el techo amarillo.

Entre rápidos susurros, para que los vecinos no pudieran oírlo, se conminó a sí mismo a calmarse. Repitió frases sencillas como un mantra, como si el acto de hablar cumpliera la función de la gravedad: impedir que su cuerpo ascendiera hasta el techo, donde se retorcería entre el humo que había exhalado y desgarraría el caos de sus tripas con largas y sucias uñas.

Trató de distraerse. Tenía que hacer algo para canalizar la electricidad que circulaba por debajo de su piel hacia una salida antes de que su estómago, y luego el resto de su cuerpo, se consumieran. Recordaba la fotografía de una pierna de mujer delante de un montón de cenizas, junto a una estufa de gas. La había visto de niño en un libro de misterio. Si alguien podía llegar a incinerarse espontáneamente por la pura fuerza de la emoción o el pensamiento, era él en aquel momento.

Se rió por lo bajo.

No tenía sentido resistirse al deseo que llevaba tanto tiempo estancado en él. Porque hacía poco había vuelto a despertar. Y en aquel momento estaba hirviendo. Sin distraerse pensando adónde podía conducirlo aquello, a quién podía complacer y lo que podía significar, hundió las manos en las cajas de cartulina llenas de papel, pintura y lápices y una nubecilla de polvo se levantó en el aire.

Con gruesas barras de carboncillo y un cuaderno de esbozos de grandes dimensiones, cayó en un frenesí inmediato de creación, sin más pausas que las justas para sacudir la mano y devolver algo de sensibilidad a sus dedos y su muñeca agarrotados. De pie junto a la mesa o sentado en cuclillas en el suelo, arrastraba sus papeles y lápices de acá para allá en busca de la mejor luz o se movía para aplacar los dolores que brotaban de su cuerpo blando y desentrenado, pero sin dejar de trabajar un instante.

Violenta, apresurada, inconscientemente, derramó imágenes sobre el papel en una cascada incesante, como si una tremenda y turbulenta presión interior hubiese encontrado un minúsculo poro por el que salir. El agujerito se convirtió en una esclusa.

Arrancaba hoja tras hoja de su cuaderno y luego abandonaba los fragmentos de esbozos a su alrededor, sobre la dura alfombra, para empezar otros nuevos, en un intento de conferir alguna forma, alguna impresión, a los

rostros, imágenes y cosas espantosas que se habían manifestado para él o habían desarrollado sus peculiares narrativas en sus sueños. Cuando se le terminó de agarrotar la mano, apretó los dientes y, a pesar del dolor, trató de retratar la muchedumbre de su mente, aterrado por la posibilidad de que se esfumara antes de que los trazos de su lápiz hubieran conseguido capturarla, siquiera en parte.

Aquel congestionado chorro de imágenes, sonidos y olores que lo atravesaba se le antojaba inmediata y chocantemente vital. Estaba convencido de que nunca había imaginado algo tan significativo, algo que poseyera tanta claridad o tanta fuerza. Era original. Dios, estaba siendo original.

Cada vez que hacía una pausa para cambiar de posición y veía por un momento los esbozos abandonados a su paso sobre la sucia alfombra marrón, lo asaltaba al instante una sensación de perplejidad por lo absurdo, lo inhumano de lo que había creado. Sólo se detuvo cuando el pequeño despertador de viaje marcó las 8.00. Debilitado aún por la enfermedad y la falta de sueño, dejó caer el lápiz casi sin darse cuenta y se tendió sobre la cama.

Con un sonido de goteo, la calefacción central se activó. En el piso de arriba comenzó a sonar una radio. Pero momentos después de apagar la lámpara de la mesita de noche, Seth se había dormido con la ropa puesta.

—No deberíamos estar aquí.

—Quería enseñarte una cosa.

Los susurros de Seth sonaban tensos y apresurados en el aire húmedo.

—Pero éste es el cuarto de alguien. Es privado.

Se encontraba junto al muchacho encapuchado en el único espacio desocupado de la desordenada habitación del ático.

—Podemos ir adónde queramos.

El techo se curvaba bajo la bóveda del tejado. Estaba oscuro, pero el ventanal en arco que había sobre la cama dejaba entrar una luz tamizada cuya tonalidad era una mezcla de amarillo gaseoso y gris. Se filtraba a través de las manchas del cristal, y a pesar de que parecía ir a morir a pocos pasos de allí,

donde terminaba de asfixiarla una neblina de aire estancado y las sombras de las paredes inclinadas, aún permitía a Seth ver las siluetas de los muebles y los restos que abarrotaban el suelo de la sala. Una erupción de esporas negras brotaba detrás del yeso pintado y la alfombra bajo sus pies era tan quebradiza como el pan reseco. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, empezó a ver más. Mucho más.

Había botellas de leche más o menos vacías tiradas entre periódicos abandonados, prendas olvidadas, una mezclanza de cubiertos y utensilios de cocina, platos manchados y cacerolas de acero con grasa y polvo, que emitían un terrible hedor a descomposición. Seth cerró los ojos y se tapó la boca y la nariz con una mano en un vano intento por sofocar el sabor que tenía en la boca.

—Pensé que debías verlo.

Miró el terrible desorden de las sábanas desparejadas y las toscas mantas de la cama. No había bajera sobre el colchón. Unas rayas rojas y moradas, como las de un palito de caramelo, asomaban entre la maraña de tela manchada sobre la que dormía Archie. De un cubrecama naranja sobresalía una cabeza verrugosa y sin dientes. Parecía tan enorme que era imposible, demasiado grande para los marchitos restos del cuerpo. Bajo la cabeza, Seth pudo ver algo que parecían unos finos y desnudos miembros. Pero la luz debía de estar jugándole malas pasadas, porque le parecía que estaban cubiertos por un largo vello blanco.

El muchacho encapuchado dio un paso; hacia la cama.

—Mira.

—No.

Demasiado tarde. El muchacho agarró una manta y una sábana que tenía la textura de una toalla y la levantó sobre el cuerpo dormido de Archie.

Unos huesos amarillos con forma de pezuñas, salieron a la luz. Era la conclusión natural de los malogrados tobillos de Archie. Unas rodillas grandes, cuya superficie parecía hecha de cáscaras de nuez blanqueadas, asomaban entre la alfombra de vello blanco —o pelaje— que cubría el resto de las demacradas piernas y la esquelética ingle. Pero lo peor de todo fue la terrible peste a ganado —paja húmeda, ollares cubiertos de lodo, orina rancia

— que eructó el espacio que había debajo de las sábanas y propinó a Seth una bofetada caliente y seca en plena cara. Mientras tosía para aclararse la garganta, dio un paso atrás y tiró una botella de leche, que derramó una sopa grumosa sobre la alfombra.

Archie se removió. En su sueño, sus manos hipertrofiadas de uñas amarillentas arañaron el aire tratando de encontrar las mantas perdidas. Los tatuajes caseros que asomaban bajo el vello de sus finos antebrazos parecían cardenales. Cambió de posición, como si su mente dormida confiara aún en recuperar la calidez volviéndose en otra dirección.

Tras vislumbrar un instante la columna vertebral, cubierta por una piel intensamente rosada y el mismo vello blanco de antes, Seth se dio la vuelta sobre unas piernas temblorosas y trató de respirar entre los dedos. Vivía en aquel lugar, bajo cabras viejas que se meaban en la paja sobre la que dormían.

—Quiero irme. Podría despertarse —dijo con voz débil.

—Estamos en el sueño de este viejo cabrón, colega. Cuando muera, es aquí adónde vendrá. Y se quedará mucho, mucho tiempo.

—Estoy enfermo.

—Pues hay más.

—Más no, por favor.

—Sólo un poquito. Acércate. Por aquí.

Entre dos de los hinchados nudillos de cabra de Archie ascendía una fina columna de humo azulado desde un cigarrillo liado a mano. Alrededor del brazo, la colcha estaba moteada de agujeros negros y marcas de quemaduras.

—Dios, nos va a matar a todos —dijo Seth.

—Y tus cuadros se convertirán en ceniza. —Al tiempo que decía esto, Seth captó un olor a madera y a carne quemada que coincidió con un breve instante en que la voz del chico se volvía más profunda.

—¿Qué quieres decir?

En la oscura habitación, el muchacho levantó la cabeza. Tras la impenetrable negrura de la capucha, Seth intuyó una sonrisa.

—Se te da bien dibujar, Seth. Pero a esta gente le da igual. A nadie le importa. No significa nada para ellos. Les encantaría quemar tus cuadros.

Como hicieron con los suyos. Pero debes pintar lo que ves. Eso es lo que me dijo nuestro amigo. Serás el mejor.

Seth se puso colorado. Eran las primeras palabras de alabanza que oía desde hacía años.

—De verdad. Se ha fijado en ti. Él te ayudará.

—No lo entiendo. ¿Quién?

—Me pidió que te lo dijera —continuó el muchacho encapuchado con la misma lentitud que si lo hubiera estado practicando—. Te ha estado observando. Y también a lo que llevas dentro, todo agarrotado y retorcido. Me dijo que te enseñara cosas. Así pintarás el mundo como es. De todos modos, tú lo sabes. Sabes cómo son las cosas. —Señaló la cama donde yacía Archie, retorcido entre las sábanas—. Siempre lo has sabido. Sólo que tenías miedo de pintarlo. Has estado demasiado tiempo encerrado en un sitio, detrás de unos barrotes. Ya te lo dije antes. Ahora sabes cómo son realmente las cosas. Tienes suerte de que te lo hayamos enseñado. Ahora puedes ser el mejor. Como lo era nuestro amigo antes de que esos capullos lo jodieran todo. Así que no creo que sea mucho pedir que nos hagas... digamos, algún favorcillo.

—¿Qué? ¿Qué es lo que tengo que hacer?

El muchacho encapuchado caminó con paso seguro sobre un periódico amarillento y desapareció detrás de la puerta. Seth lo siguió. Tras él, Archie dio una patada con una de sus pezuñas.

Seth se encontraba en el lugar que reconocía como su propio cuarto. Aquellas paredes que había pasado horas contemplando, pero que, con la mente ocupada en otras cosas, sólo había visto a medias. Pero ahora advertía que la pintura era más fresca y de un amarillo menos acuoso. Más densa y espesa, como helado de vainilla. Y había una sombra sobre una bombilla que contenía todos los colores de una lata de macedonia de frutas.

Las ventanas eran las mismas de siempre, no obstante, y seguían igual de mugrientas. Al igual que el frigorífico, pero las manchas rojizas de la puerta eran nuevas: sopa o grosella negra. Las cortinas, que también eran las

mismas, parecían más tiesas y brillantes y la alfombra más blanda. Al mirar los armarios vio que las puertas ya no estaban rotas. Parecía la habitación de otro, o la que había sido antes.

De repente, todas las cosas que había pasado y hecho allí le parecieron triviales. Y las preocupaciones de su trabajo, más irrelevantes que nunca.

—Todo está en el mismo sitio —dijo el muchacho encapucha— do—. Hasta las cosas viejas que se quedan atrapadas. Nada se va. Si te quedas el tiempo suficiente, acabas oyendo las voces antiguas y viendo algunas de las caras. Pero aquí dentro siempre encuentro lo mismo.

Seth bajó la mirada hacia él, hacia la parte trasera de la capucha y el forro de piel mojados por la lluvia.

—Mira la cama —dijo el muchacho con voz calmada y plenamente segura, consciente y satisfecho de sí mismo, para ilustrar su argumento.

Seth se volvió y se sobresaltó, como si la solitaria figura femenina hubiera saltado del lugar en el que estaba sentada, apoyada en el cabecero de vinilo cuyo revestimiento de plástico estaba teñido de una sucia tonalidad crema por el roce de un millar de manos grasientas.

Un cabello lacio y castaño caía sobre los hombros de su jersey de lana rosa. Con la barbilla puntiaguda apoyada sobre unas rodillas cubiertas de costras, las manos aferradas a unos calcetines blancos a la altura de los huesudos tobillos y las sandalias gastadas sobre la manta marrón y amarilla, la niña miraba el suelo, con un rictus de siniestra impaciencia en el pálido rostro. No podía tener más de diez años, pero sus ojos eran negros. Seth observó los flacos muslos, moteados de manchas de color mora hasta las bragas de algodón, y rápidamente apartó la mirada. Había algo indecente en su postura, aunque no de manera intencionada. Era como si fuese inmune a la mirada de los desconocidos. Las lágrimas y los mocos se habían secado sobre su rostro. Tenía hinchados los párpados de tanto llorar. Su falda plisada estaba rodeada de envoltorios de chocolate. Sobre la mesilla de noche había una cámara de aspecto antiguo, hecha de metal y pintada de negro. Y un ovillo de un bramante verde que Seth recordaba haber visto en las rosas del jardín de sus padres en los veranos más calurosos de su infancia. Un hilo basto y fibroso que sabía amargo, como la creosota. Y que no podías romper

por muy fuerte que tiraras. Sólo conseguías lastimarte los dedos.

—Venía aquí para verse con un hombre.

Seth trató de sonreír para superar el miedo que lo abrumaba. Tragó saliva, pero no pudo moverse ni decir nada durante largo rato.

—La policía se lo llevó.

Seth recordaba la historia de Archie. Uno de sus párpados tembló.

—Los jóvenes y los viejos no se van fácilmente. Están por todas partes. Y aunque hubiera crecido, cosa que no llegó a hacer, habría vuelto aquí un día.

—Basta. —La voz de Seth comenzó a quebrarse—. Sácala. A ti te sacaron de aquella tubería y tú me sacaste de aquella cámara, así que sácala de ahí.

—No podemos sacarlos a todos, Seth. Son demasiados, colega. Los tendríamos como colgados de nosotros. ¿Qué puede hacer por nosotros? No entiende nada. Es mejor dejarla ahí. Lo único que sabe es que es tarde y está esperando que su padrino venga del pub.

—¿Cuánto tiempo lleva ahí?

—No sé —dijo el muchacho con desinterés—. Mucho. Nadie lleva sandalias ya. Si estuvo esperando unas horas a que viniese, entonces siempre serán unas horas. Durante siglos. Hasta que llegue la oscuridad.

—¿Y dónde está él ahora?

—Ya te lo he dicho. En el pub.

—¿Puede vernos?

—A veces. Pero no sirve de nada. Mira.

El muchacho encapuchado fue a sentarse en la cama, junto a los pies de ella, y comenzó a botar como si quisiera probar los muelles del colchón.

—¿Estás bien?

—Sí —dijo la niña sin apartar los ojos de la puerta.

—¿Quieres irte?

—No. Mi papi va a venir dentro de poco. Me ha dicho que lo espere.

El muchacho encapuchado se volvió hacia Seth.

—Siempre es igual. Está atrapada.

—Pero... ¿cómo puede estar siempre ahí?

—Estando.

—¿Al mismo tiempo que yo?

El muchacho encapuchado asintió con entusiasmo.

—Siempre. Y desde ahora tú también podrás verla. Y muchas más cosas que han quedado atrapadas. Cada vez más y más.

Era la habitación más grande de la casa de huéspedes que había sobre el pub. Las ventanas daban a la calle principal. Pero cuando Seth se encontró dentro de ella, vio que faltaba el revoltijo de cajas de *pizza*, latas de cerveza y ropa sin lavar de su propietario. A veces, cuando iba al baño por la mañana, solía entrever un momento el interior del cuarto al tiempo que Quin salía de allí embutido en su bata.

Limpia de polvo y basura, la cama estaba hecha, con una sábana blanca y una manta de tartán. Las puertas del armario estaban cerradas y los muebles en ángulo recto con respecto a la cama. No había ropa ni zapatos a la vista, aparte de un solitario abrigo negro que colgaba de la parte interior de la puerta, y los únicos efectos personales estaban ordenados sobre un papel blanco en la mesita de noche: un reloj, un anillo de boda, una pluma de plata y unas monedas ordenadas en pulcros montoncitos. Se podría haber descrito como un cuarto espartano pero bien ordenado.

Todos estos detalles tendrían que haber estado en el fondo, en la periferia de su campo de visión, pero los ojos de Seth se esforzaban por no mirar la flaca figura del viejo que colgaba por el cuello de la lámpara del techo.

Todavía se bamboleaba por el pequeño impulso transmitido al saltar desde la silla y después de que su peso hubiera caído a plomo con un chasquido; los miembros del hombre se habían estirado dentro del traje negro y sus manos, arregladas con manicura, habían quedado relajadas. Desde la pernera izquierda de su pantalón, un reguero de líquido resbalaba a lo largo del zapato negro hasta la puntera lustrada, y desde allí caía unos centímetros hasta la alfombra.

Seth no lo miró a la cara, pero sabía que sus ojos estaban abiertos y brillantes.

Capítulo 13

La diferencia entre las ofertas no era demasiado grande, una cuestión de apenas doscientas libras. Pero el anticuario, con sus tupidas y cobrizas cejas, no podía recoger el mobiliario hasta dos semanas más tarde. Y la casa de subastas, que ofrecía el mejor precio, quería el retrato de sus tíos para completar el juego de cuatro pinturas que se habían conservado en el trastero y que, al parecer, eran obra de un excelente artista que había expuesto en una ocasión en la Royal Academy.

Ninguno de los dos quería la cama. Parecía inevitable tener que desarmar la gruesa y pesada estructura y tirarla. El lecho nupcial de Lillian y Reginald iba a convertirse en leña. Un menosprecio más por parte de aquel mundo que habían abandonado.

Muy desasosegada aún por la agitación de la pasada noche, Apryl no estaba de ánimos para regateos, así que aceptó la decepcionante suma de cinco mil libras que le ofrecía el anticuario por todo. El hombre ni siquiera esbozó una leve sonrisa al oírlo.

Tras haberse convencido la pasada noche de la presencia de una tercera figura en el cuadro, Apryl se sentía tentada a desprenderse también del retrato. Pero después de tomar el desayuno y unas cuantas tazas de café cargado, la visión comenzó a parecerle una mera trampa de su imaginación. ¿Qué había visto en realidad? Algo alto, delgado y pálido, erguido como una flecha y con una sonrisa pintada en medio de un borrón rojizo. Como la cosa huidiza que había vislumbrado tras su imagen en el espejo la noche que se

había probado la ropa de Lillian, la insinuación del movimiento veloz de unos miembros quebradizos por el suelo, acercándose a ella. Debía de haber visto o leído algo que le había metido aquellas apariciones en la cabeza, porque no eran cosas que ella fuese capaz de inventarse así como así.

El lugar la estaba afectando. Y los diarios de Lillian no contribuían demasiado a mejorar las cosas, a pesar de lo cual, era incapaz de dejarlos. Tras concluir sus reuniones con los tasadores y contratar por teléfono los servicios de una empresa de limpieza, casi sin darse cuenta se encontró en la mesa de la cocina con el cuarto de ellos abierto. Pero sólo después de haber procedido a una breve inspección de un Londres A-Z de tapas negras y sencillas que al principio tomó por otro de los diarios de su tía. Estaba en el mismo cajón que éstos, y los mapas de brillantes colores del centro de Londres que contenía, estaban cubiertos por todas partes de anotaciones con bolígrafos de distintos colores.

En los márgenes, unas notas de letra apretada manuscritas por Lillian detallaban los nombres de las calles, y unas líneas de tinta serpenteaban en todas direcciones a partir de Knightsbridge; representaciones de los distintos proyectos de fuga de su pariente.

Ninguna línea llegaba a alejarse más de un kilómetro y medio del edificio.

Por eso casi todos los zapatos de Lillian estaban desgastados. Sus obsesivas caminatas a lo largo de un periodo de tiempo tan dilatado eran sencillamente asombrosas, lo mismo que la magnitud de sus ilusiones paranoides. Volvió a preguntarse si el amor que había profesado Lillian a su esposo habría sido tan grande que no le permitiera abandonar el lugar en el que habían convivido. Al mencionarle la teoría a Stephen, cuando llamó para preguntar si necesitaría alquilar otro contenedor, éste respondió con incomodidad y luego se disculpó, como si fuera a expresarle de nuevo sus condolencias. Estaba claro que la excentricidad de su tía abuela lo abochornaba.

En la mesa de la cocina, armada con una jarra de café recién hecho, continuó leyendo el cuarto diario. Las anotaciones que contenía eran más cortas e inconexas que las de los tres anteriores, así como más inquietantes

por el cambio de estilo.

Los veo por todas partes. Sus delgadas siluetas cuelgan de todas las ventanas. No formadas del todo o medio ocultas por las sombras. A veces se limitan a pegarse a las paredes de las entradas de los apartamentos, o a agazaparse farfullando en los silenciosos y sucios rincones de callejones o en los espacios en estado de abandono que hay detrás de los edificios. Habitan los espacios muertos. Es en los lugares a los que nunca llega el sol donde existen. Pero lo peor de todo son sus caras. Los veo siempre que levanto la mirada en Mayfair. Horriblemente blancos y flacos, escudriñan las calles desde las ventanas más antiguas. Sus bocas se mueven, pero no puedo oír lo que dicen. Si tuvieran labios intentaría leerlos.

En Shepherd Market, un lugar que incluso hoy en día se resiste al aburguesamiento, se agolpan para disputarse el espacio detrás de puertas atrancadas con tablones. A éstos alcanzo a oírlos a veces, susurrando detrás de los maderos. Me hablan desde donde se ocultan. «¿Va a volver?», no dejaba de preguntarme una mujer de la que, por un agujero de la madera, veía los huesos de las costillas y la columna vertebral.

«No consigo encontrarlos», me susurraba sin descanso otra vieja criatura. Nunca supe si era un hombre o una mujer, pues se ocultaba a cuatro patas detrás de unos cubos de basura. Sus ojos lechosos no parecen verme. No sirve de nada hablarles. No son conscientes de nada que no sea su propio sufrimiento, aunque a mí parecen percibirme por momentos.

Oh, querido mío, vivo a medias en este mundo y a medias en el otro. Como tú al final. Ahora te entiendo y te pido que me perdones por haber dudado alguna vez de ti. Nunca presté demasiada atención a las cosas que colgaban de sus paredes, como tú y los demás. Nunca le oí hablar, como tú. Y fuiste tú quien se enfrentó a él. Puede que porque mi papel fue tan exiguo, el contagio haya tardado más en propagarse. Pero es posible que tuviera razón, al fin y al cabo, como tú sospechabas al final, y que todo lo que dijo fuese verdad.

Pero ¿cómo salieron de allí abajo con él? ¿Cómo se metieron en las cosas que colgaban de nuestras paredes y en todos los espejos? ¿Cómo pueden aparecer ante mis ojos así, a la luz del día? ¿Debo vivir sola y en

silencio entre paredes desnudas hasta el fin de mis días, sin arriesgarme a dejar abierto ningún canal por el que puedan entrar? ¿Tan abarrotado está el infierno que están saliendo de allí?

Había páginas enteras así. Listas de las extrañas y enfermizas visiones con las que su pobre y enferma tía se encontraba en calles que en el pasado debieron de ser un paraíso de citas sociales, almuerzos en compañía, cenas de gala, salidas de compras y clubes nocturnos. ¿Y quién era la persona a la que constantemente se refería?: «Y todo el rato estaba llamándolos. Todas las voces y las sombras y las cosas que no están bien en este edificio, en la escalera y en nuestras habitaciones, acudían a él cuando las llamaba...»

Apryl comenzó a dejar marcapáginas con papelitos y a anotar todas las referencias al edificio. Sospechaba que había ocurrido algún suceso en el que se habían visto envueltos Lillian y Reginald, un suceso al que su tía culpaba de la muerte de su marido, a pesar de que no había por ninguna parte detalles concretos sobre el fallecimiento. Si aún quedaba en Barrington House algún residente de la misma época, tendría que preguntarle cómo había muerto su tío abuelo. Además, Lillian escribía como si la hubieran condenado por algún terrible acto cometido por su esposo.

Cuando los quemaste, creíste que lo habías destruido todo con ellos. ¿Cómo podría sobrevivir al fuego? Sin embargo, están aquí de nuevo, a pesar de lo que hiciste por nosotros. Por todos nosotros.

Los demás ya no me hablan. Me echan la culpa porque era tu esposa. Lo veo en los ojos de Beatrice. Ni siquiera me abre la puerta. El administrador me ha escrito una nota de advertencia, al igual que el abogado de ella, en la que me amenaza con emprender acciones legales si no dejo de acosarla. ¿Acosarla? Les dije que la unión hace la fuerza. Y en esto estamos todos unidos. Pero no ha servido de nada.

Los Shafer tampoco quieren verme. A veces Tom llama y me habla entre susurros cuando Myriam está en otra habitación, pero en cuanto ella reaparece, cuelga. Sigue controlándolo como siempre ha hecho.

Son todos unos cobardes. Me digo a mí misma que estoy mejor sin ellos. Y no pueden echarme porque no puedo marcharme. La ironía hace que me ría, pero sin ninguna alegría. Nos quedaremos aquí mientras él juega con

nosotros y nos atormenta por lo que hicimos, o hasta que pongamos fin a nuestras propias vidas. Pero eso no puedo hacerlo, querido mío. Porque no sé si se trata de un truco cruel o es tu voz la que a veces oigo detrás de las paredes.

Tras cerrar el libro a última hora de la tarde, en un intento por apartar su mente del insano relato de su tía abuela, Apryl se fue a comprar algunas golosinas a la zona de alimentación de Harrods y luego husmeó un poco en las tiendas de ropa de Sloane Street y King's Road. Pero los nombres de las calles y algunos de los hitos de la ciudad sólo servían para recordarle algunas de las rutas por las que Lillian había caminado hasta los ochenta años, llevando un sombrero, un velo y unos zapatos desgastados.

La lluvia la llevó de vuelta a Barrington House a la hora de cerrar las tiendas, a las ocho. Hacía frío y el piso le inspiraba una sensación inquietante, pero al menos la mayoría de los trastos habían desaparecido y el pasillo estaba despejado. Y calculaba que, con otro esfuerzo monumental el viernes, podía sacar de los otros dos dormitorios todo lo que no estaba marcado para su venta.

Pero el aumento del espacio del apartamento no trajo consigo un aumento de su luminosidad o comodidad. Incluso después de que, con la ayuda de Stephen, reemplazara todas las bombillas de las lámparas y del techo por otras nuevas de cien vatios, una neblina mohosa y marrón seguía llenando el aire. Y la luz adicional sólo servía para conferir una luminosidad enfermiza a la pintura del techo, los revestimientos de madera de las paredes y los rodapiés, que transmitían la misma sensación descolorida que la cerámica antigua de las vitrinas de los museos.

Tenía miedo de que no apareciera ningún comprador. Salvo que lo vaciara por completo, le sacara las tripas y lo renovara de la cabeza a los pies, cualquier futuro inquilino se vería atrapado para siempre en el interior de una vieja fotografía. Era un sitio deprimente, impregnado de olor a polvo, antiguas humedades y mobiliario desgastado, un sitio que, de algún modo, parecía el más apropiado reflejo del solitario, desesperante y susurrante cautiverio sufrido por su tía abuela hasta el día de su muerte.

Era plenamente consciente de la ironía: se encontraba en uno de los más

antiguos y exclusivos edificios de apartamentos de la zona más elegante de Londres, una de las ciudades más caras del mundo, y se veía reducida a utilizar un baño antiguo, a habitar en un espacio tétrico entre paredes manchadas y con la pintura levantada, rodeada por medio siglo de desechos y por los abandonados detritos de la vida de una vieja pariente.

A las nueve en punto estaba en la cama, con otro de los diarios abiertos sobre el regazo y una copa de vino en la mesita de noche. Y, una vez más, no tardó en sumergirse entre las alucinaciones que correteaban alrededor de su tía abuela.

Se movía como un mono a mi alrededor...

... «Estarán aquí pronto —dijo—. Chist, creo que ya los oigo.» Y entonces pegó la boca de la criaturilla a su teta arrugada y flácida...

... Sobre unas piernas finísimas, se me acercó chasqueando...

...Envuelta en un vestido blanco manchado, sin pelo en la cabeza amarillenta, levantó hacia el cielo los largos brazos al verme. Estoy segura de que me vio en la calle. El edificio era muy antiguo y en una de las ventanas habían clavado una sábana al marco...

...Alguien me ha traído a casa. No recuerdo el viaje. Luego llamaron a un médico. Pero no era el mío. En su lugar vino un hombre cuyas manos no me gustaban...

En medio de todo esto encontró un nombre masculino que se repetía dos veces:

...he buscado su nombre en otros sitios. La librería de Curzon Street, donde vivía Nancy antes, ha pedido todo lo que hay sobre el periodo concreto. Pero no aparece. Como dijiste una vez: «Ninguna galería respetable o decente exhibiría sus abominaciones en sus paredes.» Siempre dijiste que estaba loco. Y debía de estarlo para dejarse hechizar por tales cosas. Pero no hay publicaciones ni listas de obras de Hessen en diarios o catálogos. Los medios que lo trajeron aquí debían de ser privados, pues. He preguntado a nuestros últimos amigos, y de los que saben algo de pintura, sólo dos habían oído hablar de él. Pero no pudieron contarme nada que no supiera ya y aún menos en relación con sus obras. Sólo que fue a la cárcel con Mosley durante la guerra por traición.

Ya no puedo llegar a la Biblioteca Británica ni a ninguna de sus sedes locales. Puede que Hessen fuera un nombre falso. ¿Acaso no adopta el Diabolo muchos disfraces? ¿Crearía todo aquello sólo para horrorizarnos? Puede que nunca tuviera otro propósito. No tengo ningún recurso que pueda emplear para derrotarlo, o al menos para eludir su influencia y escapar de aquí. Lo he intentado todo. El clérigo que viene a ver a la agonizante señora Foregate, la del número siete, cree que estoy loca cada vez que lo abordo.

Y sin embargo todos seguimos aquí, desmoronándonos. Si se me llevaran por la fuerza, creo que me pondría histérica. Moriría de un ataque. Así que, ¿por qué me aferró a esta lastimosa existencia, querido? Lo que me impide seguirte es que el temor a lo que pueda venir después es mayor que el deseo de alcanzar la paz de la liberación. ¿Cómo puedo saber que una parte de mí, despojada de los últimos vestigios de libre albedrío, no permanecerá aquí para siempre? Impotente, como esas cosas del exterior. Condenada a vagar por la oscuridad en busca de personas, lugares y cosas que ya han olvidado.

Apryl anotó el nombre «Hessen» en su diario junto a los de los residentes mencionados por su tía. Quería que, al volver a casa, un psiquiatra leyera también algunos de aquellos diarios. Para que le explicara qué le sucedía a su tía abuela y le asegurara que no era hereditario. Se habría sentido inclinada a desechar como una mera ilusión la idea de que un pintor había atormentado a Lillian de no ser por las repetidas menciones que hacía el texto del papel de Reginald en una disputa.

Tú fuiste el primero en ponerte firme. En pasar a La acción. Aún te veo con la misma veneración que cuando estábamos juntos y mucho más próximos que ahora. Porque a diario me digo que puedes oírme. Eso es lo único que me hace seguir adelante.

Habías sido un héroe en la guerra y quisiste serlo también aquí, para todos nosotros. Te negaste a marcharte, como los demás. A escapar de las sombras que ascendían por las escaleras y se deslizaban por las paredes y entraban en nuestros aposentos e invadían nuestros sueños. No ibas a permitir que te echara de tu hogar un horrible y miserable huno como Hessen. Lo mismo que los judíos que habían perdido a toda su familia en la guerra. Pero yo nunca te había oído hablar así. Me asustaste. Ahora

comprendo que también tú estabas asustado. Cuando te recuerdo diciendo «Tendríamos que haber acabado con esto la noche que tuvo el accidente», y pienso que lo ayudamos y le permitimos sobrevivir para que pudiera volver luego con una oscuridad aún mayor, me invade la desesperación.

Trataste de hacer lo que había que hacer por todos nosotros. Pero lo que había quedado silenciado comenzó a hablar de nuevo y luego se mostró. Y aún lo hace, querido mío. Aún lo hace. Sólo espero que tú ya no puedas verlo. La idea de que estés entre ellos sería el fin para mí.

Lamento con todo mi corazón que no nos marcháramos cuando tuvimos la ocasión. ¿Por qué tiene que ser tan cruel el destino? Volviste a mi lado después de muchas misiones en las que tantos otros se perdieron sólo para que al final presenciara cómo te arrebataban de mí. De mis mismas manos. Y delante de mis ojos.

Con las luces apagadas como de costumbre y tanto el espejo como el cuadro, ya no sólo puesto del revés, sino en el pasillo, junto a la puerta del dormitorio, Apryl se hundió entre cuatro mullidos almohadones, aunque medio incorporada, como si no quisiera ni esperara conciliar el sueño.

Allá, en el noveno piso, el viento agitaba a veces las ventanas. Fuera del apartamento se oían los débiles chirridos y chasquidos del ascensor. De vez en cuando se cerraba la puerta de un apartamento y el ruido ascendía por la escalera en penumbra hasta llegar al piso de su tía abuela. La idea de que hubiera más gente en el edificio le infundía tranquilidad.

Concentró sus adormilados pensamientos en las actividades del día siguiente: envolver las fotografías en papel de plástico de embalaje, meter las rosas muertas en cubos de basura, quizá llamar al taxista que llevó a Lillian a casa la última vez... Quizá. Agentes inmobiliarios. Quizá.

¿Estaba dormida? Era como si estuviese dormida, pero de algún modo seguía consciente de la habitación que la rodeaba. Como si estuviera a punto de dormirse, pero aún no del todo. No era algo que le sucediera con frecuencia, pero conocía la sensación de yacer sola en el apartamento, pero consciente de lo que sucedía en el dormitorio.

Entonces, ¿quién era el que se inclinaba sobre la cama?

Otros inquilinos debieron de oír sus gritos. Durante un rato, mientras permanecía erguida entre las almohadas, antes de salir a rastras de la cama — y antes de que se le quedara atrapado un pie entre las sábanas y lograra liberarlo de una patada, con la sensación de que una mano pretendía llevarla a rastras hasta un lugar aterrador—, oyó unas voces. En la lejanía. Aparte de sus sollozos y jadeos, oyó voces. Como los sonidos arrastrados por una repentina ráfaga de viento desde un lejano patio de colegio.

El viento: estaba al otro lado de las ventanas y los muros, pero también en todas partes. En el techo. Un techo que se había vuelto negro e infinito alrededor de algo que parecía un rostro que se iba desdibujando. Había algo rojo y tenso allí. Un rostro que se retiraba a la oscuridad, donde la luz de la lámpara tendría que haber revelado grietas y pintura amarilla, no aquellas profundidades sin color ni aquella amarga frialdad. Una frialdad que atravesaba la piel y se le metía dentro de los huesos.

Pero ¿dónde estaba el rostro ahora? ¿Y las voces, y el viento?

Mientras Apryl, de pie junto a la puerta del dormitorio, dirigía la mirada hacia la cama de la que había huido, con todo el cuerpo tembloroso, cubierta sólo por la ropa interior, comprobó que el aspecto de la habitación volvía a ser el mismo que antes de que se quedara dormida. Las luces estaban encendidas, las paredes estaban vacías y no había nadie más con ella.

Capítulo 14

Sediento y aturdido, Seth se incorporó en la cama caliente y alargó la mano hacia la mesita de noche, en busca del tabaco y el papel de liar. Desorientado tras otro dilatado y entumecido letargo, trató de recordar los momentos anteriores a quedarse dormido. Parecía haber pasado mucho tiempo, y sin embargo en el exterior seguía reinando la oscuridad.

Encendió el cigarrillo con una mano mientras los dedos de la otra reptaban por la mesilla de noche en busca del despertador de viaje. Al volver la cabeza hacia él, maldijo y cerró los ojos con fuerza. La luz de la pequeña lámpara de la mesita, encendida durante todo el tiempo que había dormido, le provocó un fuerte dolor de cabeza.

Poco a poco, con la mirada apartada de la abrasadora bombilla, se acercó el reloj a los parpadeantes ojos. Las seis y media... aunque no sabía si de la tarde o de la mañana. Ni, con exactitud, de qué día. Hasta le costaba recordar la fecha del último día que había pasado despierto.

El suelo y los muebles estaban cubiertos de dibujos en desorden. Los músculos doloridos de su brazo y su mano derechos, todavía rígidos a causa de los calambres, atestiguaban su frenesí creador. Había dormido un día entero. Puede que dos. Había pasado durmiendo las horas de acuosa luz diurna y despertado en la oscuridad. Se preguntó si debía volver al trabajo aquella noche, si habrían comenzado los nuevos turnos. Nadie lo había llamado. Debía de tener el día libre.

El viento sacudía las ventanas en los marcos desconchados. La lluvia

golpeteaba los mugrientos cristales.

Salió tosiendo de la cama. Con el penetrante sabor del alquitrán del cigarrillo en la boca, examinó su trabajo a la luz de la lámpara. Del radiador a la chimenea cegada, bajo la cama y entre las patas de la mesa de comedor, yacían esparcidos sus dibujos o los fragmentos de sus esbozos.

Con el cigarrillo colgado del labio inferior y el abrigo roto echado sobre los hombros, evaluó su trabajo. Parecía lo que el alcaide de una prisión podría haber encontrado en las celdas de los dementes.

Las imágenes eran impactantes. De un salvajismo bestial. Absurdas. Repulsivas. Grotescas. Pero no carentes de valor.

Tras engullir rápidamente el agua de una botella de plástico, reparó con cierta satisfacción en la vida que contenían aquellos dibujos. Su vitalidad. Una curiosa animación en los retorcidos miembros de las lúgubres figuras. Y en los ojos, una cruel inteligencia, un insidioso placer por la miseria ajena; una gozosa búsqueda de la maldad; una abrasadora y cegadora envidia: los ojos del mundo. No se parecía a ninguna otra cosa que hubiese dibujado jamás, pero parecía un atisbo de aquella incoherente fuerza interior que siempre había tenido miedo de sacar a la luz con carboncillo, pintura o arcilla. Los únicos elementos dignos de sus patéticos esfuerzos anteriores eran los que se parecían vagamente a lo que tenía ahora ante los ojos, las sombras y los colores incongruentes que sus profesores de la escuela de arte habían visto y que los habían desconcertado. Algo de lo que se avergonzaba. Algo que rechazaba. Una veta de expresionismo que había sido demasiado cobarde para explotar. Pero ya no. Era la única parte de su talento que tenía algún valor. Sólo necesitaba que la cultivara.

Tras encender la luz principal, se agachó y contempló el rostro de un niño nonato pegado al cristal, de rasgos borrosos tras la penumbra del baño químico pero de ojos claramente asiáticos. Junto al esbozo del feto encontró un retrato de la cabeza de la señora Shafer, envuelta desordenadamente en pañuelos, tomada desde tres ángulos distintos, con los ojos pequeños como aceitunas y negros de furia. Y luego otro de su cabeza sobre una mole arácnida, de caparazón suave y pulido como el ónice, medio cubierto por un kimono y alzado en repulsiva provocación hacia la silueta de su encorvado

marido-palo, quien se acercaba a pasitos cortos hacia su hembra.

También había un dibujo de la máscara que representaba el rostro sin vida del señor Shafer, con sus facciones grises y arrugadas de papel maché, y otro de su cuerpo de títere, suspendido sobre los hilos de telaraña excretados por el abdomen de su esposa. En el último de los dibujos de los ancianos residentes se veía un racimo de huevos, opacos como perlas cubiertas por una película reluciente, metidos en una caja llena de tierra junto al radiador para mantenerlos calientes.

Seth sonrió. Una sensación extraña en su boca.

Pero la mayoría de los dibujos, realizados con desesperación al abrirse por un momento fugaz una puerta en su mente, eran estudios de una única y familiar figura.

Había retratado obsesivamente al solitario niño de rostro invisible, con su capucha y la trenca que lo protegía de las miradas de los demás.

—Jesús. —De repente miró a su alrededor, el montón de latas de sopa que había sobre la nevera, los armarios rotos, las horribles y finísimas cortinas que se hinchaban con las corrientes de aire, la alfombra reseca y el confeti de papeles que la cubría. Se maravilló al darse cuenta de hasta donde había dejado que llegaran las cosas. Era el resultado de trabajar por las noches. Tenía que serlo. La locura de la falta de sueño. Y de la lucha por salir adelante en Londres. De la soledad, de la desesperación, de las dificultades para hacer frente a las menudencias de la existencia. O puede que estuviera predestinado. Como si, en secreto, siempre hubiera necesitado estar allí. Acorralado y forzado a salir de sí mismo, a quitar capa tras capa, a poner en duda y reconsiderar todo cuanto le habían enseñado hasta verse arrastrado a las profundidades de su ser, donde vivían las cosas oscuras. Lo habían guiado para que descubriera un lugar en el que se habían acumulado tres décadas de experiencia, filtradas, luego sumergidas y por fin recreadas como una vil verdad subyacente. Su verdad. La verdad.

Conque allí estaba su visión artística.

Pero ¿la quería?

Con el rostro entre las manos, Seth contempló el techo a través de la jaula de sus dedos.

Aquello que estaba a punto de rechazar podía ser un regalo extraordinario. Un gran regalo acompañado por un precio muy elevado. Enfrentarse al mundo a ese nivel... era una idea seductora. Si poseía la integridad necesaria, no debía preocuparse por lo que pensarán los demás. Si estaba decidido a cultivar su visión del mundo, no podía haber espacio para la vanidad o la dignidad. Ni ataduras. Tendría que entregarse por completo a aquel mundo sumergido hasta que lo consumiera o hasta llegar al final. No podía pensar en el éxito o en el fracaso. No podía ponerse plazos. Sólo podía haber dedicación a lo que veía y experimentaba.

¿Se atrevería?

Bajó la mirada. Otro vistazo rápido a sus dibujos lo llenó de repulsión, pero también de una emoción peculiar que lo hizo sentir incómodo. La visión lo destruiría, comprendió en aquel instante.

Se sentó en la cama, colocó la cabeza entre las rodillas y consumió rápidamente un cigarrillo hasta el filtro. Pensó en las pesadillas, las visiones alucinatorias de aquel muchacho. Dios, si hasta les hablaba a las creaciones de su propia imaginación enfermiza. Y también estaban su rabia incontrolable, su letargo, su incapacidad de hacer las cosas, de asearse, de alimentarse, de comunicarse con los demás.

Tenía la ocasión de abandonar aquel lugar de locura en aquel mismo momento. Puede que los restos de su antiguo yo estuvieran enviándole una última advertencia en un momento de lucidez. O puede que fuese un fastidioso y bastardo sentido de la cautela que intentaba, como siempre, intervenir para que no pudiera alcanzar todo su potencial como artista. No conseguía decidir qué hacer y no tenía nadie con quien hablar de ello. Lo único que sabía con certeza es que estaba aterrado y ya no podía confiar en sí mismo ni en cómo podía reaccionar en una situación determinada.

Capítulo 15

Algo le estaba pasando factura a Stephen. Tenía unas marcadas ojeras y el rostro demacrado, y los movimientos de la cabeza y de las manos eran lentos, como si todo cuanto lo rodeaba allí, detrás de la mesa de recepción, fuese frágil y requiriese de gestos delicados. Apryl había empezado a fijarse en ello en su último encuentro. Y en su agitación, como si la presencia de ella lo pusiera nervioso. Una reacción que no recordaba haber causado nunca en otras personas.

Pero también era cierto que su esposa, Janet, estaba enferma. Y Piotr, en uno de sus intentos por darle conversación, le había mencionado que la pareja había perdido a su único hijo en un espantoso accidente. Y por si no fuera suficiente con esto, el pobre hombre se levantaba todos los días a las seis para supervisar el cambio del turno de noche al turno de día, antes de ponerse a trabajar él hasta las seis de la tarde. Un turno de doce horas haciendo las veces de diplomático y de criado de los inquilinos. El mismo se lo había dado a entender a su silenciosa y discreta manera. Y aunque tenía la impresión de que le gustaba ayudarla, sin que hubiera nada inapropiado o romántico en aquel interés, sino más bien algo paternal, comenzaba a sospechar que su presencia en Barrington House estaba provocándole una especie de pesar al hombre. No tanto una molestia como el recuerdo de algo complicado, e incluso desagradable. Puede que algo en su carácter americano molestara a un impenitente británico como él.

—Buenos días, Apryl. ¿Van avanzando las cosas?

—Oh, ya sabe, dos pasos adelante, tres atrás. No, es una broma. Va todo como la seda. En serio.

—Bueno, se ha aplicado usted a la tarea, es innegable. He visto el contenedor.

—Un día más, creo, y habré terminado.

—El nuevo contenedor vendrá el viernes.

—Gracias. Gracias por todo. Me ha sido usted de muchísima ayuda. No sé lo que habría hecho sin su amabilidad.

Stephen desechó la alabanza con un ademán y esbozó algo parecido a una sonrisa.

—Pero no sabía si atreverme a preguntarle una cosa más. Sobre Lillian. El portero frunció el ceño y volvió los ojos hacia el libro de recepción.

—Claro.

—Verá, ella llevaba un diario. O varios, para ser más exacta.

Stephen entornó la mirada y marcó la línea que estaba leyendo con un dedo.

—¿Sí?

—Son... bueno, bastante raros. Me están dando miedo, si quiere que le sea sincera. —Su voz empezó a vacilar—. Confirman en buena medida las cosas que me contó usted. Estaba realmente paranoica. Creo que estaba enferma. Realmente enferma y durante mucho tiempo.

Stephen asintió con aire comprensivo, pero no lograba disimular su incomodidad cuando las conversaciones versaban sobre cosas más comprometidas que el tiempo.

—Pero a menudo menciona a otros inquilinos. No hay fechas en los diarios, pero calculo que voy por los setenta, más o menos. Por pequeños detalles. Y me preguntaba si queda algún inquilino de aquella época que la conociera.

Stephen apretó los labios y bajó la mirada hacia la mesa.

—Déjeme pensar...

—¿Se acuerda de alguien llamada Beatrice?

Stephen asintió.

—Betty, sí. Betty Roth. Ha estado aquí desde antes de la guerra. Una

viuda. Pero no estoy muy seguro de que conociese a su tía. Nunca las vi hablar.

—No me diga. Es increíble. ¿Beatrice aún está aquí? Lillian y ella eran amigas. De cuando sus maridos aún estaban vivos. Me encantaría hablar con ella.

Al oírlo, Stephen arrugó el semblante.

—Una petición poco frecuente.

—¿Por qué?

—Tiene un carácter bastante difícil.

—Viniendo de usted, eso quiere decir que es una completa zorra.

—Yo no he dicho tal cosa. —Con una sonrisa, Stephen levantó las dos manos con las palmas hacia fuera—. Puede intentarlo, pero no creo que acceda a verla. Y si lo hace, puede que salga usted llorando o demasiado enfadada hasta para respirar.

—¿Tan mala es?

—Peor. Su propia hija es la mujer más dulce del mundo, y cada vez que viene a visitarla se marcha deshecha en lágrimas. Sus parientes le tienen terror. Lo mismo que la mayoría de Knightsbridge, y ya no la dejan entrar en Harrods ni en Harvey Nicks. Y no es que salga mucho a estas alturas. Además, es la principal razón de que se vayan tantos porteros.

—Pero si...

—Lo sé. Sólo es una anciana. Pero ¡ay del que cometa el error de subestimarla! Y creo que ya he dicho suficiente.

—Gracias por la advertencia, pero tengo que intentarlo. Puede que sepa cómo murió mi tío abuelo. Y Lillian menciona a una pareja, los Shafer. Más o menos venía a decir que no los sacarían de aquí ni con dinamita.

—Bueno, eso sí que es verdad. Aún viven aquí y nunca los he visto ir más allá de las tiendas de Motcomb Street. Y eso antes de que a la señora Shafer le pusieran la prótesis de cadera. Son muy viejos y él tiene una enfermera. Ya casi no puede andar. Tiene más de noventa, ¿sabe?

Pero Apryl ya no lo escuchaba y seguía dando vueltas al comentario de Stephen acerca de que no pasaban de la tienda de la esquina. A pesar de los años que habían transcurrido desde que los escribiera, los diarios de su tía

parecían de repente transmitir algo que no era una simple fantasía paranoide.

—¿Y podría...?

—¿Llamarlos? Claro. Betty bajará a las once en punto a tomar el almuerzo. Se lo preguntaré entonces. Siempre come en Claridges.

—¿Está muy lejos?

—No. Al otro lado de Hyde Park Córner.

Apryl asintió, incapaz de disimular su incomodidad.

—Estaría muy bien. Dígale que la sobrina nieta de Lillian ha preguntado por ella. Ya sabe, interés por la historia familiar y todo eso. Y que le estaría muy agradecida por cualquier cosa en la que pueda ayudarme. Aunque sólo sean unos minutos de su tiempo.

Stephen lo anotó en el cuadernillo de la mesa.

—La llamaré a su piso. O se lo diré en persona si la veo pasar.

—Estupendo.

—Pero no le prometo nada. Son gente más bien reservada.

—Lo entiendo. También mencionaba a otra persona. Un pintor que vivía aquí. Se llamaba Hessen. Debía de ser su apellido.

Los dedos de Stephen se detuvieron sobre el cuaderno en el que estaba escribiendo algo, pero no levantó la mirada hacia ella.

—¿Ha oído hablar de él? —preguntó Apryl con un nudo de emoción en el estómago.

Stephen entornó los ojos, miró hacia un lado y luego negó con la cabeza.

—¿Un pintor? No. No. En mi época no. Y en este edificio no tenemos placas azules —dijo, antes de explicarle que éstas conmemoraban los nacimientos de la gente famosa en Londres.

—Ajá. Hace bastante tiempo de eso. Además, creo que no era demasiado conocido. No era famoso.

El teléfono del escritorio comenzó a sonar. La mano de Stephen voló al auricular.

—Tendrá que disculparme mientras respondo.

Apryl asintió al tiempo que trataba de impedir que la decepción aflorara a su cara.

—Claro. Será mejor que me vaya. Nos vemos luego. Y gracias.

Se internó en el paisaje verde y húmedo de Hyde Park en busca de una calle llamada Queensway. Estaba en Bayswater, en la parte norte del gran parque, más allá del Serpentine, pasado el laberinto de veredas y árboles.

Avanzó en diagonal, a través del césped mojado que le empapaba la tela de las Converse, y luego dejó atrás un sinfín de jardines más allá del colosal Albert Memorial y continuó en paralelo al palacio de Kensington, donde había vivido la princesa Diana. Respirar aquel aire frío era vivificante. Y ver gente normal haciendo cosas normales: niñeras con cochecitos y niños con abrigos acolchados; corredores que pasaban, con la respiración entrecortada, impulsados por sus piernas rosas y humeantes, o con paso más vivo, erguidos y con los hombros huesudos. No era sólo su imaginación. Cuanto más se alejaba de Barrington House, más liviana se sentía. Como si se hubiera quitado de encima la tétrica sensación de cautiverio en las abarrotadas y marrones habitaciones del apartamento.

Al ver de pasada los hoteles blancos y las plazas con florecientes jardines, rodeada por un flujo constante de turistas, pensó que Bayswater sería un lugar mejor para vivir que Barrington House. La idea de pasar una noche más sola en el apartamento le provocaba un nerviosismo enfermizo.

Le tenía miedo. Miedo a las paredes manchadas, las alfombras podridas y el silencio tenso de expectación que se levantaba al llegar la noche. La prolongada incubación de una mujer enloquecida y solitaria había alterado el lugar. En su proceso de desplome hacia la demencia dentro de la amarga prisión de su hogar, donde demasiados recuerdos cambiaban de forma y revoloteaban como espectros en las horas incontables, era como si Lillian hubiese impregnado el lugar de una humedad psíquica que iba filtrando lentamente sus terrores y su paranoia en la mente de Apryl.

No podía explicar cómo había sucedido exactamente ni de dónde salía su extraña sensibilidad a tales cosas. Pero ahora se sentía acalorada y estúpida por lo absurdo que resultaba aquello. Que un lugar, un simple espacio físico, pudiese afectarla de tal modo. Pero podía. La pasada noche había vuelto a tener pruebas de que así era.

Se preguntó cómo iba a explicarle a su madre que se mudaba a un hotel. Más mentiras piadosas. La mera idea de darle la noticia hacía que se sintiera

cansada. Más tarde, ya se encargaría de ello más tarde. Porque Bayswater tenía una especie de encanto mediterráneo del que quería disfrutar —hasta el cielo se había abierto y mostraba su cara azul— y parecía concebido exclusivamente para los visitantes extranjeros. Estaba lleno de tiendas de maletas, franquicias de comida rápida y chorradas horteras para turistas, pero le gustaban los altos edificios blancos y las fruterías chipriotas. Compró aceitunas y *kummu*s para matar el hambre en la frutería ateniense de Moscow Road, donde los ancianos detrás del mostrador llevaban monos azules y envolvían las compras en papel blanco.

Tras pagar una hora de tiempo en el cibercafé ruso de Queensway y acomodarse junto a un *cappuccino*, sólo encontró en Google tres páginas con información relevante sobre un pintor llamado Hessen. Y sólo había un artista con ese nombre: un hombre que había trabajado en el oeste de Londres durante los años treinta. Poca gente lo conocía, pero esos pocos parecían entusiasmados. Era él. Tenía que serlo. El nombre de la pesadilla de su tía abuela era Félix. Félix Hessen.

Un tipo llamado Miles Butler había escrito un libro sobre él unos años antes, así que la mayoría de los enlaces llevaban a críticas sobre la obra. Lo había publicado Tate Britain, así que apuntó los detalles: «Miles Butler, *Atisbos del Vórtice: los dibujos de Félix Hessen.*» También existía una organización llamada Amigos de Félix Hessen. Tenía su sede en Camden y una página web un tanto estrambótica. Toda hecha de gráficos rojos y negros diseñados por un aficionado. Leyó la pomposa introducción sobre «El legítimo lugar de Hessen entre los grandes pintores surrealistas», sobre su «contribución al futurismo» y sobre su condición de «precursor de Francis Bacon», nombre que sí le resultaba familiar.

Pinchó en el enlace a la biografía, que tenía varias páginas, pero en un primer vistazo rápido no pudo encontrar mención alguna a Barrington House. Era un inmigrante suizo-austriaco que no había alcanzado notoriedad alguna como artista. Para ser un «gran pintor» no había expuesto en una sola galería de arte, ni antes ni después de muerto. Los pocos dibujos suyos que no se habían perdido se conservaban en Estados Unidos, en un archivo de New Haven.

La página de la biografía aseguraba que su padre, un marchante de éxito, había enviado al joven Félix a la Facultad de Medicina de la Universidad de Zúrich. Por alguna razón, sus adinerados progenitores emigraron entonces a Inglaterra y Félix terminó estudiando bellas artes en Slade, donde destacó como dibujante. En la introducción se afirmaba que su apoyo a algo llamado la Unión Británica de Fascistas y a un hombre llamado Oswald Mosley, antes de la segunda guerra mundial, había sido la causa de que una conspiración izquierdista en el mundo del arte lo hubiera relegado al olvido. Incluso llegó a estar encarcelado en la prisión de Brixton durante toda la guerra por «atentados contra la salud pública o la seguridad del reino». Y se especulaba con que, a lo largo de los años treinta, tuvo contactos con jerifaltes nazis, y puede que incluso con el propio Hitler, para tratar de interesarlos en su obra. No lo consiguió, así que tuvo que contentarse con ejercer como enlace para los fascistas británicos, a los que tampoco gustaba demasiado.

No era de extrañar que Reginald lo detestase.

Tras su excarcelación, se recluyó en la casa que tenía su familia en el oeste de Londres. Y sólo sobrevivían sus dibujos de los años treinta junto con una copia de una revista sobre arte que había fundado llamada *Vórtice*. Sólo llegó a publicar cuatro números y contaba con menos de dieciséis suscriptores cuando Hessen decidió abandonar lo que era «un medio filosófico para ideas imposibles de comunicar por medio del lenguaje».

Apryl era capaz de reconocer a un perdedor cuando lo veía.

Luego, a finales de los cuarenta, Hessen desapareció, aunque la página web no precisaba la fecha. El abogado de la familia lo dio por desaparecido años antes de que las autoridades lo declararan oficialmente muerto. Una lejana rama de la familia en Alemania vendió la casa. Nunca contrajo matrimonio, nunca tuvo hijos y sobrevivió a sus padres, que habían muerto antes de la guerra y de la fugaz notoriedad de su descendiente.

Apenas se mencionaba su nombre en los archivos anteriores a la guerra, aunque alguien llamado Wyndham Lewis creyó durante breve tiempo que poseía unas «aptitudes muy prometedoras», mientras que Augustus John recomendó su obra a la Royal Academy, institución por la que el propio Hessen no sentía el menor interés. Y en las memorias de la época sólo se

hacían las más insignificantes menciones a su nombre. Una de las hermanas Mitford, Nancy, lo describió como «vil y dotado de una belleza que no merecía». Hasta lo expulsaron de la sociedad ocultista de Crowley, la *Mysteria Mystica Maxima*, al poco de «poner en duda el camino de su iluminación». Supuestamente, había tratado de sobornar y luego chantajear a Crowley para que le revelara los conocimientos necesarios para realizar rituales de invocación que excedían con mucho su condición de simple iniciado. En los círculos ocultistas de la época se rumoreaba que Crowley, en efecto, ofrecía tanto el conocimiento como los conductos necesarios a cambio de una retribución sustancial, para poder costearse sus adicciones a la morfina y la prostitución. Era un material sumamente peligroso que el propio Crowley, la «Gran Bestia», había utilizado con cierto éxito en un dilatado ritual de invocación llevado a cabo en Boleskin, Escocia, en las orillas del lago Ness, tras un considerable periodo de ayuno. Un poeta llamado John Gawsworth recordaba que habían expulsado a Hessen de la sala de lectura de la Biblioteca Británica por realizar rituales entre las mesas que habían hecho que se atenuaran las luces de todo el edificio.

Pero poco después de la guerra desapareció. Se esfumó. Posiblemente se suicidó.

Por ninguna parte se decía que hubiera sido un horrible inquilino en Barrington House.

La organización Amigos de Félix Hessen rechazaba el libro de Miles Butler, al que consideraba parte de la campaña de los artistas liberales contra el depositario de su admiración.

La página web también publicaba más de treinta ensayos sobre sus óleos desaparecidos, de los que se afirmaba que sólo eran preparativos para la «gran visión del Vórtice» de Hessen. Según la página, la pérdida de las pinturas formaba parte de otra conspiración. Las instancias académicas del arte las habían eliminado u ocultado hasta hoy a causa de los vínculos del pintor con el fascismo.

Los Amigos se reunían cada quince días para escuchar a oradores invitados y para tomar parte en las «sesiones del paisaje oculto de Londres», dondequiera que se celebrasen. La noche del viernes siguiente había una

reunión en Camden cuyo tema era «Hessen y el ocultismo nazi», con un orador invitado desde Austria llamado Otto Herndl. Se incluía el teléfono de un tipo llamado Harold para informarse sobre los detalles. Apryl repasó rápidamente los temas de las próximas reuniones de los Amigos: «Félix Hessen y el culto a la disección»; «El banquete de los condenados: los mundos invisibles de Félix Hessen y Eliot Coldwell»; «Los títeres grotescos en la pintura de entreguerras»; «Lo salvaje: una visión sobre lo bestial»; «El surrealismo y el modernismo de Ezra Pound: atisbos del Vórtice».

Sonaba como un auténtico galimatías, y al poco, Apryl se dio cuenta de que tenía los ojos vidriosos ante tanta palabreja y tantas referencias oscuras. Pero anotó el número de Harold. A fin de cuentas, era un doctor en metafísica. No sabía lo que eso quería decir, pero parecía una autoridad sobre Hessen y suyos eran la mayoría de los ensayos, así como un libro que el grupo se disponía a publicar.

Pero al pinchar en el enlace a la galería de los dibujos supervivientes de Félix Hessen, se le pusieron de punta todos los pelos de la nuca. Cuando terminaron de descargarse, imagen a imagen, se mareó y tuvo que enfocar de nuevo la mirada. Si necesitaba una representación visual de las fantasías persecutorias de su tía abuela, de las cosas horribles que, según Lillian, se congregaban y la perseguían de regreso a Barrington House, Hessen las había retratado allí, en carboncillo, aguada y tinta. Y lo había hecho en los años treinta, antes de que Lillian escribiera sus diarios.

Se quedó en Bayswater el resto de la mañana, tomando café y azucaradas pastas de cereales. Durante horas se contentó con mirar por las ventanas enturbiadas por la lluvia de un café libanés. Y con tratar de encontrarle sentido a una información con la que primero se había tropezado en los diarios de Lillian y ahora había encontrado en un minoritario sitio de Internet. Ojalá nunca hubiera abierto aquellos diarios. Pero no lograba dejar de preguntarse por qué sus tíos abuelos habían estado tan obsesionados con aquel sujeto, que no poseía un solo rasgo edificante y que creaba las más espantosas criaturas combinando animales muertos, cadáveres humanos y una

especie de títeres que parecían una mezcla de los dos temas anteriores. No le habían gustado nada al verlos, y ahora algunos de sus rasgos habían tomado posesión de su memoria. La imagen de algo que parecía un mono oscuro con dientes de caballo afloraba una vez tras otra a sus pensamientos y la hacía estremecer. Le bastaba con mirar al dibujo para que le pareciera oírle gritar. Pero al apartar la imagen de su mente sólo conseguía que apareciera otra en su lugar, como esa cosa, algo parecido a una mujer, una mujer muy anciana con más hueso que carne, que levantaba la mirada desde la ventana de un sótano.

Sentada en la mesita del café, tomó una decisión: leería el libro de Miles Butler sobre Félix Hessen, el hombre al que Lillian responsabilizaba de su desdichada vida. Iría a la reunión de Amigos de Félix Hessen el viernes. Y hablaría con todas las personas de Barrington House que hubieran conocido a Lillian cuando era más joven. Lo haría por ella. Si no lo hacía, a nadie le importaría un comino. Al menos de ese modo podría pasar el viernes en el mercado de Camden antes de la conferencia, donde tendría la oportunidad de hablar con los expertos para formarse una idea más clara sobre aquel artista, el hombre que dibujaba aquellas cosas terribles.

Al llegar el anochecer había otra cosa que sabía con certeza: no pasaría otra noche en Barrington House.

En la habitación de un hotel de Leinster Square, mientras hincaba el tenedor en la comida que había pedido a un restaurante vietnamita de Queensway y tomaba un trago de Chardonnay, Apryl abrió el libro de Miles Butler por la introducción.

Era una edición de bolsillo, de apenas ciento veinte páginas, ocupadas en su mayor parte por los dibujos de Hessen. No quedaban más de una docena de copias en la sede de la Tate Britain en Pimlico, todas ellas rebajadas de precio.

—Nunca tuvo mucho éxito —le dijo el vendedor en la librería del museo—. No es del gusto de la mayoría de la gente. —Estaban a punto de «saldarlas», significara esto lo que significara.

—Mi tía abuela lo conocía —le explicó al vendedor con un extraño sentimiento de orgullo. Pero esto no pareció impresionarlo en absoluto.

Desde el museo volvió a Barrington House para recoger algo de ropa y artículos de higiene para pasar la noche. De camino a la salida se detuvo en la mesa del vestíbulo para hablar con Stephen antes de que terminara su turno.

El portero no le preguntó por su decisión de pernoctar en un hotel. Sospechaba que lo sorprendía que no lo hubiera hecho antes, teniendo en cuenta el estado del piso. O puede que estuviera aliviado de que dejara de molestarlo. Pero le dijo que tanto la señora Roth como los Shafer se habían negado a verla.

—Pero ¿por qué? Ellos la conocían.

Stephen se había encogido de hombros.

—Les dije con toda amabilidad que la encantadora sobrina de Lillian estaba de visita y quería saber algo más sobre su tía abuela, a la que no había llegado a conocer. Pero me dijeron que no. Con cierta rudeza, pensé. Así que intenté convencerlos. Y Betty se enfureció.

Hizo un gesto de negación con la cabeza. Parecía más cansado que nunca.

¿Qué le pasaba a esa gente? ¿Es que a los ancianos no les encantaba hablar de sus recuerdos? Al parecer, a aquellos no. Decepcionada, cogió un taxi a Bayswater y se registró en el hotel. Después de una ducha bien caliente —la mejor que pudiera recordar—, se tumbó en la suave cama con el libro de Miles Butler. Y al instante se alegró de su decisión de no haberlo estudiado en Barrington House. Parecía más prudente hacerlo allí. En otro mundo, limpio, brillante, cómodo y moderno. La antítesis de la casa de la que Lillian nunca pudo escapar.

Atisbos del Vórtice estaba mucho mejor escrito y con mucho menos histerismo que el texto de la página web de Amigos. Pero el autor no incluía muchos más detalles biográficos de los que ya había encontrado en Internet. La mayor parte del texto estaba dedicado a un análisis de la imaginería y el simbolismo de los dibujos supervivientes. Le costaba entenderlo, así que se lo saltó para no sentirse estúpida. Pero las ilustraciones que había visto en la pantalla del ordenador estaban en este caso representadas en papel satinado de calidad, lo que las hacía aún más perturbadoras. Tuvo que hacer un

esfuerzo consciente para impedir que sus ojos se desplazaran del texto a la implacable insinuación de salvajes, desorientadas, aterradas y perdidas figuras de los esbozos. Entre éstos, los más terribles eran los de color. Al poco tiempo se acostumbró al gesto de cubrir las ilustraciones con una servilleta al pasar una página para poder centrarse en el texto. Las imágenes le recordaban pasajes enteros de los diarios de su tía abuela. Y las semejanzas eran tan perturbadoras que comenzó a lanzar miradas alrededor de la cama y por toda la pequeña y bien iluminada habitación, como si esperara de repente encontrarse con alguien allí de pie, observándola.

Apartó aquel pensamiento de su cabeza y pasó rápidamente por el capítulo dedicado a la incipiente instrucción médica de Hessen y el alboroto organizado por uno de sus tutores en Slade, que lo acusó de preferir el dibujo de cadáveres al de modelos vivos y de «carecer de interés por la belleza». La única mención a Barrington House era muy breve: se lo citaba únicamente como el lugar en el que había vivido recluido después de la guerra.

Su cautiverio durante el conflicto, sugería el autor, había quebrantado a Hessen y había acabado con su carrera artística. «Hessen era un hombre privilegiado y sumamente sensible, que no pudo soportar el estigma de ser un traidor ni las duras condiciones de la prisión.» Sólo se le podía estudiar a través de su arte, de sus dibujos. Y únicamente realizando un estudio de ellos desde el punto de vista del psicoanálisis: «Su vida era una vida interior, y el único esbozo veraz de quién era en realidad, de lo que había tratado de alcanzar, se encuentra en su arte.»

No era lo que ella deseaba leer. Y puede que el autor no estuviera en lo cierto, de todos modos. Puede que hubiese algo más. Tenía la corazonada de que un capítulo entero de la vida del artista permanecía aún por escribir: los años de Knightsbridge, una historia insinuada en los diarios de Lillian que habrían podido respaldar sus vecinos supervivientes si hubieran querido hablar con ella. Puede que también ellos, Betty y los Shafer, hubieran visto los cuadros, o al menos Lillian y Reginald les hubieran hablado sobre ellos. Quizá fuese un tiro a ciegas, pero creía que debía hablar de todo aquello con el autor, el tal Miles. En el reverso del libro se indicaba que trabajaba como conservador en la Tate Britain, de modo que, si aún seguía allí, no sería

difícil de localizar.

Continuó buceando por las interpretaciones realizadas por Miles de las obras de Hessen hasta tropezarse con algo concreto relacionado con el autor. Lo poco que se decía sobre el pintor lo retrataba como un hombre irascible, desagradable, rencorosamente vindicativo y, en última instancia, ajeno a los sentimientos de los demás. Se hacían repetidas referencias a su mal genio, al que se culpaba de enajenarle los pocos vestigios de amistad que había tenido antes de la guerra.

Ya era un misántropo antes de su encarcelación en Brixton, al amparo de la Ley 18b, que permitía meter en prisión a alguien sin cargos ni juicio. El autor sugería que una enfermedad bipolar podía haberse cebado en él antes de su arresto, y lo describía como «un hombre exhausto, apático, paranoico, posiblemente aquejado por indicios de esquizofrenia e hipermanía».

Un conocido suyo, un escultor llamado Boston Mayes, aseguraba que nadie había visto dormir a Hessen y que su rostro era cadavérico. Hablaba solo delante de otros y a menudo olvidaba que estuvieran allí. Tendía a distraerse, era taciturno y olvidadizo. «Una mente al borde del colapso.»

Existían indicios de que, en los años veinte, se había embarcado en estudios poco juiciosos sobre la hechicería enoquiana y la magia negra. Pero aparte de sus esporádicos escritos sobre esoterismo, filosofía y política, publicados en *Vórtice* a comienzos de los treinta en defensa del fascismo (lo que contribuyó a afianzar su reputación), Miles Butler admitía que no tenía mucho material con el que trabajar, aparte de los dibujos. De modo que eran éstos los que estaba tratando de descifrar.

La obra de Hessen era una investigación personal y profunda sobre una visión interior, algo que había pasado su vida entera desarrollando. Se preparó con investigaciones psíquicas mientras era estudiante, y luego con disciplinas políticas extremistas, hasta que comprendió que las respuestas que buscaba no existían en ninguna otra ideología o compendio de creencias. La filosofía y el fervor fascista eran, en opinión de Hessen, meros vehículos que daban vueltas alrededor del Vórtice, métodos para llegar hasta él o síntomas de su presencia. Preparativos. Y

sólo a través de su arte, con referencias a rituales ocultistas, llegó alguna vez a acercarse al cumplimiento de su visión.

El Vórtice era una región que, en las creencias de Hessen, existía en la otra vida, el auténtico destino final de la consciencia humana: una terrible y turbulenta eternidad sin luz que gradualmente iba reduciendo el alma a una serie de fragmentos, una pesadilla perpetua cuyos habitantes no poseían ningún control sobre su inevitable desaparición. La personalidad y los recuerdos se convertían en meros residuos y la percepción final sólo era capaz de captar terror, dolor, angustia, cautiverio, desorientación y aislamiento. A efectos prácticos: el infierno. Las actividades paranormales representaban meramente el último destello de estas almas perdidas, que luchaban por volver a sus vidas desde el borde del Vórtice, donde las paredes que lo separaban del mundo eran más finas y permeables.

Otro capítulo detallaba la obsesión de Hessen con la muerte. Creía que la única posibilidad de interpretar la existencia comenzaba con un estudio de su fin:

...cuando la consciencia se enfrentaba a su final y al inesperado y devorador diálogo con la extinción.

La mejor evidencia de lo que sigue a esta vida se vislumbra en la máscara de los muertos, una expresión facial lívida, sobre todo si los ojos siguen abiertos. Nos ofrecen una vaga aproximación de lo que llamamos el alma y del lugar en el que se ha perdido. En esos ojos fue donde atisbé por vez primera el Vórtice.

Y aquello en lo que nos hemos convertido en esta vida, en las mayores profundidades de nosotros mismos, determina nuestra posición en el siguiente nivel.

Por lo que el autor podía deducir de este hatajo de disparates pseudopsicológicos, Hessen estaba convencido de la existencia de una especie de dualidad, como Freud y Jung, pero de una naturaleza más mística

y siniestra.

A partir de sus estudios sobre fenómenos psíquicos en los años veinte, y de gente que poseía el talento de hablar lenguas desconocidas para ellas, llegó a la conclusión de que, en esencia, todos los cuerpos estaban ocupados por dos almas que llevaban una existencia simultánea. La que se mostraba a los ojos del mundo, conocida como la personalidad, era, en el mejor de los casos, una construcción defectuosa. Una aproximación de lo que creábamos, por necesidad, para nuestra supervivencia. Pero cuando la abandonábamos, en el momento de la muerte, o en medio de la locura o de cualquier otro estado, o con mayor frecuencia durante el sueño, se podía ver por un momento el otro yo.

Hessen pasó su vida tratando de encontrarla por cualquier medio que tuviera a su disposición: la eliminación del yo consciente mediante rituales ocultistas, el hipnotismo o la escritura y la pintura automáticas. Creía que, comunicándose con ella, conociéndola y, en última instancia, controlándola en vida, podía obtener no sólo información sobre la otra vida, la vida dentro del Vórtice, sino un trasunto de consciencia, de vida después de la muerte, una animación que serviría como puente entre el plano mortal y la otra vida, esa terrible región muy próxima a aquél pero oculta a simple vista y ante los demás sentidos primarios.

Su arte, difícil de describir por medios lógicos o racionales, pretendía ser una mirada pura y repentina de lo «otro», de lo que sólo se percibía en sueños, o en momentos de euforia o desintegración mental. De lo que realmente existía dentro del Vórtice, lo que Hessen llamaba «su población». Era algo que sólo se podía entender e interpretar mediante lo «otro», en este caso, su arte.

La desesperación, los sentimientos de alienación, los estados alterados de consciencia, la psique desnudada y paralizada por la depresión: todos éstos eran aspectos del incansable e infinito Vórtice y representaban una aproximación a su implacable asedio alrededor de nuestras cortas y banales vidas.

Apryl tomó un sorbo de vino y cambió de posición para aliviar el calambre que tenía en el codo antes de releer los capítulos anteriores sobre los dibujos supervivientes, los primeros estudios de Hessen sobre animales muertos y deformidades humanas. Cuando todavía era un adolescente, en Slade, había retratado con toda fidelidad, usando tinta, lápiz y pluma, las cabezas de terneros muertos, las sonrisas blanqueadas de corderos degollados y los horrores de las enfermedades congénitas.

No sobrevive ningún desnudo clásico de este periodo, a pesar de que en Slade eran obligatorios. Sólo se han encontrado sus fastidiosas representaciones de animales muertos y deformidades humanas.

Trillizos mortinatos, las cabezas de víctimas de enfermedades y los cráneos bulbosos preservados por el Real Colegio de Cirujanos eran sus motivos predilectos. En todo el espanto de las mutaciones infligidas por la naturaleza a los niños, trató de destilar y recrear el impacto total de imágenes específicas, capaces de inspirar horror y repulsión en sus espectadores. La repentina sorpresa incómoda, la incapacidad de apartar la mirada, la percepción asombrada y sin atenuantes de la malformación: éstas eran las reacciones que deseaba provocar.

«Es mucho más plena que la belleza», había escrito Hessen en su fallida revista. En la descomposición, la deformidad y la fealdad había encontrado muchos más indicios de lo que existía dentro del Vórtice.

Al insuflar una vida peculiar a sus obsesivos retratos de cadáveres y miembros, creó un animismo. Como si, después de la vida, después del fin del yo, existiera una nueva animación a través de un sentido—recuerdo de los restos físicos, un avance de aquello en lo que se convertiría uno después de la muerte, o más bien de aquello en lo que quedaría uno atrapado dentro del Vórtice.

Y en el capítulo sobre sus recreaciones de híbridos animales y humanos que siguió a esta fase —«las grotescas figuras preñadas de desesperación y dolorosas contorsiones que le proporcionaron a Hessen una pequeña fama a título postumo»—, Apryl descubrió más de lo que le habría gustado sobre

esta caída en el primitivismo.

Aunque controlada, su expresión no es aún libre del todo, o ajena del todo, a lo que aprendió en Slade bajo el influjo de los maestros italianos. *Figura inclinada que se agarra la cara, Mujer desdentada que bebe de un platillo* y el resto de sus primeros retratos figurativos reflejan su radical animadversión hacia las ideas tradicionales de estética y belleza en el arte occidental, pero al mismo tiempo sólo comienzan a insinuar su propia voz, el sello distintivo que se haría tan asombrosamente aparente justo antes del fin de su trabajo. Aquí, hacia el final de lo que se ha conservado de su obra, sus dibujos palpitan y rebosan una percepción de la esencial fealdad de la humanidad tal como él la veía y del aislamiento y la angustia concomitantes a la existencia. En los sujetos apenas se reconoce la gente que había visto en las calles, los cafés, los pubs y las tiendas. Algunas de las figuras parecen más caninas que humanas. Otras tienen extremidades que recuerdan a las de las cabras y los chacales que había dibujado en el zoológico de Regent's Park, aunque con cabeza de simio. Estaban trazadas con la seguridad de quien ha observado la vida y no se limita sólo a mostrar lo que ha creado su imaginación. El propio Hessen afirmó que era algo que él se había acostumbrado conscientemente a ver en quienes lo rodeaban.

A medida que leía, Apryl se sentía cada vez más incómoda con la mente que el biógrafo estaba desvelándole. Una mente que había impuesto su atroz visión a Lillian y Reginald.

Cuando comenzó a utilizar aguada, tinta, ceras y acuarelas, «la influencia del surrealismo y lo abstracto sobre Hessen se hizo evidente».

Miles Butler pasaba luego a describir los fondos de los dibujos con un detalle que Apryl encontró profundamente desagradable. Sólo había empezado a fijarse en ellos la segunda o tercera vez que miró los dibujos.

Paisajes neblinosos a medio formar que sé perdían flotando en dirección a algo que parecía ser una nada en movimiento, un infinito, al

borde de cada imagen. Alrededor de las finas siluetas de las ventanas, o de figuras encorvadas en esquinas o agujeros, una vez tras otra trataba de transmitir una sensación de vastedad. Nunca estática, sino viva, palpitante, turbulenta, fría y vacua. Hay una ausencia de forma o solidez que rodea y se traga los claustrofóbicos estudios de estas figuras atrapadas en habitaciones mugrientas o que realizan solas tareas aparentemente repetitivas. La mayoría de ellas andan a cuatro patas y semejan monos o títeres, cuyos rostros golpean incesantemente las paredes en un fútil intento de escapar.

Así que estaba chiflado. Pero el último capítulo sobre su obra era más relevante de lo que a ella le habría gustado. Aunque no más fácil de leer. Con el ceño fruncido de concentración, sin acordarse del vaso de vino hasta que se calentó y cobró un sabor amargo, leyó con atención las frases (a menudo más de una vez) para tratar de relacionar aquella información con la influencia que Hessen poseía sobre Lillian:

¿Por qué un hombre que había pasado tanto tiempo en pos de su visión, perfeccionando su trazo para capturarla, dejaría de repente de crear? No tiene sentido si pensamos que nunca consideró sus dibujos otra cosa que notas preparatorias, estudios preliminares antes de abordar la obra más importante: una recreación al óleo del *Vórtice*.

Puede que la prisión hubiese puesto fin a estas aterradoras ambiciones, o que él mismo destruyera su propia obra. Esto es lo único que podía ofrecer el autor para explicar el hecho de que no se hubiera encontrado una sola pintura de Hessen.

Sus intenciones estaban muy claras en el número superviviente de *Vórtice*, así como su frustración por la cantidad de preparativos necesarios para lograr su visión. Pero es evidente que en algún momento pintó. Tuvo que hacerlo. Hessen era demasiado resuelto, demasiado perseverante como para dejarse apartar de un trabajo que había convertido todo lo demás en secundario. ¿Realmente podemos creer que

un ego tan monstruoso, con una visión tan apabullante, no fuera nunca más allá de dibujos a lápiz y aguadas? Lo más probable es que sus obras posteriores fueran destruidas por el propio artista.

No podía haberlas destruido, porque Lillian y Reginald las habían visto. El autor se preguntaba también lo que había hecho Hessen, totalmente solo, los cuatro años transcurridos entre su salida de prisión y su desaparición. Esto recordaba a los dos misterios debatidos sin cesar tanto por sus admiradores como por sus críticos:

Existe poca información sobre este periodo de su vida. Ya antes de la guerra era, en gran medida, un enigma. Y las pocas visitas y modelos a los que Hessen franqueó la entrada a su estudio de Chelsea en los años treinta cuentan historias contradictorias. El pintor Edgar Rowel, que había alquilado un estudio cerca del suyo, afirmaba haber visto cuadros que lo «afectaron profundamente en las habitaciones de Hessen».

Frente a esto, ni uno solo de sus conocidos de la época de Slade decía haber visto una sola prueba de que jamás pintara un lienzo. Pero de nuevo frente a esto, una modelo llamada Julia Swan hablaba de habitaciones cerradas, hojas cubiertas de polvo, materiales de pintura y olor a óleos y disolvente en su pequeño estudio de Chelsea, de toda la parafernalia, en fin, de un pintor que trabaja en su propio alojamiento.

También existe otra mención al estudio de Hessen en Chelsea en las memorias del pintor francés Henri Huiban, quien había asumido que Hessen era un escultor atendiendo a los estruendosos ruidos que hacía a todas horas. Y el poeta alcohólico Peter Bryant, que durante breve tiempo entabló amistad con Hessen en la Biblioteca Británica, propagó rumores sobre pinturas al óleo realizadas por él. Habló de «cuadros gigantescos vislumbrados en las habitaciones a oscuras de Félix». Pero en la taberna Fitzroy, Bryant también acostumbraba a declarar que era la reencarnación de un rey celta, así que su testimonio debe tomarse, cuando menos, con cautela.

Brian Howarth, un conocido de Hessen de la Unión Británica de

Fascistas, que se presentó una vez en su estudio para recoger unos documentos, también habló de grandes lienzos apoyados de cara a la pared.

Para frustración de Apryl, el libro planteaba más preguntas de las que respondía, pero al menos el autor lo admitía.

¿Y adónde fue el artista? ¿Cómo podía esfumarse sin dejar rastro un hombre de su riqueza y su posición?

Pero sí que existían rastros. Rastros que, a medida que pasaba el tiempo, se desvanecían rápidamente. El problema había sido simplemente, comprendió Apryl, que nadie había buscado en el lugar apropiado.

Capítulo 16

Tenía la visión temblorosa, incapaz de concentrarse en nada. En vez de ello, sus ojos revoloteaban de acá para allá, prendiéndose en fragmentos de cosas de las calles. Jadeante y torpe, tropezaba repetidamente en los adoquines de las calles o se tambaleaba como un borracho, como si no estuviera acostumbrado a caminar erguido. Al tratar de apartarse desesperadamente de los demás peatones, a veces perdía el equilibrio y se veía arrastrado hacia ellos. Estaba furioso y sentía deseos de gritar.

No tendría que estar en Londres. Pero se había condenado con alguna idea estúpida y romántica sobre el arte. Se había extraviado allí, varado entre los aterradores chillidos de los monos.

Era algo que se podía sentir tanto como ver, aquella alteración en el entorno, en la misma atmósfera. Allí donde la gente se congregaba en las calles, bajo aquella llovizna fría, iluminada sólo por las farolas y los anuncios fluorescentes, junto a pequeños supermercados y tiendas de licores, restaurantes de comida rápida y pubs deprimentes, sentía una total aversión. Una especie de contaminación invisible le impregnaba de nerviosismo las entrañas. Algo parecido a una presencia, quizá eléctrica, llenaba su cabeza con un zumbido estático, una indescifrable transmisión de ecos procedentes de otro lugar pero presentes de pronto allí, como si estuviera viajando por debajo o entre lo que todos los demás experimentarían.

Pero era difícil explicar cómo se había alterado el mundo. Sólo podría hacerse con un vocabulario visual. ¿Poseía la lucidez necesaria? Seguramente

sus dibujos no fuesen otra cosa que *grafitti* y basura. Y ésa sería la peor de todas las frustraciones: encontrarse al fin con un atisbo de la verdadera naturaleza de las cosas —una verdad emborronada por los medios, la educación, los interminables sistemas y códigos sociales, el totalitarismo benigno que distorsionaba la existencia— y ser incapaz de comunicarlo.

Al llegar por fin a la estación de metro, se apoyó en una pared de azulejos para liar un cigarrillo. Fue incapaz de articular palabra cuando un mendigo le pidió fuego. Había olvidado cómo se hacía. Sus labios se movían, pero la terna de las cuerdas vocales, la lengua y la mandíbula se negaban a coordinarse. Tragó saliva y sólo pudo emitir un sonido ronco.

Se preguntó por qué estaba allí. Qué lo había inducido a abandonar de nuevo su habitación. Su propósito original era un enigma para él.

La luz azulada de los cajeros automáticos y la iluminación roja y amarilla de la estación de metro de Angel le inspiraron un vago deseo de emprender un viaje. Gravitó por un instante hacia las luces, pero al poco se vio expulsado por las multitudes que vomitaban los túneles.

Dejó atrás la estación, pero entonces lo detuvo una infranqueable encrucijada de tráfico veloz, fuertes vientos y codos que se afanaban por abrirse paso. Todo ello vibraba a través de sus huesos. Una multitud esperaba a que el semáforo cambiara. Pero no había cantidad de perfume capaz de disimular el tufo avinagrado de las mujeres. ¿De verdad le habían parecido alguna vez atractivas aquellas criaturas? Había algo físicamente erróneo en todas ellas: sin labios, de ojos saltones, con los dientes prominentes y los huesos deformes. Con las orejas demasiado rojas y la piel decolorada por debajo del maquillaje, los párpados pintados de rosa y el pelo calcificado. Seth se estremeció. Pero los hombres no eran mejores, con sus bamboleantes andares simiescos, sus húmedos hocicos perrunos y sus duros ojos de tiburón. Animales peligrosos y amenazantes, con una fuerza bruta que aumentaba su potencial explosivo con cada trago que engullían. Bestias asesinas que apestaban a paja llena de excrementos y a levadura de cerveza.

No logró cruzar la calle. Tras sólo un momento de vacilación, otra riada de coches, bicicletas y autobuses, cuyos faros desdibujaban aún más las siluetas de los edificios, pasó como una exhalación y lo dejó de nuevo

inmovilizado en el pavimento.

Era como si lo hubieran abandonado en una ciudad extranjera, sin un mapa, incapaz de entender una sola palabra de las que oía. Un abrumador deseo de librarse de Londres lo hacía temblar de frustración. Cualquier cosa, incluso estar sin un céntimo en otra ciudad, sería preferible a la mera existencia, desorientado y zarandeado, en aquel lugar sin sentimientos.

Con la cabeza gacha, derrotado, se alejó del tráfico. No podía volver por Essex Road. Había demasiada gente allí. Se escabulliría por las callejuelas adyacentes. Pero mientras trataba de recordar una ruta de vuelta a casa, vio un bar que parecía vacío bajo un feo edificio de oficinas. Tal vez allí pudiese refugiarse, en un rincón tranquilo junto a un radiador, y beber whisky.

Ya era casi como si pudiera sentir el ardiente y revitalizante licor en las mejillas y la garganta. Se acercó a la puerta del bar y se detuvo.

Sonaba música dentro, y una o dos voces fuertes que trataban de hacerse oír por encima del ruido. La idea de entrar lo hacía sentir nervioso, como si ya no fuese algo fácil de conseguir. Y aunque pudiera llegar hasta la barra, se preguntaba si sería capaz de hablar. Después de susurrar su propio nombre junto a la solapa de su abrigo, abrió la puerta.

Fue como entrar en un escenario bien iluminado. La repentina inmersión en un espacio lleno de luz brillante y sonido lo hizo sentir mareado y asustado. Se le hizo un nudo en la garganta. Delicadamente, sin levantar los ojos, se concentró en poner un pie delante del otro por si se tropezaba con algo entre las mesas y las sillas. Al llegar a la barra levantó la mirada, triste e inseguro, y esperó a que lo atendieran.

Sólo había un puñado de personas en el descuidado local, y todas ellas se apiñaban alrededor de una enorme televisión para ver un partido de fútbol. Se alegró de que estuvieran distraídas. Así nadie se fijaría en él.

Tenía un aspecto espantoso, comprendió en el momento en que vio su deplorable reflejo en el espejo que había bajo las luces. Pálido, con la ropa arrugada y manchada, encorvado. Se estremeció de vergüenza. Pero ya hacía mucho tiempo, casi un año, que su aspecto le traía sin cuidado. Eran evidentes los resultados del descuido crónico de su apariencia, su dieta y su forma de vida. Su boca tenía un rictus miserable y arrugado. Los ojos se le

habían encogido hasta tornarse sendos puntitos minúsculos y duros, enterrados en la piel ojerosa de las cavidades oculares, tan fina como el papel carbón. Y también su tez tenía una lividez antinatural, interrumpida sólo por las redecillas de capilares rotos que cruzaban sus pómulos. Aparentaba sesenta años en lugar de treinta y uno. Era el rictus de un muerto. Vio insensibilidad, desesperación, repulsión, la pérdida de toda esperanza y de toda compasión. Su rostro era la única obra de arte que había creado en el último año: una detallada y lívida representación de la ciudad.

En una mesa, alejado de los demás clientes, su avidez de escapar fue creciendo con cada trago de whisky que tomaba. Bebía a toda velocidad. El vaso nunca estaba lejos de su mano y de su boca. El alcohol le aceleró los pensamientos y se dio cuenta de que no había una sola razón para quedarse en Londres. Había sido un descenso acelerado y dantesco desde el primer día. Una borrosa sucesión de meses insípidos se había convertido en un año. Un largo, deprimente y grisáceo borrón en su existencia. Un año del que había salido apenas civilizado, casi inhumano, como los demás.

Pero siempre le había parecido imposible salir de la ciudad. Y era improbable que pudiese cambiar su vida, o ralentizar la inercia de su declive, con la cantidad de cosas que habían conspirado contra él. Con los turnos de noche nunca podría encontrar el tiempo que necesitaba para organizarse. No era posible pensar claramente con tantas ideas, tantos recuerdos, tantas escenas en su imaginación. El remolino que había dentro de su cráneo siempre lo había mantenido clavado a la silla o tumbado en el borde de la cama, fumando. Y puede que se resistiera a la única alternativa real —un regreso avergonzado al hogar materno— porque tenía la certeza de que eso lo destruiría. Pero poco quedaba ya por destruir. Al menos allí podría recuperarse, dejar de trabajar por las noches y recuperar el sueño perdido. Que era mucho. Podría cambiar el patrón debilitador, redescubrir su voluntad, recuperar algo de entusiasmo. Sí, vio todo esto al quinto whisky. Volver a casa no era una idea tan mala. No seguiría engañándose un segundo más: salir de allí representaba, en aquel momento, su única esperanza de supervivencia.

Llamaría a su madre al día siguiente y luego, por la tarde, entregaría su

renuncia en Barrington House. Luego se marcharía. Así de fácil parecía en el taburete de aquel bar. La sonrisa en su cara parecía extraña. Como congelada. Esa zona de su rostro se había movido muy poco últimamente. Sospechaba que los diminutos músculos de la cara se le habían atrofiado.

Apagó un cigarrillo en el cenicero y se guardó rápidamente el tabaco y el encendedor en el bolsillo lateral del abrigo.

Al salir, la mera idea de volver a su cuarto le provocó una repentina conmoción. Le preocupaba recaer en el letargo de costumbre al volver al Green Man. Que la urgencia por escapar desapareciese al día siguiente, al despertar de un largo y vacío sueño.

Tenía que actuar de inmediato, esa misma noche. Empezar a hacer las maletas. O lo que fuese. Ya empezaba a sentir que se cerraba la pequeña abertura por la que había pensado escapar. La lluvia, los desperdicios que arrastraba el viento, los adoquines mojados, la interminable avenida... eran cuerdas decididas a atraparlo con unos nudos contra los que sus torpes dedos no podían hacer otra cosa que arañar inútilmente.

Agachó la cabeza y se puso en camino. Embozado en su abrigo, elaboró una lista mental de las tareas que debía llevar a cabo. Al menos tenía algo de dinero en el banco. Su salario era de miseria, pero hacía mucho que no gastaba en nada que no fuese comida. Había suficiente en su cuenta para salir de allí, volver a casa y aguantar durante algunos meses.

Tal vez, pensaría más tarde, si le hubieran dejado volver a su habitación del Green Man sin demora aquella noche, todo habría salido bien. Habría seguido con sus planes y se habría salvado. Y también a los demás.

Pero al pasar junto a las bolsas repletas de ropa manchada y juguetes rotos que había junto a la entrada de una organización caritativa, su futuro quedó decidido.

De repente, todo el movimiento y toda la luz de su mente fueron aniquilados.

Durante un momento no estuvo seguro de nada: dónde estaba arriba, dónde abajo, en qué dirección miraba o dónde estaban sus brazos y sus

piernas. Su cuerpo entero quedó ingravido hasta que su hombro chocó con el escaparate de la organización de caridad.

En el interior, varios peluches abandonados, una diminuta tetera de porcelana y un libro sobre gatos se estremecieron en sus estantes. Lo habían empujado contra el escaparate. Cuando el frío cristal lo golpeó en la cara, el mundo y sus dimensiones se reajustaron a su alrededor.

Inclinado, con la cabeza agachada y apenas capaz de mantener el equilibrio sobre unas piernas inestables, fue entonces cuando vio los zapatos sobre el mojado pavimento. Tres pares de zapatillas blancas a su alrededor.

De repente volvió a encontrarse erguido, retrocediendo, con los brazos abiertos de par en par y la barbilla levantada. Por dentro era todo blanco y tembloroso, pero sentía distinto el costado izquierdo de la cabeza: era un gigantesco entumecimiento.

El frío quedó olvidado y el ciclón de listas mentales se esfumó al instante. Sus ojos volaron en todas direcciones tratando de evaluar la situación y a todos los implicados.

—Capullo —dijo una voz aguda desde muy cerca.

—Vamos. Vamos, joder —ladró un rostro moreno desde debajo de la visera de una gorra de béisbol.

Sus ojos estaban llenos de crueldad y de una extraña expectación, como si estuvieran impacientes por la predecible respuesta.

Los dos eran adolescentes ya mayores. Y Seth ya había visto antes al joven pelirrojo, bebiendo con arrogancia de una botella de sidra Diamond White que luego hizo añicos junto al local de apuestas. Al tercero no podía verlo, pero sentía su presencia tras él, demasiado cerca.

Hubo un momento de silencio, como si todo quedara en suspenso, y de repente el mundo se convirtió en un roce de mangas de nylon mientras una descarga de puñetazos caía sobre él.

El primer golpe lo alcanzó en el pómulo, pero no le hizo daño. Recibió el segundo en la frente y el tercero en un lado del cuello. Su cabeza se sacudía de un lado a otro, pero los puñetazos no hacían ruido alguno, y al principio tampoco daño. Era como si lo empujaran varias manos mientras trataba de moverse en línea recta. Por alguna razón, trataba de alejarse caminando,

como si no estuviera sucediendo nada. Y esto puso a sus atacantes realmente furiosos.

Más golpes, más puñetazos y patadas que le arrebataron todas las fuerzas de los brazos y las piernas. No sentía las manos ni los pies. Dijo: «Largaos, joder» con voz débil, sin pensar. El cuerpo se le llenó de aire caliente y comenzó a sentirse ligero. Era como si no pesara nada.

Pero dentro de la cabeza algo arremetía contra su cráneo como un animal atrapado en una cueva. Esto hizo que se sintiera enfermo, y tan asustado que habría dado cualquier cosa por convertirse en uno de los ositos de peluche abandonados de la tienda de beneficencia en lugar de lo que era: un montón de carne que sólo servía para recibir las patadas, los puñetazos y las atenciones de zapatillas blancas y nudillos rojos.

No podía hablar. Sus ojos volaban en todas direcciones sin fijarse en nada. Unos dedos de hierro lo zarandearon de acá para allá y luego los golpes volvieron a empezar. El chico pelirrojo con la chaqueta de Tommy Hilfiger propinaba puñetazos a Seth con tal velocidad que era como si temiese que su víctima desapareciera en el momento en que sus nudillos pecosos dejaran de estar en contacto con su cara.

Seth, retorcido y agachado, recibía la mayor parte de los golpes en los hombros, en la nuca, en uno de los codos y en las costillas. Pero estaban empezando a dolerle.

Saltó hacia un espacio que se había abierto entre los brazos que lo agredían tratando de escapar, pero una mano lo agarró por el cuello del abrigo y lo obligó a mantenerse erguido, para que su cara permaneciera expuesta a la tormenta de golpes.

Emitió un sonido como el llanto de un niño. Trató de pensar qué podía haber hecho para que lo golpearan con tanta saña. Nada podía explicar la urgencia de sus puños y sus pies. Era como si no tuvieran tiempo para destruir como es debido a otro ser humano. La gravedad los frenaba y eso los ponía furiosos.

Un puño negro como el carbón alcanzó a Seth en los dientes y sintió que la cabeza se le llenaba de hielo agrietado. Algo hecho de lino se desgarró dentro de su boca. La misma mano volvió a caer, a caer y a caer. El mundo

sucio y convulso se desintegró en brillantes motas blancas que caían hacia abajo.

«Voy a morir. No van a parar hasta que esté muerto.» Seth sintió frío. Los ojos se le llenaron de agua. Algo crujía y tintineaba dentro de su nariz. Un grueso grumo de saliva y sangre escapó de entre sus labios y un nuevo golpe lo aplastó sobre su mejilla.

Pensó en tratar de escapar de nuevo de los puños, pero la idea no se transformó en acción. Cada vez le costaba más pensar en algo.

—¡Cabrón! ¡Cabrón! ¡Cabrón! ¡Cabrón!

Las respiraciones de sus agresores se transformaron en gruñidos. Estaban tratando de golpearlo y patearlo tan de prisa que comenzaban a cansarse y cada vez eran más lentos. En su mundo, oscuro y cabeza abajo, resplandecían unos destellos.

Cuando Seth se desplomó dejaron de gritar «¡cabrón!». Pero desde el pavimento implacable oyó que uno de ellos exhalaba un resoplido de excitación.

Uno de ellos le dio una primera patada en el pie. Los otros dos iniciaron una especie de contienda o baile hecho de puntapiés que dejó cubierta de golpes la cara, los hombros, la espalda, los muslos y la barriga de Seth. La barriga era lo que más buscaban.

Seth trató de ponerse de rodillas. El niño aterrorizado que había en su mente estaba chillando.

¿Es que nunca iba a terminar? Las patadas seguían y seguían. Tenía las dos piernas inutilizadas desde el muslo hacia abajo y uno de los brazos ya no le obedecía. El dolor de las costillas le impedía moverse. ¿Le habrían perforado los huesos rotos los delicados órganos internos? Podía verlo todo dentro de su mente histérica.

«Así que se acabó —dijo una vocecilla dentro de la esfera blanca en medio de la oscuridad donde se había refugiado su yo—. Pronto todo será de color negro. Así es como termina.» Y entonces, muy cerca, más allá de la hinchada y caliente oscuridad de los párpados cerrados a cal y canto y de las manos que le tapaban la cara, oyó que, con un chirrido y un estremecimiento, un autobús se detenía. Y luego unos pies bajaron a la acera.

Venían sus salvadores a llevarse a aquellas hienas de allí, a llamar a la policía y luego a una ambulancia, a ponerle una chaqueta bajo la cabeza para que estuviera un poco más cómodo sobre el suelo. Una cálida esperanza expandió la diminuta esfera de consciencia que había dentro de su cabeza. Estuvo a punto de gritar de alivio. Pero entonces oyó que el autobús arrancaba y los golpes volvieron a comenzar.

De tanto dar patadas con las blandas zapatillas debían de dolerles los pies. Es mucho mejor dejar que caiga la parte acolchada sobre el cuerpo. Así que la emprendieron a pisotones. Le doblaron los brazos y las piernas. Le aplastaron una oreja contra la cabeza, que comenzó a arderle y quedó amoratada. Le arrancaron el pelo de raíz con el araño de unas zapatillas de suela de goma hechas para mantener la adherencia en todo tipo de climas.

Alguien pasó, se detuvo y luego dijo:

—Calma, calma, calma —con una voz perezosa pero jovial. Los pisotones cesaron. Las últimas patadas fueron las más dolorosas. La penúltima le subió las tripas hasta la garganta y estuvo a punto de hacer que se le salieran los ojos de las órbitas.

Cuando, agotados y cojeando a fuerza de patear un cuerpo con tanta saña, terminaron con él, se alejaron de allí tambaleándose, cansados, eufóricos y realizados.

Era demasiado difícil para su mente registrar todas las partes del cuerpo que tenía dañadas, así que lo inundó por completo de un fluido cálido. Y, aunque parezca imposible, pudo levantarse sin problemas de huesos rotos. Se miró el cuerpo. No estaba tan mal, pensó. Sucio y mojado por los golpes que le habían dado sobre el pavimento, pero al menos no había sangre ni huesos a la vista. Sólo veía las huellas de los pisotones, las marcas cruzadas de las suelas de sus agresores. Casi se sentía decepcionado de no haber sacado nada por sus esfuerzos, nada que mostrarle al jurado. Pero cuando trató de echar a andar, la idea no pasó de sus caderas. Y todo el lacerante infierno del dolor de su cuerpo se le metió hasta el tuétano de los huesos.

Cayó al suelo.

Y luego arrastró su cuerpo, como una muñeca rota, hasta el portal de una tienda.

Demasiado aterrado para moverse, no fuera a empeorar más aún el blando calor de su dolor, perdió la noción del tiempo que estuvo allí tendido, en el portal de la tienda de beneficencia. Sentía ganas de vomitar y llorar al mismo tiempo. Estaba esperando a la ambulancia, a la policía. Alguien tenía que haberlas llamado. Había mucha gente en aquel autobús. Docenas de pies habían pasado a su lado desde que cayó al suelo, desde que aquellos pies mugrientos terminaran con sus patadas y pisotones.

Creó poder aliviar el dolor con un leve balanceo, pero luego la cosa empeoró. No podía sentarse ni tenderse sin que la agonía se levantara como una ola gigantesca. La piel de su cara estaba ardiendo, sensible y tensa a causa de los enormes chichones que le habían salido en la cabeza, unos chichones duros como el hueso. Para respirar tenía que hacer breves inspiraciones, porque sentía como si las costillas fuesen viejos pasamanos de madera que se hubieran hecho añicos y tuviese astillas por todas partes. Tenía la mano izquierda entumecida y la rodilla derecha se le había hinchado como una verdura deforme hecha de carne fibrosa y salada. No podía doblar aquella pierna, y hasta el peso de los vaqueros y el zapato de ese pie le causaban un dolor atroz. Tal vez no pudiese volver a doblarla. Tenía la parte derecha del cuello en carne viva y pegajosa.

La gente continuaba pasando a su lado bajo la lluvia. Al llegar junto a él apretaban el paso. Dos veces pidió ayuda. Dos chicas lo miraron, pero palidecieron al ver el estado de su cara. ¿Podían ver la gran grieta negra de su cara? Estaba allí, podía sentirla. Su cerebro entero, tierno y de un color entre rosado y grisáceo, presionaba contra ella, tratando de salir al aire tras décadas enjaulado en su acuosa prisión. Los pies que lo habían golpeado trataban de liberar ese torturado órgano. Quería llegar a un hospital y que le inyectaran una dosis de morfina.

En un momento determinado, la respiración se le aceleró y se desvaneció, pero luego despertó mareado y embargado por una sensación de náuseas bajo el abrigo. Cuando pasó el asfixiante terror, se levantó apoyándose en la pierna sana. Usando la mano entumecida y apoyando el peso en la rodilla que no estaba lastimada, se apoyó contra la puerta de cristal. Había casi un kilómetro de camino hasta el Green Man. Podía llevarle toda la noche, y tenía

la seguridad de que podía caer en coma en cualquier momento. Pediría ayuda desde su cuarto si era capaz de llegar allí.

Cerró un momento los ojos para recuperarse del agotamiento de estar en pie, pero volvió a abrirlos rápidamente, sobresaltado por el sonido de unos pies que se acercaban desde la izquierda. Una forma voluminosa se le aproximó tambaleándose y alargó una mano. Seth se encogió y retrocedió de un salto al mismo tiempo chocando contra la puerta de la organización de beneficencia.

—Aquí el amigo es demasiado bueno para beber con gente como tú y como yo. Pero te voy a decir una cosa. Y te la voy a decir gratis... —La cara del vagabundo era un amasijo de tejido cicatrizado y capilares reventados. Cada ojo miraba en una dirección distinta. Su olor era asfixiante: alcohol, podredumbre escrotal, insondables capas de sudor debajo de lana de segunda mano... Le metió a Seth una lata negra debajo de la nariz. Éste apartó la cara a un lado y respiró por la comisura de los labios.

El mendigo estaba demasiado cerca, inclinado sobre él, escupiéndole en la cara mientras hablaba de «aquí el amigo». ¿Quién era «aquí el amigo»? Seth estaba confuso. El mugriento brazo del vagabundo lo rodeó por el cuello. Lo cubría una manga con un dibujo de rombos grises y rojos, manchada de marrón y deshilachada a la altura de la muñeca. La aspereza de aquella horrible lana en el cuello lo hizo chillar.

—Me han atacado. Me han atacado, joder. No me toque. No me coja del cuello.

Pero el mendigo no lo escuchaba. Sólo quería hablar sobre «aquí el amigo» y rociar la cara ensangrentada de Seth con su aliento a podredumbre.

Arrastrando la pierna inútil tras de sí y con la cabeza inclinada para concentrarse, Seth se apartó del vagabundo de un salto y comenzó el viaje más duro y agotador de toda su vida, un viaje en el que cada grieta del pavimento y cada pequeña inclinación de la calle se dejaba sentir sobre todos sus lastimados nervios y hacía que su piel se cubriese repetidamente con una capa de sudor frío. El vagabundo, que había confundido a Seth con uno de los suyos, siguió parloteando sobre «aquí el amigo».

Era como si nada de lo sucedido se debiera al azar. Como si no hubiera

nada casual o accidental en lo que le había sucedido aquella noche. Como si fuera obra deliberada de alguien de la ciudad, o de la propia ciudad. Fuera lo que fuese, aquella maligna inteligencia lo quería humillado y reducido a la impotencia por atreverse a darle la espalda. Había estado observándolo. Sabía que tenía pocas defensas y lo había reclamado para sí.

Se echó a llorar. El mendigo volvió a rodearle el cuello con el brazo y estuvo a punto de tirarlo al suelo. Creyó que iba a desvanecerse por el dolor. Parecía que no había castigo suficiente, por intenso que fuese. No bastaba con que hubieran estado a punto de matarlo a patadas y pisotones; además tenía que terminar cubierto de mierda. Asaltado por un loco cuyo sudor apestaba a vómito. La noche y sus tormentos debían prolongarse eternamente porque había osado desafiar la voluntad de la ciudad. Había planeado rechazarla, darle la espalda al papel miserable que le había reservado.

—Voy a romper cada puta piedra en dos —le susurró al miserable individuo del jersey podrido—. La voy a poner de rodillas, lo juro por Dios todopoderoso. Y luego la reduciré a escombros.

El vagabundo se echó a reír y volvió a ofrecerle la lata negra.

Seth había entablado contacto. Había dado el salto. Sus ojos eran iguales. Ahora hablaban el mismo idioma y compartían los mismos secretos sobre la ciudad.

«Esto es lo que pasa cuando llamas al 999 y pides que venga la policía.» Primero habían tardado mucho en contestar. Luego había respondido un mensaje que decía que todas las operadoras estaban ocupadas. Seth sintió que se le hinchaba el pecho con un atracón de frustración. El mensaje estaba tan claro como siempre: no dejes que te pase nada o que te salga algo mal porque no hay ayuda, sólo la promesa, la ilusión de que llegue. Pero no podía pasar también con la policía, ¿verdad?

Colgó. Lo hizo con tanta fuerza que el teléfono cayó por el costado de la librería y rebotó contra el suelo.

Atontado, retorcido de dolor, se columpió adelante y atrás, sujetándose las costillas y la mano hinchada. Lloró con amargura hasta que comenzó a dolerle y tuvo que dejarlo. El llanto utiliza los músculos del estómago, los pulmones, la garganta, la cara e incluso la columna vertebral. No se dio

cuenta de ello hasta que todos estos órganos comenzaron a protestar. Sus atacantes le habían negado hasta la posibilidad del llanto. Tenía que aceptarlo como era, soportar el dolor, no quejarse, no concederles su victoria.

Tenía varios dientes medio sueltos y sanguinolentos en la boca machacada. Se formaban burbujas de sangre sobre sus labios. Comenzó a crear fantasías. Fantasías rojas, húmedas, en las que la comadreja pelirroja moría lentamente ante la mirada impasible de Seth. Sería la última cosa que vería, la última cosa que tendría derecho a ver. Y una carnicería para el negro, el que lo había agarrado del abrigo para que los puños pudieran partirle los dientes. Las mismas oportunidades para todos aquellos chulos.

Primero probó a tenderse en la cama, pero las almohadas, la manta y las sábanas le rozaban la piel como si se la hubiera cubierto con unas cuerdas. Luego se hizo un ovillo junto al radiador, pero el suelo no fue más misericordioso. Las sillas no le ofrecían alivio y estar de pie era una agonía. Se tragaba el paracetamol a puñados, pero las pastillas eran como diminutos bomberos que dirigían impotentes sus finos chorros de agua contra las feroces paredes de fuego que convertían tanto lo sólido como lo líquido en un gas de dolor.

Lo único que lo consolaba eran las visiones de la futura confrontación, cuando los hubiera cazado. Debía negarse a permitir que el tiempo y el inevitable proceso de curación ablandaran su determinación homicida. No podía permitir que su mente se protegiera borrando sus caras. Sus caras de perro. Sus ojos amarillentos de animal.

Sus manos se arrastraron por la seca alfombra en busca de papel y un lápiz. Uno de sus ojos estaba llenándose de humo y gelatina. Le resultaba difícil ver las líneas, la definición. La luz era demasiado escasa y el cuaderno de dibujo era un lienzo inapropiado para su deseo de capturar aquellos rostros que no dejaban de aparecer en sus pensamientos, los rostros universales de la ignorancia y la crueldad.

No se contentaría con menos que una representación magna de los parásitos que corrompían la carne de la humanidad: la antítesis de la razón, el talento y el progreso. Una obra así requeriría de trazos largos, audaces y primitivos. Una total ausencia de sutileza. Puños azules. Tommy Hilfiger.

Carne cruda. Gucci. Encías negras. Stone Island. Ojos amarillos. Rockport.

Quería rugir como un león sobre un suelo de cemento. Y bramar como un oso polar de pelo amarillo y desgastado hasta la piel rosada a fuerza de rozarse contra los azulejos de las paredes de su jaula en el zoológico. Calcinar el techo hasta ennegrecerlo con su odio. Liberar su furia. El perdón se valora en exceso. La compasión ha muerto.

Abrió las latas de pintura y se acercó a las paredes con las manos húmedas.

Capítulo 17

Miles Butler sonrió.

—Lo que no consigo entender es por qué le interesa Hessen. —Apryl atisbaba cierto brillo travieso en sus ojos inteligentes. Desde que se encontraran para cenar en Covent Garden no había parado de reírse. Era uno de esos raros individuos que te ganan mostrándose modestos hasta el extremo y que nunca parecen tomarse a sí mismos demasiado en serio a pesar de su brillantez. Uno de esos jugadores que emplean tácticas diferentes, pero que no por eso dejan de ser jugadores.

Tenía un rostro curtido, pero aún apuesto y distinguido. Hasta las arrugas que rodeaban sus ojos resultaban atractivas. Y Apryl se había enamorado del clasicismo de su corte de pelo, al estilo de los oficiales de la segunda guerra mundial: ya entrecano, pero brillante, pulcro y cortado en capas por los lados. También su ropa tenía aire clásico. Pantalones de cintura alta, sujetos con unos tirantes en los que ella reparó cuando se quitó la chaqueta y la dejó colgada del respaldo de la silla. Lo único que habría añadido a sus zapatos de charol, su camisa blanca con gemelos y su corbata de seda retro era un sombrero trilby. Se complementaban de un modo que no había anticipado: se había puesto uno de los exquisitos vestidos de lana de su abuela, con unas medias de nylon con costuras llamadas Cocktail Hour y unos zapatos de tacón cubano con la punta ligeramente inclinada a la altura de los dedos.

—¿Qué tiene de raro que me interese el arte? ¿Es que tengo cara de tonta? Miles se rió y negó con la cabeza.

—No. Pero... vaya, no se parece usted a ningún otro de los entusiastas de Hessen que he conocido. Para empezar, es demasiado atractiva. Y demasiado elegante como para perder el tiempo con *El tríptico de las marionetas*. Por no hablar sobre *Estudios sobre la cojera*.

—¿Tendría que estar entonces en Harvey Nicks, probándome unos Jimmy Choo? ¿O persiguiendo a míster Big por la oficina?

—Desde luego. ¿Por qué perder buena parte de sus vacaciones estudiando a un oscuro artista europeo? Y tampoco demasiado importante, ya que estamos. —Puede que estuviera flirteando, pero no lo decía de modo despectivo hacia ella. Apryl se daba cuenta de que lo intrigaban sinceramente sus razones para haberlo llamado e interrogarlo sobre Hessen—. Es usted una muchacha misteriosa. Un auténtico enigma.

Apryl se echó a reír y tomó un trago de vino para disimular la calidez del rubor que ascendía por todo su cuerpo. ¿Por qué no se le había ocurrido hasta entonces quedar con hombres maduros?

—Bueno, es posible que exista una conexión familiar.

—Sí, ya lo mencionó por teléfono. Soy todo oídos. —Tomó un buen bocado de sus *linguine vongole*.

—Mi tía abuela Lillian vivió en el mismo edificio que él. Barrington House. Y ha muerto hace poco.

—Lo lamento.

—No pasa nada. Nunca llegué a conocerla. Pero le dejó el piso a mi madre. Y como le da pánico volar, he venido a encargarme de todo.

—A cambio de la mitad del botín.

—Que ya me he ganado de sobra. Debería ver el lugar. —Pensó en hacer un chiste sobre el tema, pero la frivolidad parecía fuera de lugar con aquel asunto. Simplemente, el apartamento era algo con lo que no era capaz de bromear—. Escribe sobre él en sus diarios.

—Me tiene usted en vilo.

Apryl asintió con la cabeza y paladeó el interés de su acompañante.

—Nunca salió de allí. Pero la cuestión es que Lillian, mi tía abuela, no se encontraba bien, ¿sabe? Estaba realmente perturbada y, no sé, echaba a Hessen la culpa de ello, por lo que pensé que debía averiguar más cosas sobre

él. Así que encontré una página web y leí su libro. Y...

—Y está usted horrorizada.

—No exactamente. Sus dibujos me resultan realmente aterradores, pero... Todo este misterio sobre él y su relación con mi tía abuela es un poco alucinante. Nunca pensé que me vería metida en algo así, pero tengo que averiguar lo que les pasó a Lillian y Reginald en ese edificio. Lo que les hizo ese hombre. Porque les hizo algo. Y cuanto más averiguo sobre su arte y la gente que lo conocía, más me convenzo de que fue algo malo. Algo terrible, en realidad. Puede que mi tía abuela estuviese loca, pero aquello no era un invento suyo. Estoy convencida. Pero ¿qué le estaba haciendo y cómo se lo hizo?

No hizo mención alguna a sus experiencias con fenómenos inexplicables dentro del apartamento. La habría tomado por loca.

Miles asintió y le llenó la copa.

—¿Sabía usted que todo el que estaba cerca de él, por poco que fuese, sufría desórdenes de personalidad? Todos murieron jóvenes o acabaron en instituciones mentales. Atraía a los perturbados, los traumatizados y los excéntricos. Gente inadaptada y extraña en todos los casos. Incapaz de desenvolverse en el mundo en el que habían nacido. Individuos que veían cosas, cosas diferentes, y no necesariamente lo que veía todo el mundo, orbitaban a su alrededor. Pero creo que lo que usted sugiere es que fue él quien le hizo eso a su tía abuela. Lo cual es una perspectiva novelesca, que puede que fuese su influjo lo que explique el comportamiento de los demás. Es una idea que nunca se me había ocurrido.

Llenó la copa de Apryl hasta la mitad. Miles giró la botella para evitar que goteara. Estaba tratando de emborracharla para eliminar los últimos vestigios de su nerviosa formalidad. Decidió que no le molestaba. Estaba bien soltarse un poco. Londres era un sitio desconcertante, pero justo cuando la ciudad había conseguido que se sintiera realmente deprimida, de repente le mostraba también su cara romántica. Hacía una eternidad que no se vestía con esmero y se arreglaba para una cita. Y aquella noche, lo que la seducía era la sensación de las infinitas oportunidades que contenía la ciudad. ¿Cómo se podía llegar a conocer realmente un lugar como aquél? Miles relleno su

propia copa.

Apryl tomó un sorbito de vino y entornó los ojos sobre el borde de la copa.

—Sabe usted mucho sobre él. Pero ¿merece su respeto un hombre que estaba tan pirado? Ahora soy yo la que tiene curiosidad por saber qué le interesa de él.

Miles sonrió.

—Me gustan los incomprendidos del mundo del arte. Y él era un personaje interesante. Fascinante, de hecho. Se sentía obligado a llevar hasta su culminación una visión artística totalmente alejada de los valores y los gustos de su tiempo. Eso me impresiona. Debió de hacerle falta mucho valor para llegar hasta donde llegó.

—¿Para dibujar cadáveres? ¿Y animales despellejados? ¿Y esas asquerosas marionetas? Es una visión del mundo muy triste, ¿no le parece?

—Sí. Pero el mundo ha cambiado muchísimo desde el final del siglo XIX. Piense en lo que supusieron Freud y Darwin para las creencias religiosas. Por no hablar de los horrores de la primera guerra mundial. Matanzas mecanizadas. Industrialización. El auge del marxismo. Los inicios del fascismo. La preparación de la gran lucha ideológica. Estos movimientos se manifestaron de muchas formas. Formas fraccionadas, discordantes, caóticas. Y él ocupó un lugar en todo aquello, sólo que el reconocimiento únicamente podía llegarle a título postumo. Creo que él lo sabía desde el principio. Pero no le interesaba la admiración ajena. Nunca cultivó amistades ni influencias. Lo hizo por sí solo. Y para sí mismo. ¿No le parece increíble? ¿Sobre todo en estos tiempos? ¿Dedicar la vida a una visión personal sin pensar en la recompensa?

Apryl sonrió.

—Lo siento, estaba haciendo de abogada del diablo. Es una mala costumbre que tengo.

Miles le guiñó un ojo.

—En efecto. La vida podría haber sido muy fácil para Hessen. Un hombre adinerado, educado en Slade, apuesto, erudito, culto, con talento... Ahora que lo pienso, me parezco un poco a él. —Lo dijo con expresión muy

sería hasta que ella rompió a reír.

Le ofreció la cesta del pan.

—Tenía acceso a las mayores mentes y los mayores talentos de su época. Por no hablar de la lista de bellezas apetecibles que sin duda revolotearían a su alrededor. Pero optó por decisiones que debían, con toda certeza, hacer su vida más difícil. Increíblemente difícil. Buscó la muerte y la dibujó constantemente. El momento de la muerte en los hospitales y el momento posterior a la muerte en los depósitos y las salas de operaciones. Estaba obsesionado con las rarezas médicas. La deformidad. La desfiguración. Pasó sus mejores años tratando de entender la muerte y la idea del cautiverio. La incapacidad y la inmovilidad social. Revolcándose en ellas. Dedicaba los fines de semana a sobornar a enterradores en los cementerios y el resto de los días a dibujar ovejas desolladas y restos de animales en los mataderos del East End. O a retratar los miembros deformados y los rostros de pobres infelices que sufrían todas las formas imaginables de la enfermedad y la incapacidad.

—Una vida de lo más alegre, vamos.

—Exacto. ¿Y sus veladas cuando era joven? Nada de fiestas. En su lugar, se dedicaba a investigar a todos los místicos, videntes y expertos en magia negra que había en la ciudad o a asistir a sesiones de espiritismo. No hay ninguna prueba de que se relajara alguna vez. O se enamorara. Que sepamos, nunca hizo una sola cosa que no estuviera directamente relacionada con su visión. No conozco ningún otro artista tan obcecado en un tema. Pasó una década entera tratando de perfeccionar el dominio de la línea y la perspectiva, para luego lanzarse de cabeza a la distorsión, asegurando que era la única visión verdadera. Una recreación del Vórtice. El epítome de la maravilla, el terror y el asombro. Un lugar de fuera de este mundo al que sólo se podía acceder a través de la locura, el sueño, el subconsciente profundo y la propia muerte.

—¿Realmente cree que era tan bueno?

—Es difícil de decir. ¿Por lo que conocemos? ¿Lo que sobrevivió? ¿Esos últimos y terribles dibujos sobre lo humano y lo animal aprisionados en paisajes sin forma? Verá usted, yo creo que lo más interesante de Hessen era

lo que estaba tratando de conseguir. Sus dibujos eran meros estudios. Esbozos iniciales para cuadros que nadie ha encontrado nunca. Y encima, que apoyara públicamente el fascismo con esa revista suya, *Vórtice*... ¿Cómo quiere que no me sienta fascinado por un tipo así?

Apryl sonrió.

—Estoy segura. ¿Cómo dice que se llamaba?

—No me haga volver a eso. —Levantó una ceja y la miró de un modo que Apryl sintió que una parte de ella se deshacía.

—He buscado en Amazon y sólo he encontrado su libro. —No mencionó las docenas de malas críticas publicadas por miembros de Amigos de Félix Hessen.

—En este país no se nos da bien cuidar de nuestro patrimonio cultural. Si quiere encontrar algo de interés sobre la pintura o la poesía británicas del siglo XX, el lugar para hacerlo es Estados Unidos. Es irónico, lo sé, pero no queda nada de él aquí. Aunque tampoco creo que hubiera mucho al principio. La contribución de Hessen a la modernidad es difícil de valorar. Ése es el problema. Los mitos que lo rodean son mucho más grandes que las evidencias reales sobre su habilidad o su influencia. No queda nada, aparte de los dibujos. Si hubiera pintado algo, sería distinto. Pero no basta con bocetos a lápiz y a carbón. Algunos de ellos son extraordinarios y apuntan a una visión formidable. Pero dudo que llegase a cristalizar alguna vez. Aparte de algunos conocidos suyos, nadie llegó nunca a ver un solo cuadro. Y no queda más remedio que proyectar ciertas dudas sobre la fiabilidad de sus testimonios. Porque cada uno vio algo distinto.

Tomó un largo trago de su copa mientras ella admiraba el rubor que afloraba a sus facciones cuando se emocionaba al hablar. Y qué voz. Por nada del mundo quería interrumpirla. Le habría dado igual que estuviera leyendo el reverso de una caja de detergente. Podría haberse pasado toda la noche escuchándola.

—Estaba adelantado a su tiempo. En potencia, creó un nuevo lenguaje visual, impregnado de antiestética, filosofía y política radical. Más allá del vorticismo, el futurismo, el cubismo y el surrealismo, anduvo solo, siguiendo su propio discurso creativo desde una edad muy temprana. Incluso se lo

podría definir como un filósofo ocultista. Mal comprendido en su tiempo y prácticamente ignorado desde entonces. El azote del conservadurismo de la clase media británica y la bohemia acomodaticia. Un pintor que veía en el arte la adoración de algo sobrenatural y el medio para alcanzarlo. Lo realmente sorprendente es que nadie escribiera sobre él antes que yo.

Aquella mención a lo sobrenatural la hizo sentir incómoda de repente. De hecho, estuvo a punto de agriarle el buen humor.

—¿Cree...?

—¿Qué?

—¿Que tenía poderes, o algo así?

—¿Poderes?

—Sé que parece una locura, pero mi tía abuela le tenía muchísimo miedo.

—Bueno, estaba muy versado en rituales ocultistas. Probablemente bajo la tutela de Crowley, la Gran Bestia 666, aprendió los rituales de invocación más avanzados. ¿Quién sabe lo que podría hacer creer a gente impresionable?

—Pero ¿y si no fueran todo fantasías?

—Me está usted tomando el pelo. —Miles se echó a reír mientras partía un panecillo con los dedos.

—Supongo... —Era una pregunta estúpida y lamentaba haberla hecho. A su alrededor, la gente estaba dedicada a comer y a charlar bajo las luces brillantes de un restaurante moderno. Fuera, los taxis pasaban y los espectadores hacían cola para entrar en la ópera. Era un mundo de teléfonos móviles y tarjetas de crédito. No había fantasmas. Puede que estuviera empezando a perder un poco el norte al llenarse la cabeza con las locuras de Hessen y Lillian.

—Y el misticismo no es tampoco un punto a su favor, al menos desde el punto de vista de los críticos —continuó Miles—. De hecho, cuando estaba investigando para el libro, todos los historiadores de arte y conservadores de museo que lo conocían me dijeron lo mismo; lo tenían por un sujeto absurdo, un personajillo insignificante en comparación con sus contemporáneos.

—Supongo que uno puede acabar por creerse cualquier cosa si la piensa durante el tiempo suficiente —respondió ella con lentitud.

Miles no la oyó. Estaba ocupado observando con mirada concentrada la

superficie densa y carmesí de su copa de vino. Apryl tomó un sorbo de la suya.

—¿De veras cree que pintó algo?

—Estoy totalmente convencido de que lo hizo. Pero sospecho que lo destruyó al ver que no estaba a la altura de sus ambiciones. Que eran considerables. Era muy duro consigo mismo. Se puso metas inalcanzables. O eso o la prisión acabaron con él.

—He pensado en ello. Ya sabe... si pintó cuadros y si alguien llegó a verlos. Como mi tía abuela y mi tío abuelo.

—¿Cree que hay en algún sitio una serie de cajas polvorientas llenas con sus obras? Hay gente que ha sugerido que creó cuadros más radicales que cualquier otro modernista o que cualquier otro artista posterior. Eso estaría muy bien. Pero ¿dónde?

—Se está burlando de mí...

—No, nada de eso. Sólo es un reflejo de mi decepción por no encontrar nada. Y sabe usted que he buscado con diligencia. Hablé con la testamentaria, con parientes lejanos y con los hijos de cualquiera que lo hubiera mencionado alguna vez. Por no hablar de la familia del coleccionista que compró los dibujos antes de que lo encerraran. Hessen se desprendió de ellos. Desde su punto de vista, ya habían servido a su propósito. Pero no encontré una sola pista fiable que me permita asegurar que alguna vez terminó un solo cuadro.

—Pero ¿y lo que pasó después de la guerra? ¿Averiguó algo sobre lo que hizo entonces?

—Apenas cruzaba la puerta de su apartamento. Se recluyó. Nunca tuvo más que un puñado de conocidos, la mayoría de los cuales murió antes de los cuarenta. Y no hay rastro de correspondencia alguna tras su salida de la prisión de Brixton. Así que, aunque hubiese pintado algo, ¿quién iba a verlo? En su momento me pregunté si podría haber regalado algún cuadro pintado por él antes de desaparecer, puede que a un coleccionista privado. Pero salvo que ese coleccionista o sus herederos salgan algún día a la luz, nunca lo sabremos. Es trágico. Creo que estaba a punto de crear algo extraordinario, pero por alguna razón nunca lo empezó o lo destruyó. Esta última hipótesis me parece más plausible. A pesar de su determinación y su valor, era un

sujeto inestable.

—Sigo sintiendo curiosidad.

—Como yo en su momento.

—Me gustaría mostrarle los diarios de mi abuela. Sólo para ver qué le parecen. Seguro que sabe interpretarlos mucho mejor que yo.

Miles sonrió.

—Me encantaría, Apryl. Lo siento, seguro que la he aburrido soberanamente.

—En absoluto. Aunque, por lo que a Hessen se refiere, estoy llegando al punto de saturación. No era él quien me interesaba, sino mi tía Lillian. Pensé que podía descubrir algo sobre ella investigándolo a él. Voy a ir a una reunión de Amigos de Félix Hessen. Y hay un par de personas en el edificio con las que me gustaría hablar, pero luego se acabó. Para siempre. No quisiera terminar como Lillian.

Miles la miró con el ceño fruncido y luego enarcó una ceja.

—Bueno, entiendo lo que dice, pero...

—¿Qué?

—Pues que me inspira usted ciertas sospechas. Aparte de su encanto físico y de las puertas que seguro que éste le franquea, sospecho que en realidad es usted una solitaria, como Hessen, y que, en secreto, la atrae su mística.

Ella se ruborizó. De repente, la idea de que estuviera flirteando le inspiró un poco de miedo, pero también de excitación.

—Puede que sea una solitaria, pero Félix Hessen no me gusta en absoluto. Y no soy una chica con intereses místicos. Cualquiera que esté relacionado con él está loco.

—¿Incluido yo?

—Sobre todo usted.

Los dos se echaron a reír exactamente al mismo tiempo.

—Me pregunto lo que le pasaría —caviló Apryl—. Se supone que desapareció, pero los diarios de Lillian hablan de él como si nunca se hubiera marchado. Es muy extraño.

—Bueno, a todo el mundo le gusta un buen misterio. Y esfumarse sin

dejar rastro puede ser un legado muy trivial, pero al menos es un legado, y podría servir para amplificar una reputación limitada hasta transformarla en algo que no era en un primer momento. Sería algo especialmente irresistible para gente de inclinaciones místicas..., sobre todo si la desaparición se aplicase también a sus supuestas obras maestras.

—Seguro que en Amigos de Félix Hessen no opinan como usted.

—Nunca he esperado gran cosa de ellos. Para ser unos aficionados, poseen un encomiable entusiasmo, pero no es una organización académica. Su ocultismo es del tipo superficial. Es la relación de Hessen con lo ritual lo que los obsesiona. Aunque se jactan de su rigurosa erudición, si no recuerdo mal. En sus publicaciones y demás. Es un grupillo singular, sin duda. Se encontrará usted con algunos bichos raros si decide ir a la conferencia. Se lo digo por experiencia. Antes recibíamos peticiones suyas para consultar los archivos de la Tate. Las enviaban a todos los museos y galerías. Buscaban el depósito secreto de las ilustraciones prohibidas de Hessen. Cosas que, según ellos, se habían ocultado por sus simpatías pronazis o algún disparate similar. Pero, a pesar de todo, siento debilidad por los aficionados con entusiasmo. — Se echó a reír—, Y quién sabe, puede que al viejo Félix le alegrase saber que había servido como inspiración para un culto que, convencido de su importancia, acosa cada cierto tiempo a los principales museos. Y después de todo, existe la posibilidad de que sea la gente como Amigos de Félix Hessen la que tiene razón. Puede que la vía ocultista y la interpretación de los sueños representen el único modo de llegar a entenderlo.

—No lo cree así, ¿verdad?

—No. La verdad es que no. Pero dejé de buscar. Y no sólo porque no encontrara absolutamente nada. —Se recostó en su asiento, dejó la servilleta sobre la mesa y suspiró—. La verdad es que ya no me interesa demasiado. Perdí un poco el apetito.

—¿Por qué?

Miles se encogió de hombros.

—Se me metió dentro.

Apryl se echó a reír.

—No, lo digo en serio. Si pasas demasiado tiempo cavilando sobre su

obra, comienzas a sentirte del mismo modo. Hasta me produjo pesadillas. Es muy extraño. Sentía que él se me estaba acercando, mientras que yo, en cambio, no podía hacer lo mismo. No sé qué significaba aquello, pero no me gustó. Y me he sentido mejor desde que terminé el libro. Para serle sincero, no me molestará cuando se agote. No me gusta que me lo recuerden. La época en que lo escribí... fue complicada para mí, desde un punto de vista personal. Tenía otras cosas en la cabeza, pero sus obras tampoco me ayudaron demasiado. Me convertí en una especie de nihilista. Porque eso es lo que era Hessen. No era capaz de ver otra cosa que el final de la vida. La miseria. La soledad esencial de la muerte. Y sus predicciones sobre lo que venía después eran igualmente siniestras. Y yo no soy masoquista, Apryl.

Apryl pensó en lo que le acababa de decir. Tenía sentido. Después de pasar algún tiempo mirando los dibujos de Hessen y leyendo sobre él, también había sentido la necesidad de reintegrarse a la vida normal. Ir a ver una película, comer en un restaurante, caminar entre la gente. La visión de Hessen era opresiva. Asfixiante. Demente. Conseguía metérsete dentro y te inspiraba una mórbida introspección.

—Es una pena que no viva en Londres —dijo Miles después de tomar un último trago de vino. La botella estaba vacía.

—¿Por qué? —preguntó ella con voz suave mientras bajaba deliberadamente los párpados. Hacía mucho que no tenía la ocasión de mostrarse provocativa. Era agradable.

—Porque me encantaría volver a verla. Podríamos unirnos a Amigos de Félix Hessen. Ir juntos a sus reuniones. Sería muy romántico.

Apryl soltó una risilla. No le importaría quedarse más tiempo en Londres si eso implicaba salir con Miles. Al menos había conocido a alguien cuerdo y sociable, además de atractivo a la manera británica. Y alguien que podía ayudarla a entender al maníaco que tanto impacto había tenido sobre aquella rama lejana de su familia. No podía evitar sentirse seducida por su discreta confianza, su británico sentido del humor, la profundidad de su voz y la sonrisa traviesa de sus ojos. Todas estas cualidades estaban enfocadas sobre ella en aquel momento. Le inspiraban deseo. Nunca le habían faltado pretendientes y los hombres no solían rechazarla, pero algunos dejaban más

huella que otros. ¿Le gustaría también a él?

—¿Qué sucede? —preguntó Miles—, Tiene una mirada muy extraña.

—Me estaba preguntando si te gusto.

Miles tragó saliva y usó la servilleta para secarse la frente.

—Será mejor que pidamos unos cafés bien cargados.

—¿Existe una señora Butler?

—Ya no. No sabía con certeza si quería ser padre. No sabía con certeza si quería ser muchas cosas que ella quería que fuese.

—¿Novia?

—Nada serio.

—Cabrón mentiroso...

Miles levantó la mano.

—Estamos empezando. Es la verdad. Pero si se enterara de que estamos manteniendo esta conversación, se pondría furiosa. Y se sentiría dolida. Y yo me sentiría como un gusano. Cosa que no me gusta. Ya tengo suficientes líos en la cabeza.

—Pero estoy segura de que podrías superarlo.

—Contigo como incentivo, estoy seguro de que podría superar muchas cosas. —Durante un breve instante, mientras hablaba, la sonrisa se borró de su rostro y Apryl detectó una pequeña expresión de anhelo. Esto la dejó sin aliento. Y también sintió el impacto entre las piernas.

De modo que sí le gustaba. Y puede que más de lo que ella sospechaba. Pero ¿por qué tenía que ser todo tan complicado? Así eran las cosas cuando te acercabas a los treinta y seguías siendo soltera. Sobre todo porque, invariablemente, los hombres maduros y carismáticos como Miles estaban casados. Había leído sobre mujeres que tenían líos con hombres así. Siempre estaban casados con alguien a quien subestimaban, pero por quien volvían a descubrir un vínculo inquebrantable llegado el momento de tomar una decisión. Terreno pantanoso, pues.

—Qué bonito —dijo, con un leve exceso de amargura para su gusto.

—Es la verdad. Eres encantadora, Apryl. ¿Por qué no iba a estar interesado? Eres una joven preciosa. Y brillante. Y un poco loca, de un modo encantador. Irresistible, de hecho. —Su expresión sonriente había regresado.

Ahora que había recobrado la compostura, Apryl detectaba en él cierta reticencia a correr riesgos con sus emociones. Otra cosa que tenían en común. Si no volvían a verse, pensarían el uno en el otro.

—Puede que sea el vino, o que soy una zorra, pero he estado a punto de preguntarte si querías ver el apartamento de mi tía abuela.

—Un lugar poco inspirador para la pasión.

—En eso no te equivocas. Salvo que fuese algo realmente retorcido, como el sadomasoquismo.

—Ponte el abrigo. Lo has conseguido.

Apryl se rió por lo bajo, aunque, sin poder evitarlo, sintió un acceso de recatada decepción.

—A tu novia no le va a gustar que te saque por ahí tan tarde.

—Alto. Te estás portando muy mal. —Pero hasta sus reprimendas tenían cierto atractivo—. Pero en serio, me encantaría ver Barrington House por dentro. Me pregunto si habrá cambiado mucho desde que Hessen vivió allí.

—No lo creo. Es totalmente retro. Y al apartamento de Lillian no le han dado una mano de pintura desde los años cuarenta.

—Y el diario... también me gustaría verlo...

—¿Sus diarios? Claro, te los prestaré. Los que aún son legibles. Los últimos son un verdadero galimatías. Pero debes tener cuidado con ellos; quiero llevármelos a casa. Cuando vendamos el piso, no quedará gran cosa de Lillian. Sólo algunas fotos y los diarios.

—¿Cuántos son?

—Hay un buen montón. Veinte.

—¿En serio?

—Y todos tratan sobre tu adorado Félix.

La miró con enorme intensidad, con un rostro casi severo.

—Fuera de bromas, ¿de verdad tratan sobre Hessen?

Apryl asintió.

—Si me hubieras prestado atención antes, ya te habrías dado cuenta de que es así. Pero tienes que leerlos por ti mismo. Yo no sería capaz ni de empezar a describirte cómo son. Dan miedo. Y son la principal razón de que me haya mudado a un hotel.

—Pues no estabas exagerando —dijo Miles mientras miraba el pasillo—. Esto es increíble.

—¿A que sí? Pues tendrías que haberlo visto antes. Lo he vaciado de la mayoría de la basura. Lillian casi nunca tiraba nada. Había listines telefónicos de los años cincuenta.

—Puede que algunas de esas cosas tuvieran su valor.

—No soy idiota, Miles. Vendí todo lo que lo tenía a unos marchantes.

—Ya.

—Y, por suerte para mí, mi tía abuela también conservaba la ropa. Esto era de ella. —Dio una vuelta sobre sí misma para mostrarle el vestido, al que creía que no había prestado la suficiente atención.

—Ya me parecía que tenía un aire de autenticidad —dijo él mientras estudiaba las finas costuras en la parte trasera de sus piernas.

—Y también el olor, por desgracia. Tendré que disimularlo con perfume hasta que pueda llevarlos a que los limpien en seco.

—Parece hecho para ti.

—Gracias.

—Lo digo en serio, realmente te va.

Ella adoptó una pose de Betty Boop y lanzó un beso. Los ojos de Miles se ensombrecieron. De deseo, si ella no estaba equivocada. Se volvió y continuó hacia el interior del piso.

—¿Tu tía abuela tenía problemas? —preguntó, como para limpiar la atmósfera del erótico azoramiento que parecía haberla impregnado.

—No se encontraba demasiado bien. Pero se sentía... perseguida. Por su pasado, creo. Me da la impresión de que nunca superó la muerte de su marido. No tenía amigos. Lo único que hacía era desvariar aquí sola, planeando escapar de la ciudad. Pensaba que Hessen la había encerrado aquí. —Sintió el deseo de mencionar las insinuaciones de Lillian sobre la «quemadura» de algo, posiblemente el trabajo de Hessen, y los tormentos que, en su imaginación, el artista había desatado sobre Reginald y sobre ella, pero fue incapaz de hacerlo. Quería gustarle a Miles, no que pensara que era una

chiflada obsesionada con los malos espíritus, los fantasmas y otros disparates sobrenaturales de ese tipo. Le dejaría leer los diarios para que se formara su propia opinión.

En el salón, rebuscó en la caja llena de fotografías que había descolgado de la pared.

—Qué triste, ¿no? —dijo él en voz baja mientras contemplaba un retrato de Lillian y Reginald en un soleado jardín de alguna parte. Apryl sabía exactamente qué quería decir. Acabar así: como una caja llena de fotografías en manos de unas personas que no llegaron a conocerte nunca.

El lugar ya estaba empezando a agriarle el humor. Aquella noche con Miles era lo mejor que le había sucedido desde su llegada.

—Vamos, te enseñaré las habitaciones y luego puedes acompañarme a buscar un taxi. Quiero salir de aquí. Ya he pasado demasiado tiempo en este sitio. Ahora quiero divertirme un poco antes de volver a Estados Unidos.

Miles observó las paredes manchadas que lo rodeaban.

—No es buen lugar para una jovencita, en efecto. Es demasiado lúgubre, pero también conmovedor, en cierto modo.

—Pues deberías probar a pasar una noche aquí.

—¿Es una invitación?

—Por mí no hay inconveniente, si quieres intentarlo. Pero yo no pienso dormir aquí de nuevo hasta que se venda. Ya te he dicho que me da escalofríos.

—Pero tu tía abuela vivía aquí. Llevas su ropa y parece que te gusta su mundo.

—Lo sé. Y es verdad. Pero es el sitio. El edificio entero, para serte sincera. Hay algo que no me gusta en él.

Miles frunció el ceño por encima de su sonrisa.

—En serio, ¿por qué dices eso? Sólo es viejo. Pensé que te gustaba lo viejo.

Ella negó con la cabeza.

—No, no se trata de la antigüedad del sitio ni tampoco de que hace siglos que no limpian el piso. No es eso. Es el sitio en sí; el edificio. Sé que parece una locura, pero lo cambió todo para Lillian. Y creo que tuvo mucha parte de

culpa en lo que le sucedió a Reginald, fuera lo que fuese. Hay algo raro en este sitio. Algo malo. Si pasas el tiempo suficiente aquí, comenzarás a sentirlo.

Miles la miró con el ceño fruncido.

—Crees que estoy diciendo tonterías. Pero lee algunos de los diarios y puede que comprendas lo que quiero decir. Este lugar está hecho de locura y pesadillas. Es un edificio enfermo, Miles. Muy enfermo. Como Hessen.

En el dormitorio, mientras ella buscaba los diarios en el armario, Miles dijo:

—¿Por qué está al revés el espejo? ¿Y esto es un cuadro? ¿Puedo verlo?

—Oh, sí. Son mis tíos abuelos. Lo encontré en el sótano. Subí el espejo para poder probarme su ropa, pero...

—¿Qué? Es una belleza.

—Lo es. Pero no sé... me da un poco de miedo.

Miles amagó con reírse, pero se detuvo de inmediato al ver su cara.

—Lo siento. No me estoy burlando de ti. Realmente el lugar da escalofríos. Habría que cambiarle las luces.

—No conseguirías nada. Es como si las paredes y el suelo se tragaran la luz. —No hacía frío en el cuarto, pero sintió un escalofrío al decir esto.

Miles la rodeó con el brazo y la miró a los ojos.

—Quieres salir de aquí. —Ella asintió—. Gracias por esto. —Levantó uno de los diarios que le había dado—. Me cuesta creer que esté a punto de leer algo sobre Hessen escrito por alguien que lo conoció después de la guerra. Es todo un hallazgo.

—Estaba obsesionada con él. Pero te advierto que son muy inquietantes. No los leas antes de meterte en la cama.

—Te lo prometo. Y quizá pueda ayudarte a descubrir lo que estaba pasando aquí.

Apryl asintió.

—Eso estaría bien. —En un acto impulsivo, se puso de puntillas y le dio un beso. Al apartarse, él parecía sorprendido. Se disponía a disculparse, pero entonces Miles se inclinó sobre ella y la atrajo para darle un beso más largo y más profundo.

Capítulo 18

A las tres de la mañana, Seth entró en el apartamento dieciséis. Y se quedó allí de pie durante veinte minutos.

En el momento mismo en que encendió las luces, los fragmentos de una pesadilla reciente emergieron de su memoria: las baldosas negras y blancas, las largas y rojizas paredes del pasillo, las antiguas puertas, los grandes cuadros rectangulares, colocados en perfecta simetría e iluminados por la sucia luz que pugnaba por escapar del cristal descolorido de las pantallas. Sí, había estado allí antes. Era como una prolongada sensación de *déjà vu* que desafiaba todas las leyes de la realidad que siempre había dado por sentadas.

Pero un detalle significativo era distinto. En el sueño, las pinturas no estaban tapadas. Allí sí, bajo largas sábanas de tela envejecida. Seth cerró la puerta tras de sí. Con una mueca de dolor, su mano lastimada dejó caer el llavero de acero en el bolsillo de sus pantalones.

Algo lo había convocado a aquel lugar. Algo que se movía en su interior cuando pasaba junto a la puerta principal. Algo que lo había llamado por el teléfono del edificio y había implantado visiones en su sueño. Algo que lo había seguido hasta su casa.

Sus problemas se habían multiplicado justo después de las primeras incidencias en el piso. Lo que había achacado a la depresión, la falta de sueño y el aislamiento se podía atribuir en realidad a aquel lugar. Podía sentirlo. Parecía imposible, pero estaba confirmado. Allí mismo y en aquel momento.

Y era inevitable que fuese allí. Lo habían convocado.

Se estremeció. Ver aquello era traumático. Pero el vuelo en círculo de sus frenéticos pensamientos cesó. Por primera vez en mucho tiempo su mente estaba libre de todo, salvo de un terror que creció hasta transformarse en reverente sobrecogimiento. Una sensación tan intensa que casi no lo dejaba ni respirar.

Avanzó por el pasillo caminando lentamente, sobre pies inseguros, incapaz de seguir posponiendo el encuentro con un lugar que llevaba medio siglo vacío.

Todas las puertas del pasillo estaban cerradas, y la idea de abrir la puerta central de la izquierda, la que llevaba a un lugar en el que la definición de las paredes, el suelo y el techo quedaba desdibujada por una glacial infinitud de oscuridad, donde las cosas que equivocadamente había tomado por pinturas se movían, bastó para que se encogiera. Lo sintió, al principio a su alrededor y luego sobre él. La sensación había salido del sueño con él y seguía adherida a él.

Se detuvo junto al primer cuadro del pasillo y, haciendo un acopio de voluntad, se obligó a levantar la polvorienta muselina que cubría el marco. Tenía el tamaño de una ventana grande. Con dedos temblorosos, desató el nudo de la tela de la esquina inferior del pesado marco. Trató de levantarla lentamente. Pero al tirar de ella por abajo, la sábana, muy ceñida al marco, cayó desliziéndose pesadamente y aterrizó sobre el suelo con un rumor sordo.

Como un golpe en el estómago, el impacto de la cosa retratada en el cuadro lo alcanzó al instante. La primera sensación de asombro se transformó rápidamente en náuseas y desorientación, como si aquella criatura deforme, vestida con traje y corbata, estuviera transmitiendo directamente su tormento a su propio cuerpo.

Seth retrocedió tambaleándose, incapaz de apartar los ojos de la pintura o de parpadear siquiera. ¿Qué era aquello, aquella criatura desgarrada, con el rostro borrado por un brochazo de dolor blancuzco? Al instante sintió un vínculo con la violenta defunción de la figura, su pérdida del yo, su desintegración.

No era una representación de algo humano o animal, pero insinuaba ambas cosas. Había en ella elementos que se podían discernir: la boca abierta

y aullante; los dientes cubiertos por una película de sangre; una lengua hipertrofiada que asomaba entre los labios; la insinuación de una garganta retorcida en la asfixia; un ojo, o algo parecido a un ojo, sólo que colocado en el lugar equivocado de la borrosa cara, abierto de par en par y tan repleto a su vez de terror y tormento que Seth fue incapaz de aguantarle la mirada. Sintió el deseo de volver a ocultar aquel ojo inyectado en sangre, aquella pupila escarlata, inundada y a punto de reventar. Parecía totalmente real, a pesar de la distorsión y del borrón del inexistente rostro.

Quienquiera que hubiese sido la figura, en su día había sido destruido. Aún quedaban vestigios de su traje y de su corbata en una horripilante parodia de normalidad, pero los miembros habían desaparecido. Unos muñones de bordes irregulares se confundían con el aura ocre que parecía santificar su mutilación.

Eran los estertores de la muerte. Pero suspendidos en aquel terrible espacio negro para toda la eternidad. No la vida, sino una especie de animación. Un movimiento posterior a la muerte repetido hasta el infinito. Comprendió el mensaje al instante.

Le dio la espalda a aquella carne húmeda encerrada en tela, pero embargado por una especie de euforia, una admiración sobrecogida ante la mano que había logrado captar la cúspide misma del terror y la aniquilación. Pensó en sus propios esbozos, desperdigados alrededor de la manchada alfombra de su habitación en el Green Man. Se acordó de la figura encapuchada de su sueño, que vagabundeaba por un paisaje de hierba cubierta de excrementos de perro y hormigón manchado de orines, que farfullaba con demente lógica infantil sobre gente que quedaba atrapada en cosas, en lugares, después de la muerte. Atrapada durante mucho tiempo. Hasta que llegaba la oscuridad. ¿Era aquélla la oscuridad de la que hablaba?

El siguiente cuadro, de casi un metro ochenta de altura por, al menos, un metro treinta de anchura, cayó sobre su mente excitada del mismo modo que un cubo de agua que te arrojan sobre la cabeza hace mil pedazos la comprensión y genera desorientación. Dejó paralizado todo lo que tenía dentro, excepto la electricidad del terror. Y aquél era precisamente su objetivo: convertirse en algo que sólo los locos pudieran contemplar y

soportar.

Y después de recobrar el aliento, el equilibrio y una temblorosa noción del espacio y del yo, se fijó en el fondo en el que estaba suspendida la figura. Aquella exhibición de violencia y fragmentación no era nada sin las profundidades que tenía detrás. La figura, con un hocico de babuino y sin ojos, pero horriblemente retorcida en su bata de flores, ensangrentada y todavía húmeda, flotaba sobre una oscuridad total. Una ausencia completa que aun así conseguía transmitir el frío del espacio profundo y las inaprensibles dimensiones de la eternidad. Era el más maravilloso ejemplo del uso del empaste que hubiese visto nunca, pensó estúpidamente mientras lo embargaba el deseo de echarse a reír como un histérico frente a aquella pringosa blasfemia. Un fondo que empujaba a su protagonista hacia fuera, como si éste estuviera a punto de caer a sus pies, donde aullaría y sacudiría las garras en una agonía tan larga como para convertir un siglo en un mero suspiro.

Sí, al instante comprendió que estaba captando retazos de criaturas que habían subido a la superficie desde una interminable y congelada oscuridad. Una eternidad en la que se depositaban cosas terribles, pero que afluía hacia un punto de luz cada vez que aparecía una abertura. Tal como había sucedido allí. Un lugar en el que no podía vivir nadie. En el que no debía haber nadie. Pero al que había accedido alguien para retratar aquellas cosas.

Caminando como un borracho de cuadro en cuadro, fue arrancando las telas que los cubrían. Ante sus ojos aparecieron imágenes que lo dejaron tan mudo que fue incapaz hasta de proferir un grito. Incapaz de hacer otra cosa que exhalar algún que otro gimoteo de bebé frente a criaturas que brincaban sobre sus huesos de animal, o ciegas a causa de sus párpados cosidos, que escupían como gatos agonizantes con las encías negras y colmillos como agujas, que agitaban las piernas como los ahorcados en los cortometrajes de noticias antiguos, en blanco y negro, con los miembros agarrotados enroscándose sobre sí mismos y las cabezas transformadas en rugidos, desollados como corderos, o rosados como crías de roedor muertas.

Y se supo capaz de recrear toda aquella distorsión y deformidad que estaba contemplando. En aquel pasillo rojizo colgaban representaciones del

potencial que tenía dentro, como los brillantes cadáveres de la sala frigorífica de una carnicería. Grasa amarilla, huesos puntiagudos, rojo brillante: la carne y el sebo del horror humano.

También había vislumbrado los primeros signos de aquella rabia bestial, aquella aniquilación de la razón y la decencia, en los lugares más prosaicos. En el autobús. En las laberínticas calles de Londres. Al caminar por los iluminados pasillos de un supermercado. Aquella terrible contaminación hecha de fealdad, crueldad y autodestrucción, de narcisismo compulsivo, codicia y odio, de brillante y llamativa locura, había empezado a brotar y a coagularse a su alrededor en la ciudad. La veía en otros ahora que los había despojado de la inescrutable fachada de la piel. Había aprendido a ver más allá, más abajo, en el lugar donde moraba el Diablo. El infierno era un espacio viviente dentro de todas las membranas de la carne que se disfrazaba temporalmente de humana.

Cayó de rodillas. Las lágrimas le ardían en los ojos, un piadoso y salino respiro frente a lo que estaba clavado a las paredes ante él, aullante y distorsionado.

El genio.

Lloró frente al genio. Lloró de gratitud por lo que se le había mostrado. Una clase magistral para guiar sus patéticos bosquejos y garabatos. Tenía que empezar de nuevo. En cuanto volviese a casa. Cubrir las hemorragias de pintura con vendas sucias antes de hacer nuevas cicatrices en las paredes y los techos de su cuarto. Y luego regresar allí, noche tras noche, para atracarse de aquel terror y aprender a recrear lo que caminaba a su alrededor por aquella ciudad. Su mugrienta habitación se convertiría en el templo de un nuevo renacimiento. Trabajaría hasta caer rendido. Atraparía aquel impacto, aquella disolución de la identidad y la sacudida mareante que se producía al encontrarse frente a ellos.

Reptó sobre manos y rodillas hasta la puerta más cercana. La abrió. Vio iluminadas, a la vaga luz rojiza del pasillo, paredes repletas con nuevas maravillas cubiertas. Quería estar enfermo, eyacular y orinarse encima al mismo tiempo. Era demasiado. Tenía que tomar aquella medicina inmunda con cuidado, en dosis pautadas, o perdería hasta el último vestigio de la

cordura que necesitaba para plasmar al óleo su propia visión.

Al asomarse por la puerta de la siguiente habitación, la que lo había aterrorizado en sueños, vio largos y hermosos espejos en todas las paredes, entre cuadros cubiertos. Y supo que las visiones que había debajo de las sábanas le pararían el corazón o lo paralizarían con un ataque si cometía el error de contemplarlas durante demasiado tiempo. Así que se incorporó lo mejor que pudo y miró en derredor, desesperado por encontrar una salida de aquel lugar, donde los cuadros le gritaban con todas sus fuerzas. Era un estrépito. Una cacofonía. Todos ellos querían que los mirara y que se perdiera en su interior. Pero antes de que pudiera salir de la habitación de los espejos, vio moverse algo por el rabillo del ojo.

Tres veces, demasiado de prisa para desplazarse sobre unas piernas, apareció en la superficie de uno de los espejos, como salido del interior del reflejo del que había en la pared opuesta. Y luego, al volverse él para mirarlo, se esfumó. Demasiado veloz para seguirlo con los ojos. Desapareció en el interior del reflejo o lejos de los fragmentos de su mente exhausta, capaz de imaginar tales cosas.

No había nadie en la habitación. Nadie alto y flaco. Con el rostro tapado. Con vendas tensas y teñidas de rojo. Debía de haberse visto a sí mismo. Fundido con las paredes rojizas. Las paredes de muerte que lo rodeaban.

Huyó del apartamento. Se secó los ojos y se despegó la camisa húmeda de la espalda. Cerró la puerta y echó la llave. Se dirigió hacia la escalera. Pero se detuvo antes de bajarla, incapaz de moverse, al oír que las puertas interiores del apartamento dieciséis, una a una, se cerraban.

En el exterior, el amanecer comenzaba a disipar la sólida oscuridad de la ciudad, a diluir y vivificar el aire denso y frío de la noche, pero hasta el más leve atisbo de la luz del día le provocaba una agonía detrás de los ojos. Con las piernas agotadas por el cansancio, se arrastró escalera arriba del Green Man.

Por lo general, después de su turno, volvía al cuarto y se desplomaba sobre la cama deshecha. Se cubría con las sábanas húmedas y caía exhausto.

Pero aquel día no. Tenía trabajo que hacer.

A pesar del dolor de los moratones y las magulladuras de la paliza, estaba devorado por la inspiración. Hacía años que no se sentía así, totalmente poseído por las ideas y las imágenes. Y ahora sentía el impulso irreprimible de plasmarlas antes de que se evaporaran de su mente.

Tras salir del apartamento dieciséis, se había sentado a la mesa del portero y había llenado de inmediato dos cuadernos con esbozos. Sólo tenía que dejar que sus manos amoratadas deslizasen los lápices hasta gastarlos. Una especie de impulso creativo automático se había apoderado de él y había comenzado a llenar página tras página con sugerencias y fragmentos de lo que había visto allí arriba.

Y ahora tenía trabajo que hacer en sus propias paredes. No había tiempo que perder. El deseo de crear podía abandonarlo de nuevo. Durante años, incluso, si no consagraba todo su ser a la tarea de inmediato. Su voluntad y la destreza, poca o mucha, que conservaran sus lastimados músculos, tendones y nervios tenían que dejar allí su marca. Sobre las paredes.

La que había sobre la cama y encima del radiador desteñido estaba cubierta de impresiones aceleradas e inacabadas de las abominaciones que había visto en Londres. Pero no podía abandonar la línea. La perfección de la línea. El artista del apartamento dieciséis la había mantenido intacta por debajo del caos del color y de la violencia de sus trazos. Seth lo había notado.

Así que tenía que cubrir los tristes esbozos de sus propias y exiguas paredes con algo negro, suave y moteado, para sugerir las máximas distancias imaginables. Luego podría comenzar desde cero y volver al improvisado lienzo una vez tras otra hasta estar convencido de que había logrado recrear algo que captaba el espíritu de las obras maestras del apartamento dieciséis. Tenía que emular el pasmo, la incapacidad y la completa entrega que había experimentado frente a ellas. Debía adquirir el estilo. Pero sus temas serían suyos por completo.

Necesitaba espacio. La mesa, las sillas y el armario habían estorbado sus movimientos desde la primera noche tras la paliza, mientras se movía cojeando por allí, tratando de plasmar con sus trazos la impresión de aquellos rostros de comadreja sobre el papel desgastado.

La cama tendría que quedarse. En las próximas semanas tendría que echar una cabezadita de vez en cuando. Unas pocas horas aquí y allá. No más. No quería perder tiempo cuando su cuerpo entero trepidaba como cargado de electricidad, cuando las ideas y las imágenes que no podía permitir que murieran o se desvanecieran de su cabeza parecían escapársele por los dedos de las manos y de los pies.

Y pensar que una vez se había sentido avergonzado de aquellos pensamientos, aquellas impresiones grotescas del mundo, y que había considerado su sensibilidad una maldición, un lastre para toda posibilidad de llegar a alcanzar la felicidad. No era ninguna maldición. Estaba bendecido. Como el creador de aquellos cuadros. Había recibido una epifanía cuya única alternativa era la rutina y una comodidad inane. Estaba imbuido de una divina perspicacia cuando los ojos de los demás estaban barnizados de ilusión y sufrían de un abúlico reconocimiento de la mera superficie de las cosas. Era una oportunidad única de inyectar algo de sentido a su existencia. De alcanzar un propósito. De recrear aquello que estaba empezando a ver en su ciudad, fuera lo que fuese. Cosas que había aprendido a ver o le había enseñado a ver Dios sabe quién.

No quería pensar cómo ni por qué se había realizado aquella imposible conexión. No podía permitirse el lujo de cuestionar su fuente, su intención o su significado. Simplemente estaba allí y lo había traído de vuelta de entre los muertos. Aquellas noches lo había despertado. Lo había obligado a levantarse de un bofetón y le había enseñado que no importaba nada más que la visión, la exploración de aquello que se estaba abriendo ante sus ojos y dentro de sus sueños. El arte. Existiría sólo para crear, por muy grandes que tuviesen que ser sus sacrificios o sus pérdidas.

La mera idea de regresar al lugar rojizo, de desvelar aquellas recreaciones de horror y magia, le ponía los pelos de punta. Pero también le inspiraba una dicha que hacía estremecer su alma.

Capítulo 19

Al otro lado de la línea, una voz respondió al instante:

—¿Sí?

—Eh... hola. ¿Está Harold?

—Soy yo. —Era una voz bien modulada y madura, pero Apryl se sintió desarmada al instante por el tono de desafío que contenían esas dos simples palabras.

—Mmmm, llamaba por la reunión del viernes.

—Amigos de Félix Hessen, sí. ¿Es usted un Amigo? —Lo dijo rápidamente, con una autoridad y pomposidad que a Apryl le resultaron ridículas.

—Eh... No estoy muy segura, pero me gustaría averiguarlo. —Se rió, pero la voz del otro lado del teléfono guardó silencio—. Perdone, el caso es que me gustaría asistir a la reunión.

El silencio continuó.

—Disculpe, ¿sigue usted ahí?

Tras unos segundos de silencio más, la voz respondió:

—Sí.

—Decía... la página web, me refiero, decía que había que llamar para pedir los detalles.

Silencio.

La determinación de Apryl comenzó a flaquear. Y no sólo por aquel implacable silencio. También se debía a lo que sabía de Hessen. ¿Quién

querría ser amigo de algo así?

—¿Es mal momento para llamar? Discúlpeme si es muy tarde. —Sintió el impulso de colgar.

—No. No. No es tarde —respondió la voz.

—Entonces, ¿puedo asistir?

—¿Conoce su obra?

—Sí, acabo de leer el libro de Miles Butler...

—¡Bah! Hay fuentes mucho mejores. Mi propia obra está publicada en Internet y dentro de poco saldrá en papel. Es definitiva.

—Habrá que leerla.

—La vendemos en todas las reuniones. Pero como se celebran en espacios privados y hablamos sin tapujos, aparte de la innmercida controversia que rodea a algunos de los eruditos a los que invitamos, examinamos minuciosamente todas las solicitudes de asistencia. ¿Quién es usted?

—Mmm. Nadie, en realidad. Sólo estoy de vacaciones. He visto la página web y he comprado el libro.

Un nuevo silencio. Aunque parecía cargado de desaprobación. El tipo estaba empezando a asustarla.

—Y... mi tía abuela lo conocía —añadió en voz baja, con una mueca de incomodidad.

—¿Cómo dice? —preguntó rápidamente su interlocutor, casi sin darle tiempo a terminar la frase.

—Que mi tía abuela lo conocía. Vivían en el mismo edificio.

—¿En qué dirección?

—Barrington House, en Knightsbridge.

—Sí, sé dónde está —replicó con voz severa—. ¿Y por qué diablos no lo ha dicho antes?

—No... no lo sé.

—¿Aún vive su tía abuela?

—No. Falleció hace poco. Pero lo menciona en sus diarios. De ahí mi interés.

—¿Diarios? —El volumen de su voz ascendió de repente—. Tiene usted

que traerlos. Debo... —hizo una pausa, como para calmarse— verlos. Ahora mismo, si es posible. ¿Dónde está?

Embargada por un repentino sentido de cautela, mintió:

—No los tengo en mi poder. Están en casa. En Estados Unidos.

—Allí no nos sirven de nada. Sus compatriotas ya tienen sus dibujos a buen recaudo. Debemos ver los diarios.

—Puedo hacer una copia, o algo por el estilo, cuando regrese.

—¿Tiene una pluma? —preguntó con impaciencia. Apryl le dijo que sí—. Pues apunte esto. —Le dio una dirección de Camden y se la hizo repetir a ella—. Bien, le sugiero que venga con antelación para que pueda explicarle un poco las cosas y hacerle algunas preguntas sobre su abuela. Va a ser usted prácticamente nuestra invitada de honor.

—Oh, no hace falta, de verdad. Lo cierto es que no sé casi nada sobre él...

—Tonterías, es usted pariente de alguien que conoció en persona al gran hombre. Alguien que estuvo en presencia del genio. Será un placer tenerla entre nosotros. Debe venir. Podemos ayudarla con los gastos.

—No, no hace falta, gracias. Estaré allí a las siete en punto.

A continuación, Harold insistió en apuntar la dirección de su hotel, que ella, incapaz de pensar en una excusa en tan poco tiempo, tuvo que darle a regañadientes. Luego colgó y se recostó en la cama, mientras sentía cómo se le secaba el sudor en la frente. Su deseo de acudir a la reunión se había desvanecido. Comenzaba a sospechar que todo lo relacionado con Hessen era extraño y desagradable. Y se reprendió por haber mencionado los diarios de Lillian. ¿Por qué lo había hecho? ¿Para impresionarlo? Tenía la sensación de que su indiscreción le pasaría factura más adelante.

Sonó el teléfono de la mesilla de noche. Con nerviosismo, levantó el auricular. Era Harold.

—Disculpe, le he dado al botón de devolver la llamada sin querer —dijo—. Nos vemos mañana. —Y colgó mientras ella seguía pensando en algo que decir.

Capítulo 20

Y volvió a subir una vez tras otra al lugar de color sangre donde se almacenaban en secreto tantas obras maestras. Y se alimentó de su oscuridad. Bebió del sentido de la eternidad que colgaba de aquellas paredes y se atracó con el horror de las cosas que salían de la nada en movimiento, de la que ascendían retorciéndose.

Durante las últimas tres visitas, Seth había concentrado sus esfuerzos en los cuadros de los dos dormitorios del final. Espacios diseñados para dormir, pero convertidos ahora en una galería por alguna presencia desconocida. Quizá la que pasaba fugazmente por los espejos. Y había entrado en aquellas habitaciones para aprender. Para contemplar como un niño el estanque olvidado de un jardín invadido por la maleza cuya superficie negra observaba, maravillado por las formas esbeltas y blancas que se movían entre los hierbajos y unas aguas tan frías que habría bastado con sumergir en ellas un solo dedo para quedarse sin aliento. Y puede que también sin el dedo.

Una vez cumplidos sus quehaceres y después de mentir a la señora Roth en respuesta a sus repetidas quejas con respecto a los ruidos del piso vacío que había debajo de ella —los golpes, los portazos, las cosas pesadas que alguien arrastraba en la oscuridad aislada del número dieciséis—, sólo entonces, eliminados todos los impedimentos, cogió discretamente la llave de la caja fuerte de la oficina del jefe de porteros y entró en la galería.

Había subido con pasos cautelosos por la escalera en algún momento entre las tres y las cuatro de la mañana, mientras el mundo dormía, con el

busca en el cinturón por si algún inquilino llamaba al teléfono de la portería o llegaba del aeropuerto de madrugada y llamaba al timbre de la puerta. Excitado por el allanamiento, asustado por lo que podía encontrarse, pero deseando zambullirse en ello, cerró la puerta tras de sí antes de encender las luces.

En su segunda visita, que parecía datar de mucho tiempo antes, como una pesadilla lejana pero aún memorable, había algo allí con él. Algo que no podía ver. Una presencia, indistinta pero poderosa, que no lo amenazaba físicamente. Pero era peligrosa en un sentido más amplio, porque, según las leyes de la naturaleza, no tendría que haber estado allí. Se manifestaba bajo aquella luz roja como una sensación de movimiento y sonido. Oculta a la vista. Detrás de la puerta cerrada de la habitación de los espejos, a veces oía algún crujido causado por unas pisadas rápidas de un lado a otro, que luego se detenían bruscamente en el umbral cuando él pasaba a su lado.

Había dejado la habitación del centro, la de los espejos, para el final. Su instinto le había dicho que era lo mejor. En su primera visita había vislumbrado un atisbo de movimiento y no estaba listo para volver a verlo. Aquella habitación merecía ser contemplada al final. Y puede que cuando se atreviese a adentrarse al fin en ella, no estuviera de más alguna clase de presentación.

Aún sentía que se le encogía el estómago con sólo pensar en comunicarse con algo completamente ajeno a su entendimiento, completamente ajeno a todas sus experiencias, salvo las más recientes. O puede que sólo fuese el viejo Seth, que trataba de volver a la superficie. El vacilante, el titubeante cobarde, el indeciso y despreciable gusano que, incapaz de seguir su vocación, se había rendido a la menor crítica. Sólo ahora comenzaba a comprender que las opiniones de los demás no importaban. Que no podían ni comenzar a entender los lugares que debía visitar y las visiones que debía recrear. No podía haber medias tintas ni compromisos. Ya no. Nunca más.

Es lo que le había sugerido el muchacho encapuchado. Le había dicho que lo estaban ayudando y guiando para que viese las cosas como eran. Lo sabía y estaba alarmado por lo cómodo que se sentía con la constante e insistente manipulación que lo rodeaba, que se había colado dentro de él y lo

había llevado hasta allí para estudiar la obra de un maestro.

Pero ¿habrían organizado ellos la paliza? ¿Lo habrían arrojado a los chacales de aquel terrible escarmiento sobre el frío y húmedo pavimento de Londres porque se había atrevido a pensar en escapar cuando estaba en aquel bar? La figura encapuchada tenía algo parecido a la inocencia brutal de sus atacantes, el mismo desprecio por todo lo que no fuese ella misma. La idea de que aquellas crueles caras de comadreja bajo las gorras de béisbol fuesen los emisarios del muchacho encapuchado lo hacía sentir como si de repente hubiera emergido de las profundidades y la orilla estuviese demasiado lejos como para alcanzarla. O puede que, trató de convencerse a sí mismo, sólo fuesen otra prueba más de lo que debía recrear en pintura. De lo que inundaba la ciudad, similar a las criaturas que chillaban y se retorcían en las paredes del apartamento dieciséis. El destino final de todos nosotros. Pero si la paliza era una advertencia, entonces su voluntad no podía volver a vacilar. La voluntad debía triunfar.

Su cuerpo estaba tardando mucho en recuperarse. Y había partes de él que seguían doloridas. Cojeaba al caminar y sufría unos dolores penetrantes en la mano izquierda. La córnea de su ojo derecho estaba infectada y ensangrentada y aún no podía inspirar profundamente.

Hablaba solo mientras descubría los retratos de las dos habitaciones del fondo por cuarta vez y mantenía los ojos cerrados al apartar la sábana de cada uno de ellos, antes de sentarse sobre los tablones del suelo con el cuaderno de dibujo y los lápices aferrados en sus dedos blancos. Murmuraba en voz alta para mantener la mente despierta y la consciencia de sí mismo, porque era muy fácil perder el sentido del yo delante de aquellas cosas andrajosas que se desintegraban sobre las paredes rojas. Era el único modo de no llorar. De impedir que el frío pánico lo invadiera y lo obligara a escapar arañándose la piel de la cara hasta arrancársela con sus largas uñas.

Tenía que ser fuerte. Valiente. Si era un artista de verdad debía aprender a soportar aquellas imágenes y visiones y aprender a representar aquellas verdades en su propio estudio, en el Green Man. Lo sabía. Alguien se lo había estado diciendo desde el principio. Sólo tenía que prestar atención. Ahora estaban dentro de él y habían abierto las válvulas de su mente.

Más tarde, mientras volvía a colgar la llave del apartamento dieciséis en el gancho de la caja fuerte, oyó el sonido de un carraspeo tras él. Cerró rápidamente la puerta de la caja y se volvió.

Stephen se encontraba en la puerta de la oficina.

—Hola, Seth.

Seth hizo un rápido saludo con la cabeza y tragó saliva. Sus pensamientos revolotearon ansiosamente a su alrededor, pero su mente estaba demasiado agotada por lo que había estado tratando de asimilar. Su rostro estaba pálido, tembloroso y reflejaba culpabilidad, lo sabía. No se le ocurría nada que decir, una excusa, una razón que justificara su presencia en la oficina del jefe de porteros para devolver la llave de un apartamento privado al que no tenía derecho a entrar sin permiso.

—¿Algún problema arriba? —preguntó Stephen con una ceja enarcada.

—La señora Roth, nada más —balbució mientras trataba de elaborar el resto de la mentira pero fracasaba bajo la penetrante mirada de su jefe.

—¿Sí?

—No... no quería despertarte. La verdad es que no era nada. Pero no deja de llamar. Ya la conoces.

—En eso tienes razón. ¿Puedo ayudar en algo?

«Dios, no.»

—No. Sólo había que tranquilizarla. Nada más. —Stephen lo miraba fijamente, y trató de cambiar de tema—. Hoy vienes tarde. —Consultó su reloj—. Pronto, quiero decir.

—Janet está pasando unos días malos. No recuerdo la última vez que pude dormir a pierna suelta. Y tú tienes aspecto de saber de qué hablo. —Sonrió, pero el gesto no era del todo agradable, tenía algo de malicioso. La sensación de culpa de Seth se hizo aún más profunda y, sin poder evitarlo, tragó saliva, lo que empeoró aún más las cosas.

Stephen entró en la oficina y se sentó en la esquina de su mesa.

—¿Por qué no te vas a casa, Seth? Yo me encargo. —Miró su reloj—. De todos modos sólo te faltan dos horas.

Seth frunció el ceño. Stephen tendría que estar interrogándolo, presionándolo, mirándolo con suspicacia.

—No sé... ¿Estás seguro?

Stephen sonrió.

—Claro. Vete. Me da la impresión de que has tenido una mala noche. Yo sé lo duro que puede ser. Antes de que llegaras tuve que cubrir tu turno durante un mes entero. Nunca se quedaban mucho tiempo, Seth. Tus predecesores, me refiero. No lo soportaban. Condenados estudiantes de arte... No tienen pasta de vigilantes nocturnos. Es un puesto difícil de cubrir. Hace falta alguien muy particular para hacerlo bien.

Seth contuvo el aliento mientras trataba de comprender adónde quería ir a parar Stephen, si es que quería ir a parar a alguna parte. No comprendía de qué iba todo aquello.

—Siempre me he preguntado por qué pusisteis el anuncio en *Art and Artists*.

—Fue idea de uno de los inquilinos más antiguos. Sentía un interés personal por los artistas.

—¿En serio? ¿Quién?

Stephen hizo un ademán vago en el aire.

—Ya no está. Y tampoco importa. Yo cumplo órdenes, Seth. Igual que tú, me atrevería a añadir. Estoy muy satisfecho por lo bien que has encajado en Barrington House. Eres una persona en la que se puede confiar. Me quita un gran peso de encima saber que hay alguien por aquí que hace lo que hay que hacer. Que tira del carro, por decirlo así.

—Eh... Gracias.

La sonrisa de Stephen se ensanchó.

—Te voy a decir una cosa, Seth. Podría estar pensando en buscarme un sustituto en un futuro no demasiado lejano. Alguien que pueda hacerse cargo. Asumir la responsabilidad del edificio y sus necesidades. Esa persona tendría alojamiento a un alquiler cero y un sueldo más elevado. Sólo tendría que hablarlo con la dirección. ¿Te interesaría algo así? ¿Un ascenso? Es una gran oportunidad y a mí me gustaría dejar este sitio en buenas manos.

Seth se rascó la barba incipiente que rodeaba su boca mientras miraba en cualquier dirección salvo en la de Stephen. Pensaba que lo iban a despedir y, en cambio, le estaban ofreciendo el puesto del jefe de porteros.

—No sé qué decir. Bueno, gracias.

—Piénsatelo. Tiene sus cosas. Sus exigencias. Pero los inquilinos más problemáticos ya tienen muchos años. No estarán mucho tiempo por aquí, ¿sabes? Es algo a tener en cuenta.

—Supongo que sí.

—Y la vida será mucho más sencilla sin ellos, eso está claro. —Stephen se rió entre dientes—. Nadie echará de menos a la vieja Betty Roth, eso seguro, ¿eh? No puede vivir eternamente. Yo diría que no le queda mucho. Lo mismo que a los Shafer. —Negó con la cabeza con una sonrisa en los labios, y entonces, de repente, lo miró con expresión impasible—. Pero ni una palabra a los demás de lo que te he dicho. Tú sabes guardar un secreto, Seth, estoy convencido de ello. Eres de fiar.

Seth asintió.

—Gracias.

Stephen miró la caja fuerte y luego volvió a mirar a Seth. Se tocó la nariz con el dedo índice y entornó los ojos.

—Hasta entonces, sigue así.

Capítulo 21

—Bienvenida, amiga. Bienvenida. —El cuerpo de la mujer ocupaba todo el umbral. El rostro exageradamente maquillado era todo él una enorme sonrisa. Apryl trató de impedir que el asombro se reflejara en sus facciones.

Apenas había logrado recuperarse tras subir al piso veintiocho en un ascensor en estado lamentable que apestaba a orina y cosas peores y recorrer un laberinto mal iluminado de pasillos de cemento amarillento hasta la puerta del piso que Harold había descrito con precisión en sus instrucciones.

—Soy Harriet, la anfitriona de nuestros pequeños encuentros y la secretaria de esta ilustre sociedad nuestra. —Echó hacia atrás su en absoluto pequeña cabeza y emitió un chillido, como si lo que había dicho fuese tan gracioso que la carcajada no hubiera tenido tiempo de escapar de sus labios y se hubiera transformado en una especie de aullido—. Pero puedes llamarme *Figura de una mujer en crisis*. Muchos de los socios lo hacen. —Y soltó de nuevo su aullante risotada.

Apryl estaba haciendo auténticos esfuerzos para no quedarse mirando la curiosa figura y la horrible indumentaria de la mujer. Un traje de terciopelo rojo cuyo extremo se arrastraba por el suelo embutía unos miembros de elefanta y un grueso torso. Los enormes senos engalanados con collares de cuentas de madera amenazaban con desbordar su prisión de tela. Una gruesa capa de maquillaje torpemente aplicado cubría su rostro hinchado, desde el que unos ojillos acuosos miraban con una intensidad que Apryl era incapaz de soportar, así que su mirada se desvió hacia la cabeza de la mujer, de

generosas dimensiones. Su cráneo estaba envuelto en un turbante compuesto de pañuelos verdes y turquesas, sujeto con cierto descuido por delante mediante un broche de plata. Como unas telarañas grasientas, unos largos mechones de pelo grisáceo escapaban de debajo del tocado. Nada más verla, Apryl pensó que estaba chiflada.

—Y tú eres Apryl. Nuestra segunda invitada especial de la noche. —Las rollizas manos de la mujer asieron los brazos de Apryl para atraerla a la calurosa y perfumada atmósfera del apartamento. Al apartarse dejó ver un salón desordenado y atiborrado de gente.

Por toda la sala ardían barritas de incienso en cuencos de madera. Los cuencos estaban colocados sobre montones inclinados de libros y en armaritos repletos de barajas de tarot, ungüentos, joyas indias, cristales, cofrecillos ornamentales y pequeñas tallas.

—Pasa, pasa. ¿Un poco de vino? —le preguntó la mujer—, Harold Rackam-Atterton está por aquí. Creo que has hablado con él. Estamos muy emocionados por tu visita. Realmente emocionados. —Sus ojillos grisáceos se abrieron de par en par con un renovado torrente de excitación.

Incapaz de contenerse, Apryl bajó la mirada hacia el lugar en el que las manos enjovadas de la mujer la sujetaban por los brazos. Las uñas eran largas pero irregulares y amarilleaban cerca de las puntas. Como si de repente fuesen conscientes de su mirada, las manos desaparecieron.

—Gracias. Un poco de vino estaría muy bien —dijo Apryl con cierto nerviosismo, mientras la acompañaba en dirección a tres hombres de cabello largo, escaso y entrecano. Sus ropas olían a humedad y a sudor viejo.

Junto a una mesita, la enorme mujerona llenó una copa de Merlot barato.

—Voy a decirle a Harold que estás aquí. —En algún lugar de aquella voz aguda y llena de entusiasmo, Apryl percibió una vibración de histeria.

Junto a la entrada de la cocina, un tocadiscos manchado de pintura y montado sobre un banquillo de madera reproducía una curiosa fusión de jazz discordante, canto gregoriano y atronadora música industrial. A su lado cuchicheaban dos jóvenes con la cabeza rapada y expresión concentrada. Los dos llevaban abrigos militares de lana y botas hasta las rodillas, como una nueva y extraña subcultura urbana que ella desconocía y que dudaba mucho

que llegara a arraigar.

Pero para tratarse de un apartamento en una zona urbana, el lugar era sorprendentemente grande. Debía de tratarse de un piso familiar. Apryl vio incluso una escalera que subía a una planta superior. Entre los muebles viejos y desvencijados, las librerías de color oscuro, las ánforas con plantas secas y las antiguas fotografías que cubrían todas las paredes, localizó algunos elementos de la decoración original. Muy británicos, muy de los setenta. En algunos sitios asomaba una pintura amarilla acuosa entre las baratijas y los variopintos marcos de madera. Estaba cubierta por las esporas negruzcas de los hongos. Su olor a humedad y descomposición se podía percibir por encima del incienso.

Había al menos quince personas apelotonadas en aquel salón, del que apenas quedaba ningún espacio despejado. Todos los invitados parecían haber hecho algún esfuerzo para vestirse, en su totalidad o en parte, con trajes de época. Dos de los hombres que había detrás del sofá llevaban sombreros de copa, y Apryl vislumbró relojes de bolsillo en sus chalecos. Otros habían optado por fulares en el cuello para la velada. Pero a despecho de sus veleidades de elegancia pasada de moda, cundía una sensación de desaliño entre todos los presentes. Sus americanas estaban manchadas. Las perneras de los pantalones eran demasiado cortas. Las cinturas estaban demasiado subidas. Los vestidos estaban irremediablemente arrugados. Todo el mundo estaba pasado de peso o insalubrementemente flaco. Y, oh, Dios, los dientes. Manchados de gris o de amarillo por la falta de limpieza, torcidos, protuberantes o encabalgados en bocas hundidas o desprovistas de labios. Dientes británicos. Apryl se preguntó cómo se las habrían arreglado para terminar todos con bocas tan horrorosas. No tenía la costumbre de encasillar a la gente a causa de su aspecto, pero lo cierto es que nunca había visto un grupo de gente de fealdad tan extraordinaria reunido en una misma habitación.

Puede que su ropa acusase abandono y su aspecto pareciese descuidado debido a su excentricidad, porque no se podía negar que eran excéntricos, pero ella sospechaba que la razón era otra: exhibían una oposición voluntaria a cualquier cosa que pudiera resultar estéticamente grata. Se habían

expandido o marchitado sin preocuparse lo más mínimo por los gustos del mundo que los rodeaba. Era como si hubieran cultivado deliberadamente lo grotesco. En conjunto podrían haber sido la encarnación viva de un dibujo de Félix Hessen en tinta y aguada.

Tres de las cinco mujeres presentes estaban sentadas juntas en un sofá. Todas ellas, de mediana edad, llevaban velos sobre unos rostros maquillados al estilo operístico. Sus cuerpos flacos estaban cubiertos por unos vestidos largos y funerarios que recordaban a los años de la primera guerra mundial. Los guantes de encaje les ocultaban los brazos, pero estaban recortados a la altura de la primera falange de cada dedo, y mostraban unas uñas demasiado largas y sin pintar. La cuarta mujer, una anciana, llevaba un sombrero verde cuya ala vencida ocultaba la mayor parte de una cabeza pequeña. Se sentaba como si fuera una niña de pocos años, hundida en un sofá hecho para adultos, con la cabeza erguida en una absurda pose aristocrática. En cuanto los ojos de Apryl se encontraron con los suyos, un repentino y surrealista repique de carcajada escapó de sus finos labios, sin ninguna razón que Apryl fuese capaz de determinar. Después, la mujer volvió a levantar la barbilla y readoptó una sombría e imperiosa expresión en silencio.

Harriet regresó abriéndose paso entre chaquetas arrugadas y cabezas despeinadas y haciendo que se apartara un bosque de piernas flacas. Tras ella venía bamboleándose un hombre rollizo y ya entrado en años que, supuso Apryl, debía de ser Harold. Las gruesas gafas de montura marrón multiplicaban por cuatro el tamaño de sus ojos, instalados en una cabeza grande, rosada y totalmente desprovista de pelo, aparte de un círculo blanco y ralo que caía sobre los hombros de una chaqueta de esmoquin manchada.

—Ahhh —suspiró Harold mientras, al abrir su pequeña boca, mostraba unas encías escasamente pobladas. El aliento que brotó de su interior hizo que Apryl se sintiera mareada y enferma. Su cavidad bucal estaba recubierta de manchas plateadas y zonas invadidas por las bacterias. Los pocos dientes que aún conservaba eran del color que adquieren los cacahuetses al mojarse—. Un linaje que ha rozado a la mayor mente de la historia del arte honra con su presencia una de nuestras humildes reuniones. Es usted tan extraordinaria como los documentos que llevan la firma del genio, querida mía. Pero debe

usted orientar su incipiente erudición hacia senderos más fiables. Luego quisiera mostrarle una pequeña obra creada por mí. Quince años le he dedicado. Lo que yo definiría como una exploración crítica de la visión artística de Hessen en estilo onírico-narrativo, con el fin de sugerir la semblanza de sus desaparecidos cuadros.

—La sociedad va a publicarla —dijo Harriet con tal entusiasmo que su cuerpo entero se estremeció—. La ilustración de la portada es obra de uno de nuestros miembros. Puede reservar una copia hoy mismo. En cartoné de lujo, por sólo noventa libras. Firmada.

Apryl no sabía qué decir, así que asintió y mantuvo la sonrisa hasta que empezó a dolerle la cara. Pero no tenía que responder nada, puesto que Harold estaba impaciente por comenzar con las presentaciones. Tampoco tuvo que pensar en nada que decirles a los personajes que le estrecharon la mano en su recorrido por la sala, puesto que cada uno de ellos parecía pensar que era prerrogativa suya monopolizar la conversación. Se le ocurrió que quizá no debían de abundar en sus vidas las oportunidades de conversar.

—Sí, la señorita americana —dijo un anciano de rostro flaco y una mata desordenada de pelo blanco en lo alto de un cráneo de forma cónica—. Harold la ha mencionado. ¿Ha estado usted en la Biblioteca Británica? Tiene excelentes grabados de las *Contorsiones*. ¿Ha visto usted *Figura de una mujer que se aferra el rostro*? ¿Y *Parto: figura de una mujer muerta*? También conservan buenos grabados de estas obras.

Apryl respondió que no los había visto.

—Lo que tiene que hacer es ir al Black Dog y al Guardsmen's Rest a tomar una copa —afirmó otro hombre con un grave ceceo—. Hessen solía hacerlo. Con Bryant, el poeta. Lógicamente, los nombres han cambiado, pero las techumbres de los locales siguen siendo las de entonces. —Parpadeó rápidamente varias veces.

—Yo puedo llevarla —intervino un sujeto corpulento vestido con una levita. Estaba borracho y le miraba las piernas.

—Cálmate, Roger, cálmate —lo reconvino Harold, no sin un atisbo de irritación, antes de llevarse a Apryl adónde estaban sentadas las cuatro mujeres. Colocó sus rollizos dedos sobre los hombros de Apryl y le susurró al

oído con tono de conspirador—: Puede que Alice le parezca un poco extraña al principio. Pero convendrá conmigo, estoy convencido, en que eso no puede considerarse un defecto. Tiene más de noventa años. Y es alguien que merece la pena conocer. Nosotros la veneramos. Verá usted, es la única del grupo que llegó a conocer a Hessen.

Apryl se sobresaltó y, por un instante, el azoramiento la abandonó por completo.

—¿En persona?

Harold sonrió con satisfacción. Sus grandes y acuosos ojos nadaban tras las lentes de aumento de sus gafas.

—Así es, a finales de los años treinta. Cuando el gran hombre estaba saliendo de la fase de su *Escenas de ultratumba*, por lo que sabemos. Pero su memoria... en fin... ya no es lo que era.

Apryl recordaba haber leído en el libro de Miles que los últimos años de la década de los treinta habían sido muy complicados para Hessen. Había visitado Alemania en 1937 con la esperanza de que el Tercer Reich lo recibiera como un héroe, debido a la admiración por los ideales fascistas que había expresado en *Vórtice*. Pero para entonces Hitler ya se había cansado de las místicas y los cultos oscuros que habían formado parte de la inspiración temprana del nacionalsocialismo. No es sólo que funcionarios nazis de bajo nivel rechazaran los dibujos y la concepción teórica de Hessen debido a su creciente uso de la abstracción y el surrealismo, sino que también denegaron su solicitud de ingresar en las Waffen SS. En un gesto característico de un hombre más acostumbrado a hacer enemigos que amigos, Hessen había juzgado mal el valor de su visión.

Volvió a casa inflamado de rabia e inconsolable por lo que consideraba una traición, y por si no fuera suficiente, poco después de que Gran Bretaña declarara la guerra fue encarcelado por sus simpatías políticas y estuvo entre rejas hasta 1945.

—Y creemos que también estuvo en contacto con él al salir de prisión, aunque durante poco tiempo. —Harold sonrió y le guiñó un ojo, gesto que demostraba a las claras que era consciente de la importancia de este último comentario.

Hessen carecía del pedigrí y de los contactos de Mosley, o del prestigio de Ezra Pound, así que no pudo librarse del estigma con el que tuvo que cargar después de la guerra. Miles Butler suponía que ésta era la razón por la que se había ocultado en Knightsbridge. E incluso Mosley se había distanciado de él por entonces, tachándolo de «decadente y mentalmente inestable». Sólo un ocultista y explorador, Eliot Coldwell, había defendido su obra en los años cincuenta, debido a su conexión con un «mundo oculto». Y hasta finales de los sesenta no comenzó la parte de su obra que había sobrevivido a atraer una mínima atención por parte de la crítica. En la actualidad, los únicos que mantenían su nombre vivo eran los amigos de Félix Hessen, su pintoresca página web y las publicaciones de tirada limitada que realizaban de vez en cuando. Apryl lo encontraba miserable y deprimente. Todo ello: el legado de Hessen, su entusiasmo y su arte. De no ser por su relación con su tía abuela no habría perdido un solo momento de su tiempo con él, y, de hecho, en aquel momento lamentaba haber acudido a aquella ridícula reunión. Menudo lugar para una noche de viernes en Londres.

Se sentó en el brazo del sillón en el que se había hundido el pequeño cuerpo de Alice. Harold permaneció cerca. Tres dedos seguían en contacto con su hombro, como si estuviera preparado para llevársela apresuradamente de allí.

Saludó a las tres mujeres de los velos con una sonrisa. Los rostros de color tiza de las tres le devolvieron unas miradas poco amistosas desde detrás de los encajes negros. Murmuraron un saludo mientras esperaban con impaciencia a oír su conversación con Alice.

—Hola, Alice, me llamo Apryl —dijo mientras se inclinaba en dirección a la figura encorvada para intentar ver por debajo del ala del sombrero verde—. He oído que fue usted amiga de Félix Hessen.

Un rostro viejo y repujado de ojos legañosos se alzó hacia ella. Sonrió. Una mano similar a una garra se posó en su rodilla, por debajo del dobladillo de la falda.

—Sí, querida. Hace mucho tiempo. —Las secas yemas de sus dedos se movían describiendo lentos círculos sobre el tejido de sus medias.

—Seguro que siempre le están preguntando por él. Mi tía abuela también lo conoció.

La feble mano abandonó su rodilla y dibujó un ademán en el aire.

—Ya os lo he contado antes. Todo cambió después del accidente, no volvió a ser lo mismo. Naturalmente, antes estaban las marionetas y todo lo demás. Nos las mostró en el, en el...

—El estudio de Mews. En Chelsea —intervino Harold.

—¿Dónde estás, querido?

Harold se inclinó hacia ella.

—Aquí, Alice. A tu lado.

—¿Quién es la señorita de las piernas bonitas, cariño? Tiene unas piernas muy bonitas, ¿verdad?

Harold se rió por lo bajo.

—Eso pienso yo también. —Los dedos se cerraron con más fuerza alrededor del hombro de Apryl. Ésta trató de tragar saliva, pero no encontró las fuerzas para hacerlo—. Se llama Apryl. Es una amiga nuestra, Alice. Una amiga. Háblale de Félix.

Alice suspiró.

—Tenía un rostro tan hermoso... Qué manera de perderlo. Todos pensábamos que era muy apuesto. Y pintaba los títeres más bonitos del mundo. No para niños, querida, no. Títeres dentro de cajas. Atrapados dentro de cosas, ya sabes. Pero sus rostros eran imposibles de olvidar. Yo aún puedo verlos.

—A veces no es fácil seguirla, sobre todo en lo que concierne a las fechas —susurró Harold. Apryl sintió el calor de su mefítico aliento sobre la parte izquierda de la cara—. Pero dice cosas extraordinarias. No tengo ninguna duda de que conoció a Hessen. Posó para él como modelo. Una de las pocas que utilizó.

Apryl tosió y se estremeció por dentro al sentir cómo se esparcía sobre su rostro el aliento de Harold. Trató de apartarse, pero sólo pudo llegar hasta el ala del sombrero de Alice.

—Y el baile —dijo Alice de repente mientras se le abrían los ojos de par en par—. Oh, el baile y los cantos... Ya sabes. Unos bailes maravillosos. En

su piso. Bajo los cuadros, ¿sabes? Oh, cómo nos lo pasábamos. —Se inclinó hacia el oído de Apryl—. Pero todo acabó cuando se lo llevaron. Fueron muy crueles con él. Algo terrible, querida.

Con el rostro contraído en una mueca a causa del aliento de Harold, que estaba literalmente exhalándole sobre la cara, Apryl se acercó más a Alice.

—¿Su piso? ¿Dónde bailaban? ¿En Barrington House? ¿Fue entonces cuando vio los títeres?

Pero Alice estaba absorta en sus propios pensamientos.

—No, no, no. Todo basura, decía él. Todo basura. No son las figuras lo que importa, es el fondo. Lo que hay detrás y no se puede ver. Era un hombre muy inteligente. Y tenía razón, claro. Trataba de ayudarnos a ver a los demás. Yo solía desvestirme para él, querida. Pero los hombres inteligentes suelen tener mal genio. Y al final estaban todos en su contra, querida. Les mostró muchas cosas, pero nunca lo apreciaron. Le tenían miedo. Pero había que fiarse de Félix. Era un artista, y con los artistas hay que ser flexible. Todos ellos habían visto los cuadros. Eran distintos a cualquier cosa que hubiera visto el mundo. Y las paredes, querida. Todo forma parte de ello, ¿sabes? Verás, está todo unido. El fondo.

Entre las continuadas exhalaciones de Harold detrás de su cuello, los comentarios inconexos de Alice, el efecto del Merlot que se había bebido demasiado de prisa a causa de su nerviosismo y el aire caliente y saturado de olor a incienso y falta de limpieza, Apryl comenzaba a sentirse mareada. Tenía que incorporarse.

—Harold, por favor, me gustaría levantarme. Por favor. ¿Puedo? Gracias, Alice —dijo, embargada por una creciente necesidad de alejarse de Harold y la confusa anciana, cuyos recuerdos eran prácticamente inútiles.

El rostro redondeado de Harriet apareció detrás de Harold.

—La conferencia está a punto de comenzar. Deprisa.

Apryl se situó detrás de los presentes en el salón, no lejos de la puerta principal, mientras Harold presentaba a una criatura encogida dentro de un desaliñado traje marrón: el doctor Otto Herndl, de Heidelberg. El doctor era autor de una pequeña antología de ensayos llamada *Pensamientos sobre la derecha*, así como editor de una modesta publicación ocultista cuyo nombre

se le escapó a Apryl por culpa de un acceso de tos de un anciano que tenía justo delante.

Otto Herndl comenzó diciendo algo sobre las primeras influencias filosóficas recibidas por el adolescente precoz que había sido Félix Hessen.

—En especial del profesor Zollner, que postuló la existencia de una cuarta dimensión y utilizó los fenómenos paranormales de su época para demostrarlo.

Mientras trataba de traducir a un inglés inteligible para ella los pensamientos del conferenciante, Apryl se vio distraída por su aspecto estrafalario: la cremallera rota de los pantalones; el maletín cochambroso que había dejado apoyado contra un zapato lleno de rozaduras; el cabello cano, afeitado a los lados de la cabeza, tupido en la parte alta y peinado con una bien marcada raya. Lograba transmitir la sensación de que no se sostenía bien sobre los pies y estaba a punto de caerse en cualquier momento sin llegar a hacerlo. Sus nerviosos ojos castaños se movían frenéticamente detrás de unas gruesas gafas redondas, y sus manos flotaban delante de él como si tuviera unos hilos atados a las muñecas que alguien controlara lánguidamente desde arriba. Parecía llevar días sin afeitarse.

Cuando comenzó a divagar sobre «los *sinto folúmenes* del *Génesis* de Max Ferdinand Sebaldt von Werth, un *trratado* sobre el *errotismo*, las *facanales* romanas, la sexología y la *lífido, fasado* en la *suprremacia* de la raza blanca», Apryl perdió finalmente el hilo de su argumentación y sus pensamientos comenzaron a vagar de un lado a otro, dentro y fuera de la conferencia, hasta que finalmente fueron a posarse sobre una comparación entre las ideas del viejo sobre Hessen y lo que decía el libro de Miles.

Había leído que al joven Hessen lo habían obsesionado el wotanismo, los cultos paganos y las sectas milenarias de la Austria y la Alemania del XIX, ideas místico-racistas que habían influido en el nacionalismo germánico de entreguerras. Al parecer, Hessen las había abordado con la misma pasión con que los chavales siguen la música *rock* o el *rap*. Pero Miles no sabía qué relación podía haber entre esto y los estudios de cadáveres realizados por Hessen, sus dibujos grotescos y primitivistas de híbridos entre animales y humanos y el aterrador tríptico de títeres realizado en los años treinta.

Seguramente, este interés derivaba de sus estudios de medicina.

Herndl, en cambio, insistía en que los dibujos de Hessen representaban una «reacción burguesa a la industrialización de Europa». Demostraban, aseguraba, que predecía tanto la bovina pasividad del hombre urbano como la pérdida de control y voluntad que «*femos a nuestro alrededor* en estos tiempos».

Esto se contradecía con lo que había escrito Miles. Según él, Hessen había terminado por mofarse de su interés juvenil por remotos y estrambóticos movimientos populares y había reconocido que no eran más que los intentos de una juventud inadaptada por alejarse de la cultura predominante. Lo mismo que sus devaneos con el orientalismo, el hipnotismo y el fascismo. Todo ello formaba parte de su desapego y su alienación con respecto al statu quo, una fuerza terrible que veía como la antítesis de su creatividad original. Y, tal como señalaba Miles, la obra de Hessen no mostraba ningún reflejo del neoclasicismo nazi o el folclorismo del arte ario. No había el menor atisbo de idealismo o mitología en su arte. Bebía profundamente de una imaginación complicada pero brillante. O de lo que quiera que viese en las sombras, o al mirar desde las ventanas sucias de sótanos abandonados.

Miles Butler creía que el desengaño de Hessen con los nazis y su ocultismo nacionalista, tras su paso por Berlín, era colosal. Había seguido hasta su desembocadura la senda de aquella subcultura y la realidad, vista desde cerca, le había resultado detestable. De hecho, nunca comprendió el antisemitismo, y en *Vórtice* había defendido el misticismo hebreo.

Su fracaso en Alemania y su posterior cautiverio anunciaron su definitiva retirada de la sociedad, sus ideas y sus propósitos. Pero a pesar de las penurias de la prisión, Miles sospechaba que todo aquello con lo que había experimentado hasta 1938 no era más que un conjunto de preparativos para el Vórtice. Éste era la fuente, no sólo de su inspiración, sino también de sus pesadillas, de su melancolía y también de su desesperación: «la sociedad de la tragedia», lo había llamado Hessen en el número 4 de *Vórtice*, titulado «Un mundo detrás de éste».

Pero el hecho de que pudiera contradecir de aquel modo a Otto Herndl,

comprendió Apryl con espanto, significaba que recordaba demasiadas cosas sobre el hombre que había lanzado aquel hechizo sobre su tía abuela. El pintor estaba transformándose rápidamente en una compulsión insana. Hasta podía recordar con toda claridad lo que había escrito Hessen sobre el Vórtice, porque le había recordado incómodamente a las palabras de la propia Lillian.

Quiero sumergir mi cara en él. Una y otra vez. Y pintar lo que veo allí. Pero a veces se me aparece: llega a través de las paredes o aparece dentro de una boca que se ríe, detrás de una mirada vacía, o se concentra en un lugar miserable. O me estoy acercando demasiado a él o se está arrastrando hacia mí. A veces puedo sentir su aliento en mi cuello. Y mi sueño está repleto de él. Aunque mi mente consciente lo destierra, como si poseyera una resistencia innata frente a este tipo de cosas. Pero siempre está ahí. Esperando. Cuando vuelvo la cabeza o paso rápidamente junto a un espejo, distraído, lo veo. O cuando me adormezco, entra reptando en la habitación como un extraño y siniestro animal en busca de alimento.

Transcurrida una hora y quince minutos de la conferencia, Apryl se sentó en el suelo mugriento, detrás del sofá. Mientras Herndl vociferaba los nombres de los rituales de invocación que Hessen le había comprado a Crowley y había realizado «con total éxito», la cabeza empezó a darle vueltas. Vencida por el calor, la excitación nerviosa y el aire enrarecido y contaminado del local, al oír un puñado de aplausos y reparar en el cese del confuso monólogo del conferenciante en su tosco inglés, se puso en pie decidida a marcharse. Pero Harold apareció a su lado antes de que pudiera encontrar el abrigo.

—¿Se marcha tan pronto? No, no se lo permito. Aún no hemos mantenido nuestra pequeña conversación sobre su tía abuela. Y si se va ahora se perderá la mejor parte: las interpretaciones. O, como nos gusta llamarlas a nosotros, el «estudio de soñadores en una habitación». Verá usted, los Amigos comparten su conexión con la visión de Hessen mediante la exposición de los sueños experimentados bajo la influencia de su obra. Tratamos de encontrar las pinturas desaparecidas por medio del trance. La gente recurre a toda clase de medios para intentar acercarse al Vórtice.

—¿En serio? Es asombroso. —Apryl apenas tenía fuerzas para hablar—,

Pero debo marcharme. He quedado para cenar.

Pero Harold no la escuchaba.

—Ya verá por qué es tan importante.

En la parte delantera de la habitación, en cuanto Harold pidió orden, se levantó un bosque de brazos para dar comienzo el acto. Apagaron la música. El parloteo cesó. Un hombre de aspecto desaliñado, con un gabán, una cara pálida sin apenas barbilla y unos ojos saltones, fue el primero en tomar la palabra.

—He vuelto al mismo lugar una segunda vez. Estaba iluminado, pero no con luz natural.

Hubo un murmullo que demostraba que los presentes sabían de qué hablaba. ¿O era una simple expresión de incomodidad?

—Y en los gases, los de color amarillo, volví a ver el rostro cubierto de tela. Una figura alta caminó hacia mí un instante, con la cara tapada por algo rojo. Entonces se detuvo y, de repente, me pareció que estaba a cierta distancia de mí. Repitió el mismo movimiento varias veces. En ese momento desperté y creí que me estaba dando un ataque al corazón.

Antes de que pudiera continuar, Harold señaló a uno de los jóvenes de botas altas y abrigo militar.

—Yo pasé dos días y dos noches en el salón, ayunando y sin otra estimulación visual que no fuese el *Tríptico de los títeres IV*. Al quedarme dormido, vislumbré unas figuras alrededor de una fogata. Estaban hechas de palitos. Algunas de ellas cayeron al fuego.

Reinaba una gran impaciencia en la sala. No es que desdeñaran los sueños, alucinaciones, visiones (o lo que fuesen) de los demás, pero saltaba a la vista que cada uno de ellos creía que los suyos eran más importantes.

—...vi unos rostros llenos de odio. Negros y rojos de rabia. —... parecían payasos vestidos con pijamas sucios. —... dos mujeres y un hombre vestidos al estilo eduardiano. Pero no tenían carne en los huesos. No podía despertar ni alejarme de las dos mujeres, que habían comenzado a deshacer la redecilla de sus sombreros.

—...a cuatro patas, en la esquina de un sótano. Las paredes eran de ladrillo y estaban mojadas.

Apryl estaba sedienta y se tomó una segunda copa de vino. Fue un error. No había comido nada y se le subió en seguida a la cabeza. Todos los presentes vomitaban inconexos fragmentos de pesadillas que los habían sacado a golpes del sueño para devolverlos a la pavorosa alienación de sus vidas. ¿Qué sentido tenía? ¿Qué sentido tenían ellos? El aire estancado y denso, el calor sofocante y los enloquecidos y surrealistas desvaríos de los invitados la empujaron de nuevo hacia la puerta.

—...unos colmillos como los de un mono. Ojos totalmente rojos. Pero sin piernas. Se arrastraba sobre el serrín.

—...la ciudad entera había quedado ennegrecida por el fuego. La ceniza y el polvo se amontonaban. Pero hacía un frío atroz y no había ni rastro de vida... —El caballero, cuyo gorro de lana ocultaba a medias un rostro morado, se vio interrumpido de repente por Alice.

—¡Y están todos alrededor de mi cama! —gimió—. ¡Salen de las paredes! Y no sirve de nada hablarles. No están ahí para eso.

—¡Protesto! —exclamó la figura del gorro de lana—. ¿Es necesario que me interrumpa siempre?

Otras voces expresaron su conformidad con esta opinión entre murmullos. Harold pidió calma.

—Vamos, vamos, tengan la bondad... Hay tiempo de sobra para... Pero Alice no estaba dispuesta a dejarse callar. —Están dando vueltas y vueltas a nuestro alrededor, con ruidos que van hacia atrás. En los rincones de las habitaciones. Los vi una vez antes de la guerra y nunca se marchan.

Irritada, la audiencia empezó a parlotear.

Harold se inclinó en dirección a Alice con una sonrisa tensa en los labios mientras sus ojos revoloteaban sobre la gente en busca de disidentes.

—Alice, querida, acordamos que hablarías la última. Los demás también deben tener ocasión de expresarse.

El hombre que se había quedado mirando las piernas de Apryl y se había ofrecido a acompañarla a los pubs de Hessen se abrió camino hasta ella. Su rollizo rostro brillaba por el sudor y mostraba una sonrisa de lascivia.

—No debería molestarse más con esta gente —dijo—. Debería venir a vernos a nosotros. Los eruditos de Félix Hessen. No somos tan soñadores.

Esto es un circo. —Sus dedazos escarbaron en el interior de una mochila de cuero que colgaba de su hombro. Sacó un panfleto y se lo ofreció—. Vamos a escindirnos discretamente de ellos. Esta gente no va a ninguna parte. Harriet carece por completo de carácter y Harold deposita demasiada fe en Alice. Que está como una regadera. —Soltó una carcajada desagradable.

Al otro lado de la habitación, Alice se había puesto a cantar *Roll out the barrel* con voz infantil. Otros le estaban gritando. En medio de aquel caos, Apryl se fijó en la pequeña figura de Otto Herndl. Su sonrisa era muy amplia, pero sus ojos mostraban una gran confusión. Parecía aún más tambaleante que antes, como si alguien le hubiera cortado finalmente los hilos.

—No lo tengo muy claro, la verdad —replicó Apryl al líder del grupo cismático. Se puso el abrigo.

—¿Podemos volver a vernos? —preguntó él.

—No... No voy a quedarme mucho más tiempo en Londres. Tengo muchas cosas que hacer. —Pero en medio del caos reinante, no pudo asegurar que la hubiera oído. Se volvió y se abrió camino a empujones hasta la puerta.

Al salir, el aire frío del exterior hizo que se encogiera. La oscuridad parecía antinaturalmente intensa junto a los edificios de apartamentos, y en la calle principal el tráfico era incesante y veloz en exceso. Se encaminó a la zona iluminada, al centro de Camden Town. Quería llegar a un sitio normal, con gente normal, y comenzó a alejarse de los edificios sin iluminar y las cafeterías mugrientas, los restaurantes de comida rápida vacíos y los pubs viejos y sórdidos.

La reunión la había deprimido. Después de haber leído partes de su siniestra página web, esperaba que Amigos fuese un grupo excéntrico, pero aquella fiesta de disfraces, con sus políticas internas, sus escisiones y sus ridículas afirmaciones de conexiones onírico- místicas le parecía digna de adolescentes. Era todo una fantasía. Una congregación de inadaptados que se sentían vinculados a un artista al que imaginaban como una representación de su propia alienación. Socavaban la reputación de Hessen al mismo tiempo

que se atribuían el papel de guardianes de su legado.

Se anudó mejor el pañuelo y se levantó el cuello del abrigo, pero era como si un residuo de la surrealista marginalidad de aquella reunión continuara adherido a ella. Y atrajera cosas.

Un mendigo con una manta blanca y sucia sobre los hombros atravesó cruzando la calle en dirección a ella. Esquivó por poco dos coches, que hicieron sonar el claxon al pasar. La violencia de los repentinos y penetrantes sonidos la sobresaltó. Contuvo la respiración y luego sintió que se le helaba la piel de miedo al ver que el hombre se acercaba. Su rostro flaco y ceniciento estaba salpicado de bultos de color morado. Una mujer escuálida con una gorra de béisbol blanca lo esperaba al otro lado de la calle, con una lata de cerveza en la mano.

—¿Tiene cincuenta peniques para una taza de té? Para el frío, digo.

Lo más pequeño que llevaba era un billete de diez libras. Negó con la cabeza sin mirar al mendigo y apretó el paso. El mendigo no la siguió, pero oyó que exhalaba un largo suspiro de decepción y frustración antes de decir:

—Oh, menuda mierda...

No se refería a ella, sino a la fría e implacable miseria de su vida. A las calles sucias, a los fríos y grisáceos edificios de viviendas de protección oficial, a las barandillas de hierro dobladas y a la hierba negra y agonizante, iluminada sólo en parte por la tenue luz anaranjada de las farolas, que se disolvía en las densas y absorbentes sombras proyectadas alrededor del borde de cualquier cosa sólida.

Allí la gente no necesitaba soñar con aquellas cosas terribles. Vivía entre ellas.

Capítulo 22

Seth entró en su habitación del Green Man. En la oscuridad, en medio de la vaharada de aguarrás, encogió los hombros para quitarse el abrigo y dejarlo caer sobre las sábanas con las que había cubierto el suelo. Estaba casi alucinando por falta de sueño. Se sentía como si pudiese tenderse sobre las manchadas y polvorientas sábanas y perder el sentido. Se había exigido demasiado. Necesitaba dormir un día entero antes de su próximo turno. La tensión de haber pasado otras dos horas en el apartamento dieciséis le hacía aferrarse el cráneo con las dos manos, como si de este modo pudiera acallar el carrusel de miseria que aullaba en el interior de su mente. Pensó en los cirujanos cubiertos de sangre que pasaban horas amputando miembros después de las batallas. Estiró el brazo hacia atrás en busca de la lámpara y pulsó el interruptor. Luego se apoyó en la puerta.

Se quedó mirando la pared sobre el radiador y la sección que había encima de la chimenea. Su trabajo del día anterior, las cosas que había pintado antes de marcharse a Barrington House. Lo que vio lo dejó inmovilizado y sin aliento. Habían estado esperando a que volviera a casa.

Supo al instante que aquél era el tipo de cosas que los criminales dementes producen en prisión, donde muy bien podía terminar él sus días. Se parecían a ese tipo de pesadillas de las que te despiertas con un jadeo y te hacen pasar todo el día nervioso.

Dientes de animales llenaban bocas hipertrofiadas. Pupilas rojas de dolor y rabia lo miraban directamente a él, su creador. ¿Y qué eran aquellas cosas

que caminaban sobre las patas traseras, parecidas a simios con caras de perro? Hocicos de hiena y risas de chacal, ojos de cerdo y miembros hechos de huesos de ganado: aquélla era la obra de su mente descalabrada.

Su genio. Sus intentos de imitar las obras del apartamento dieciséis. De distorsionar lo individual dividiéndolo en fragmentos. De hacer pedazos la sensación de estar completo en un universo ordenado. Pero lo único que había conseguido era mortificarse y despedazarse a sí mismo. En un frío e irrecusable momento de claridad se preguntó si acaso, en lugar de destellos de una verdad oculta, aquellas imágenes no serían sino reflejos de cómo se veía a sí misma una mente profundamente perturbada.

Experimentó el repentino y ardiente deseo de mutilarse con un cuchillo antes de golpear la pared con la cara hasta destrozársela.

Cayó de rodillas, con los ojos, los dientes y los puños apretados con todas sus fuerzas, y trató de tragarse la histeria que pugnaba por ascender por su garganta.

—Dios mío. Dios mío. Dios mío. ¿Qué es lo que soy? —murmuró antes de echarse a llorar. Nunca había derramado tantas lágrimas. Su alma estaba enferma y se licuaba a través de sus ojos.

La lobreguez y los desechos que llenaban sus rojizos pensamientos desaparecieron por un instante, enjuagados por la abrasadora sal de su pena, y por un momento pudo pensar como lo había hecho mucho tiempo antes. Volver a reconocerse a sí mismo. Algo parecido al libre albedrío, un último jirón de su antiguo yo que parecía haberse librado de la porquería. Un lugar minúsculo y brillante de su interior que crecía al compás de la tenue luz que plateaba las finas cortinas.

Pero entonces, al volverse, vio a la niña de la cara llena de lágrimas sentada junto a las almohadas, observando la puerta. Siempre observando la puerta.

Se acercó a las cortinas con la respiración entrecortada por los sollozos. Una pequeña parte de él aún se aferraba a la negación de que tales cosas pudieran existir, y a la creencia de que el agotamiento estaba insertando partes de su enfermiza mente subconsciente en lo que veían sus ojos. Abriría las cortinas y la ventana, aspiraría hondo y entonces, al volverse, el rostro

empapado de lágrimas ya no estaría mirando la puerta.

Pero al abrir las cortinas, sus ojos se vieron atraídos al instante hacia el abandonado patio del Green Man. Bajo el lugar en el que se levantaba el edificio de apartamentos contiguo, una pequeña congregación de sus antiguos inquilinos parecía mirarlo con sus cuencas oculares vacías. Detrás de los enrejados y en el interior del pequeño foso de hormigón que había más allá de los pisos del sótano, vio fragmentos de cosas blancuzcas y el movimiento vago de unos miembros que se alzaban para arañar las barras de metal frío. El ángulo de sus cabezas y el movimiento de sus bocas finas como el papel le hizo pensar que habían reparado de repente en una cortina que se movía y pretendían ahora recabar la ayuda de quienquiera que estuviera observando su miseria desde allí arriba.

Soltó las cortinas y volvió tambaleándose a la cama, con los ojos cerrados con fuerza. Apagó la luz. Luego se hizo un ovillo al pie de la colcha y comenzó a sollozar.

—Mi papi va a venir en seguida. Me ha dicho que lo espere —dijo la niña.

Capítulo 23

Detrás del voluminoso escritorio, Piotr se levantó pesadamente y se secó la frente.

—Hola, señorita Apryl. ¿En qué puedo ayudarla hoy? ¿Necesita el paraguas, quizá?

Estaba lloviendo de nuevo y le había caído encima un chaparrón al ir de Knightsbridge a Bayswater. Y se había terminado de poner de mal humor al ver a Piotr sonriéndole detrás de la mesa. Buscaba a Stephen.

—Lo siento, estoy empapando la alfombra.

Lentamente comenzó a recuperarse del frío del viento y la fuerza de la lluvia en el calor del vestíbulo, que le provocó un leve mareo.

A su alrededor resplandecían los picaportes de bronce de las puertas. El cristal de las puertas y los marcos de los cuadros también brillaban. Y la mera idea de pisar las gruesas y limpias alfombras con las botas manchadas de barro la hacía sentir cohibida. Aquella parte del edificio estaba immaculada, sin una mota de polvo y perfectamente iluminada, pero ni aun así era capaz de disimular la fragancia de antigüedad que lo impregnaba todo. La zona de recepción no era más que una fachada. Detrás de aquella pequeña cápsula de luz brillante y calidez podía sentir el brillo sepia de su escalera y sus carcomidos apartamentos, esperando allí arriba para aterrorizarla. Con qué rapidez había cambiado su impresión del lugar. Su estancia en el hotel y los pocos días que se había tomado para explorar la ciudad le habían dado perspectiva, le habían permitido ponerse de nuevo en contacto consigo

misma, pero ahora le bastaba con arrimarse mínimamente a Barrington House para recordar el temor y la confusión de las noches pasadas allí.

No obstante, dentro de no mucho tiempo, se libraría de aquel lugar. La empresa de limpieza haría acto de presencia aquella misma semana, seguida por los de la inmobiliaria. Y después de eso no tendría que volver allí. Nunca.

—Menuda tormenta me ha pillado —dijo con una carcajada mientras se ahuecaba el pelo con las manos. La lluvia se lo había alisado—. Nunca sé qué pensar del tiempo en esta ciudad. El cielo estaba despejado al salir de Bayswater.

Seguía sonriendo, pero la afabilidad del orondo portero no terminaba de tranquilizarla. Siempre le daba la impresión de que estuviera intentando algo. Rodeó la mesa y, demasiado cerca de ella, alargó un brazo y la tomó por el hombro.

—Por favor. Siéntese. Debe usted descansar, ¿no? —Como de costumbre, llevaba la camisa demasiado apretada, como si el cuello expulsara la cabeza hacia el exterior y luego lo estrangulara.

Apryl dio un paso hacia un lado y colocó una mano sobre la mesa para recuperar su espacio personal.

—Estoy bien, sólo un poco mojada. —Dejó el bolso sobre la mesa, se dio unas palmadas en el abrigo de piel para expulsar el agua y se quitó los guantes negros. No podía evitar a Piotr. Lo necesitaba.

Él seguía con su constante e irritante parloteo.

—Es agradable estar en el calor y la comodidad, ¿verdad? Y a mí me encanta dejar que las chicas bonitas se refugien aquí, ¿sí? —Terminó con una atronadora y nerviosa carcajada.

A Apryl comenzaba a costarle seguir sonriendo. Pero lo que pretendía hacer era una suerte de intrusión. Se había presentado en medio de la lluvia para interrogar al personal y, si era posible, a una antigua inquilina, sobre el apartamento dieciséis. Sabía por Stephen que los exclusivos edificios de apartamentos del oeste de Londres eran muchas veces refugios donde los ricos y famosos contaban con disfrutar de los niveles más estrictos de privacidad y seguridad. Los porteros tenían prohibido dar cualquier información sobre los residentes o sobre el edificio. Stephen le había contado

que el secuestro era un peligro constante para los hijos de la gente adinerada.

—Bueno, ¿qué puedo hacer por usted, señorita Apryl? Hoy estoy muy contento. Es día de paga, ¿sabe? Así que será una alegría hacer lo que sea.

—Bueno, tengo una petición un poco insólita.

Piotr se llevó una mano al pecho y se dio una palmada.

—Al fin es el día. El día en que la bella mujer entra en Barrington House y dice que tiene una petición para mí, ¿no?

«No te pases, gordo.»

—No sé si lo sabe, pero este edificio tiene cierta historia. Verá, aquí vivía un pintor. Un hombre llamado Félix Hessen. —Sin revelar que había vivido en el apartamento dieciséis, Apryl escudriñó el rostro del portero en busca de algún indicio de reconocimiento, pero éste permaneció vacío y levemente distraído, como si sólo estuviera pensando en algo que decirle a continuación. Antes de que tuviera tiempo de interrumpirla, le contó que estaba investigando el pasado de su tía abuela y que deseaba hablar con una antigua inquilina, alguien que se había mudado al edificio poco después de la segunda guerra mundial.

—Ahh. —El portero levantó un dedo en el aire—. Creo que hay tres personas que vivían aquí después de la guerra, ¿no? La señora Roth y los Shafer. Muy, muy viejos ya, ¿no? Pero sus enfermeras le han contado a Piotr que viven aquí desde hace... oh, mucho tiempo.

—Es asombroso. Mi tía abuela decía que era amiga de la señora Roth y del señor y la señora Shafer. ¿Cómo se deletrean los nombres?

Piotr volvió detrás del escritorio y abrió un libro de tapas de cuero que había sobre él.

Uno de sus gruesos dedos se desplazó por la lista de nombres y números de teléfono anotada en las apergaminadas páginas del libro.

Apryl se inclinó rápidamente sobre el mostrador. Con ojos frenéticos, recorrió arriba y abajo la lista de nombres en busca de los apartamentos y sus números de teléfono. Miró el lugar en el que se había detenido el índice de Piotr: «Sra. Roth», seguido por tres números de teléfono. Uno de ellos seguía a la palabra «Ija», otro a «Henfermera» y el tercero a «Fijo». Este último era el número 0207 y se lo grabó rápidamente en la memoria al tiempo que

buscaba su teléfono móvil.

Mientras Piotr hablaba rápidamente sobre quedar para «tomar un café, ¿no? Para hablar de la historia y de la tía Lillian, ¿verdad?» ella sonrió y asintió sin prestarle demasiada atención, tratando de no dejarse distraer por el sonido de su voz mientras apuntaba el número de la señora Roth en el listín telefónico de su móvil. Al ver que Piotr la observaba, se lo llevó rápidamente al oído como si fuese a escuchar un mensaje.

—Lo siento, esto es importante. Un mensaje de voz. —Puso los ojos en blanco como si estuviera irritada. Tras una pausa verosímil, cerró la tapa del teléfono y negó con la cabeza—. No es lo que pensaba. —Dicho lo cual, miró a Piotr a los ojos y sonrió.

El portero inició una diatriba sobre el móvil, al tiempo que los ojos de Apryl volvían a recorrer el libro en busca de los Shafer. Allí estaban: número doce, con un teléfono al lado, que memorizó antes de introducirlo subrepticamente en su teléfono sujetándolo por debajo del borde del mostrador.

—No es buen momento para hablar con la señora Roth y los Shafer. —Piotr sonrió y abrió los brazos. Luego cerró los ojos—. Pero les diré que ha preguntado por la tía Lillian, ¿sí? No les gusta que los molesten por la mañana. Quizá si quedáramos y me contara la interesante historia sobre la tía Lillian, podría decirles: «Eh, conozco a una señorita realmente preciosa que «viene a nuestra bonita casa y es la pariente de Lillian.» Entonces puede que dijeran que sí, ¿no?

—No —dijo ella, incapaz de disimular su tono cortante. Pero a continuación lo suavizó un poco para añadir—: No tengo tiempo. Estoy muy ocupada entre arreglar lo del piso y quedar con... amigos por la noche. Ya hablaré con esas personas en otro momento.

Puede que molestara a los Shafer y a la señora Roth al llamarlos. Ya se habían negado una vez a hablar con ella. Era un riesgo. Pero tenía que correrlo si quería confirmar lo que decían los diarios de Lillian. Es lo que le había dicho Miles en el bar de Notting Hill la noche antes. Tras leer algunos de los diarios de Lillian, de repente parecía muy interesado en que encontrase a cualquiera que hubiera podido ver los cuadros de Hessen en Barrington

House antes de la desaparición del pintor. Para un historiador del arte, aquella información tenía un valor incalculable.

Piotr la acompañó hasta la puerta que comunicaba con el vestíbulo del ala este. Tan de cerca, sentía la desagradable calidez de su aliento en la cara y el cuello, y su parloteo en un inglés deficiente era implacable, insistente. Prácticamente tuvo que arrojarse al interior del lúgubre ascensor para escapar de la bulbosa figura, que seguía sonriendo al otro lado del cristal de la puerta mientras ésta se cerraba. Piotr imitó el gesto de llevarse un teléfono al oído mientras le enseñaba todos sus pequeños y cuadrados dientes.

Se volvió y fingió no haberlo visto. Pero al tiempo que lo hacía vislumbró algo con el rabillo del ojo. Sólo por un instante, en el espejo del ascensor. Algo que se movía rápidamente detrás de ella. Alto, descarnado y blancuzco, se esfumó rápidamente de su campo de visión.

Conteniendo la respiración, se revolvió por todo el resplandeciente pero vacío ascensor. No había nada allí salvo ella.

—Dios —dijo mientras exhalaba al fin. Luego observó el panel, mientras el ascensor continuaba con lo que parecía un deliberadamente lento ascenso. «Seis, siete... vamos... ocho... nueve.» ¿Y por qué no se abrían ahora las puertas? Nunca habían tardado tanto, ¿verdad?

Con un susurro, las puertas al fin se abrieron y Apryl salió precipitadamente del ascensor, miró hacia atrás y vio en el espejo su rostro aterrado y pálido. Un rostro con una expresión que antes sólo había visto en los espejos de Barrington House.

—¿Quién es? ¿Qué quiere? —El tono de voz era tan desagradable como el estallido de una vajilla de porcelana sobre un suelo de baldosas.

Apryl se aclaró la garganta, pero ni ella misma habría reconocido como propia la vocecilla que salió de sus labios.

—Soy... Eh, me llamo...

—¿Quiere hablar de una vez? ¡No la oigo! —El tono de la señora Roth ascendió por encima del mero fastidio. Al oír aquella voz anciana, cortante, demasiado quebradiza para transmitir calidez, Apryl sintió el deseo

instantáneo de colgar.

—Señora Roth. —Levantó la voz, pero fue incapaz de eliminar el temblor de sus palabras—. Espero que no le importe que la haya llamado, pero...

—Pues claro que me importa. ¿Quién es usted? —Por detrás de su voz se oía la música de un programa de televisión.

—Me llamo Apryl Beckford y soy...

—¿Qué dice? —gritó la anciana, antes de añadir «no sé quién es» a alguien que debía de estar con ella en la habitación—. ¡No! No lo toques. ¡Déjalo! ¡Déjalo! —le gritó a su acompañante.

—La televisión. Quizá debería bajar el volumen de la televisión —le sugirió Apryl.

—No sea ridícula. La estoy viendo ahora mismo. No le pasa nada. Me la ha arreglado Stephen. No me interesa comprar nada. —El auricular golpeó el teléfono con el estrépito de una piedra lanzada contra un parabrisas.

Apryl se sobresaltó y permaneció unos segundos oyendo el pitido de la línea, demasiado aturdida para reaccionar.

Tres horas después, sentada en la cama del cuarto de Lillian, volvió a intentarlo. Esta vez no se oía el ruido de ninguna televisión de fondo. Pero la voz de la mujer inducía a pensar que acababa de despertarse.

—¿Sí?

—Oh, espero no haberla despertado.

—Pues lo ha hecho. —Las palabras se desplegaron como criaturas sombrías y malvadas, y en sus pensamientos Apryl vio que unos ojos crueles se entornaban—. No duermo por las noches. No me encuentro bien. ¿Cómo podría dormir?

—Lamento mucho oír eso, señora Roth. Espero que se recupere pronto.

—¿Qué quiere? —preguntó la anciana con un tono parecido a un ladrido.

—Verá... —Su mente se quedó en blanco—. Bueno, la llamo porque...

—¿Qué dice? No tiene el menor sentido.

«Pues cierra la boca, zorra malvada, y déjame que me explique.»

—Me interesa mucho Barrington House, señora Roth. Su historia. Verá...

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo? No quiero comprar nada.

Apryl se imaginó que volvería a colgarle violentamente y se preparó.

—No vendo nada. Soy la sobrina nieta de Lillian Archer, señora Roth. Sólo estoy investigando sobre su vida. No llegué a conocerla. Y tengo entendido que lleva usted mucho tiempo viviendo aquí. Me encantaría tener la ocasión de hablar con usted, porque estoy convencida de que tiene cosas interesantísimas que contar. En especial sobre aquel artista...

—¿Un artista? ¿Qué quiere decir con «artista»?

—Mmm. Un hombre llamado Félix Hessen. Vivía en...

—Ya sé dónde vivía. ¿Qué es lo que intenta? ¿Aterrorizarme? No me encuentro bien. Soy una mujer mayor. Y es muy cruel de su parte llamar para recordarme a ese hombre. ¿Cómo se atreve?

—Lo siento. No pretendía alterarla, señora. Sólo he venido desde Estados Unidos para hacerme cargo de las cosas de mi tía abuela...

—¡No me interesan en absoluto los Estados Unidos!

Apryl cerró los ojos e hizo un gesto de desesperación con la cabeza. Pero ¿qué le pasaba a aquella gente? Aparte de Miles, todas las conexiones con Félix Hessen, por más tenues que fuesen, conducían a gente inestable, inadaptada o senil. Estaba empezando a agotarla. Era imposible comunicarse con ellos. No la escuchaban. Sólo estaba allí como audiencia para sus locuras. Aspiró profundamente.

—No pretendo hablarle de Estados Unidos. Escúcheme, por favor. No intento venderle nada. Ni tampoco quiero asustarla. —La irritación transmitió mayor fuerza a sus palabras.

—No hace falta que me grite, querida. No resulta muy agradable.

Apryl se mordió el labio inferior.

—Sólo quiero hablar con alguien que conociese a mi tía abuela y a Félix Hessen. Ella escribió muchas cosas sobre él. Sólo se trata de eso, una mera conversación.

Y entonces sucedió algo que llenó a Apryl de remordimientos por haberle levantado la voz a aquella confusa y anciana señora a la que había despertado en mitad de la siesta. La voz de la señora Roth comenzó a temblar hasta coagularse en un sollozo.

—Era un hombre horrible. Y no puedo dormir por su culpa. Ha empezado de nuevo.

—Señora Roth, se lo ruego, no llore. Siento haberla molestado. Sólo quiero hablar con alguien que hubiera vivido aquí y conociera a Lillian.

La mudable voz se desintegró en unas cuantas palabras débiles, intercaladas con sollozos.

—Aún lo oigo. Lo he contado abajo.

Apryl trató de comprender lo que le estaba diciendo.

—Señora Roth, siento mucho haberla alterado. Parece estar muy triste. Mi tía también lo estaba. Por culpa de ese hombre.

—Igual que yo, querida. Y tú también lo estarías en mi lugar. Me crees, ¿verdad?

—Sí, la creo. Por supuesto que la creo. Y pienso que le vendría bien hablar con alguien. Creo que necesita una nueva amiga, señora Roth.

En algún lugar del apartamento, el metrónomo de un reloj lanzó un eco acerado que se propagó como una mala noticia por las habitaciones vacías. Pero ella no podía ver el reloj ni parecía capaz de acercarse a aquel lejano sonido. Y aún le costaba creer que existieran pisos como aquél en Barrington House: con la pintura levantada y marchitos por el abandono desde el suelo al techo, habitación tras habitación.

Precedida por la pequeña enfermera filipina de rápidos y cortos pasos, Imee, Apryl avanzó como aturdida por el largo vestíbulo del apartamento de la señora Roth. El ruido de sus botas resonaba con fuerza sobre la desgastada alfombra. Puede que hubiera sido azul en su día, pero ahora estaba deshilachada y descolorida.

A un lado del perchero y de la mesita del teléfono había una pequeña y vieja cocina, ocupada en su mayor parte por unos fogones esmaltados y una nevera antigua. Parecía llevar años sin usarse.

Apryl se asomó un momento al salón. Con ojos rápidos vislumbró detalles de un elegante desorden. Un carrito de plata para las bebidas descansaba ociosamente cargado con decantadores de cristal, un cubo para el hielo, unas pinzas y botellas de licor medio vacías. El pesado y viejo mobiliario se había retirado como con tristeza a los rincones. Unas gruesas

cortinas, con un hilo trenzado de color dorado, ensombrecían la atmósfera de la estancia. Y todo ello bajo un soberbio candelabro que colgaba como un gigantesco cristal de hielo sobre una mesa de caoba.

La escasa luz delineaba aquellos objetos antaño elegantes pero ahora recubiertos por una película de polvo. Parecían congelados en desamparada desesperación por la ausencia de quienquiera que hubiera poblado en su día aquel espacio. La imagen le inspiró un acceso de melancolía. En el estruendoso maremagnum del exterior, del tráfico furioso y los peatones desconocidos, de los feos y trágicos edificios de protección oficial, de la basura arrastrada por el viento, de los mendigos y de la intensa energía que te agotaba y estimulaba al mismo tiempo, ¿cómo podía pervivir aún semejante quietud? Desaliñado por el abandono, pero impertérrito y ominoso en su silencio, era otra reliquia callada de una época de damas elegantes en vestido de noche y caballeros de esmoquin.

Y no había nada en ninguna de las paredes. Ni cuadros ni espejos. Ni una simple acuarela. Nada de nada.

Junto al baño, una puerta abierta revelaba un dormitorio más pequeño con una cama deshecha. La habitación de la enfermera junto a los aposentos de la reina. Frente a los que llegaron en ese momento. La enfermera se detuvo delante de la puerta cerrada y bajó sus solemnes ojos, demasiado cansada para molestarse siquiera en esbozar una sonrisa. Detrás de la antigua puerta resonaba el altísimo volumen de un televisor. Imee llamó a la puerta con tal fuerza que Apryl dio un respingo.

Al oír que respondía una voz, teñida de ferocidad por la vejez, desde el otro lado de la puerta, entró en el dormitorio principal.

Apryl sospechaba que la arrugada y encogida figura se había colocado y preparado deliberadamente para su llegada. Menuda como una niña, con los brazos cubiertos de manchas y finos como palitos apoyados sobre las mantas, y unas manos tan grandes que parecían absurdas por debajo de las huesudas muñecas, la señora Roth estaba incorporada a medias sobre la cama. Llevaba un camisón de seda azul con costuras de encaje, un atuendo que no conseguía

otra cosa que aumentar el horror que inspiraba el cuerpo anciano que envolvía. El peinado, arreglado con esmero pero grotescamente pasado de moda, tenía el inconfundible brillo que dejan los cuidados recientes. Era tan alto y tan inmaculadamente cónico como la mitra de un obispo, pero transparente. El pico desprovisto de labios que era la boca, por encima de una barbilla cubierta con profusión de arrugas, protuberante como el hocico de un perrillo, estaba pintado de rosa brillante. Unos ojillos rebosantes de desconfianza observaron la entrada de Apryl.

—Siéntate ahí —ordenó la voz mientras los ojos de mirada dura se volvían un instante hacia las dos sillas que había junto a la cama, al otro lado del televisor.

Con una débil sonrisa, Apryl se descolgó el bolso del hombro e hizo ademán de sentarse en la silla más cercana.

—Hola, señora Roth. Es muy amable al recibirme. Quería...

—¡Ahí no! —exclamó la figura—. En la otra.

—Perdone. Como estaba diciendo...

—Olvídate de eso. Quítate el abrigo, querida ¿Qué clase de mujer lleva el abrigo dentro de casa?

Al otro lado de la enorme cama en cuyo centro se acurrucaba la minúscula figura rodeada de grandes almohadones blancos, había dos pequeños tocadores repletos de fotografías. Los rostros en blanco y negro de todas ellas miraban en dirección a los pies de la cama, donde Apryl estaba sentada, incómoda sobre un sillón orejero que le impedía la visión en todas direcciones y la obligaba a concentrarse en la criaturilla de los almohadones.

Realmente se podía decir que le habían concedido audiencia. Pero ¿qué clase de audiencia? El comportamiento de la señora Roth no fomentaba ningún tipo de comunicación razonable, pero ése era precisamente su objetivo. La astuta anciana mantenía un control total tanto de la conversación como de sus visitantes al perturbarlos y empequeñecerlos por medio de sus desaires. ¿Y quién iba a protestar? ¿Un invitado o un miembro impotente del personal del edificio que precisamente cobraba su sueldo de ella, como los porteros de la planta baja? Hasta el locuaz y sencillo Piotr se estremecía a la mínima mención del nombre de la señora Roth. Y el rostro de la pobre Imee

reflejaba el mismo miedo e idéntica aversión. La enfermera no entró en la habitación, mantenida fuera posiblemente por alguna antigua norma. En vez de ello, aguardaba junto a la puerta.

Pero, tal como Miles había recordado a Apryl, la señora Roth formaba parte del reducido y menguante grupo de gente aún viva que podía atestiguar la existencia de los míticos cuadros de Félix Hessen. También estaba allí en su nombre. Y, lo que era más importante para ella, había conocido a Lillian. Los últimos vestigios tangibles de cuya vida estaban evaporándose.

Al menos la señora Roth parecía más lúcida que la Alice de Amigos de Félix Hessen, y bajo aquel caparazón de hostilidad, la anciana ocultaba un corazón vulnerable.

—No quiero hablar sobre él —dijo la señora Roth como si pudiera leerle la mente.

—¿Cómo? —preguntó Apryl.

—Ya sabes a quién me refiero. No intentes jugar conmigo. No soy una estúpida. Y si lo crees así, es que eres boba.

«Entonces, ¿por qué accedes a verme?» No podía arriesgarse a provocar una discusión. La señora Roth era de armas tomar, así que sería mejor que esperase a que cambiara de humor. Y sabía por experiencia que la gente maleducada y grosera no suele ser insensible al halago. La misma inseguridad que generaba su fachada amenazante podía convertirse en su talón de Aquiles.

Apryl esbozó su sonrisa más dulce e inocente.

—Jamás se me ocurriría sugerir semejante cosa, señora Roth. Una estúpida no viviría en un piso tan majestuoso. Nunca había visto un sitio como éste.

—No seas ridícula. Es horrible. —Pero en cuanto su intento de ganarse a la anciana resultó repelido, el humor de ésta pareció tornarse un poco más conciliador—. Deberías haberlo visto cuando mi marido todavía vivía. Menudas fiestas celebrábamos, querida. Venía gente encantadora. La clase de gente que tú nunca llegarás a conocer. Nunca has visto caballeros como aquéllos. Y qué decir de la belleza de las señoras. Las chicas de ahora no les llegáis ni a la suela de los zapatos. Mírate, querida, deberías hacer algo con

ese pelo. Es espantoso.

Apryl trató de mantener la sonrisa.

—Sí, tiene razón. Quizá podría usted recomendarme a alguien. Nada más entrar me he fijado en el precioso color de su pelo. Es esplendoroso. —Apryl contempló la esmerada cúpula que formaban los mechones y sonrió con toda la sinceridad que pudo.

La señora Roth se ruborizó.

—¿Quieres una taza de té?

—Me encantaría.

La anciana cogió una campanilla de bronce que había sobre la cama y comenzó a sacudirla violentamente.

—Oh, ¿dónde se ha metido? —exclamó en el mismo instante en que empezó a sonar el instrumento.

Segundos más tarde se abrió la puerta y entró Imee sin hacer ruido, con los ojos clavados en sus zapatillas blancas.

—Queremos té, Imee. ¡Té! Mi invitada ha estado bajo la lluvia y te has vuelto a olvidar de preparar el té.

—Lo siento, señora Roth —se disculpó la mujer.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Y tarta. Trae las tartas. Quiero la amarilla y la rosa.

La señora Roth la siguió con mirada furiosa hasta que hubo abandonado la habitación, y luego dijo:

—Mira aquí. Aquí, querida. Éstos son los nietos de mi hija. Son preciosos. Ayer llevé a Clara a Claridge a almorzar. Y cuando el camarero le preguntó lo que quería, ella le dijo: «*Fish and chips.*» Es un amor. Nunca has visto una niña más encantadora. Mira esto. Aquí, te digo. —Irritada porque Apryl no se había movido lo bastante de prisa en respuesta a la más reciente de sus impulsivas exigencias, comenzó a señalar en la dirección del tocador que tenía a la derecha.

Cuando volvió Imee con el té y las tartas en un pequeño carrito de plata, Apryl bajó la mirada. Encogida en su asiento e impotente para actuar, presenció cómo la señora Roth humillaba a la enfermera hasta el punto de llamarla «condenada estúpida» por no colocar las cosas del té del modo que

le habían dicho «un centenar de veces».

—Soy enfermera, señora Roth, no camarera —respondió Imee antes de marcharse apresuradamente del cuarto al borde de las lágrimas.

—¿Tarta, querida? Toma un poco. Me encanta la rosa. Me la trae mi hija.

Era de tan mala calidad y estaba tan seca que Apryl tuvo que hacer auténticos esfuerzos para tragar un bocado.

—Te pareces a Lillian —dijo la señora Roth mientras se limpiaba las migas de la comisura de la boca con un nudillo hinchado.

—¿Ah, sí?

La anciana asintió.

—Cuando era muy joven. Era una mujer muy hermosa. Qué pena que se volviese loca.

Y entonces, de manera totalmente inesperada, la señora Roth pidió a Apryl que encendiera la televisión para ver un concurso, durante el cual le prohibió hablar. Luego, al llegar la primera pausa publicitaria, se había quedado dormida con el televisor encendido a todo volumen.

Apryl permaneció allí sentada unos minutos, observando la figura dormida, que de vez en cuando emitía algún silbido por la nariz. A continuación probó a repetir «Señora Roth, señora Roth» tres veces, pero en vano. Era imposible despertar a la mujer. Parecía profundamente dormida. Pero cuando al fin, impelida por la necesidad, se levantó para ir al baño, la señora Roth abrió los ojos.

Los lechosos orbes flotaron a la deriva en las cuencas oculares hasta centrarse en Apryl.

—¿Adónde vas? Siéntate ahora mismo.

—Iba al baño.

—Oh.

—Se había quedado usted dormida.

—¿Cómo?

—Que se había quedado dormida. Puede que haya venido en mal momento.

—¿Qué? ¡Bobadas! No he hecho tal cosa. No te inventes tonterías.

—No. Bueno, en ese caso me habré equivocado. Sólo será un momento.

La señora Roth levantó la campanilla y comenzó a agitarla furiosamente de nuevo. Apryl e Imee se cruzaron en la puerta, donde intercambiaron miradas cansadas, nerviosas, pero, en última instancia, cómplices. Unas miradas familiares para quienes acostumbran a soportar los abusos de gente mezquina con poder.

Al volver del baño, trató de escoger un modo diplomático de desviar de nuevo la conversación hacia Félix Hessen, pero la señora Roth se le adelantó. Parecía que al fin estaba lista para hablar sin que la incitaran. Era como si hasta entonces hubiera estado poniendo a prueba si su invitada era digna de recibir aquella información. Jugando un juego en el que no le daría lo que quería hasta haberla atormentado primero. Y, por suerte, quitó el sonido a la televisión.

—Así que quieres que te hable de Félix. Para eso has venido. A mí no me engañas, querida. Pero no te servirá de nada. No lo entenderás. Nadie lo entiende.

—Inténtelo. Por favor.

—Volvió loca a Lillian. Eso ya lo sabes, ¿verdad?

Apryl asintió.

—Sí, lo sé. Pero quiero saber cómo.

La señora Roth se miró las manos en silencio. Cuando Apryl comenzaba a preguntarse si volvería a hablar alguna vez, dijo:

—No me gusta pensar en él. Nunca he querido recordarlo. —Su voz sonaba fatigada. Hasta el último vestigio de su carácter frágil, complicado e intratable había desaparecido de su voz. Pero no fue capaz de mirar a Apryl a los ojos al continuar—: Cuando por fin desapareció, todos rezamos para que se hubiera acabado. Pero fue una ingenuidad. Los hombres como él no se rigen por las mismas normas que el resto de nosotros. Lillian lo sabía. Te habría dicho lo mismo. Nadie nos habría creído. Pero sabíamos la verdad.

Apryl se inclinó hacia ella.

—Cuando llegó aquí... No recuerdo cuándo fue eso... pero después de la guerra. En fin, cuando Arthur y yo llegamos desde Escocia ya estaba aquí. —Hizo una pausa y pasó una mano nudosa por la colcha—. Era el hombre más apuesto que jamás había visto. Todos lo pensábamos. Pero no sonreía nunca.

Jamás. Y nunca hablaba con nadie. Nos parecía raro. Éste nunca había sido un edificio de gente retraída. Más bien al contrario. No era como ahora. Antes era un lugar maravilloso, en el que tus vecinos eran tus amigos. Nos divertíamos mucho juntos. Y sólo había gente decente, cariño, no como ahora. Ahora está lleno de basura; gente sin modales. Deberías oír los ruidos que hacen. Ya ni siquiera sabes quién es tu vecino de al lado. La gente viene y va constantemente. Es intolerable.

Comenzó a sorber por la nariz. Del interior de la manga de su camisa sacó una servilleta y la usó para secarse los ojos. Una alargada y pesada lágrima, que en su rostro parecía incongruente, rodó por la mejilla de la anciana y fue a estrellarse contra su muñeca.

En un gesto instintivo, Apryl se le acercó y se sentó al borde de su cama. Al instante, la señora Roth le ofreció la mano libre. Estaba retorcida por la artritis y muy fría. Apryl le calentó los dedos entre las palmas de las suyas. Este simple gesto hizo que la señora Roth se echase a llorar aún con más fuerza, del mismo modo que la pena de un niño se intensifica en la seguridad que le ofrecen los brazos de uno de sus padres.

—A menudo te lo podías encontrar en la escalera. Nunca utilizaba los ascensores. Siempre estaba allí parado, mirando los cuadros. Los descolgaba de las paredes y los estudiaba. Pero se volvía hacia ti si lo molestabas. Yo detestaba que hiciera eso. Nadie quería mirarlo a los ojos, querida. Era un lunático. Un completo loco. Nadie en su sano juicio tiene unos ojos así. Ninguno de los inquilinos estaba cómodo con su presencia aquí. Muchos de nosotros éramos judíos y sabíamos que había sido seguidor de Hitler... ¿Cómo se llamaba aquella gente?

—Fascistas.

—No me interrumpas, querida. No hay cosa que más rabia me dé que una mujer sin modales.

—Perdone.

—Pero fue así durante años. Nunca mantuve una sola conversación con él. Ni una. Nadie hablaba con él. Tampoco les gustaba a los porteros. Le tenían miedo. Todos se lo teníamos, querida. Vivía en el piso de abajo. Justo debajo. —Señaló el suelo—. Y siempre estaba haciendo ruidos de noche.

Moviendo las cosas de sitio. Despertándonos con aquellos golpes y con los gritos. Se le oía hablar en voz alta. Como si hubiera otra habitación en nuestra casa. Y se oían otras voces, pegadas al techo, debajo de nuestros pies. Pero nunca vimos a nadie entrar o salir. No sabíamos cómo conseguía que llegaran hasta allí. Preguntamos a los porteros y juraron que nadie había llamado al caballero del número dieciséis. Pero tenía compañía.

Y no era la radio. Las radios no suenan así, cariño.

»A veces parecía que su piso estaba lleno de gente. Como si estuviera celebrando una fiesta, aunque no demasiado agradable. Los demás vecinos decían lo mismo. Toda la gente del ala oeste lo oía.

Y la cosa fue empeorando. Antes del accidente la gente empezó a mudarse por su culpa.

»Y entonces, una noche... una noche que nunca olvidaré, oímos un escándalo espantoso. Gritos. Unos gritos realmente horribles debajo de nosotros. Como si alguien estuviera experimentando una verdadera agonía. Como si lo estuvieran torturando. Estábamos conmocionados. No podíamos movernos. Arthur y yo lo oímos todo sentados en la cama. Hasta que cesaron los gritos.

»Y entonces Arthur bajó. Llamó a tu tío Reggie y a Tom Shafer, que fueron con él. Todos iban en pijama. Reggie fue porque había estado tratando de conseguir que expulsaran a Hessen de allí. También llamaron al jefe de los porteros y a la policía. Y al abrir la puerta, se lo encontraron en el salón...

Se cubrió la cara todo lo que pudo con el pañuelo y sollozó. Cuando volvió a hablar, tenía la voz quebrada.

—Bajé con Lillian para ayudar. Había tenido un terrible accidente... Había perdido toda la cara. Hasta el hueso.

»Se lo llevaron. Pensamos que moriría. Era imposible sobrevivir a tales heridas. Y nadie sabía qué le había pasado. Debió... debió de hacérselo él mismo.

»Pero volvió, meses después, con la cara completamente vendada. Y con una enfermera a la que despidió pocos días más tarde. Algunos de nosotros incluso le mandamos flores y tarjetas al pobre desgraciado. Sabíamos que estaba allí, pero no abría la puerta. Al igual que antes, sólo quería que lo

dejasen en paz. Así que lo hicimos. Al menos hasta que todo volvió a empezar. Solo que esta vez fue peor que antes.

»Era un hombre malvado, ya te lo he dicho antes. Y ahora vuelvo a tenerlas, las pesadillas. Los sueños mataron a Reginald y a Arthur, querida. Ya nadie me cree, pero por aquel entonces lo sabíamos. Él los mató a los dos.

Apryl no pudo seguir en silencio un momento más.

—¿Cómo, señora Roth? Yo creía que sólo era un pintor.

—No, no, no. —Negó vehementemente con la cabeza. Tenía los ojos inflamados en los bordes—. Ya te lo he dicho, había algo extraño en él, algo malvado. Nunca he conocido a nadie que pudiera llegar a ser tan malo, cariño. No tendría que haber venido aquí. No recuerdo por qué lo hizo. Pero arruinó el edificio. Lo destruyó.

—¿Cómo, señora Roth? Mi tía abuela escribió las mismas cosas. ¿Qué fue lo que hizo?

—Las sombras han vuelto a las escaleras. No pudimos librarnos de ellas entonces y ahora han vuelto. Cambiaron las luces, pero no sirvió de nada. La gente dejó de venir aquí. Los que ya estaban se marcharon. Pero algunos de nosotros nos negamos a permitir que destruyera nuestro hogar. Había sido un lugar maravilloso hasta su llegada.

—¿Vio usted... sus cuadros?

La señora Roth asintió.

—Eran horribles. No te puedes hacer una idea. No sabía lo que era la belleza. Nos hizo soñar con ellos. Pensamos que el coronel estaba perdiendo la chaveta. Antes vivía aquí. Y la señora Melbourne. Ellos fueron los primeros en verlos. De noche, querida.

»La gente tomaba pastillas e iba al médico. A médicos de verdad. No como los que tenéis ahora, querida. Ahora no saben nada. Son unos auténticos idiotas. Pero ni siquiera los médicos de entonces podían hacer nada por quienes tenían las pesadillas. Reginald fue el siguiente. Y Lilly. Y luego yo. Era una jovencita. —Se echó de nuevo a llorar mientras le estrechaba las manos a Apryl.

—¿Qué eran? No lo entiendo. ¿Qué eran los sueños?

—No puedo explicarlo. No sabría cómo. Pero nos hizo ver cosas. Crees

que estoy loca, ¿verdad?

—No, no lo creo.

—Sí, lo crees. Crees que soy una vieja loca. Pero no es así.

—No. No. —Apryl le acarició la espalda, a lo que la señora Roth respondió con un nuevo ataque de sollozos.

Comenzó a hablar con voz afligida mientras sorbía por la nariz.

—Las voces salían de su apartamento a las escaleras y desde allí entraban en nuestros cuartos. Arthur y yo nos sentábamos juntos y las oíamos. No había nadie allí, pero siempre las oíamos a nuestro alrededor. Desde cualquier sitio cercano a su piso podías oír las cosas que se había traído consigo. Salían de allí. —Volvió a señalar el suelo con una mano retorcida.

»Oh, era horrible. —Comenzó a hablar atropelladamente, entre sollozo y sollozo. Apryl inclinó la cabeza hacia ella, pues cada vez le costaba más entender lo que estaba diciendo—. La señora Melbourne saltó desde el tejado. La vi allí, en q1 jardín. Chocó contra el muro. Y no fue la última que lo hizo. —Esta última frase la pronunció en voz baja y con un remordimiento genuino que hizo que le temblara la voz, pero no pudo o no quiso mirar a Apryl mientras lo hacía.

—Oh, señora Roth, lo siento mucho. Eran sus amigos. Debió de ser terrible.

—No puedes ni imaginarlo. Fue culpa suya. Lo hizo él.

—¿Con sus cuadros?

La señora Roth aspiró hondo y se tragó un hipido. Asintió una vez.

—Decidieron hacerle frente. Reginald, Tom y Arthur. Fueron a verlo, querida. Estaban furiosos. No te puedes hacer una idea de cuanto. Todos estábamos muy enfadados con él. Así que los hombres se presentaron en su apartamento porque no nos cogía el teléfono ni respondía a las cartas de la dirección. Cogieron las llaves de la oficina del portero y entraron en el apartamento.

»Y... tenía un aspecto horrible. Dijeron que llevaba la cabeza totalmente envuelta en algo. Y una máscara sobre el rostro. Era roja. De tela. Y al otro lado de ella se adivinaba la horrible forma de su cara, querida. La llevaba totalmente pegada a la carne. No supieron qué decir. Pero Reginald trató de

mantener la calma. Le preguntó qué creía que estaba haciendo con nuestra casa.

»Se rió de ellos. Se rió, sin más. Ellos fueron razonables. Eran buenas personas. Pero él se echó a reír. Llevaba el rostro tapado por aquella... aquella cosa roja. Sólo podían verle los ojos.

»Y entonces volvieron a verlos. En las paredes. Lo que había estado haciendo todo ese tiempo allí dentro. Eran aún peores que antes. Todas las terribles cosas de nuestros sueños. Los cuadros...

—¿Cómo eran? Dígamelo, por favor. Se lo ruego.

—Y entonces Reginald perdió los estribos. Cogieron...

—¿Sí?

La señora Roth se incorporó en el lecho y soltó la mano de Apryl. Sus sollozos e hipidos cesaron repentinamente y su rostro volvió a transformarse en una fachada sombría e imperturbable.

—Estoy cansada.

—Pero... estaba usted hablándome... de los cuadros.

—No quiero hablar sobre eso. No es importante.

—Pero estaba usted muy alterada. Me gustaría entenderlo.

—No es asunto tuyo. Quiero que venga Imee. ¡Imee! ¿Dónde está mi campanilla? Es mi hora de comer. No deberías venir de visita a la hora de comer. Es una grosería. —Comenzó a agitar la campanilla junto a la oreja de Apryl. De manera deliberada, habría jurado ésta.

Volvió a la silla para recoger sus cosas. Entonces se dio la vuelta para decir algo mientras Imee entraba por la puerta, pero descubrió que estaba demasiado afectada por la historia de la señora Roth como para mover los labios. Y además era evidente que la mujer estaba aterrorizada y había contado más de lo que había pretendido.

Apryl se alejó rápidamente de la cama, sin volverse hasta haber ganado la seguridad de la puerta. Imee estaba junto a la cama, encorvada por la intensidad de las reprimendas proferidas a gritos desde los almohadones. «Un cojín sobre esa vieja cara no le iría mal». La presencia de aquel pensamiento, que no parecía propio de ella, dejó acongojada a Apryl.

Salió por sí sola. «¿Qué clase de mujer sale por sí sola, querida?» El

alivio por librarse de la espeluznante anciana la empujaba por el viejo pasillo, y la emoción por las revelaciones que podría contarle a Miles prestó mayor agilidad a sus botas de tacón alto. Hasta que abrió la puerta principal y salió al descansillo.

Tan repentino que la dejó sin aliento, algo blanquecino se movió a su izquierda. Encogida de terror, inhaló tan de prisa que se le escapó un pequeño chillido. Luego miró más allá de la mano que había levantado para espantar aquella cosa. En la periferia de su visión alcanzó a vislumbrar una forma con alas que se abalanzaba velozmente hacia ella, con una mancha rojiza encima de lo que sólo podían ser unos hombros huesudos.

Y mientras miraba entre sus dedos enguantados el espejo grande e impoluto que había en la pared opuesta al ascensor, algo blanco se levantó fugazmente en el interior del marco dorado. Al reparar en ello se volvió con rapidez para ver el origen del reflejo de lo que había a su derecha.

Aterrada por haberse apartado del reflejo y no del verdadero atacante, retrocedió dos pasos tambaleantes y se preparó para recibir el impacto.

Pero no había nadie en el descansillo con ella. Recorrió con la mirada la escalera y las puertas del ascensor en busca de lo que se había lanzado sobre ella, pero nada se movía allí, excepción hecha del acelerado ascenso y descenso de su propio pecho al tratar de recobrar el aliento.

Capítulo 24

—¿Qué estás haciendo?

La penetrante voz le llegó desde atrás. Seth no tuvo siquiera que volverse para identificar a la persona que lo había sorprendido abriendo la puerta del apartamento dieciséis. Era una voz que había oído a través del teléfono del edificio la mayoría de las noches de los últimos seis meses. Pero cuando se volvió hacia la señora Roth y la vio vestida con una bata azul claro y unas zapatillas rojas, su infantil vulnerabilidad había desaparecido, junto con la fragilidad y confusión que exhibiera en su último encuentro, junto a aquella misma puerta. Esta vez su peinado era perfecto: el bulbo de fina plata que le cubría el cráneo moteado no había rozado siquiera la almohada. Había pasado toda la noche incorporada esperando a que comenzaran los ruidos.

Presas del pánico por haber sido sorprendido —podían despedirlo por entrar en aquel apartamento, aparte de que le echarían la culpa de los ruidos que provenían de allí—, Seth trató de decir algo. Pero no lo consiguió, enmudecido por su propio miedo. Con toda seguridad, la señora Roth hablaría con Stephen a primera hora de la mañana, si no antes. No estaba simplemente enfadada. Se había enfurecido al verlo frente a aquella puerta con las llaves en la mano. Tenía el rostro teñido de rojo, el labio inferior tembloroso por la emoción y los ojillos entornados por la furia. Levantó el brazo con el codo doblado en un gesto de autoridad y la manga acolchada de su bata resbaló por un antebrazo demacrado, cubierto de venas azules y continentes enteros de decoloraciones hepáticas.

—Te he hecho una pregunta. ¿Qué estás haciendo? —Fue alzando la voz mientras hablaba hasta acabar gritando. Iban a oírla. Seth habría querido hacerla callar, pero era incapaz de actuar, de intentar calmarla. La anciana era demasiado lista. Demasiado consciente de las debilidades de los demás, de la mísera condición de Seth y de la ventaja que le concedía el hecho de ser una inquilina. Y tenía demasiadas ganas de acusar y atormentar.

Seth tragó saliva.

—He oído un ruido. Pensé que había entrado alguien.

—Embustero. Eres un embustero. Eres tú. ¡Tú! El que hace los ruidos ahí dentro. Lo has hecho para asustarme, porque sabes que vivo arriba. Es una crueldad aterrorizar a una anciana. Quiero ver a Stephen ahora mismo. Llama a Stephen. ¡Vamos!

Seth se sentía enfermo. No era capaz de librarse del acongojante nudo de terror que se le había formado detrás del esternón. Era como volver a ser un niño pequeño. Aquella mujer siempre conseguía abochornarlo.

«Zorra.»

Su mera imagen le inspiraba una rabia tan intensa que se imaginó que estrellaba aquel cuerpo hecho de palitos secos contra una pared. Aquella cabeza estúpidamente grande, el cabello ralo, el rostro puntiagudo y cruel sobre aquel cuerpo de títere hecho de palitos viejos y carne flácida. ¿Por qué no se moría de una vez? Su propia familia la despreciaba. No era capaz de mantener una enfermera más de un mes. Las hacía llorar a diario. Nadie podía trabajar para ella. Ni soportarla. Hasta había vuelto loco al taciturno Stephen con sus imposibles exigencias.

Sintió que se ponía blanco de repulsión de la cabeza a los pies. Una antipatía que lo aterrorizó: el tipo de sentimiento que le provocaba asombro experimentar una vez desaparecido. Algo que, en los últimos tiempos, sentía con regularidad pero a lo que todavía no había podido acostumbrarse. Nunca había sido capaz de odiar con tal intensidad, ni tampoco de crear a partir de aquel sentimiento con la consistencia de ahora. ¿Acaso no entendía aquella mujer que no tenía alternativa, que algo mucho más fuerte que él mismo lo convocaba allí arriba para que se impregnara de su genio?

Cuando al fin recobró el habla, logró reprimir la rabia mientras discurría

rápida una táctica que le permitiera escapar de la situación.

—Soy el responsable de la seguridad y el bienestar de los inquilinos de este edificio durante la noche. Y estoy harto de los ruidos que salen de ahí dentro. —Señaló la puerta con un dedo—. Y no puedo hacer nada por una estúpida norma sobre las llaves. Y usted me llama todas las noches para quejarse de los ruidos del apartamento vacío que hay debajo del suyo. Esto ya hace demasiado tiempo que dura, señora Roth. Así que esta noche he decidido entrar. Llame a Stephen si quiere. La verdad es que me da igual. Porque estoy harto.

Al principio pareció sorprendida por el hecho de que alguien se hubiera atrevido a utilizar un tono tan desafiante con ella. Pero poco a poco su rostro fue perdiendo la dureza del enfado, reemplazada por una expresión suspicaz mientras lo observaba en silencio y pensaba en lo que acababa de decirle. Tras meditarlo unos pocos segundos, volvió a levantar la mano agarrotada y lo señaló con sus nudillos hinchados y sus dedos abultados por la artritis.

—No me mientas. Has estado entrando ahí. De noche. Y moviendo las cosas. Haciendo ruido.

Seth hizo lo posible por adoptar una pose de impotente frustración. No le costó mucho; estaba muy acostumbrado. Negó con la cabeza y alzó la mirada como si quisiera recabar la ayuda de un poder superior. Tenía que ser convincente, a pesar de que la voz de la anciana había perdido casi toda la agresividad.

—Señora Roth, crea lo que le parezca. Sólo estoy haciendo mi trabajo. ¿Preferiría que me quedara abajo sentado e ignorara un posible allanamiento? Pues como quiera. —Volvió a echar la llave y se encaminó a la escalera.

—¿Adónde vas? —preguntó ella agitando de nuevo los retorcidos dedos en el aire.

—Me voy abajo, señora Roth. ¿No es lo que quería?

—No seas idiota. Abre. Quiero verlo con mis propios ojos. Adelante, abre. Vamos.

Seth trató de contener una sonrisa. Ahora podía decirle a Stephen que ella lo había obligado a abrir el apartamento a causa de los ruidos y que sólo había entrado en él para que se callara de una vez. Tendría que haberlo

llamado primero, pero no quería despertarlo, sabiendo lo complicadas que eran las cosas para él con el estado de Janet. Quizá Stephen y él pudieran arreglar las cosas entre los dos. ¿Acaso no tenían una especie de acuerdo? ¿Y qué sentido tenía organizar más revuelo, de todos modos?

Pero ¿qué pensaría la señora Roth de los cuadros? Imaginó que palidecería de asombro momentos antes de que le diera un ataque. En su fantasía vio un diminuto y oscuro vaso sanguíneo dentro de aquel cerebro cansado cuya pared se agrietaba y abría el paso a una fuga letal.

Pero lo arruinaría todo si sobrevivía a la ordalía de la contemplación y acudía a Stephen con sus ignorantes quejas. Hasta era posible que lo despidieran. Ya no sería nunca jefe de porteros. Y en el mejor de los casos, cambiarían las cerraduras y pondrían una alarma en aquella puerta. Quedaría sellada para él. Ya no podría entrar nunca más.

¿Por qué aquella noche? ¿Por qué tenía que haberse levantado la anciana precisamente aquella noche? Estaba desesperado por ver la última habitación. Aterrado, pero alerta al potencial de su influencia sobre su propia obra, allá en las paredes del Green Man. Húmeda aún en las paredes. Totalmente vivida. Algo que pondría de rodillas al mundillo del arte de Londres. Oh, sí, tenía sus dudas. Estaba enfermo de miedo por lo que estaba haciendo, por el ser en el que se estaba convirtiendo, por lo que estaba viendo dentro de su propia casa... Pero los artistas deben ser valientes, y lo que estaba brotando de sus manos era demasiado espectacular como para negarlo.

—¡Condenado idiota! El piso es mío, es de mi propiedad. Abre de una vez. Te digo que abras. Haz lo que te ordeno.

Seth comenzó a ponerse nervioso de nuevo. A sentir el pánico en el fondo de la garganta. Sacó las llaves del bolsillo, y rebuscó entre ellas con manos temblorosas. ¿Cómo era posible aquello? ¿Cómo podía ser la señora Roth la propietaria del lugar y de las espeluznantes maravillas que contenía?

Y entonces habló otra voz. Desde la escalera, detrás de la señora Roth. Una voz que también conocía muy bien, cuyas palabras brotaban de las frías y ventosas sombras de pisos de protección oficial vacíos, de las calles emborronadas por la lluvia de Hackney y de los lóbregos horrores de las habitaciones del Green Man. Su encapuchado compañero había regresado.

—Adelante, Seth. Abre la puerta a la anciana señora. Hay alguien ahí dentro que quiere verla. Un viejo amigo, podríamos decir. Se encargará de ella. Le dará su merecido.

En la embocadura de la escalera, medio oculta por la pared, Seth atisbo la capucha bajada de la trenca de nylon. El rostro se perdía en la oscuridad y las manos quemadas permanecían enterradas en los grandes bolsillos.

«Le dará su merecido.»

¿Qué querría decir? Seth se sentía mal.

—¡Dámelas! ¡Quita de en medio! —La señora Roth cruzó el descansillo, demasiado rápida sobre aquellos pies suyos como zarpas. Con el rostro inflamado de furia por la indecisión de Seth, una de sus manos artríticas trató de arrebatarse el llavero.

Pero Seth lo levantó para colocarlo fuera de su alcance. La miró desde arriba y dijo con voz controlada:

—Por favor, ¿quiere dejarme hacer mi trabajo?

No sirvió de nada. La mujer no le dejaba alternativa. Introdujo la llave de la puerta principal en la cerradura. Ya no era responsable de lo que pasase.

—Vamos, vamos. ¿Por qué te quedas ahí como un pasmarote?

Seth abrió la cerradura y empujó la puerta hacia dentro. Se quedó donde estaba, contemplando la oscuridad que tenía delante. Un soplo de aire frío le rozó el rostro y le provocó un escalofrío en el cuello.

Sintió que la mano de la anciana apresaba su codo. A pesar de su comportamiento y de su manera de tratarlo, esperaba que la escoltara allí dentro. Y que la protegiera.

La miró. Se notaba que estaba muy nerviosa. Y atemorizada por el lugar. ¿Qué sabía sobre él? Porque algo sabía. Llevaba en el edificio desde la segunda guerra mundial y debía de haber conocido al anterior inquilino del piso. Habían sido vecinos. Y ahora el apartamento era suyo.

Penetró con ella en la oscuridad y se detuvo junto a la puerta para buscar las luces. El fulgor carmesí se encendió en el pasillo.

—¿Es que no funcionan? Esto está muy oscuro. ¿Has traído una vela?

Así que no veía demasiado bien. No era de extrañar; tenía casi cien años. Seth se volvió rápidamente. El muchacho encapuchado los observaba desde

el descansillo.

—Deja la puerta abierta. Esto no me gusta —musitó la señora Roth—, ¿Ves algo? —Su voz había perdido la fuerza. Ahora no era más que una anciana asustada que le estrujaba el codo en busca de protección. ¿Cómo podía haberle tenido miedo alguna vez?

Y sí, Seth podía ver algo: los cuadros cubiertos por las sucias sábanas de color marfil colgados de las paredes rojas e iluminados por la luz tenue y rojiza que filtraba un cristal grabado. Tal como él los había dejado. Pero la señora Roth no parecía verlos, lo que resultaba extraño. Seguía quejándose de la oscuridad. Pegada a él, con la cabeza a la altura de sus costillas. Un momentáneo acceso de empatía prendió en su pecho antes de que lo apartara, consciente de que aquello no era una demostración de amistad mutua, o ni siquiera respeto. Ella lo despreciaba. Simplemente, en aquel momento lo necesitaba. Por la mañana informaría de lo ocurrido a Stephen. Estropearía las cosas entre los tesoros de aquel lugar sagrado y él.

—¿Puedes ver algo? —preguntó la anciana con voz temblorosa e implorante. A continuación, alzando la voz, dijo—: ¿Quién anda ahí? —En la oscuridad, su tono imperioso volvía a hacer acto de presencia, pero en aquel pasillo parecía perder su poder.

—Señora Roth, ¿quién vivía aquí?

—Un hombre terrible —dijo ella. La fuerza estaba desapareciendo de nuevo de su voz. Parecía confusa y aterrada. La miseria y el miedo se combinaban para hacer que le temblaran los labios, para obligarla a inclinar la cabeza, como si se viera forzada a recordar algo que le provocaba un intenso dolor. Parecía más encorvada que nunca—. No queremos que regrese.

La llevó hasta la mitad del pasillo, consciente de su respiración, que parecía trabajosa, como si estuviera realizando una actividad agotadora, en lugar de caminar lentamente con sus zapatillas entre aquellas paredes rojas. Unas paredes que no alcanzaba a ver. La oyó gimotear.

—Aquí vivía un artista, ¿verdad, señora Roth?

La señora Roth contempló las puertas cerradas sin decir nada.

—Alguien que no le gustaba. A quien, probablemente, no entendía. Así que dígame, señora Roth, ¿quién era aquel hombre, aquel hombre terrible?

¿Y qué le hizo usted?

—No quiero pensar en él. No me preguntes más. No quiero hablar sobre él. No quiero recordarlo. Aquí no. Compré este sitio para librarme de él. —Y a continuación, casi con un susurro, añadió—: Después de que desapareciera.

—¿Qué hizo, señora Roth?

—¡Cállate! —chilló ella de pronto, y luego señaló la habitación del espejo—. Ahí dentro. ¿Lo oyes? Lo oigo ahí dentro. Se está riendo. No puede ser. Nos libramos de él.

La repentina fuerza de su miedo hizo que Seth se sobresaltara. Estaba temblando. Blanca de espanto, la viva imagen de la fragilidad, en aquel momento prácticamente tenía que sujetarla para que no se desplomara: un títere de papel maché con huesos de bambú.

—No puede volver. No puede ser él. Alguien nos está gastando una broma pesada. Nos libramos de él. No estábamos dispuestos a permitir que se quedara aquí. Abre esa puerta. Ábrela y enciende las luces. Quiero verlo. No me lo creo.

Sin saber qué hacer, pero muy consciente del poder que había dentro de aquella habitación, Seth titubeó. Bastaba con encontrarse cerca de la puerta para que lo invadiera la tensión de una incómoda expectación. Y la señora Roth estaba lívida de terror. La sentía temblar a su lado. ¿Qué estaría oyendo? Decía que oía reír a alguien. Pero Seth no oía ninguna risa... Sólo el viento. Sí, el rumor de un viento lejano. La sensación de que algo tremendo, frío y lejano se aproximaba, como si un mar de neblina estuviera acercándose a ellos impelido por una marea imposible. Una marea que discurría por encima de ellos y, de algún modo, también por debajo.

—No. Es peligroso. Tenemos que irnos —le susurró a la anciana con desesperación.

—¡Abre! Abre la puerta. Quiero verlo. Esto no está bien. No está bien. No puede regresar. —Estaba sucumbiendo a la histeria. La impecable cúpula de su pelo plateado estaba desmoronándose. Los patéticos restos de sangre que aún sobrevivían dentro de sus venas parecían haber abandonado la superficie de su piel. Tenía aspecto de estar a punto de desplomarse. Su carne había cobrado una tonalidad grisácea y Seth podía ver la práctica totalidad del

blanco de sus ojos.

Pero no podía quedarse allí parado y dejarla gritar. Podría despertar a alguien. En aquel mismo momento, otro inquilino podía estar aporreando la puerta de Stephen o llamando a recepción. O, aún peor, a la policía. Estaba volviendo a perder el control. El control de aquella estúpida zorra aterrorizada. La rabia reemplazó su intranquilidad y su miedo. La rabia podía hacer eso: tenía su utilidad.

—Está bien, está bien —dijo con una mueca y los dientes apretados. Alargó el brazo y agarró el picaporte de frío bronce. Pero al llegar el momento de girarlo, algo se lo arrancó de la mano. La puerta se abrió desde dentro con una fuerza que los hizo gritar a ambos.

Seth estaba sentado detrás de su mesa. Inmóvil. Con la mirada fija en la puerta principal y el azul y negro del alba detrás del cristal. Un escalofrío recorría su piel, nacido en algún punto de su interior pero propagado después por todo su cuerpo. En el techo, las luces emitían un sonido tintineante provocado por el calor que generaban. En el exterior, un coche potente aceleró y se alejó.

Quería mantener la mente despejada, pero no era capaz siquiera de seguir la acción en la pantalla de televisión que había debajo del mostrador. Se le antojaba sólo un mosaico absurdo de destellos, colores y voces lejanas. Las imágenes de su cabeza eran mucho más interesantes. Y en lugar de dejarse acallar o detener, saltaban frente a sus ojos para recrear los acontecimientos que habían sucedido tan rápidamente en el piso de arriba.

Recordaba haber retrocedido instintivamente de un salto para apartarse del espacio rectangular, oscuro y vacío, que había detrás de aquella puerta. Al menos eso era lo que le había parecido a él. Una habitación que se negó a materializarse cuando la voluntad ávida que contenía le arrebató la puerta de las manos.

Y entonces vio caer a la señora Roth. Lentamente, de costado, hacia los baldosines de mármol del suelo. Cayó en silencio. Sin siquiera pedir ayuda. Sin extender los brazos para amortiguar el golpe. Simplemente golpeó los

duros baldosines con un chasquido. Y se quedó inmóvil, con el rostro orientado hacia la puerta. Parecía aturdida. Sus labios se movían, pero no emitían sonido alguno.

Seth se había asomado a la habitación. Parte de la luz tenue y rojiza del pasillo entraba por la puerta, y gracias a ella pudo ver el destello de un espejo lejano y la forma insinuada de unos rectángulos alargados y cubiertos de sombras sobre la pared opuesta. Como si la materia sólida y tangible se hubiera recompuesto de repente dentro de aquel espacio que hasta entonces le había parecido oscuro y vacío. Y durante el más fugaz de los momentos, tuvo la seguridad de que algo corría de un lado a otro de la puerta. De derecha a izquierda. Encorvado. Algo borroso, que se movía con un susurro justo por debajo del sonido del viento que se aproximaba.

—Deprisa, Seth. Deprisa. Tenemos un trato, colega. Ya te lo dije. Así que espabila. Métela ahí, métela. No queda mucho tiempo —dijo el muchacho encapuchado desde detrás de él.

La señora Roth también había visto algo. Sus ojos se abrieron en un rostro tan ceniciento que parecía una máscara funeraria hecha de yeso. Parecían a punto de reventar alrededor de las córneas y estaban clavados, sin parpadear, en el vano de la puerta. Un largo reguero de baba colgaba de la comisura de sus labios más próxima al suelo. Comenzó a emitir unos gemidos bajos, como un animal. Un animal aterrado y herido que tratara de respirar a pesar de tener los pulmones dañados y gruñir al mismo tiempo a su atacante.

Seth sintió asco. Repulsión por aquella demostración de impotencia. Sintió deseos de apartarse de la figura rota del suelo.

La mujer no lo había escuchado. Ni una sola palabra. Se lo tenía merecido. La estúpida zorra no tendría que haber entrado allí. Había intentado decírselo.

—Seth. Seth —insistió el muchacho con voz cargada de urgencia—. Hazlo. Hazlo. Métela. Líbrate de ella. Tienes que darte prisa. No permanece mucho tiempo abierto. Y está malherida. Te vas a meter en un lío. Te van a echar la culpa. Hazlo. Hazlo, vamos.

Y esto lo impulsó a arrodillarse junto a la anciana. A estirar los brazos

hacia sus hombros estrechos y puntiagudos. Actuó movido por la certeza instintiva de que una vez que la hubiera metido en el cuarto el problema quedaría resuelto. De una vez para siempre. Así que lo hizo.

La mujer gimió mientras intentaba moverla, pero no apartó los ojos del umbral. Parecía esquelética bajo el camisón. La bata aleteaba y se abría. No era fácil agarrarla bien.

—Deprisa, Seth. Deprisa, vamos. Métela ahí y cierra la puerta. Tienes que hacerlo ahora mismo. Líbrate de esa zorra.

Desesperado por poner fin a aquella confusión, a aquel miedo, a aquella terrible suspensión de la razón y la decencia, introdujo las manos por debajo de las cálidas axilas de la anciana, la levantó por delante de él y la volvió hacia la puerta. Flácida, inmóvil y, en aquel momento, extrañamente silenciosa, la mujer colgaba de sus brazos con los ojos muy abiertos, lista para ser entregada a la habitación.

«Cuando una persona mayor ha sufrido una caída, no debes moverla nunca.» Recordaba el cursillo de primeros auxilios que le habían dado en el cuarto del personal. «Puede sufrir un shock.» Probablemente se hubiera roto la cadera. Pero Seth ya estaba más allá de aquello. Más allá de todo.

—Eso es. Métela. Mete ahí a esa zorra —repitió el muchacho encapuchado, jadeante de pura excitación, antes de proferir una carcajada impaciente y despojada de toda alegría—, Pero no mires, Seth. Tú no mires.

Seth obedeció. Consciente de que aquello pondría un rápido fin al inconveniente en el que se había transformado la anciana, echó a andar. Sin vacilar, sin mirar hacia la izquierda, ni hacia la derecha, ni hacia arriba, hasta llegar al centro de la habitación. Y entonces la dejó en el suelo.

Allí dentro era como caminar a través de un sueño. Su propio cuerpo era ingrávido. El aire era extrañamente denso a su alrededor, y estaba tan helado que le dejaba los pulmones sin aliento.

Nada tenía sentido, pero tampoco era necesario, puesto que Seth obedeció a pie juntillas las leyes de aquel espacio e hizo lo que se le pedía. Hizo lo necesario en una sala en la que el techo —estaba seguro de ello sin siquiera tener que levantar la mirada— se había esfumado y se había transformado en un terrible remolino de aire y voces a medio formar. Desde algún lugar

situado a kilómetros de distancia de él, se precipitaba violentamente sobre su cabeza una fría e insondable turbulencia que giraba hacia atrás a velocidad aterradora y se encontraba cada vez más cerca. Descendía en espiral. Había oído aquel ruido antes y esperado que fuese una radio lejana. Pero ahora sabía con certeza que no era tal cosa. Era el infinito que había visto retratado en los óleos que colgaban de aquellas paredes rojas. Y poseía una fuerza y una energía que lo hacían sentir más insignificante que ninguna otra maravilla de la naturaleza que hubiera contemplado hasta entonces.

Lo más de prisa que pudo, se volvió y corrió hacia la puerta y el pasillo. Atravesó el umbral con las piernas temblorosas, consciente de que sólo volvía a estar en el pasillo porque le habían permitido salir de aquella habitación. Y a continuación cerró la puerta tras de sí sin perder un instante. Mantuvo los ojos en el suelo, de modo que no alcanzó a ver con claridad lo que cruzaba repentina y rápidamente la habitación y cubría a la señora Roth.

El grito de la anciana fue breve. Grave, al principio. Ascendió, se tornó un trino agudo y luego cesó de repente. A esto lo siguió un fuerte chasquido y luego una serie de crujidos secos que le recordaron a un manojito de apios frescos partidos por unas manos fuertes. O a un puñado de ramitas secas tronchado antes de meterlo en una pequeña chimenea.

Y entonces el sonido del viento, aquel inexplicable movimiento en círculos, los chisporroteos que acompañaban el movimiento de descenso y, en su interior, el atisbo de unas figuras arrastradas cuyas voces restallaban en el aire, ganó de repente en fuerza y volumen hasta llegar a un punto en que todos los inquilinos de Barrington House, Seth estaba seguro, lo oyeron mientras se incorporaban en sus camas como impulsados por un resorte. Un clímax de tal violencia que esperó, encogido, a que llegara el sonido de las ventanas que reventaban.

Pero no lo hizo. Y justo antes de que el ruido se interrumpiera de repente, oyó lo que parecía un montón de pezuñas que arañaban un suelo de madera en su precipitación por llegar al lugar en el que había dejado a la señora Roth.

El silencio que siguió fue casi más difícil de soportar que los ruidos precedentes, que lo habían dejado paralizado. Porque no era un silencio calmo. Más bien estaba cargado de expectación. Y al ver que se prolongaba,

Seth comenzó a preguntarse si lo que quiera que tuviese que suceder al otro lado de la puerta habría concluido por fin.

El muchacho encapuchado había entrado en el pasillo desde el lugar en el que había dirigido las operaciones. Se colocó junto a Seth, quien arrugó el rostro al percibir un repentino tufo a pólvora quemada y cartón chamuscado.

—Has hecho bien, Seth. —El chico se echó a reír, y la capucha de la trenca tembló a causa de una actividad en su interior que Seth se alegró de no ver—. Esa zorra se lo tenía merecido, colega. Zorra. Vieja zorra. Va a estar muy contento con nosotros, colega. Hacía siglos que quería a esa vieja zorra. Ahora entra ahí y límpialo todo. Aún no has terminado.

Tenía que volver a entrar allí. Y limpiar. Un terrible estremecimiento recorrió su cuerpo y tuvo que morderse el labio para detener los violentos sollozos que pretendían agitarlo de la cabeza a los pies.

—Vamos, Seth. Tienes que darte prisa si no quieres que te cojan, colega.

Seth se pegó a la puerta de la sala de los espejos y escuchó con atención. Aguzó el oído al máximo para captar, al otro lado de la pesada madera, cualquier indicio de ocupación o actividad. De haber oído algo habría escapado corriendo y no habría parado hasta abandonar el edificio. Pero no oyó nada. Sólo la gradual remisión de su asombro y su miedo le permitieron volver a pensar en la señora Roth. Una anciana tendida sobre el suelo de un piso en el que nunca tendría que haber puesto el pie. Una mujer malherida, o algo peor. Abrió la puerta.

Y la vio en el suelo, con la espalda encorvada, más o menos en la misma posición en que la había dejado, mirando al espejo. Un espejo en el que se podía ver su rostro retorcido en una máscara de terror tan profundo que estuvo a punto de oír de nuevo sus gritos. Y por encima del reflejo del bulto inmóvil formado por el camisón y los miembros esqueléticos de la señora Roth, vio algo que se movía bruscamente.

Muy dentro del espejo, en el interior del túnel rectangular y plateado creado por su posición frente a otro espejo idéntico en la pared opuesta, algo se movía a rápidos saltos, como las imágenes de una película escupidas por un proyector. Pero lo que creyó ver, fuera lo que fuese, se había desvanecido antes de que hubiera tenido tiempo de dar dos pasos en el interior de la

habitación. Incluso después de todo lo que había soportado, oído y visto en aquel lugar, la noción de algo alargado y pálido, con una mancha rojiza en lugar de cara, que se perdía en el interior de las distancias reflejadas por el espejo, lo puso enfermo de terror. Y le pareció ver que arrastraba por el tobillo un bulto azul pálido, lejos de aquella habitación y hacia las profundidades de lo que quiera que hubiese allí abajo.

Entonces se volvió y miró un instante a su alrededor, a los ocho cuadros descubiertos. Uno a cada lado de cada uno de los espejos que ocupaban el centro de las paredes. Y en su interior todo pareció dejar de moverse, como sepultado por la fuerza desnuda de las imágenes.

Cada retrato mostraba el mismo rostro, pero en diferentes estados de desintegración, en medio de una terrible corriente de aire ascendente, tan violenta que debía de haber abrasado la carne en los huesos con la misma eficacia de un soplete de acetileno. Era como si la terrible degradación de la cabeza sobre el cuerpo sedente se hubiera producido de repente. Los ocho retratos mostraban en una secuencia cómo la cabeza era separada en trozos, desgarrada y, al fin, succionada hacia arriba mientras el cuerpo seguía encadenado a la silla. Reconoció algunos fragmentos de cara en la cabeza seccionada. Era la señora Roth.

Seth cerró los ojos y se estremeció. Se frotó la cara con las manos.

«No mires arriba.»

Se arrodilló junto al cuerpo frío de la señora Roth. Lo palpó y le susurró unas palabras, pero no obtuvo ninguna respuesta de la forma tesa embutida en la bata azul. Aún tenía los ojos abiertos, pero optó por no mirarlos, ni en el reflejo ni en la cara real, retorcida por el terror en el rictus de un aullido que a duras penas había tenido tiempo de escapar de aquella boca sin labios.

Sin perder más tiempo, levantó aquel montón de huesos de cabeza flácida y, cargado con él, cruzó el piso, pasó por la puerta, subió un tramo de escalera, atravesó la entrada abierta del apartamento dieciocho y recorrió el pasillo hasta el dormitorio principal. Allí colocó el cuerpo a los pies de la cama, como si hubiera caído pesadamente, con la cabeza por delante, después de perder el equilibrio. El ruido que hizo no despertó ni siquiera a la pequeña Imee. Puede que la pobre desgraciada sólo respondiera ya al sonido de una

campanilla.

A continuación retrocedió un paso y estudió el resultado de su trabajo. Satisfecho con la posición de la marchita y quebrada criatura, uno de cuyos pies se había enredado entre las sábanas, volvió sobre sus pasos y salió rápidamente del apartamento. Cerró la puerta principal detrás de él y bajó de nuevo al apartamento dieciséis para borrar su rastro y tapar las pinturas de la sala de los espejos, sin atreverse a abrir los ojos a tan poca distancia del espanto aullante de aquella cara. La pintura todavía estaba fresca.

Capítulo 25

—Lo asesinaron, Miles. Lo asesinaron.

Miles se detuvo en mitad del proceso de quitarse la americana.

—¿A quién? ¿De qué estás hablando?

Apryl estaba sin aliento y lo que decía no tenía sentido— y lo sabía—, pero fue incapaz de contenerse en cuanto Miles entró en su habitación del hotel.

—Mi tío abuelo Reginald, el marido de la señora Roth y Tom Shafer. Los hombres que vivían allí, en Barrington House, lo mataron. Fueron a verlo para quejarse. De los sueños. Las sombras. Creían que los había embrujado. Como mi tía abuela con sus diarios. Todo cambió después de su llegada. Y luego tuvo una especie de accidente. Y después de eso todo fue a peor. ¿No te das cuenta de que todo encaja?

—No, la verdad. ¿De qué demonios estás hablando?

—Los inquilinos lo mataron. Vieron los cuadros en el apartamento. Debieron de destruirlos, quemarlos. Y lo mataron. Pero no desapareció: lo mataron.

—Cielo. Vamos, cielo, siéntate aquí. Por favor, cálmate. No lo entiendo. No tiene sentido. Estás hablando como una chiflada.

Pero Apryl seguía paseando de un lado a otro de la habitación.

—No pretendía decírmelo, pero quería hacerlo. Parte de ella quería confesar. Es muy vieja, Miles, pero no está senil. Oh, no. Es tan avispada como una comadreja. Sabe exactamente lo que dice en todo momento. Dios

mío, es una obsesa del control. Pero no puede controlar su conciencia. Por eso se comporta como una zorra miserable. Le remuerde la conciencia y quiere confesarle la verdad a alguien. A quien sea. La sorprendí en un momento de vulnerabilidad. Cuando se acaba de despertar es vulnerable. Se le nubla el juicio, ya sabes cómo son esas cosas, y no quiere más que sacárselo de dentro.

»Está tan mimada que sigue siendo como una niña —continuó—. Pero no le queda mucho tiempo, y lo sabe. Y lleva todo eso por dentro. Hizo algo terrible, hace mucho tiempo. Y Lillian también. Todos ellos, y luego lo ocultaron. Y ahora su mente comienza a fallar y está convencida de que Félix Hessen ha regresado al edificio. Para vengarse o algo así. No lo sé. Asegura que ha vuelto a oírlo en su piso. Moviéndose debajo de ella. Como antes. Vive justo encima del apartamento de Hessen. Y la escalera vuelve a estar llena de sombras. Como antes. Las mismas sombras que traje consigo hace años. Vuelve a oír las voces y está viendo cosas y todo eso. Como Lillian. Es contagioso. Aquello es aterrador. Oh, Dios... me pareció ver algo otra vez. Pero es como... Está en su conciencia. Suena a película de terror, pero lo explica todo. Lo que le pasó a Hessen y a sus cuadros.

—¿Has perdido la cabeza?

—Escucha. Escúchame. —Apryl se sentó a su lado y le agarró el antebrazo con las dos manos.

—Pero...

—Tú escúchame, por favor. Hazme un favor, Miles, simplemente escúchame.

Cuando Apryl concluyó un relato menos frenético de su encuentro con la señora Roth y lo que éste le había permitido deducir, Miles se recostó en la cama y se apoyó sobre los codos. La miró con rostro inescrutable.

—¿Ves? —dijo ella con los ojos y las manos aún temblorosos por la emoción.

—Jesús, qué historia tan terrible.

—Sí. Son los años que faltan en la historia de Félix Hessen y la prueba de

que pintó cuadros.

—Es posible. Y recalco lo de «posible».

—¡Oh, Miles!

—Espera un segundo, cielo. Y no corras tanto. Me gustaría hablar con esa señora Roth antes de formarme una opinión.

—No accederá a verte. Estoy segura de ello. Ni a mí tampoco. Lo sé.

Miles enarcó las cejas.

—Pero ¿qué piensas tú sobre todo esto? Lo de las sombras. Y el sonido de las voces en el apartamento. Si quieres saber mi opinión, da bastante miedo. Es exactamente lo mismo que escribió Lillian.

Apryl sonrió. Estaba tan alterada que le entraron ganas de gritar.

—¡No es verdad! ¿Has leído todos los diarios? Dime que sí.

Un gesto ceñudo arrugó la frente de Miles.

—Sí. He terminado el último esta tarde, en el trabajo. De hecho, algunos de ellos los he leído dos veces. Pero cariño, lo más probable es que la señora Roth esté loca. Como esa tal Alice a la que conociste en los Amigos que decía haber sido amiga suya. Y como tu tía.

—Lillian no se parecía en nada a Alice. —Entonces hizo una pausa y se llevó las manos a las mejillas—. Oh, Dios. Alice. Alice dijo lo mismo. Sobre un accidente. Dijo que Hessen tuvo un accidente. Debía de conocerlo. Ambas debieron de conocerlo después de la guerra. Creo que se mutiló a sí mismo.

—Oh, vamos, chiquilla...

—¿Por qué no? Tú eres el experto, ¿no? ¿Acaso Van Gogh no se cortó una oreja? Hessen estaba allí solo, atormentado por su propia visión. Trabajando furiosamente. Con la mente en proceso de desintegración. Una mente que, para empezar, nunca había sido como las de los demás. Tú mismo lo dijiste. Todo encaja. Hablaba solo. Gritaba. Realizaba rituales que hacían que lo echaran de todas partes. Dios, debió de perder la chaveta allí solo y... se mutiló la cara. Su propio y bello rostro.

—Apryl. No nos dejemos llevar, por favor. Vamos a tranquilizarnos un poco. No tienes pruebas. Sólo un par de ancianas medio locas que te han contado una historia. O sea, acabas de contarme que los inquilinos de Barrington House eran los protagonistas de una novela de Agatha Christie.

La señora Roth en el salón con el candelabro.

—Si te vas a reír de mí, Miles, prefiero que te vayas.

—Oye...

—Lo digo en serio. He seguido las pistas que me dejó mi tía abuela. Y me han llevado a esto. A ese hombre lo asesinaron en su propia casa. ¿Quién sabe por qué? ¿Quién sabe lo que les hizo en realidad? Esa mujer me contó que había muchos judíos en el edificio y que sabían que era un fascista. La señora Roth también es judía. Roth, ¿entiendes? Hay motivos de sobra.

—Bueno, sí, ése podría ser uno, y bastante frágil, debo añadir. Oswald y Diana Mosley tuvieron amigos judíos antes y después de la guerra. Y no les dieron la espalda. La gente importante se comporta de otra manera. Son mucho más comprensivos con los *faux pas* de los demás, querida. Pero... —Apryl se volvió hacia él con una expresión que sugería una completa ausencia de paciencia con sus dudas— si de verdad crees que lo asesinaron, deberías acudir a la policía.

Apryl asintió.

—Pero tengo que saber más. Averiguar más.

—¿Cómo?

—Debo volver y hablar con los Shafer. Conseguir que me lo confirmen. Aún siguen vivos. Los pararé en plena calle si es necesario. Aún no sé cómo murió Reginald. No tuve la oportunidad de preguntarlo. Pero sé, estoy segura, que tiene relación con esto. —Se volvió y miró a Miles—. Quiero la historia entera. Por Lillian.

Capítulo 26

Confundido por las preocupaciones, por la falta de sueño y por haber visto cosas contra las que no tenía defensa, Seth no reconoció los ojos aterrados que le devolvían la mirada desde el espejo mugriento que había sobre la repisa de la chimenea. Apartó la mirada. En el interior de su mente, una multitud se debatía con espanto.

Tenía que hacer esfuerzos para respirar. El corazón le latía demasiado de prisa y exudaba un sudor frío por todos los poros. No podía permanecer sentado sin moverse, así que, en vez de ello, paseaba por la habitación de un lado a otro. Creía que podía estar enfermo.

¿Qué había hecho?

Tiritando, lió y encendió otro cigarrillo junto al radiador. El sexto en otros tantos minutos. Se lo fumó hasta la mitad y luego lo apagó en un cenicero ya rebosante con un centenar de colillas sobre un denso lecho de ceniza. La imagen hizo que se sintiera peor.

No podía recordar la última vez que había comido. Llevaba días viviendo a base de tazas de té y cigarrillos. Demasiado tabaco, cafeína y aire cargado. Tampoco recordaba la última vez que había abierto una ventana.

La luz acuosa y grisácea del sol del atardecer, que pronto desaparecería en el crepúsculo, teñía de blanco el tejido anaranjado de las cortinas allí donde más desgastadas estaban.

Aquella penumbra grumosa revelaba manchas de colores entre rojos y negros en las dos paredes. Al verlo se le retorcieron las tripas. ¿Cómo había

llegado a eso, a caer tan bajo? ¿Había perdido la cabeza? ¿O era otro yo nuevo el que se dedicaba a pintar aquellos fragmentos de caras y cabezas en las paredes antes de matar ancianas?

Por Dios, ¿de verdad lo había hecho?

No estaba seguro de lo que había hecho. En sus recuerdos, los sucesos de la pasada noche tenían un aire convulso e insustancial. Si lograba detener sus pensamientos, aunque sólo fuese un momento, tal vez pudiera recordar lo que había hecho y lo que había visto en el piso, sobre las paredes. Comprobar si era posible. Pero sus manos aún parecían soportar el peso del cuerpo huesudo de la anciana. Y no podía borrar de su mente la imagen de la señora Roth tendida en el suelo, con el terror reflejado en el rostro y los ojos aún abiertos. Ni la de la veloz sombra que había cruzado corriendo el cuarto de los espejos y se había colocado sobre ella. El cuarto al que la había llevado como un sacerdote que transportara un sacrificio al corazón del templo. Y también recordaba el cuerpo de la anciana en el suelo de su propio dormitorio, donde lo había dejado, al pie de la cama, inmóvil y roto. Donde lo encontrarían aquel mismo día. Su enfermera ya estaría allí. En cualquier momento llamaría alguien, puede que Stephen, puede que la policía.

En el espejo... ¿Qué había visto en aquel espejo? Algo que se movía penosamente, como un pájaro flaco y blanco con un ala rota, con algo rojo cubriendo una cara que no era como debería ser. Y que se la llevaba a rastras, hacia el interior del reflejo.

No podía confiar en sus recuerdos. Ni siquiera era capaz de distinguir lo que era real de lo que era una pesadilla. No. No era posible. Llevaba semanas teniendo alucinaciones. Primero los sueños y luego el muchacho que se le aparecía en las visiones. Su mente enferma lo había inventado todo. Es lo que sucede cuando pasas demasiado tiempo solo. Sin dormir lo suficiente, sin comer como es debido, la consciencia, deprimida y ansiosa, se vuelve en su propia contra. Se había extraviado hacía tiempo y ahora no podía volver al camino. Era demasiado tarde para ello.

Volvió a sentarse y cerró los ojos. Apretó los dientes y trató de contener la repentina reaparición en su cabeza del anguloso rostro sin vida de la señora Roth y de las mórbidas imágenes de aquella otra cabeza, enmarcada sobre las

paredes de la sala de los espejos. La que se estaba desmoronando, descarnada hasta el hueso... en pintura aún húmeda.

Tenía que irse de Londres. Abandonar aquella habitación mísera y mugrienta. Alejarse del apartamento dieciséis y de lo que lo había obligado a hacer aquello. Romper el bloqueo de miseria, agresión e indiferencia que rodeaba permanentemente la ciudad.

Acababa de completar un ciclo de turnos y ahora tenía unos cuantos días libres. Si le preguntaban, podía decir que sólo había ido a visitar a su madre. Así, su marcha de la ciudad no parecería una admisión de culpabilidad si llegaban a encontrarlo sospechoso de la muerte de la señora Roth.

Aferrado a esta lógica, se puso en pie. Tambaleante sobre unas piernas cansadas, con la visión casi pixelada por la falta de sueño, hurgó entre el montón de ropa que había en un rincón hasta encontrar una mochila. Metió dentro algo de ropa sucia, y luego recogió el abrigo, las llaves y la cartera antes de salir del cuarto y echar la llave. Un cuarto que era un monumento al engaño, la demencia y la futilidad. Un lugar en el que no volvería a poner el pie.

El tráfico nunca cesaba en New North Road. Esperó en la acera, parpadeando por culpa de una luz que, aunque tenue, aún le lastimaba los ojos. Un viento frío le azotaba la cara desde tres direcciones diferentes. El aire polvoriento y empapado de vapores se arremolinaba a su alrededor.

Al cabo de un rato el semáforo cambió. Siguió su camino por Essex Road en dirección a Islington. Su destino era la estación de Angel. Y luego King's Cross y adiós para siempre. Tiritaba y sudaba al mismo tiempo. Temía que reapareciera la fiebre. No se sentía bien. Mientras trataba de sortear a los peatones rezagados, le daba la sensación de estar paralizado en el sitio o caminando hacia atrás.

Las nubes estaban muy bajas. Desoladoras y grises, parecían encontrarse a pocos metros de los pisos superiores de los edificios más altos. Manchado de porquería, el cielo estaba impregnado de un sedimento marrón hasta los feos ladrillos rojos y el hormigón mugriento de los edificios, de modo que era imposible ver nada más allá de unas cuantas decenas de metros.

Y la gente que lo rodeaba parecían los últimos vestigios de una raza

enferma. Se arrastraban con paso vacilante bajo el peso grotesco de sus cuerpos obesos. Entre resoplidos de irritación, competían a codazos y empujones para avanzar por las calles abarrotadas. Trató de no quedarse mirando los rostros que lo rodeaban. ¿Qué les había hecho la ciudad? Hacían que se sintiera enfermo.

Allí todo el mundo estaba afectado de un modo u otro. Lo único que pasaba es que algunos, como él, habían caído más bajo que los demás. Y no convenía regodearse demasiado en los que se encontraban en peor estado que uno, por si eso aceleraba tu propio descenso hasta sus mohosos y olvidados rincones: los apartamentos viejos, las habitaciones húmedas y los edificios laberínticos de hormigón donde no crecían los árboles y donde el aire estaba permanentemente impregnado de la voz beligerante del tráfico acelerado y furibundo.

Tenía que alejarse de allí. Oh, Dios, si pudiera simplemente desaparecer de aquel lugar disfuncional... Una ciudad que regeneraba su contaminación atemporal gracias a la miseria de sus habitantes. De ahí extraía su sustento. Asfixiando las esperanzas y perturbando las mentes. Instigando las crisis y los fracasos. Con la consternación de la pobreza y la tiranía de la muerte. Con la eterna frustración de la falta de tiempo; la asfixia de la locura y el cautiverio de la neurosis; el ciclo perpetuo de la desesperación y de la euforia; la rabia homicida hacia el intruso que se sienta demasiado cerca; las miradas muertas de las ventanas de los autobuses; la absorción muda y la silenciosa humillación de los subterráneos; la delincuencia y la bebida; un millar de lenguas distintas que cloqueaban con egoísta insistencia. La ciudad de los condenados. Fea, frenética. Y toda ella por debajo del sol blanco, bajo un cielo eternamente teñido de blanco. Donde los condenados, engullidos, olvidan quiénes son. La aborrecía.

Su espanto lo espoléó a continuar. Lo hizo caminar más de prisa a pesar de que estaba sin aliento e incómodamente sudoroso bajo la ropa. En los ventanales sin brillo de las tiendas y los cafés vislumbró atisbos de sí mismo: desaliñado y encorvado como un mendigo con su bolsa vieja. Y al ver su rostro se dio cuenta de que parecía enfermizamente blanco. Blanqueado por el miedo, afilado por la ansiedad, estirado por la miseria, mientras que los

ojos estaban llenos de la confusión de un hombre atormentado por la ausencia de sueño.

—Jesús —susurró entre otros murmullos en los que repetía las etapas de su viaje, una vez tras otra—: La Northern City hasta King's Cross. Luego un billete hasta Birmingham. Cojo el primer tren...

Junto al escaparate de cristal de un banco paró un momento a descansar antes del asalto final a la estación de metro de Angel. Estaba cerca del cruce y le parecía que había algo extraño en el aire. Era como si una mano sobre el pecho estuviera conteniéndolo mientras le insensibilizaban las piernas con agujas y alfileres. En aquel lugar, un chorro de visiones inundó su cabeza. Aparecían y desaparecían, más rápidas que latidos. Estaban por todas partes, las condenadas.

Los dos mendigos que ocupaban un banco le dijeron que se fuese a tomar por culo. Ellos utilizaban la bebida para contener sus propias visiones.

Aquél era un lugar que sólo los locos podían ver. Pero su presencia y su influencia sobre ellos eran tan intensas que no podían hacer otra cosa que quedarse mirándolo, o vagabundear y murmurar como profetas olvidados y reyes destronados.

—Hijo de puta —insultó al pavimento con el que había tropezado—. Montón de mierda asqueroso del diablo —maldijo antes de escupir a los coches que pasaban velozmente—. Apesta a bilis y a mierda de mierda de mierda... —dijo a la estación de metro al encontrarse con que estaba cerrada a causa de unas obras.

Pidió a Dios las fuerzas para destruir la ciudad con un martillo.

Tendría que continuar a pie. Recorrer a trompicones Pentonville Road hasta la estación de King's Cross. La rabia lo impulsaba. Apretó los dientes con determinación. No se dejaría doblegar. Ni por aquel pavimento irregular, ni por los semáforos que nunca cambiaban, ni por las repentinas obras que lo obligaban a dar largos rodeos ni por los rostros amarillentos que levantaban la mirada hacia él, implorantes, con aquellas bocas apergaminadas y horribles que se movían en las ventanas oscuras de los bajos de los bloques de pisos. Algo parecido a un cangrejo, con las patas igualmente finas, se escabulló detrás de un polvoriento seto de alheña. Cerró los ojos para no verlo.

Tardó lo que se le antojaron horas, con paradas frecuentes para limpiarse el sudor de los ojos y cambiar de posición la mochila, que amenazaba con provocarle una lesión de columna. Su visión comenzaba a disolverse en destellos blancos por los bordes. Los sonidos se ralentizaban y dilataban.

En King's Cross, la mayor parte de la calle estaba perforada alrededor de la entrada a la estación y rodeada por cintas de plástico de color naranja. Nadie trabajaba en los estratos de alquitrán, tierra y tuberías de arcilla. Las señales estaban por el suelo. La gente pasaba por encima de ellas. El sonido de sus zapatos al pisar la hojalata abollada restallaba dentro de su cráneo como la metralla. La bóveda de su cráneo era ahora un gran moratón que empujaba la oscuridad contra sus ojos.

Había dos coches de policía aparcados junto a la entrada principal de la estación, pero no pudo ver a los agentes. Seis perros enfurecidos, sujetos con correa, peleaban delante de la puerta, a la que impedían acceder. Uno de los dueños tenía una barba que le llegaba hasta la cintura. Era de color gris y estaba enredada y llena de nudos. El otro era un macarra flacucho con mejillas cubiertas de acné y unas mallas de rayas que trataba de vender el *Big Issue*. Los dos tiraban de las correas de sus perros mientras se lanzaban insultos a gritos. La gente que iba a trabajar pasaba junto a aquel escándalo comiendo sándwiches de Prêt À Manger y hablando por sus teléfonos móviles. Dentro de la estación alguien estaba gritando: «¡Quitadme vuestras apestosas manos de encima! ¡Quitádmelas, monos apestosos!» En aquel momento, tres agentes salieron de la estación llevando a rastras a una mujer de color. No llevaba zapatos. Los tres agentes habían perdido la gorra.

La mujer parecía trastornada, una vagabunda que había perdido la cabeza de tanto fumar *crack*. Una de sus manos aún aferraba un mendrugo mordisqueado de *baguette*. Dos pequeñas mujeres orientales aparecieron tras ellos. Llevaban los uniformes blancos y rojos de un negocio de *catering*. Sus expresiones eran idénticas: silenciosa indiferencia.

Seth pensó que, de haber tenido un arma, aquél habría sido el momento de liarse a tiros. De limpiar su camino de perros y degenerados. Pero el rojizo destello de la ira sólo lo hizo sentir más débil. A punto de desmayarse.

Una vez dentro de King's Cross y cuando al fin logró enfocar la mirada

sobre el tablero de salidas, se dio cuenta de que estaba en el lugar equivocado. No circulaban trenes entre King's Cross y Birmingham New Street. Tendría que haber ido a Euston. Al puto Euston.

Con las manos en las rodillas y la cabeza inclinada, trató de contener tanto la rabia dirigida contra sí mismo como el delirio que le provocaba la falta de sueño. Hacía mucho que no abandonaba Londres un solo día. Un año desde su última visita a Birmingham. Había olvidado cómo se salía. Pero saldría. Caminaría todo el día si era necesario, hasta desplomarse, para encontrar el modo de escapar de aquel infierno.

Volvió a Euston Road y encaminó sus lentos pasos hacia el oeste. La estación de Euston no estaba lejos. Eso decían los carteles. Sobre su cabeza, el cielo estaba tiñéndose de blanco. O más bien empezaba a mostrar un brillo trémulo e intenso a través de la gaseosa manta de color gris. Le ardía la cara y su visión flotaba a su alrededor. Las calles, los edificios, las farolas, los coches, los arbolillos, los carteles del tráfico y los peatones daban vueltas, borrosos, a su alrededor. Si llegaba a sentarse perdería el sentido.

Pero al entrar en la estación se sintió aún peor. El efecto fue inmediato. Lo embargó el pánico. Entre la luz blanca y cegadora, el murmullo de las voces, los empujones de las mochilas y el chirrido de las ruedecillas de las maletas, sintió un abrumador deseo de salir corriendo de allí.

Una voz con eco que no era capaz de entender del todo estaba anunciando retrasos y cancelaciones. No encontraba Birmingham en el tablero de salidas. Aturdido, entornó la mirada para tratar de contener el zanjeo vertical de su visión, pero al cabo de pocos segundos el dolor le impidió seguir mirando hacia arriba.

Fue en busca de ayuda, que allí escaseaba. O no existía, en realidad. Decidió que preguntaría en la taquilla, pero al ver las enormes colas enroscadas como serpientes, pensó que sería mejor dirigirse al baño. Pero de camino allí, en medio de la multitud que ocupaba el vestíbulo principal, se detuvo de repente. Frente al borrón rojizo y amarillo de la entrada de un Burger King se encontraba la figura de un muchacho encapuchado. Sus manos estaban profundamente enterradas en los bolsillos de nylon de la trenca y el rostro perdido en la oscuridad, pero volvió la mirada en dirección

a Seth.

Un hombre detrás de Seth estuvo a punto de tirarlo al suelo, y luego, en lugar de disculparse, se volvió violentamente para lanzarle una mirada de hostilidad. Seth volvió a mirar al lugar donde había visto a la figura encapuchada, pero ya no estaba allí.

Con la respiración entrecortada, se dijo que estaba teniendo alucinaciones. Pero entonces entrevió por un instante unos pantalones escolares y unos zapatos de suela gruesa y llenos de rozaduras delante de una tiendecilla que vendía gafas de sol y relojes.

Imposible: el niño no podía moverse tan deprisa. Habría otros allí. Debía de ser uno de ellos. Estaba paranoico. Paranoico y enfermo. Se abrió paso en medio de un grupo de turistas franceses en dirección a la taquilla.

Pero puede que el muchacho estuviera allí para impedir que se marchara. No había encontrado otra cosa que obstáculos en su camino desde que abandonara el Green Man. Era como si la ciudad entera conspirara para mantenerlo cautivo dentro de ciertos confines.

Una vez en la cola, mantuvo la mirada gacha y los ojos cerrados para no ver a nadie con capucha observándolo. Para enfocar la vista y contener el pánico, comenzó a inhalar profundas bocanadas del caliente aire. Pero el miedo que rebullía en el fondo de su garganta amenazaba con brotar como un aullido agudo. Lo invadió el deseo de arrancarse la ropa y echar a correr como un loco entre la multitud.

Creía instintivamente que si se desplazaba hacia el este, de regreso al Green Man, comenzaría a sentirse mejor. Algo estaba diciéndole que no se le permitiría abandonar la ciudad. Algo con lo que había decidido asociarse voluntariamente la noche que abrió la puerta del apartamento dieciséis.

Finalmente llegó a la ventanilla, detrás de la cual había sentado un hombre rollizo con un chaleco rojo. Seth reencontró su voz y pidió un billete para Birmingham.

El hombre puso cara de exasperación.

—¿Es que no ha oído los anuncios? ¿No ha visto los carteles? Hoy no salen trenes para Birmingham.

—¿Qué?

—No hay servicios desde Euston.

—¿Y cómo puedo llegar a Birmingham?

—Desde Marylebone. En Chiltern Railways. O desde la terminal de autobuses de la estación Victoria.

Pero la mera mención de aquellos lugares remotos, tan lejanos en la abarrotada y asfixiante ciudad, logró apagar la última llama de su determinación. Sintió deseos de aporrear la pared hasta dejar la mano reducida a una masa de pulpa y fragmentos de hueso bajo la piel morada.

—¿Puede dejar pasar al próximo viajero? —preguntó el hombre del chaleco rojo.

Seth se alejó lentamente del mostrador. Sabía que ni el metro ni los autobuses lo llevarían adónde quería y no tenía fuerzas para seguir caminando. Había perdido toda la energía, aparte de la reserva con la que alimentaba su pánico. Aunque lograra llegar a otra estación, la enfermedad volvería a paralizarlo inmediatamente.

Tenía que dormir. Tenderse y conciliar el sueño. Quizá pudiera intentarlo más tarde, después de haber dormido un poco. En aquel momento no se le ocurría otra cosa, y se negó incluso a responder a la presencia del muchacho encapuchado, que lo esperaba junto a la taquilla y comenzó a caminar a su lado al salir de la estación.

Al día siguiente trató de alejarse en dirección sur, pero no logró llegar más allá del Strand, donde vomitó en el baño de un pub.

El norte era un laberinto infranqueable. Lo desorientaban muros de ladrillos, tejados negros y puntiagudos, vallas metálicas, el aire amargo y las criaturas blancuzcas que lo llamaban desde los solares y se movían más veloces que las ratas allí abajo, entre los cimientos a la vista. Su intento de fuga lo devolvió de nuevo al centro, donde se encontró por la tarde, en algún lugar entre Camden y Euston, agotado por el hambre y el esfuerzo.

Al tercer día, en el este, estuvo a punto de asfixiarse en una hilera de edificios grisáceos, cuyos jardines delanteros estaban llenos de basura. Se estremeció y se echó a llorar, observado por niños paquistaníes vestidos con ropa extraña. Y entonces se encaminó hacia su casa, la única dirección donde encontraba alivio de las náuseas, los escalofríos, la asfixia y las constantes

llamadas de las criaturas de hueso desde las ventanas, con sus rostros amarillentos y las fauces abiertas de par en par.

La tarde siguiente volvió al trabajo.

Capítulo 27

Junto al apartamento de los Shafer, los olores de Barrington House se amortiguaban, enmascarados por algún otro aroma: barniz para la madera, limpiador de alfombras, productos para el bronce y polvo. Y algo más: un leve aroma a azufre. O a algo recién quemado, como la pólvora.

Las escaleras de subida y bajada que había a ambos lados del ascensor estaban iluminadas con lámparas eléctricas, pero aun así la atmósfera era lúgubre, como una fotografía sacada con poca luz. Esto provocó cierta intranquilidad a Apryl, pero curiosamente, también un acceso de apatía. Le daba la sensación de que si no seguía moviéndose, concentrada en tareas específicas, podía tenderse o sentarse simplemente en silencio, sola, para esperar en aquel lugar. Pero ¿esperar a qué?

Cuando estaba a punto de llamar a la puerta de los Shafer sintió que se le encogía el estómago. Eran gente anciana y difícil que no quería que se la molestase. Al menos eso le habían dicho Stephen y Piotr. Su negativa a verse con ella estaba relacionada con su conexión con Hessen y lo que le habían hecho encabezados por su tío abuelo Reggie. La señora Roth se lo había revelado únicamente en condiciones de gran estrés emocional. Puede que pensase que su propio fin estaba próximo. La idea hizo que Apryl se sintiera profundamente incómoda, puesto que debía de haber sido una de las últimas personas en ver a Betty Roth con vida. Stephen se lo había contado aquella misma mañana, al llegar.

Pero la anciana inquilina le había contado lo bastante, y la propia Lillian

había insinuado algo sobre la sucesión de horribles acontecimientos que había tenido lugar medio siglo antes. Pero por miedo a interrumpir la incompleta y fortuita narración de la señora Roth, no se había atrevido a preguntarle por la muerte de Reginald. Ni siquiera Lillian había sido capaz de dar aquellos detalles, pues la verdad última de lo ocurrido era demasiado desagradable tanto para su tía abuela como para la señora Roth. Así que no le quedaban más que insinuaciones sobre invocaciones de poderes antinaturales por parte de Hessen, sonidos aterradores, pinturas espantosas y una plaga de pesadillas con las que ni siquiera una confrontación directa con el responsable había logrado acabar. Cosas que ella había vislumbrado y que tenía pavor a encontrarse de nuevo en aquellos pasillos sombríos y aquellas habitaciones miserables, donde las sombras no eran como debían ser y donde todos los espejos insinuaban una presencia. Miró a su alrededor, intranquila por un momento al posar la mirada sobre el espejo del descansillo.

Allí había habido un conflicto y había terminado mal para Hessen. De eso estaba segura. Un asesinato que habían mantenido en secreto durante todos aquellos años. Un secreto que los había separado y los había empujado al aislamiento y la locura. Ella conseguiría que le contaran la historia. Averiguaría cómo había muerto Reginald y cómo habían asesinado a Hessen, y lo haría esa misma tarde.

Levantó la mano.

Su dedo índice entró en contacto con el frío bronce del timbre de la puerta.

Pulsó el botón suavemente, muy suavemente. No hizo ningún sonido. Lo pulsó con mayor firmeza y lo mantuvo apretado un instante en el interior del aplique decorativo de bronce.

«¿Qué hicisteis aquí?»

Tras un instante de pausa, el interruptor comenzó a vibrar bajo la yema de su dedo. Al mismo tiempo, detrás de la gruesa hoja de madera de la puerta principal, oyó un tenue timbre.

Más allá del cristal grisáceo de la ventana de la escalera, el débil sol debió de ocultarse aún más detrás de los perennes nubarrones, porque sintió que el aire se enfriaba y oscurecía a su alrededor.

Retrocedió un paso y esperó. Y esperó. No acudió nadie. Se inclinó hacia adelante y volvió a llamar. Y luego otra vez.

Entonces oyó unos pasos que descendían rápidos desde el piso superior por la escalera comunitaria y sintió el impulso culpable de echar a correr como una niña. La espera estaba minando su confianza, su determinación. Una sombra se proyectó en la pared y Apryl se volvió para recibir a la figura que se movía con tanta rapidez. Debía de ser un niño para hacer gala de aquella velocidad y agilidad. Pero ¿podía un niño proyectar una sombra como aquélla?

Al cabo de un momento, llegaron desde su derecha unas voces procedentes del interior del apartamento. Se congregaron alrededor del sonido del timbre. Una voz de mujer, aguda y nerviosa. Apryl fue incapaz de distinguir lo que decía. Se acercó más. En ese momento, una voz de anciano, lo bastante próxima como para estar al otro lado de la puerta, cobró vida:

—Bueno, es lo que voy a averiguar. —Denotaba fastidio y respondía a los lejanos gritos de la mujer procedentes del fondo del pasillo.

Apryl volvió a mirar la escalera. La sombra se hizo más grande, pero también más fina, y se disipó cerca del techo. El sonido de los pasos en la escalera se desvaneció. No apareció nada en el recodo.

—¿Hola? —dijo con vocecilla débil—. ¿Quién anda ahí?

—¿Quién es? —Para ser la de un anciano, la voz al otro lado de la puerta principal de los Shafer era sorprendentemente fuerte, con un acento americano aún discernible, aunque atemperado por décadas pasadas en Londres. La pregunta se dirigía a ella, así que supuso que estaba observando por la mirilla de la puerta. Podía oír el áspero roce de su respiración, entrecortada por el esfuerzo de moverse.

Apartó la mirada de la escalera, impaciente de pronto por hallarse dentro del apartamento con la anciana pareja.

—Hola, me llamo Apryl. Sólo quería...

—¿Quién? No la oigo.

Apryl suspiró con exasperación.

—¿Apryl Beckford, señor! ¿Podría pasar, por favor?

—No la oigo. —Y entonces volvió a gritarle a la mujer del interior—: He

dicho que no los oigo, ¿cómo quieres que lo sepa? ¡Quieres callarte! He dicho que yo me encargo. No hace falta que te molestes. No te levantes. Te he dicho que no te necesito.

—Sólo quería... —comenzó a decir Apryl. Pero no tenía sentido. El anciano no estaba prestándole atención, y no habría podido oírla ni aun en caso de estar haciéndolo.

Unos dedos anquilosados arañaron el picaporte y lo manipularon con torpeza, como si fuese la primera vez que realizaban aquella operación. La respiración de Tom Shafer se volvió más fuerte y atropellada, como si estuviese levantando algo pesado.

Cuando se abrió una rendija entre la puerta y el marco, Apryl se encontró con un hombre tan menudo que tuvo que bajar la mirada para ver su cara, proyectada hacia adelante sobre un cuello esquelético. Una piel profusamente arrugada y llena de bolsas, cubierta por una barba rala, fina y de un intenso color blanco, colgaba alrededor de una boca húmeda de la que habían desaparecido los labios. Un reguero de saliva transparente brillaba en una de las comisuras de la boca. Unas gruesas gafas magnificaban sus ojos acuosos. Eran tan oscuros que hasta el blanco, húmedo y descolorido, parecía negro. Una gorra de béisbol de tela transpirable de color azul coronaba con cierto abandono la cabeza de la pequeña figura.

—¿Sí? —Su voz, como las de los fumadores, parecía brotar de algún lugar situado detrás de su esternón y era líquida e incongruentemente profunda, al tiempo que seca como el hueso.

—Hola, señor. No nos conocemos. —Habló en voz alta, pero no tanto como para que el sonido llegara hasta la mujer del interior del apartamento, que supuso sería la señora Shafer—. Soy la sobrina nieta de Lillian, del apartamento treinta y nueve, y es muy importante que hable con ustedes, señor. Sólo unos minutos, por favor. —La puerta estaba abierta en parte, pero de manera instintiva supo que podía cerrarse con gran rapidez. Lanzó una última y nerviosa mirada hacia la escalera, embargada por la sensación de que lo que fuera que hubiera proyectado aquella sombra y se moviese a tal velocidad estaba en aquel mismo instante esperando al otro lado de la esquina, escuchando.

Tom Shafer parpadeó varias veces y la miró en silencio. Su expresión se convulsionó hasta transformarse en una suspicacia ansiosa que, supuso ella, era una característica casi permanente de su personalidad. Lentamente, a pasitos cortos, giró sobre sus talones y dirigió la mirada hacia el otro lado del pasillo, como si quisiera asegurarse de que su esposa no era visible. Luego se volvió hacia ella.

—Te pareces a tu tía. Pero no puedo hablar contigo. Lo siento. Ya se lo dijimos a Stephen. Tendría que habértelo aclarado. —Hizo ademán de cerrar la puerta.

Apryl, para su propia sorpresa, avanzó un paso.

—Se lo ruego, señor. Tengo que saber lo que les pasó a mis tíos abuelos. Eran sus amigos. Sus vecinos.

El anciano suspiró ruidosamente.

—Eso sucedió hace mucho tiempo. No recordamos nada.

—Sé lo de Félix Hessen.

Al oír aquel nombre, el viejo levantó la mirada y sus ojos acuosos, sobresaltados, cobraron de repente toda la animación de que hasta entonces habían carecido.

—Sólo necesito saber si lo que escribió mi tía abuela era cierto. Eso es todo. Para cerrar su historia. Se lo ruego, señor, sólo lo sabremos mi madre y yo. No se lo contaremos a nadie.

Tom Shafer entornó la mirada. Sus gruesas gafas subieron por su naricilla.

—Jovencita, tu tía abuela estaba como una cabra. Y tú comienzas a recordarme a ella. También solía subir aquí con la misma actitud. No queremos que nos vuelvan a molestar con aquello.

«¿Aquello?» ¿Qué quería decir? Su impertinente comentario sobre Lillian la había molestado.

—Tenía problemas, ya lo sé, pero usted sabe por qué. Me lo contó la señora Roth. Me contó lo que sucedió. Antes de morir.

La puerta volvió a abrirse, esta vez un poco más.

—Betty no diría una palabra. Era muchas cosas, pero no una chismosa. — A pesar de su cuerpo esquelético y la pequeña cabeza embutida en aquella

gorra ridículamente grande, volvió a sorprenderla la potencia de su profunda voz. De repente la hizo sentir tonta y culpable, como una niña sorprendida en una travesura y reprendida por los adultos.

Se aclaró la garganta.

—La señora Roth no me lo contó todo. Pero estaba aterrorizada antes de morir y necesitaba alguien en quien confiar. Sentía que estaba en peligro, que algo de su pasado había vuelto para atormentarla. Me habló de los cuadros, señor. Y del accidente de Hessen, de lo que hacía aquí. Y de cómo cambió las cosas para todos ustedes. Mi tía abuela también escribió sobre ello en sus diarios. Entre las dos me contaron muchas cosas. Incluido lo que sucedió después de que Hessen regresara y volviera a arruinarles la vida a todos.

Tom Shafer no pronunció palabra durante un rato, pero el espacio que los separaba estaba lleno con la tensión de su ronca respiración. De repente pareció tan enfermo y terriblemente débil como si fuese a desplomarse para no volver a levantarse.

—Sólo le quitaré unos minutos de su tiempo. Eso es todo. Tengo que saberlo.

—No puedo. Lo siento, mi esposa...

Aquel hombre frágil y anciano le hizo pensar de pronto en Lillian. Sola, atemorizada y abandonada, nunca se había rendido en su lucha por escapar de los fantasmas de sus recuerdos, convertidos en los terrores de cada uno de sus días. Nunca había desesperado. Al contrario que la señora Roth y los Shafer, atrapados allí hasta la muerte, con sus enfermeras, sus mezquindades y su impotencia. Se enjugó una lágrima que resbalaba por su mejilla.

Sin levantar la mirada, como si estuviera demasiado avergonzado como para mirarla a los ojos, Tom Shafer abrió la puerta y salió lentamente al pasillo en penumbra. Tras unos pasos inseguros, se detuvo y giró la cabeza hacia un lado. *

—¿Va a pasar o no?

Apryl se tocó ligeramente la nariz y entró tras él. Pero ahora que había conseguido acceder no estaba tan segura de querer oír lo que tenía que decirle aquel hombre.

—No levante la voz —susurró éste—. Si molesta a mi mujer tendrá que

marcharse.

Asintió, pero al mismo tiempo se preguntó si lo habría dicho por afán de proteger a su mujer o por miedo a su reacción.

Lo siguió por las desnudas y manchadas paredes del pasillo hasta un espacioso salón. Parecía que la pareja sólo usaba un pequeño rincón de la habitación, el que tenía la televisión y dos sillones desgastados, uno junto al otro al lado de una mesita con ruedas y cubierta de botellitas de Evian, pañuelos de papel, caramelos, unas uvas negras a medio comer y varias cajas de medicamentos. El resto de la sala estaba vacío, a excepción de un viejo aparador y una mesa de comedor repleta de cajas de cartón, toallas desgastadas y sábanas arrugadas. Era otro de aquellos miserables y mal iluminados rinconcillos de Barrington House. Con todo su dinero, vivían como mendigos en el rincón de un ático. Las alfombras del suelo estaban llenas de migas y papelitos. No había cuadros en las paredes. Ni espejos. Sólo los contornos de antiguos marcos, rectángulos y cuadrados oscuros rodeados de papel blanqueado.

Había un ejemplar abierto del *Financial Times* sobre uno de los asientos.

—Siéntese. No puedo ofrecerle nada de beber. Tardaría una hora en ir a la cocina y volver. Y no disponemos de tanto tiempo.

—No se disculpe, por favor. Siento molestarlos, de verdad. Sé que he venido sin que me invitaran. No le pido más que unas pocas palabras. Una explicación. Es que... —Tragó saliva para deshacer el nudo que se le había hecho en la garganta— he descubierto muchas cosas desde que llegué aquí. Cosas que ahora preferiría no saber. Pero no puedo volver a casa sin conocer el resto de la historia de mi tía abuela Lillian.

Tras desplomarse en su asiento y dedicar varios segundos a recobrar el aliento, Tom Shafer levantó la mirada hacia ella. Su rostro anciano estaba en calma, la mirada firme, resignada, sin tiempo que perder en afectaciones pese a la sordidez del escenario.

—Realmente se parece usted mucho a Lillian —dijo, y al fin sonrió—. Era una mujer muy hermosa.

Apryl sintió que le recorría el rostro una calidez generada por sus palabras. No por el hecho de que la encontrara atractiva, sino porque

confirmaban los lazos entre Lillian y ella.

—Gracias. Sí que lo era, ¿verdad? He visto sus fotos con Reginald.

Tom Shafer siguió sonriendo.

—A veces es doloroso mirarlas. Eran realmente especiales. —Desvió la mirada hacia ningún punto en concreto. Sólo hacia la descuidada habitación en la que pasaba todos sus días—. Pero las cosas cambian. Hay que disfrutar de lo que se tiene en cada momento. No buscarse problemas. —Parecía una advertencia. Volvió a mirarla—, He oído que va a vender la casa de Lilly. Bueno, mi recomendación es que lo haga cuanto antes y se marche de aquí. No pierda aquí más tiempo del necesario.

—¿Por qué dice eso?

—Pensaba que lo sabía.

Apryl esquivó su mirada y dirigió los ojos hacia sus propias manos, entrelazadas sobre su regazo.

—Sé algunas cosas. Pero no todo. Y no puedo unir todas las piezas.

—¿Y cree que yo sí?

—Usted estuvo allí cuando todo ocurrió.

El anciano negó con la cabeza.

—Pero ¿quién puede decir qué pasó? Yo no estoy muy seguro de poder. Betty no podía, desde luego. Ni Lilly. Y los otros ya no están entre nosotros. No fue algo normal en el curso de la experiencia vital de una persona. No era algo para lo que estuviéramos preparados o a lo que pudiéramos responder. No debió haber sucedido nunca. Simplemente nos vimos atrapados porque fuimos demasiado orgullosos o demasiado estúpidos como para escapar cuando tuvimos ocasión.

—Pero ¿atrapados en qué?

El anciano exhaló un largo suspiro.

—Supongo que ya importa un rábano quién llegue a saberlo. No puedo creer que Betty le contara nada. Es imposible. Pero ¿quién iba a creer a unos viejos locos como nosotros? Y no tengo ni la menor idea de lo que escribió Lilly. Ya no era ella misma, desde hacía mucho tiempo. Es algo que me supera, pero sí, sucedió algo, claro que sí. Y por Dios que lo hemos pagado con creces. Todos nosotros.

Apryl volvió a mirarse el regazo, invadida de nuevo por una frustración y una desesperación que comenzaban a resultarle familiares.

—Pero puede contarme cómo murió Reginald. Lillian fue incapaz de ponerlo por escrito.

Tom Shafer levantó la mirada hacia ella.

—¿Alguna vez ha oído la expresión de que dos personas pueden quererse demasiado? Bueno, pues ése era el caso de Lilly y Reggie. Pensamos que no sobreviviría a la muerte de Reggie y supongo que, en cierto modo, acertamos.

—Pero ¿cómo sucedió?

La mirada del anciano se endureció.

—Se suicidó. Saltó desde la ventana del salón de su apartamento. —
Habló sin hacer una pausa, sin parpadear ni vacilar.

—Donde estaban las rosas —dijo Apryl como hablando consigo misma—. Donde ella las colocaba. Lo hacía en recuerdo a él. —Miró a Tom Shafer a los ojos—. A causa de Hessen. Que los atormentó y los volvió locos. Pero ¿cómo lo hizo?

Tom Shafer negó con la cabeza.

—No lo sé.

—Tiene que saberlo. Mi tío abuelo era un héroe de guerra que había combatido en Europa. Tengo sus medallas. Sobrevivió y regresó aquí con el amor de su vida. ¿Y después se mata por una disputa con un vecino? Y al hacerlo le parte el corazón a su esposa de tal modo que la vuelve loca. No puedo aceptar que nadie conozca la razón por la que lo hizo. En su día fueron muy amigos.

Tom Shafer volvió a negar con la cabeza.

—Ahora entenderá por qué no hablamos de eso y nunca lo hemos hecho. Por su tía, que nunca lo olvidó. Puede que tuviera más razones que el resto de nosotros. Pero... ¿cómo podría explicárselo? Tendría que haber estado allí. Reggie no fue el único que se quitó la vida. La señora Melbourne también lo hizo. Fue la primera. Saltó desde lo alto del tejado y cayó sobre la verja. Tuvieron que desclavarla de los barrotes. Y luego Arthur, el marido de Betty.

—No.

El anciano asintió.

—Bueno, lo taparon con algún cuento sobre un ataque al corazón, pero lo cierto es que tomó una sobredosis.

—¿Por qué no se marchó ninguno de ustedes? ¿Por qué no pueden marcharse? Lillian murió intentándolo. No lo entiendo.

La voz de Tom Shafer subió de tono, furiosa.

—¿Cree que no lo hemos intentado, joder? ¡Pero no podemos! Simplemente es así. No podemos alejarnos más allá de una manzana en ninguna dirección y no sabemos por qué.

—Los cuadros. Los cuadros de Hessen. Tiene que ver con los cuadros. Mi tía abuela decía que todo estaba relacionado.

El cuerpecillo de Tom Shafer pareció hundirse aún más en su voluminoso asiento.

En aquel momento parecía un montón de hueso y pellejo en el interior de una camisa de cuadros y unos pantalones de chándal. Sus manos nudosas temblaban sobre los brazos del sillón. Cerró los ojos y todo su cuerpo se estremeció. Apryl sintió el impulso de acercarse a él, como había hecho con Betty Roth, y abrazarlo. Coger a aquel hombre cansado y roto y consolarlo como no había podido hacer con Lillian.

—No quiero acordarme de ellos si no es absolutamente necesario — murmuró el anciano.

—Lillian soñaba con el contenido de aquellos cuadros. Y luego comenzó a verlo a su alrededor.

—Como todos los demás. Por alguna razón, todo aquello salió de los malditos cuadros.

—Por eso Reginald se quitó la vida. Y los demás.

Tom Shafer asintió.

—Puede que ellos fuesen los más afortunados, los que tuvieron las agallas de quitarse de en medio. Pero nosotros también lo sufrimos, ¿sabe? Nunca tuvimos hijos por culpa de eso. Mi mujer los perdió todas las veces.

—Lo siento.

El silencio se hizo más denso alrededor de ellos en aquel rinconcillo de ninguna parte. Tom Shafer lo rompió hablando como para sí mismo:

—Mi mujer aún cree que puede protegernos aquí. Es lo que piensa. No

puedo dejar que se altere. Aquí dentro no. Así que tendrá que irse.

—Los quemaron.

Tom Shafer no dijo una sola palabra. Ni siquiera asintió.

—Y mataron a Hessen. Juntos. Sé que lo hicieron. Arthur Roth, Reggie y usted. No quiero causar problemas con esto. Sólo necesito saber por qué Lillian no pudo volver a casa con nosotras. Es lo que quería. Lo decía en sus diarios. Pero aquí sucedió algo que empujó a su marido al suicidio. La misma cosa que la mantuvo en esta casa hasta el día de su muerte. Quiero saber cómo pudo hacer eso Félix Hessen después de muerto. ¿Puede usted decírmelo?

Tom Shafer movió la cabeza con desesperación.

—No tiene usted la menor idea de lo que era ese hombre. No sé qué le contó Betty, pero él trajo a esas criaturas aquí. No sé qué eran ni cómo lo hizo. Nunca lo he sabido. Ni ninguno de nosotros. Lilly tenía algunas ideas absurdas, pero no nos las tragábamos. Fuera lo que fuese, era más fuerte que nosotros. Juntos o por separado. No tardamos mucho en descubrirlo. Y eso le costó la vida a Reggie y a otras buenas personas. Incluidas su tía y ahora Betty. Estoy convencido de ello. Esa mujer tenía un corazón muy fuerte. No creo que le fallase. Sólo quedamos mi mujer y yo. —Dejó de hablar y tragó saliva. Su frente estaba cubierta por una capa de brillante transpiración y comenzaba a parecer gris bajo la tenue luz, como si estuviera gravemente enfermo.

—¿Se encuentra bien, señor Shafer? —Alargó el brazo hacia él.

—No me creo una sola palabra de lo que dicen abajo —respondió él con un susurro—. Ahí pasa algo raro. Márchese de aquí, señorita. Como tendríamos que haber hecho nosotros.

Entonces negó lentamente con la cabeza y suspiró, como alguien que aceptara una mala noticia a regañadientes. Fue el sonido más abrumadoramente fatigado que jamás hubiera oído salir de la boca de una persona.

—El edificio entero temblaba. Todo procedía de su apartamento. Comenzó al año de haberse mudado aquí, más o menos. Nunca salía del edificio. Ni una sola vez, estoy seguro. Te lo encontrabas en una escalera, o

abajo, donde vivía el personal, haciendo extraños gestos en el aire, como si estuviera dibujando. Toqueteando los cuadros de las paredes. Hablaba solo, y no en inglés o en ningún otro idioma que yo haya oído nunca. Los porteros lo sorprendían así constantemente. Lo tenían vigilado. Nunca les gustó.

»Y de noche hacía cosas en su apartamento que podían ensombrecer las luces al otro lado del edificio. El aire del apartamento de Betty se llenaba con algo que no podías ver pero sabías que estaba allí. Y si escuchabas con mucha atención podías oír voces. No como usted y yo aquí hablando, sino voces a centenares, peleando allí abajo con él.

»La primera vez que las oímos fue en casa de Betty. Estábamos cenando y lo oímos proveniente del apartamento de abajo. El de Hessen. Y una vez que lo oías ya nunca dejabas de hacerlo.

»Lo que tenía en el apartamento, fuera lo que fuese, salió de allí y se metió por todas partes. Invadió el edificio. Se coló detrás de las paredes, dentro de los espejos y los cuadros. Empezamos a ver en ellos cosas que no estaban antes. Aunque fueses el único ser humano en una habitación, de repente sabías que no estabas solo al mirarte al espejo. A veces era una de esas cosas; otras, más de una. Pero las veías moviéndose. Y luego se metieron en nuestros sueños. Entraron en nuestras cabezas mientras dormíamos.

»No sé cómo lo hizo. Yo he ganado cien millones en Wall Street. Se me da bien lo que puedo ver y explicar. Pero esto no. Contra esto no teníamos defensa. Ni él tampoco.

—¿Por qué dice eso?

—Perdió la puta cara allí abajo. Perdió la cara entera y hasta su condenada cordura con lo que sea que hiciera allí abajo. Algo que no pudo controlar una vez iniciado.

Apryl tragó saliva.

—¿Qué le pasó en la cara?

Tom Shafer mantuvo la mirada gacha. Lo pensó un momento y luego continuó.

—Arthur llamó a Reggie y Reggie me llamó a mí. Betty y Arthur habían oído unos gritos. Gritos de Hessen. Así que bajamos con el jefe de los

porteros y entramos. Y nos lo encontramos en el salón, solo, con todas las alfombras amontonadas contra las paredes. Pero se veía lo mal que tenía la cara. Como si se le hubiera congelado, dijo Reggie. Estaba negra, como quemada, y había perdido casi toda la carne hasta el hueso y los ojos. Pero no había fuego. Ni productos químicos. Ni sangre. Y desde luego no había estado en el Polo Norte, aunque a todos nos hubiera encantado que fuese así. No teníamos la menor idea de qué podía haberle causado esas heridas.

»Se lo llevaron en ambulancia. Y pensamos que ahí se terminaba todo. Pero sobrevivió, y cuando regresó todo comenzó de nuevo. Todos aquellos ruidos dando vueltas como una lavadora allí abajo, en su casa. —Interrumpió el hilo de sus pensamientos y la miró—. ¿Cómo murió Betty?

—Mientras dormía, según Stephen.

El señor Shafer negó con la cabeza.

—Eso es mentira, joder.

—Betty me dijo que había vuelto. ¿Cree que realmente es posible? —preguntó Apryl al instante, temiendo que dejara de hablar, como había hecho Betty Roth.

—¿Que ha vuelto? Lo cierto es que nunca se marchó. Nos ha mantenido aquí encerrados, esperando a que pasara algo para volver a empezar con todo. Aún está aquí. Debo de estar tan loco como Lillian por decir una cosa así. Ha estado esperando a que llegara su momento. Hasta ahora no podía hacer mucho más que darnos un susto de muerte cuando nos acercábamos a un cuadro o a un espejo. O ponernos enfermos como perros si tratábamos de salir del barrio. Pero las cosas han vuelto a cambiar. Ahora es distinto. Como si alguien lo estuviera ayudando.

Apryl tuvo que hacer esfuerzos para controlar su voz.

—Y Reginald... Todos mataron a Hessen.

Tom Shafer volvió a negar con la cabeza. Su voz apenas era audible.

—No matamos a nadie. Reggie simplemente lo dejó allí dentro con eso. No hicimos nada por detenerlo. Y ese loco cabrón no volvió a salir.

—¿Con qué lo dejó?

—No lo sé. Ninguno de nosotros lo sabe. Pero sonaba igual que lo que había en los cuadros que tenía en las paredes, o lo que había en aquella

habitación, que debía de tener el tamaño de un campo de fútbol.

—No lo entiendo...

Tom Shafer tragó saliva ruidosamente.

—La segunda vez que bajamos allí, cogimos las llaves de la caja del portero nosotros mismos. Reggie también cogió una pistola. Entramos y Hessen nos estaba esperando en el salón. Tan flaco que parecía que apenas pudiera mantenerse en pie. No llevaba más que un pijama y una máscara sobre la cara. Hecha de algo rojo que le rodeaba la cabeza como una capucha y se remetía por debajo del cuello. Pero aun así se podía ver lo que había debajo. La cara destrozada de aquel idiota.

»Reggie le exigió que nos contara lo que estaba haciendo. Lo que tenía en aquella habitación montando aquel escándalo. Hessen se limitó a reírse de nosotros. Como si no fuéramos nada. Como si no significáramos nada. Así es como te hacía sentir.

»Y Reggie perdió los estribos. Lo cogió por el cuello y comenzó a darle su merecido. Lo arrojó sobre una silla, que se partió bajo su peso. Tratamos de sujetar a su tío, procurando no mirar los cuadros de las paredes. Pero Reggie era un hombre muy fuerte. Se nos quitó de encima, agarró a Hessen del brazo y lo arrastró por el suelo del salón. Lo arrastró hasta aquella habitación y abrió la puerta.

Dejó de hablar y comenzó a temblar. Alargó el brazo hacia una botella de agua, que Apryl abrió rápidamente para él.

—Bueno, Hessen comenzó a resistirse de verdad en ese momento. Y se comportó como la vez que perdió la cara. Chillaba como un lunático. Pero Reggie lo arrojó dentro de la habitación. Al frío que salía de allí. Y a aquellos ruidos. Todas esas voces que hablaban a la vez y gritaban pidiendo ayuda. Una habitación en la que no se veía gran cosa, aparte del puto suelo lleno de marcas. Alguna mierda vudú o algo por el estilo justo detrás de la puerta. Pero al entrar te dabas cuenta de que era un lugar que se extendía hasta el infinito. Y Reggie lanzó a Hessen allí dentro. Como si fuera un muñeco. Lo levantó y lo arrojó por la puerta, simplemente.

»Y entre todos mantuvimos aquella puerta cerrada.

»Lo oímos gritar un buen rato. Gritar, aporrearla y suplicarnos que la

abriéramos. Y luego sólo golpes más débiles, como si se hubiera quedado sin fuerzas. Hasta que esto cesó también. Hasta que todo cesó.

»Fue como si se desvaneciera junto con las otras voces, el viento y el frío. No me pregunte qué fue. Ninguno de los allí presentes tenía la menor idea. Pero al día siguiente todos nos sentíamos veinte años más viejos.

Apryl tragó saliva.

—¿Hessen estaba muerto? —preguntó con un mero susurro.

Tom Shafer se encogió de hombros.

—Cuando abrimos la puerta, la habitación estaba vacía. No había ni un alma allí dentro. Sólo los cuatro espejos y las velas, que aún seguían encendidas en medio de las marcas del suelo. Juro ante Dios todopoderoso que es lo único que vimos. Pero él no estaba. Se había esfumado. Tampoco había salido por la ventana. Estaban todas cerradas, y, de todos modos, nadie habría podido sobrevivir a una caída desde el octavo piso.

—Y los cuadros... Los...

—Hasta el último de ellos. Los descolgamos de las paredes del pasillo y de todos los dormitorios. Los redujimos a cenizas. Los arrancamos de los marcos y quemamos toda la basura que había creado y todas las extrañas marcas que había debajo. Los metimos en el horno que había antes en el edificio para quemar el carbón.

Desde el pasillo al que daba la puerta de la sala, una voz chillona interrumpió de repente sus confidencias.

—¿Ha entrado alguien? ¡Os oigo hablar a través de la pared! Me está volviendo loca. —La voz sucumbió a las lágrimas y la histeria.

Tom Shafer salió bruscamente del trance miserable en el que había caído mientras relataba la historia. Su rostro se contrajo por el pánico. El picaporte de la puerta giró. Luchó por ponerse en pie. Apryl se levantó rápidamente y se volvió hacia la puerta mientras su propia incomodidad se transformaba en miedo. En aquel lugar parecía un sentimiento contagioso. La puerta se abrió.

La enorme mole de un cuerpo llenó el espacio que separaba la sala del pasillo. La luna que la señora Shafer tenía por cara era terriblemente vieja, pero la piel tenía un curioso brillo, como si llevara una fina membrana de plástico sobre las facciones. Debía de ser algún tipo de crema facial. Los

rizos de su cabello negro se amontonaban bajo un pañuelo azul torpemente sujeto por medio de alfileres. Estaba aplanado en uno de los lados, donde debía de haber estado apoyada sobre una almohada. Sus ojillos negros miraban con ferocidad.

Se agarró con las manos a las jambas de la puerta, como para soportar la consternación y el asombro de encontrarse a aquella desconocida en su casa. De inmediato sus labios comenzaron a temblar, aunque no era fácil de decir si era de rabia o de pena.

—¿Qué está pasando aquí?

Tom Shafer levantó dos finos brazos que oscilaron delante de su cuerpecito de muñeca.

—Ahora no empieces a ponerte nerviosa.

—No... No... No... —Se quedó mirando a su marido con asombro, como si la mayor traición de todos los años que habían pasado juntos hubiera quedado por fin al descubierto—, ¡Que se vaya! ¡Te lo digo en serio, quiero que se vaya de aquí! ¡No doy crédito a mis ojos! ¿En qué estabas pensando? ¡Maldito seas por meter basura en mi casa!

Estaba loca. Apryl lo comprendió al instante.

—Lo siento, señora. No pretendía perturbar su descanso...

Sin siquiera mirarla. Sin apartar los ojos un momento de su marido, como si la visión de Apryl le resultase intolerable, la señora Shafer comenzó a hablar con una voz más profunda y controlada que, de algún modo, resultaba todavía peor que sus chillidos.

—No la queremos aquí. No es usted bienvenida. Se lo dije a Stephen, y aun así nos ha impuesto su presencia. Se ha aprovechado de un pobre anciano.

—Vamos, querida. Lo único que ha...

—¡No estoy hablando contigo! —chilló bruscamente a la figurilla con gorra de béisbol mientras el rubor afluía a sus facciones hasta teñirlas de un profundo tono carmesí—. ¡Puedes tener por seguro que no voy a tener ganas de hablar contigo durante mucho tiempo!

—No es su culpa. No pretendía molestarlos.

—¡Váyase ahora mismo! No pienso permitir estas... estas... estas cosas

en mi casa. ¡Cómo se atreve! ¡Cómo se atreve! Voy a llamar a Stephen.

—¡Tú no vas a llamar a nadie, joder! —gritó repentinamente Tom Shafer a su esposa.

Apryl escapó hacia la puerta.

—Discúlpeme, me marchó —le dijo a la señora Shafer, que seguía obstinadamente sin mirarla.

—Lo siento —se disculpó Tom Shafer con Apryl en el pasillo mientras renqueaba a su espalda—. No es ella misma. Hoy no. Se le está haciendo muy duro.

—¿Puedo llamarlo?

—¡No, no puede llamar! ¡Ni volver a subir! —gritó la señora Shafer. Los seguía, se detenía, luego los seguía un poco más y se tapaba la boca con la mano. Mientras su pequeño marido caminaba delante de ella, Apryl casi esperó ver cómo la señora Shafer alargaba los brazos, lo agarraba y lo arrastraba hasta su enorme vientre, que presionaba contra la parte delantera manchada de su bata de flores.

Al llegar a la puerta, Tom Shafer tendió una mano y tocó a Apryl en el codo. Ella se volvió y lo miró a los ojos aterrorizados.

—¡No puedo creer que esto continúe! —Al parecer, la señora Shafer había recobrado la voz—. ¡Me pregunto cuánto hace que sucede! —Y entonces se echó a llorar detrás de ellos, mientras su enorme corpachón se cernía, protectora y a la vez alarmantemente, sobre su diminuto esposo.

—Por el amor de Dios —susurró para sí Tom Shafer. Se volvió hacia ella y gritó—: ¡¿Quieres cerrar tu estúpida boca de una vez?!

Al oírlo, Apryl se estremeció y sintió el deseo de salir de aquel lugar terrible sin demora, pero los dedos nudosos del anciano se clavaron en su brazo. Respiraba con tanta dificultad que pensó que podía expirar en cualquier momento. Sus labios se movían. Apryl se inclinó hacia su boca húmeda.

—No se fie de ellos —susurró—. De ninguno de los de abajo. Lo ayudan. —Y diciendo esto le soltó el brazo y se volvió hacia su sollozante esposa.

Capítulo 28

—Un ataque al corazón. Grave. —Stephen le transmitió rápidamente las noticias sobre la señora Roth. El jefe de porteros había estado esperando a que llegara para el turno de noche. Piotr estaba a su lado, radiante. La enfermera, Imee, había encontrado a la señora Roth a las seis, a la hora que, como de costumbre, le llevaba el desayuno.

Pero, con un asombro que le costó mucho disimular, Seth descubrió que no lo interrogaban sobre lo sucedido aquella noche. Ni siquiera le preguntaron si la anciana había llamado a la portería. Nada. Al menos no volvería a molestarlos, ésta parecía ser la reacción generalizada: alivio. Stephen estaba incluso silbando, cosa que Seth sólo recordaba haberle visto hacer cuando recibía alguna propina generosa. Le dio una palmadita en el hombro, algo que nunca había hecho hasta entonces, y luego atravesó la salida de incendios en dirección a la escalera que llevaba a su apartamento.

La muerte repentina y en plena noche de una anciana de noventa y dos años como consecuencia de un ataque al corazón, mientras estaba sola en su cuarto, no era algo que pudiera levantar demasiadas sospechas ni justificara una investigación forense. ¿Acaso no era eso lo mismo que había estado diciéndose a sí mismo, repitiéndolo como una especie de mantra, mientras se arrastraba hacia los cuatro puntos cardinales de Londres durante los últimos días? Aquella noche se confirmaba, con un alivio que lo dejó tembloroso, que iba a salirse con la suya.

Un respiro de corta duración. Su miedo a la policía se tornó rápidamente

un terror a lo que ocupaba el apartamento dieciséis, a lo que era capaz de hacer y lo que podía pedirle a continuación. Porque no había manera de decirle que no. Lo había transformado. Igual que cuando estaba pintando. Podía llegar a olvidarse de quién era. Se convertía en su herramienta, en su asesino. Ahora lo entendía. El muchacho encapuchado, el asqueroso cabrón de la trenca, se lo había dicho. Lo convertirían en un gran artista, lo liberarían de la muerte en vida si hacía cosas por ellos. Como cometer un asesinato. Un puto asesinato.

Después de que Piotr se marchara a su casa, Seth esperó varias horas bajo el zumbido de las luces de la recepción. Y no fue una espera fácil. Lo que quedaba de su conciencia le hizo compañía mientras la gravedad iba aumentando su presión sobre el edificio. Con expectación. Una expectación palpable. Estuviera dormido o despierto, allí sucedían cosas. En términos que no eran los elegidos por él.

En determinadas ocasiones se le exigiría que pasara a la acción. Que fuese cómplice de una voluntad vengativa que parecía haber vuelto a la vida. Y, carente de todo control sobre sus espantosas consecuencias, no podía hacer otra cosa que preguntarse por sus orígenes. Pero tenía que morir gente. Gente anciana. Viejas zorras que habían hecho daño a la criatura que en su día fuese un hombre en el apartamento dieciséis.

Imposible. Sencillamente ridículo. Pero estaba sucediendo en aquel preciso instante.

Aguardó en la silla de cuero, o paseando de un lado a otro del vestíbulo.

A las once se había fumado doce gramos y medio de tabaco de liar Drum Yellow. Demasiado nervioso para bostezar, se dedicó a mirar los monitores de seguridad, cuya imagen teñida de verde no cambiaba nunca.

No dibujó nada. Su deseo de recrear el mundo en rojo, ocre y negro sobre las paredes estaba ausente. Ahora era consciente de que aquella lucidez exigía un precio terrible. Su nuevo talento sólo había salido a la luz en virtud de su colaboración con algo que vivía en aquel edificio. Una presencia que no le permitiría abandonar la ciudad.

«Dios.»

¿Por qué había esperado hasta que ya no tuvo control sobre nada? Ni sus

sueños, ni sus acciones, ni ahora sus movimientos, le pertenecían ya. Y aquella noche lo habían obligado a volver allí. Lo habían convocado, y los efectos sobre su estado de salud demostraban que no le habían dado alternativa alguna en el asunto. Los calambres en el estómago, las náuseas y los ataques de desorientación habían desaparecido, por completo.

¿Habían existido alguna vez? Sí, y temía que reaparecieran. Haría lo que fuese para no volver a sentir aquello. Se tapó la cara con las manos y cerró los ojos. Cerró los ojos ante la imposibilidad de todo aquello. Y de lo que había hecho.

Las horas pasaron ante él como peatones indiferentes. Las seis y media se convirtieron en la medianoche. Pero ¿dónde estaba su perro guardián? ¿El encapuchado, capaz de entrar en sus sueños a voluntad y llevarlo como un pastor por las calles de Londres y los apartamentos de Barrington House para que hiciese su voluntad? Puede que el muchacho estuviera allí en aquel momento, espiándolo. Capaz de leer sus pensamientos y consciente de todas sus intenciones.

O puede que Seth fuese un esquizofrénico con alucinaciones. Nadie más podía ver la figura del niño. Y la señora Roth no había podido ver nada en el piso oscuro, que a sus ojos aparecía como un lugar iluminado de color rojo. Y veía la ciudad de un modo al que los demás eran ciegos. Puede que fuese así para la gente que mataba porque se lo ordenaban las voces de su cabeza u obedecía órdenes recibidas de visiones de los muertos o de mensajes emitidos por la televisión y la radio. Así que era posible que hubiera llegado la hora. La hora de rendirse. De entregarse a las autoridades. ¿Cómo podía hacerlo? Tendrían que venir ellos. Si era él quien intentaba acudir se pondría enfermo. Se desmoronaría antes siquiera de llegar al médico o al alguacil que lo detendría. ¿Y cómo podría explicarles lo sucedido?

Un terrible estremecimiento le recorrió el cuerpo. Se le hizo un nudo en el fondo de la garganta y se arañó las mejillas mientras intentaba no echarse a llorar.

—Dios. Dios. Dios mío —balbució. No había barreras entre el sueño y la vigilia. Ni divisiones entre lo real y lo que no lo era. Todo era lo mismo. Todo unido. Desde él y hacia él.

—Vamos, Seth. Tienen algo que enseñarte. —La voz del muchacho encapuchado lo despertó a las dos de la mañana. Sus fosas nasales se llenaron con el olor del azufre de los fuegos artificiales, las frías calles del invierno, la ropa barata y la carne quemada que se pegaba a ella.

El abrigo del muchacho emitió un susurro cuando se dio la vuelta y se alejó de la mesa de recepción. ¿Cuánto tiempo llevaba allí observándolo? La criatura se acercó a las puertas del ascensor y allí esperó a Seth, con las manos metidas en los bolsillos de la trenca.

—No te entretengas, Seth. Coge las llaves.

—Vamos, Seth. Mira. Ahora está ahí dentro. En el sitio al que pertenece. Allí abajo, con todos los demás.

Seth era incapaz de contener el temblor de sus brazos, o el de las manos que trataban de tapanle los ojos, o el de las piernas que parecían a punto de ceder y dejarlo caer de rodillas.

Allí arriba, colgada en la pared al fondo de la habitación, se encontraba la señora Roth. Retratada en brillantes óleos. Al reconocerla sintió un impacto que detuvo el tictac de las manecillas de su reloj, el pulso y la circulación de la sangre en sus venas, el revoloteo y la repetición de los pensamientos. No era en modo alguno un retrato literal de la antigua inquilina del apartamento dieciocho. Más bien se trataba de una impresión de ella. Una impresión que incorporaba insinuaciones sobre la angustia que había experimentado al final. Angustia por su inminente muerte y por la repentina comprensión del destino que la esperaba después, porque su consciencia no acabaría.

La piel de la cara estaba retorcida alrededor del cráneo. Arrugada, como si unas manos invisibles tiraran de ella. Le habían cambiado de sitio los ojos acuosos. Ahora estaban en otras zonas de la cabeza, pero no había duda de que eran los de ella. Brillantes de sorpresa y abiertos de par en par por alguna otra cosa. Los finos huesos de las manos, despojados de toda la carne, arañaban el aire buscando algún asidero donde no lo había en el negro y ascendiente torrente. En el que parecía a un tiempo arrastrada y suspendida. Una quebradiza configuración de ramitas llevada contra su voluntad. Llevada

con todo lo demás. Sin demora.

—No —murmuró Seth.

Allí estaba de nuevo, entre las paredes rojas, para ver un cuadro que no estaba allí la última vez que se había arrodillado delante de alguna de aquellas contorsiones en sus marcos dorados. Éste era nuevo. Y peor que todas las imágenes combinadas de la señora Roth que había visto la noche de su muerte. Porque éste revelaba dónde se encontraba ahora. Dónde la había dejado. Y su sensación de incapacitación era, si cabe, más potente que nunca, al perderse frente a aquellos huesos cubiertos por los jirones de un camisón y arrastrados por la oscuridad.

—Hay más, Seth —dijo el muchacho, de pie junto a la entrada de la habitación de los espejos—. Tienes que verlo todo, Seth.

Seth le dio la espalda al cuadro. Se obligó a recordar dónde estaban sus miembros para poder moverse, dirigido por el muchacho, hacia la sala de los espejos. Sentía ganas de gritar, pero no consideró ni por un solo instante la posibilidad de resistirse a la voluntad del muchacho. Un morboso deseo de ver más, hasta encontrarse de nuevo con sus propios límites, de soportar la tensión psíquica de aquellas creaciones, lo empujaba hacia aquella sala.

Donde se había organizado una nueva exposición sólo para él. La fragmentación de la serie de las caras había desaparecido. En su lugar se encontró con cinco lienzos en blanco que transmitían una sensación de imposible profundidad que ningún medio bidimensional tendría que haber podido recrear, precedidos por un tríptico que comenzaba junto a la puerta que acababa de atravesar.

Los tres nuevos cuadros estaban ya enmarcados, pero brillaban húmedos, como si los acabaran de terminar. Se captaba el olor de los óleos desde donde estaba arrodillado. Era una serie de pinturas en las que, allí inmóvil, sin parpadear, presencié algo parecido a una narración. Los dos primeros estaban separados del tercero por un espejo situado justo enfrente de otro en la pared opuesta, lo que generaba un pasillo infinito y plateado que se alejaba hasta un punto muy pequeño y lejano.

En el primero de ellos, en medio de las manchas de pintura del fondo, surgía algo que se reconocía como una escalera de Barrington House. Se dio

cuenta de ello al instante. No en vano había pasado por allí centenares de veces durante sus rondas. Sólo que en el cuadro las paredes estaban teñidas de algo que parecía sangre seca. El fulgor de unos orbes anaranjados iluminaba los lugares más oscuros usando una técnica cuya maestría no pudo sino admirar, a pesar de la presencia de las tres figuras del primer plano. Criaturas monstruosas que lo hicieron retroceder.

Tres hombres en esmoquin, con la cabeza rasurada y unos labios gruesos e hinchados que se abrían en un gesto de vacua imbecilidad, subían por las escaleras impulsados por unas piernas que no estaban del todo formadas o unidas a los trazos grises de la parte inferior del marco. Y era como si las tres figuras nacieran de una misma fuente y estuvieran en posesión de un solo brazo. Había una mano hipertrofiada y en carne viva al final del brazo, una mano que aferraba un objeto metálico diseñado para golpear como un martillo o para disparar.

Que era precisamente lo que parecía estar haciendo con la hilera de túnicas ensangrentadas y miembros desnudos que ocupaban el marco siguiente. Podría haber sido una cuarta figura, que las otras tres, imbéciles y grotescas, con los rostros animados ahora por un atroz regocijo, estaban destruyendo. No se adivinaba rostro alguno entre el lino húmedo que rodeaba a la víctima, sólo dos finas piernas que sobresalían de los pliegues de la ejecución que se estaba llevando a cabo.

En el tercer y último retrato sólo permanecía a la vista la cuarta figura, la víctima. Se encontraba dentro de una especie de membrana transparente, cuyas paredes translúcidas emitían una leve tonalidad azulada. Pero la víctima parecía ahora un trozo de carne húmeda sobre los huesos, y estaba tendida sobre una especie de plataforma manchada de sangre y vísceras. Algo parecido a una cabeza sin cara colgaba de un costado, aplastada y contrahecha, con su único ojo cerrado. Una sombra alargada se alejaba reptando de ella como un reguero de sangre que cubría toda la parte inferior de la pintura. Y junto al tosco plinto en el que yacía había un trapo rojizo que lo mismo podía ser una máscara que una especie de capucha lacia, con parte de una cara aún pegada a la parte delantera.

Entonces algo se movió. Rápidamente y retrocediendo, en el espejo que

tenía delante.

Una figura, con el borroso rostro rojizo, como antes, pero encorvada, se desvaneció en el mismo instante en que posó los ojos sobre ella. Sin dejar más que un reflejo de Seth, sentado y confundido, en el plateado pasillo de los espejos.

—Otros recibirán su merecido más tarde por lo que le hicieron a nuestro amigo, Seth. Y tienes que ayudarnos con ellos —dijo el muchacho encapuchado, con la cara invisible en el interior del forro de piel deshilachada que rodeaba la capucha.

—No —replicó Seth, incapaz de controlar el temblor que se había reiniciado al dirigirse de nuevo a rastras hacia la puerta—. Se acabó. Ya no más. No quiero seguir haciéndolo.

El muchacho cruzó la habitación rápidamente y bloqueó la puerta. Seth arrugó el rostro al sentir que se le llenaba la boca con el hedor a carne carbonizada y tela quemada.

—Trae a los Shafer aquí abajo. Despiértalos y tráelos aquí, de prisa —exigió el niño—. Nos lo debes. Tenemos un trato.

En ese momento, detrás y por encima de él], a un tiempo oyó un ruido que le arrebató toda la sangre de la cara. Un viento lejano que se movía en dirección contraria a las agujas del reloj, más allá del techo de la habitación de los espejos, acompañado por algo que sugería que dentro de aquella turbulencia muchas voces gritaban en la ceguera y la irracionalidad del terror.

—Y date prisa. No puede permanecer mucho tiempo abierto. Se escapan demasiadas cosas. Y queremos aquí dentro a esos cabrones de los Shafer antes de que se cierre.

—¿Un incendio? ¿Qué quieres decir? —El rostro cerúleo de la señora Shafer lo miraba desde la puerta abierta. Entonces se volvió en el manchado pasillo de su apartamento en dirección al lejano dormitorio, donde su marido seguía en la cama, y exclamó—: No sé qué está diciendo, cariño... Algo sobre un incendio.

—¿Quién es? —preguntó el señor Shafer con su acento sureño.

—Es... —La señora Shafer titubeó, incapaz de recordar su nombre—. ¡El portero!

—Espera un momento. Deja que coja... las gafas. —El anciano parecía preocupado y sin aliento. Debía de estar tratando de salir de la cama.

El labio inferior de la asustada señora Shafer temblaba y sus ojos estaban húmedos por la falta de sueño.

—¿Estás seguro? —le preguntó a Seth. En su tono comenzaban a manifestarse los preámbulos de la histeria.

Seth asintió.

—Me temo que sí, señora. Tenemos que evacuar el edificio. Ahora mismo. —Tenía que sacarlos de su piso y meterlos en el dieciséis rápidamente, antes de que alguien oyera o viese lo que estaba haciendo. El piso que tenían encima estaba habitado, y si la señora Shafer subía más el tono de voz, no le sorprendería oír cómo se abría la puerta.

—Pero... tengo que vestirme. Mire como voy.

Iba en camión: una prenda voluminosa de color rojo bajo una deshilachada bata de cuadros que parecía hecha para un hombre. Lo que quiera que llevase sobre la cabeza —una peluca bajo un pañuelo, o quizá pelo real teñido de negro— había comenzado a escaparse alrededor de las orejas. Eran multimillonarios —Stephen había mencionado en una ocasión una fortuna de más de cien millones— y vestían como mendigos. Le daban asco.

—No hay tiempo, señora —dijo alzando la voz con tono perentorio—. Vaya a buscar a su marido. Ahora mismo.

Al instante, la mujer volvió a entrar en el piso arrastrando los pies, y Seth lamentó no haber mostrado la misma firmeza antes, durante todas las noches que lo había atormentado con sus tonterías. Pero ya no seguiría mucho más tiempo haciéndolo, no si llegaba a caminar entre aquellos espejos. Al acordarse de ellos, de lo que había vislumbrado en sus profundidades plateadas y blanquecinas, y de lo que daba vueltas por encima de todo ello, lo asaltó tal debilidad que tuvo que apoyarse en la jamba de la puerta para secarse el sudor de la frente. Tenía la piel helada. Se sentía enfermo.

La señora Shafer reapareció pasillo abajo, en la puerta del dormitorio, con su marido del brazo. El señor Shafer, con un bastón negro en la otra mano, levantó una mirada parpadeante.

—¿Dónde está? ¿Quién es, cariño?

—¡Ahí lo tienes! —replicó ella con tono de reproche—. Delante mismo de tus ojos. ¿Hay un incendio que nos obliga a salir y tú te pones a hacerme preguntas como ésa? Por el amor de Dios...

Como de costumbre, el señor Shafer guardó silencio, sabiendo que no tenía sentido discutir. Simplemente suspiró a cada paso que daba, con el rostro tenso por el esfuerzo.

—Iremos en ascensor —dijo Seth haciendo un esfuerzo para mostrar una voz firme. La enormidad de lo que estaba haciendo lo dejaba sin aliento: sacar a unos ancianos de madrugada con una historia inventada sobre un incendio para conducirlos a una atroz ejecución en aquel lugar.

Mantuvo abierta la puerta del ascensor y observó cómo entraban a pequeños pasos. Luego se introdujo allí con ellos, ignorando los murmullos de incomodidad de la señora Shafer.

Detuvo el ascensor en el octavo piso, pero no parecieron darse cuenta de que habían subido y no bajado.

—Aquí estamos —dijo—. Eso es —añadió mientras ayudaba a la señora Shafer a salir al rellano sujetándola del brazo.

A continuación los llevó hacia la puerta del apartamento dieciséis, que había dejado cerrada pero sin echar la llave.

—Tenemos que evacuar el edificio a través de este apartamento. Por abajo está bloqueado —dijo, y rezó para que no cuestionaran unas instrucciones que eran a todas luces ridículas: No había escaleras de incendios exteriores y estaban en el piso octavo, entre los apartamentos dieciséis y dieciocho. No era el lugar más idóneo para una evacuación.

—Bueno, será mejor hacer lo que dice este joven —dijo la señora Shafer a su marido, inclinándose para gritarle a la cara.

—Bueno, sí, pero ¿dónde está el jefe de bomberos? —le preguntó él—. Este hombre no está cualificado. Quiero hablar con el jefe de bomberos. A ver, ¿tú hueles a humo? A mí me ha parecido oler algo antes —le dijo a su mujer, pero aun así se dejó llevar.

Sólo al llegar al umbral del apartamento, antes de entrar en el pasillo rojo, se detuvo el señor Shafer.

—Suelta, querida. Suelta. He dicho que me sueltes. Aquí pasa algo.

¿Dónde estamos? Ahí dice dieciséis. Ahí mismo, en la puerta. Es el apartamento, querida. Nos está llevando a ese apartamento.

Pronunció el «ese» con un énfasis inconfundible. Seth sintió que se le tensaban los músculos del cuello.

Confundida, la señora Shafer dejó de tirar del esquelético pero determinado brazo de su marido y miró a su alrededor hasta ver el número de la puerta.

—¿Cómo? No lo entiendo. ¿Ahí dentro? No podemos entrar ahí. — Estaba empezando a alzar de nuevo la voz.

—¿Qué significa esto? —exigió el señor Shafer, cada vez con más fuerza y autoridad en la voz. Una voz muy seria, la que debía de haber utilizado con gran eficacia mientras estaba amasando todos sus millones.

—Miren. Hay un... Estoy tratando de ayudar —dijo Seth tratando en vano de hacerse oír.

El señor Shafer se dio la vuelta y comenzó a rodear el corpachón de su esposa. Tenía la cabeza gacha en un gesto de determinación por escapar.

—Llama a Stephen ahora mismo. Quiero hablar con la persona responsable. Esto es ridículo.

Seth trató de recobrar el control de su voz.

—Tienen que hacerlo. Es necesario. Entren ahí.

—No pienso entrar en ninguna parte hasta que no haya visto al jefe de bomberos. Quítate de en medio. —El anciano tocó a Seth en el estómago con la punta de su bastón.

No tendría que haberlo hecho. Humillarlo con su bastón. No tendría que haberlo tocado. Seth se quedó sin respiración. Sintió que todo se volvía negro de repente. Y que la rabia crecía hasta un punto en que ni la razón podía atemperarla.

La señora Shafer seguía mirando alternativamente la placa de bronce con el número de la puerta, el pasillo a oscuras del apartamento y a su marido, con la boca abierta y los ojos temblorosos de temor, cuando Seth le quitó el bastón de la mano de una patada.

El bastón chocó contra la pared.

La señora Shafer gritó.

Seth agarró al viejo banquero por el cuello del pijama, luego por la parte trasera, cerca de las posaderas, levantó la figura en volandas y cruzó rápidamente el umbral de la puerta. Los pies del señor Shafer no llegaron a tocar el suelo un solo momento.

—Fuera de mi camino —dijo a la señora Shafer con los dientes apretados. Y ella, para su sorpresa, se hizo a un lado. Se hizo a un lado y lo dejó pasar, sin más, como si estuviera llevando a un niño malcriado al coche de la familia en un viaje que el chaval hubiera estropeado con sus protestas.

El señor Shafer no hizo el menor ruido. No dijo una sola palabra. Nada. Agarrado por las manos de Seth, se dejó simplemente llevar pasillo abajo. Sólo al llegar junto a la puerta entreabierta de la habitación de los espejos, donde el sonido del viento que soplaba dentro los abrazó y un aire antinaturalmente frío les azotó la cara, rompió su silencio.

—Oh, buen Dios —dijo—. No. Ahí no.

Seth abrió la puerta de una patada.

Puede que las luces estuvieran apagadas, pero estaba claro que la habitación no estaba vacía. Estaba viva y cargada de electricidad por el viento, y poblada por algo en el suelo que no pudo ver pero que oyó como un susurro de movimiento expectante por las esquinas. Apenas audible en medio de todo lo demás.

Como si sólo estuviera metiendo un madero en un horno, arrojó al señor Shafer dentro de la habitación. De cabeza hacia la oscuridad. El anciano no hizo el menor ruido al chocar contra el suelo, como si hubiera algo allí para cogerlo en la oscuridad. Pero Seth no tenía tiempo para pensar en lo que estaba haciendo y en lo que había sido de su víctima —mejor no pensar en eso—. Tenía que volver con la señora, quien se encontraba muda junto a la entrada del apartamento y lo miraba fijamente.

La agarró y la llevó hacia el interior.

—Eso es. Eso es. Venga. Vamos allá —se decía a sí mismo para acallar la parte de su mente que le estaba gritando que se detuviera.

Ella tampoco se resistió. Sólo sollozaba. Aturdida por lo sucedido, incluso entró por sí misma en la habitación detrás de su marido, sin que tuviera más que darle un pequeño empujón. El ruido en el interior era

atronador. En la oscuridad sonaba como si se hubiese abierto el techo para dejar entrar un millar de voces que gritaban al unísono, pero independientes unas de otras. Como si, en lugar de verse, estuvieran apelonadas en una terrible y oscura confusión.

Seth cerró la puerta a todo aquello. Luego cayó de rodillas y agarró el picaporte con unas manos tan blancas como el hueso y lo mantuvo así para que nada pudiera escapar de su interior. Y trató de hacer oídos sordos a los nuevos sonidos que cobraban forma definida en medio de aquel viento y a la espesura de gritos que impregnaba la habitación.

Al oír un fuerte impacto contra la puerta, como si alguien hubiera perdido el equilibrio y hubiese chocado con fuerza contra el otro lado, sintió el impulso desesperado de quitar las manos del picaporte de bronce y taparse los oídos, pero supo que no podía dejar que se abriera la puerta. Su instinto de conservación se vio apuntalado por un sonido en medio de las voces arrastradas en círculo por el viento, un gruñido de fondo, como si un perro hubiera agarrado algo entre los dientes cerca de la puerta. Y cuando alguien trató de girar el picaporte desde el otro lado, Seth tuvo la certeza de oír el roce de unas zarpas sobre el suelo de madera.

El viento y las voces habían desaparecido, las luces rojas estaban encendidas, todos los cuadros estaban tapados con sábanas polvorientas y el señor Shafer estaba muerto. Seth podía verlo con toda claridad: los ojos en blanco, la boca totalmente abierta, las manos agarrotadas como sendas zarpas y las piernas abiertas. Nadie adopta una postura así cuando aún respira.

Pero su esposa se movía. Estaba encorvada frente al espejo de la pared opuesta a la puerta. De rodillas. Tambaleándose levemente de lado a lado mientras miraba el interior del espejo en busca de algo que había perdido allí. También sus labios se movían, pero no brotaba sonido alguno de su boca.

Seth la encerró en el apartamento dieciséis por si ellos volvían a buscarla y luego devolvió el congelado montón de palillos que era el cuerpo de su marido a su piso por la escalera. Dejó la cosa que había sido el señor Shafer dentro de la cama y la tapó con la sábana hasta la barbilla, con cuidado de no

mirarle la cara en ningún momento. Y luego volvió a buscar a la señora Shafer, o lo que quiera que quedase de ella.

Seguía arrodillada, pero ahora se movía silenciosamente adelante y atrás. Su mente debía de haberse apagado como un petardo con la mecha mojada. Y no ofreció ninguna resistencia mientras la obligaba a ponerse de pie y la sacaba lentamente del apartamento para llevarla al ascensor.

—Está acabada, Seth —dijo el muchacho encapuchado, que había reaparecido cuando éste salía con la señora Shafer del apartamento—. No dirá nada. La cabeza le ha estallado por dentro. Al que más quería él era al marido. No te olvides del bastón. Llévalo arriba con su señora. No va a necesitarlo en el sitio al que va. Lo has hecho muy bien, colega. Nuestro amigo va a estar muy satisfecho.

—No quiero hacer nada más. Se acabó. Díselo.

—Ni hablar. Tú no eres el que da las órdenes aquí. Nosotros las damos. Ah, y creo que te has ganado una pequeña recompensa por haber hecho un buen trabajo. Dentro de poco vas a tener una buena sorpresa. Algo distinto a todas esas viejas.

Seth miró con el ceño fruncido a la criatura apestosa, con su deshilachada capucha, que lo seguía mientras llevaba a la señora Shafer a su apartamento. Decidió dejarla de rodillas junto a la cama. Los Shafer sólo recibían la visita ocasional de una enfermera, pero siempre bajaban a primera hora de la mañana para ir a hacer la compra a la tienda de Motcomb Street. Piotr no tardaría en notar su ausencia. Pronto subiría a buscarlos.

Capítulo 29

—Apryl, por favor. Tómalo con calma. Por tu propio bien. Estás comenzando a preocuparme. De verdad te lo digo. —Miles se inclinó sobre su mesa con los dedos entrelazados y trató de mirar a los ojos desbocados y excitados de Apryl para calmarlos, porque se movían de un lado a otro y parpadeaban con la misma rapidez con que las ideas afluían a su cabeza.

—Estoy comenzando a preocuparme a mí misma. Dios. —Se levantó de la silla al otro lado de la mesa de Miles. Incapaz de estarse quieta, cruzó la oficina hasta la puerta. Se detuvo y se llevó las dos manos a las mejillas—. Tengo que hacer algo, Miles. Tengo que hacerlo. No puedo darle la espalda a esto. Está muriendo gente. Lillian trató de ayudarlos, pero no la escucharon.

—¿Te haces una idea, la menor idea siquiera, de lo absurdo que es todo esto? Estás sugiriendo que Hessen sigue en el edificio en un... en un... no sé, estado antinatural, y que está asesinando a quienes lo mataron en los años cuarenta, uno por uno. Es una locura, Apryl.

Esta, profundamente ensimismada, no hizo otra cosa que encogerse de hombros. Se quitó las manos de las mejillas y se dio sendas palmadas a la altura de las caderas sobre la falda ceñida que llevaba.

—Tengo que ir allí de noche. Es cuando pasan las cosas. Cuando la gente está en peligro. Alguien lo está ayudando. Es lo que me dijo el señor Shafer antes de morir. De que lo asesinaran. Ahora estoy segura de ello. Primero la señora Roth y ahora él. Y yo soy la responsable. —Se volvió hacia Miles con los ojos húmedos por las lágrimas—. ¿No te das cuenta? Los obligué a hablar

conmigo y ahora están muertos.

Miles hundió la cabeza entre las manos y deslizó lentamente sus largos dedos por la cara.

—No puedo creer que estén saliendo todas esas tonterías de tu preciosa boca. ¿Sabes?, un amigo gay que tengo afirma que todas las mujeres están locas de una manera latente y que su demencia va saliendo gradualmente a la superficie. Ahora mismo, eres un testimonio de la veracidad de su teoría.

Apryl se sentó y sorbió por la nariz antes de limpiarse los ojos con un pañuelo de papel.

—No voy a llorar... —Pero antes de que terminara de pronunciar la última palabra, un gran sollozo estalló en su garganta y comenzó a hacerlo con gruesas lágrimas—. La puta sombra de ojos se me va a correr por todas partes —dijo mientras volvía a sorber por la nariz.

Miles rodeó la mesa para acercarse a ella.

—Vale. Vale. Tómatelo con calma. Te estás presionando mucho a ti misma. Vende el dichoso apartamento y olvídate de todo esto. Eso es lo que deberías hacer.

Ella rehuyó su abrazo y negó con la cabeza.

—No puedo. No hago más que pensar en Lillian. Todos esos años, Miles. Sola. Mientras esa terrible... criatura la aterrorizaba. Noche tras noche. La pobre anciana... Había perdido al amor de su vida, y luego sufrió tanto tiempo sin él... Y... sé cómo es. Hessen, me refiero... Lo he visto.

—¿Cómo?

—Está claro que no puedo contarte este tipo de cosas.

—Oye, eso no es justo.

—Tú no eres justo. Pero lo he visto. Estaba en el espejo que subí del sótano. Y en el cuadro de Lillian y Reggie. Y en otros sitios. Siempre que estoy en el edificio me está vigilando. Tratando de asustarme, creo. Porque me estoy acercando a él. Me sigue, como hizo con los demás, que simplemente se encerraron para esperar a que llegara el final. Menos Lillian. Esa valiente mujer trató de escapar cada día de los últimos cincuenta años. Cada día, Miles. Después de que él hubiera matado a su marido. De que lo obligara a saltar por aquella condenada ventana. —Con el rabillo del ojo

pudo ver la mirada de incredulidad y preocupación que afloraba al rostro de Miles—. Tú no lo has visto, Miles. Y tienes suerte de que sea así. —Lo dijo con tal fuerza que se sorprendió a sí misma y Miles retrocedió.

«Incluso antes de haber conocido a Betty Roth y a Tom Shafer ya había visto a Hessen. En espejos y cuadros. No me lo dijo ningún inquilino. Lo vi con mis propios ojos. Porque cuando llegué se había vuelto activo de nuevo. Alguien lo está ayudando. Es lo que me dijo Tom Shafer. Que estaba tan cuerdo como tú y como yo. Me dijo que alguien en ese edificio está ayudando a Hessen a matar, Miles. A matar a esos pobres y aterrorizados ancianos. Hessen había podido mantener a Lillian y a los demás cautivos allí y los había aterrorizado con los moradores del Vórtice, o con lo que sea que llevó al edificio, pero no pudo matarlos a todos. Al menos hasta ahora. Porque ahora hay alguien allí, puede que algún miembro del personal, que está cumpliendo sus órdenes. O quizá todos ellos. Esta mañana, cuando Stephen me contó lo de los Shafer, le pregunté por la coincidencia de que tres inquilinos ancianos hubieran muerto de ese modo. Tres personas que conocían a Hessen. Traté de explicarle que Betty Roth y Tom Shafer habían insinuado que Hessen seguía en el edificio. Y se puso realmente nervioso. Como si ocultara algo, ¿sabes? Desde entonces me ha estado esquivando. Y hay otro tío al que aún no conozco. Que sólo trabaja en el turno de noche. O vete a saber. Puede que el responsable sea uno de los inquilinos. O todos ellos a la vez.

—Pues entonces acude a la policía.

—No seas ridículo, joder.

—Así es exactamente como sonaría tu historia. Porque es ridícula, coño. No puedes ir por ahí acusando a la gente de asesinato.

Apryl se volvió hacia él con el rostro enfurecido y tenso. Miles levantó una mano con la palma hacia ella, como para pedirle que no dijera nada.

—Espera un momento. Déjame terminar. La señora Roth y el tal Shafer tenían más de noventa años. Más de noventa, Apryl. Eso es un hecho. La gente de esa edad puede perder la chaveta en cualquier momento. Ése es otro hecho. Tu tía abuela llevaba mucho tiempo enferma y superaba los ochenta. No hay indicios de nada sospechoso en ninguna de las muertes. Otro hecho

más. Infartos, ataques; siempre causas naturales. No tengo la menor duda de que conocieran a Hessen. Ni de que su comportamiento antisocial y sus cuadros, que ellos destruyeron, me gustaría añadir, los afectaron profundamente. Nunca se olvidaron de él ni de su trabajo. Y estoy empezando a creer que podría ser cierto que lo asesinaron y luego quemaron las pruebas. Pero a medida que envejecían, sus mentes... bueno, sus memorias, perdieron fuerza. Y ahora es posible que el trauma de aquel crimen y su influencia sobre ellos se hayan fusionado para crear esta... historia de fantasmas.

Apryl se sentó en silencio y miró al suelo.

—¿Y por qué no se marcharon nunca de Barrington House? ¿Puedes explicar eso?

Miles se encogió de hombros.

—No lo sé, la verdad. Los ricos tienen tendencia a recluirse juntos, como si vivieran en castillos. Mira todas esas comunidades aisladas que están apareciendo. La unión hace la fuerza.

—Eso son gilipolces. Ninguno de ellos se ha alejado más de una manzana en cincuenta años. Cincuenta años, Miles.

Durante un momento, Miles se miró el regazo en silencio, con los ojos entornados y los labios apretados. Al fin dijo:

—Vale, vale. Vamos a abordarlo desde una perspectiva distinta. Desde tu punto de vista actual. Y ahora sólo hablo hipotéticamente. Esto no quiere decir que le dé el menor crédito a tu relato...

Apryl sacudió una mano en el aire con frustración.

—Vale, vale. Dímelo sin más.

—Bueno, digamos, por el placer de argumentar, que Hessen sí que invocó algo en Barrington House. Algo demoníaco. Por medio de uno de los rituales que le enseñó Crowley. Y que ese Vórtice existe en algún lugar de ese edificio. Si realmente es así, ¿qué coño crees que vas a poder hacer al respecto?

No tenía ni idea. Ni la menor idea. Pero iba a volver a Barrington House. Para intentarlo. Para hostigar a Stephen, al resto del personal o a cualquiera del que sospechase que pudiera estar involucrado. E iba a conseguir

pruebas... de algún modo. Hasta se colaría en el apartamento dieciséis, si era necesario, para averiguar qué diablos estaba sucediendo allí. Tenía que haber algo en el lugar que permitiera sobrevivir a la presencia de Hessen. Algo que su tía abuela y sus amigos hubieran pasado por alto en su momento. Betty había estado oyendo a Hessen allí de noche hasta el mismo momento de su muerte. Y le contó que había empeorado últimamente. Los ruidos, las voces. Todo procedía de allí dentro, del apartamento. Donde todo había empezado muchos años antes.

Algo sucedía en el interior de aquel lugar. Algo muy malo que ella había sido incapaz de aceptar, por mucho que lo hubiese intentado. Hasta las muertes de Betty y Tom. Cuya proximidad en el tiempo no era ninguna coincidencia. Y que habían ocurrido poco después de la de Lillian. Estaba muriendo todo el que sabía algo sobre Félix Hessen. Todo el que había participado en su desaparición y en la de sus obras. Y puede que hubiera otros, atrapados aún dentro de aquel maldito edificio. Prisioneros. Gente en grave peligro. Cautiva, acechada y atormentada, como Lillian y su círculo desde aquel día aciago hasta que llegó el momento de cobrarse venganza, si es que se trataba de eso. Algo que había vuelto del más allá para saldar cuentas. Y ella no podía dejarlos en tal situación. Ese cabronazo loco había matado a su tía abuela y a su tío abuelo, que eran carne de su carne y sangre de su sangre. Y puede que incluso ahora, después de muertos, siguieran atrapados dentro del edificio, como Hessen. ¿No lo había sugerido así la propia Lillian? No podía dejarla allí, en el limbo, eternamente. Dentro de aquellos lugares terribles con las cosas espantosas que pintaba aquel hombre.

Pero al salir de la oficina de Miles en la Tate, mientras soplaban el viento y se hacía la oscuridad sobre todos los edificios, tiñendo la piedra de un gris más oscuro, de repente se vio embargada por un frío terror ante la idea de volver a poner el pie en Barrington House. «¿Y si —se preguntó mientras se apoyaba con una mano en una parada de autobús—, y si me quedo yo también atrapada allí dentro?»

Capítulo 30

Y la noche siguiente Seth esperó la llamada, incapaz de dejar de temblar un momento en la cálida zona de recepción. Aguardando el instante en que la solemne figura encapuchada apareciera frente a su mesa para anunciarle a quién le tocaba. A quién iba a escoltar, no sólo a la muerte, sino a algo infinitamente peor.

Pero ¿sería el chico el primero en presentarse? ¿O lo haría la policía para hablar con el portero que estaba de guardia al haber muerto dos de los inquilinos más antiguos del edificio con apenas una semana de margen?

No habían pasado ni dos horas desde que Stephen lo dejara solo. El jefe de porteros lo había estado esperando para contarle que había más «noticias horribles, horribles». El señor Shafer había muerto durante la noche y su esposa había caído en una especie de locura.

—A mí me parece un ataque. La pobre debió de perder la cabeza al comprender que su marido había muerto. Estaban muy unidos, ya sabes. Tenían sus cosas. Todos lo sabíamos. Pero eran inseparables.

Esta vez había estado a punto de llamarlo al Green Man para preguntar cómo era que no había visto a la señora Shafer durante su ronda de la noche. La señora Benedetti, del apartamento cinco, había descubierto a la señora Shafer en el descansillo del primer piso a la mañana siguiente, justo antes de las seis, con aspecto de haber pasado toda la noche tratando de llegar a la planta baja. Cuando la encontró aún llevaba el camisón y estaba a cuatro patas, paralizada por el terror, mientras trataba de alejarse del espejo de aquel

descansillo, como si estuviera viendo algo situado encima de ella. Pero luego Stephen había decidido, al comprobar el estado de la señora Shafer, que su marido debía de haber muerto después de la última ronda de Seth, a las dos, y que su mujer habría quedado demasiado afectada como para llamar y pedir ayuda.

—Está aterrorizada. Completamente ida —contó la señora Benedetti en el mostrador de la entrada antes de que Piotr subiera a investigar. Llamaron a una ambulancia, y Stephen, al subir al apartamento de los Shafer, se encontró la puerta abierta. En el dormitorio principal se encontraba el señor Shafer, en el mismo sitio donde lo dejara Seth.

—Su cara, Seth... Ha debido de tener un final horrible. Puede que eso fuera lo que la afectara tanto.

—Probablemente —había murmurado Seth, con el cuerpo tan tenso que pensaba que su mente iba a partirse como una goma reseca y estirada en exceso.

—Ya sabes lo que dicen, Seth. Las muertes llegan de tres en tres. Me pregunto quién será el siguiente —había dicho Stephen como para quitar un poco de hierro a una conversación que había dejado a Seth tan incómodo que casi no recordaba cómo respirar—, ¿O fue Lillian la primera? Porque en ese caso, Shafer sería el número tres. ¿Quién sabe? Pero bueno, no nos desanimemos, ¿eh? —añadió con una sonrisa que no parecía casar bien con su habitual solemnidad.

¿Se había salido con la suya? Era demasiado pronto para decirlo. Pero lo cogerían dentro de poco. Seguro. Porque tenía la sensación de que su trabajo allí estaba inacabado. Y sabía que otra muerte durante su turno lo colocaría en el punto de mira de todas las sospechas. Nada indicaba que la presencia del piso de arriba lo hubiera liberado de sus obligaciones, de su implicación en todo aquello, de su participación en su venganza, porque eso es lo que era: una venganza asesina, y no había forma de rechazar su llamada cuando llegaba. Se preguntó quién quedaría. Quién más habría ofendido al imperecedero genio del apartamento dieciséis. Sólo tenía que sentarse allí y esperar instrucciones.

Pero ¿qué sería de él cuando hubiera terminado sus horribles deberes? Se

lo preguntó con un retortijón de las tripas, seguido por un ataque de ansiedad tan intenso que hizo que el corazón le palpitara con la fuerza de un martillo y la cabeza comenzase a darle vueltas.

A pesar de la aterrada expectación con que aguardaba a la presencia maléfica que tanto exigía de él, sus manos reanudaron de manera automática el trabajo con el carboncillo y el papel. Como si tuvieran que contar una historia y debieran registrar la continua progresión de aquella pesadilla para la que no había despertar; los trazos, los roces y los susurros sobre el papel de dibujo no tardaron en hacerse audibles en la recepción.

Ajeno al paso de las primeras horas de la noche y sólo consciente a medias de un dolor en la vejiga que precisaba alivio, Seth se replegó a su propio interior, donde el mundo había recuperado la normalidad. Por una vez no lo perturbaron los repartidores de Claridge para traer la cena del señor Roth, ni las llamadas de Glock para pedir un taxi o la molesta presencia de la señora Shafer. Se le permitió llenar las horas y las páginas con lo que sólo él y la presencia del apartamento dieciséis podían ver en el mundo.

No fue el muchacho encapuchado quien finalmente interrumpió el frenesí de su trabajo justo después de que el reloj del equipo de seguridad diera las nueve en punto. Fue la aparición de una atractiva joven frente al mostrador de recepción de Barrington House.

Era muy bonita. Casi preciosa. Inmutable. Al contrario que las criaturas de tez grisácea y erizada de bultos disimulados por el maquillaje que veía en sus idas y venidas desde el edificio o en sus poco frecuentes visitas a Hackney para comprar comida. Era una chica esbelta y pulcra y caminaba con elegancia. Como algo salido de una pantalla en blanco y negro: una visión del pasado.

No había hablado con ella hasta entonces, pero la había visto en las grabaciones de las cámaras de seguridad, entrando y saliendo por la puerta trasera del bloque este. Una norteamericana. Nieta, o algo por el estilo, de aquella vieja loca, Lillian, la que había palmado en un taxi. La chica a la que deseaba Piotr y cuya sola mención le hacía poner los ojos en blanco. Y ahora

Seth entendía por qué.

Estaba muy elegante, con su chaqueta de cuero, aquella falda ceñida, los tacones altos y el cabello peinado como una estrella de cine de los años cuarenta, con aquellos ojos grandes y oscuros que se levantaban hacia la cámara cuando entraba por la puerta trasera, sola o en compañía de aquel tío de la media sonrisa, como si supiera algo sobre ti que prefiriera guardarse para no hacerte avergonzar.

Pero aquella noche había entrado en la recepción por la puerta principal del ala oeste y lo había hecho para hablar con él. Al instante, sus ojos acudieron volando al brillo del cuero de sus botas nuevas y a la gasa translúcida del nylon oscuro que ceñía sus bien dibujadas rodillas. Luego su mirada ascendió a lo largo de sus firmes curvas hasta la pálida garganta y la bonita nariz respingona. Olía muy bien.

El deseo le caldeó el cuerpo. Una sensación tan inesperada que su repentina reaparición lo hizo sentir mareado. Antes, las chicas de compañía de Glock lo hacían sentir del mismo modo, cuando el director convocaba su belleza pintada y perfumada para que complacieran a su cuerpo voluminoso. Se le había olvidado que el cuerpo de una mujer pudiera ser fuente de placer.

Se levantó, tanto para recibirla, como le habían enseñado a hacer con todos los residentes, como para prolongar la admiración de su figura antes de que se ocultara detrás del mostrador.

Bajo su sonrisa, la mujer parecía nerviosa.

—Hola —dijo con una boca preciosa perfilada de carmín y una dentadura perfectamente blanca. Al momento, Seth sintió que su visión de sí mismo empeoraba hasta transformarlo en un ser descuidado y falto de aliño. Su uniforme era un montón de arrugas. Llevaba la camisa sucia y podía sentir el cuello pringoso de la prenda pegado contra la piel. No recordaba cuándo se había bañado o afeitado por última vez. O se había preocupado por tales cosas.

—Buenas noches, señorita. ¿En qué puedo ayudarla?

Capítulo 31

Hacía mucho que nadie la llamaba «señorita» en aquel lugar. La sonrisa de Apryl perdió parte de la tensión.

A pesar de su mirada intensa y la expresión de atribulada sorpresa de su pálida cara, aquel portero era más joven y parecía menos seguro de sí mismo que los demás. No lo había visto antes, pero se daba cuenta de que lo ponía nervioso. No paraba de carraspear y era incapaz de sostenerle la mirada mucho tiempo. Había visto aquella mirada muchas veces, en los rostros de los hombres a los que intimidaba.

—Siento molestarlo a estas horas. Ya no me alojo aquí, pero he estado viniendo estos días para enseñarle el piso a la gente de una inmobiliaria. Y al salir, esta mañana, he visto una ambulancia en la entrada. Sólo quería saber si se trataba de algo serio. Lo sucedido con la señora Roth me dejó un poco afectada. —Habría continuado con la comedia, pero el repentino acceso de tensión que apareció en la cara del portero hizo que se detuviera—. ¿Ha sido algo grave?

El portero se aclaró la garganta.

—Sí. Ha muerto una persona.

«Una persona más», sintió deseos de decir Apryl.

—Lo siento. ¿Quién...? ¿Fue algo inesperado?

El joven carraspeó otra vez.

—Un hombre muy viejo. El señor Shafer. Hacía tiempo que no se encontraba muy bien.

—Oh, Dios mío. ¿La ambulancia vino por él? Quiero decir, ¿cómo...? ¿Cuándo ha sucedido? Oh, Dios, hace nada estuve con él...

—¿Quiere sentarse un momento, señorita? —Le señaló una de las sillas de mimbre que había frente a las ventanas del jardín—. ¿Quiere que le traiga algo?

—No, gracias. Sólo estoy... un poco afectada. Después de lo que le pasó... a la señora Roth. Pero ¿y su esposa, la señora Shafer? ¿Está bien?

—La verdad es que no. Se lo ha tomado muy mal. Han tenido que llevarla al hospital.

Apryl negó con la cabeza en un gesto de pesar.

—Cuánto lo siento. Oh, soy una egoísta. Debe de ser peor para usted. Sé que llegan a estar muy unidos con los inquilinos. Stephen me dijo que se convierten ustedes en parte de su familia. Y perder a dos de ellos en tan poco tiempo... Lo siento.

Al decir esto, la expresión en los inquietos ojos del portero cambió de nuevo y le pareció detectar un rastro de incomodidad, o de culpa, incluso, mientras volvía a esquivar su mirada. Además era dolorosamente tímido y puede que llevara una vida frustrante. Tan joven y tener que trabajar en el turno de noche de un edificio así... Tenía que ser duro.

Lentamente, cruzó las piernas sin apresurarse a tirar del borde de la falda, que se había subido un poco de más por su esbelto muslo.

—¿Por qué no se sienta, por favor? Cuénteme qué pasó. Puede que lo ayude hablar sobre ello. Pero no me he presentado como es debido: Soy Apryl, la sobrina nieta de Lillian, Lillian Archer... fallecida también hace poco.

El joven se aclaró de nuevo la garganta. Sus ojos pasaron un instante de su cara a sus piernas, volvieron a su cara y al fin bajaron al suelo.

—Seth. —Se sentó frente a ella. Sobre el borde de la silla. Y reacomodó sus brazos y sus piernas varias veces.

—Creo que lo del señor Shafer fue muy rápido. Un ataque al corazón, según dicen. Yo no estaba cuando lo encontraron. Trabajo en el turno de noche. Pero me lo han contado esta mañana al llegar. Verá usted, señorita...

—Apryl, por favor, puedes llamarme Apryl.

—Apryl. Aquí muchos de los inquilinos son muy mayores. Es una pérdida terrible, claro, pero sucede con bastante frecuencia. O sea, no es algo inusual.

Apryl asintió.

—Eso me han dicho. Pero ¿no es raro que tres personas mueran en tan poco tiempo? Se conocían desde hace mucho. ¿Lo sabías?

Seth levantó los ojos rápidamente, pero no dijo nada.

Apryl asintió.

—Mi tía abuela había escrito sobre ello. Y la señora Roth también me contó algo. Y el señor Shafer. Justo antes de morir. Todos ellos creían que corrían peligro aquí.

Seth se había puesto muy pálido y una de sus manos comenzó a temblar.

—¿Conocías...? —Hizo una pausa y se aclaró la garganta—. ¿Conocías bien a la señora Roth?

—Me estaba ayudando con una investigación sobre mi tía abuela y sobre este edificio. Ambas vivieron aquí mucho tiempo. —Hizo una pausa al ver lo alerta que se había puesto el portero.

—¿Investigación? —preguntó él al instante, y luego tragó saliva y se inclinó hacia adelante, como si tuviese miedo de perderse algo de lo que podía contarle la chica.

—Sí. Al parecer, poca gente sabe que vivía un artista en Barrington House.

—Mmmm —dijo él, con una expresión de agobio y nerviosismo tan marcada que resultaba incómodo mirarlo.

—Después de la segunda guerra mundial. Todos lo conocían. Los Roth, mi tía abuela, los Shafer, ya sabes. ¿Estabas al corriente? —Observó detenidamente el rostro de Seth para que no se le escapara ningún detalle significativo.

—No —balbució él. Con esfuerzo, recobró la compostura y el control de la voz—. ¿Cómo se llamaba? Ese hombre, el pintor, me refiero. Yo he estudiado bellas artes.

Qué raro que asumiera que el artista era hombre y pintor. Sus gestos y los inquietos ojos lo traicionaban. Sabía algo. Pasaba la noche entera allí. Podía

oír, ver y encontrarse con toda clase de cosas. Se estremeció al pensar en lo que podía acechar en aquellos pasillos durante la noche. En lo que podía salir de aquel lugar vacío pero aún activo. Un lugar que la señora Roth había comprado para mantenerlo en silencio. Como si hubiera adquirido la escena de un crimen. Stephen le contó que lo había mantenido vacío durante cincuenta años desde entonces. Piotr y Jorge se habían limitado a parpadear con incompreensión cuando los interrogó con respecto a Betty Roth y los Shafer. Pero Stephen se había puesto tenso. Y en aquel momento, Seth estaba temblando.

—Félix Hessen. —Estudió su rostro con detenimiento.

Seth clavó la mirada en algún punto indeterminado y entornó los ojos, como si tratara de recordar el nombre.

—Me resulta familiar. Pero no es un pintor conocido.

—Sólo sobrevivieron sus dibujos. Y cayó en desgracia por razones políticas. Era un fascista. Estaba metido en toda clase de cosas extrañas. Como el ocultismo. Dibujaba cadáveres y cosas así. Era realmente extraño. Luego se vino a vivir aquí y desapareció. Se esfumó del edificio. ¿No lo sabías?

Seth se levantó rápidamente. Parecía a punto de vomitar. Se frotó la boca con la mano y cerró los ojos antes de cruzar la sala en dirección a su mesa. C cogió un bolígrafo y papel.

—Félix Hessen, dices. —Su voz era un susurro—. Suena a alemán.

—Austro-suizo.

—Es increíble —dijo para sí mientras anotaba el nombre en un cuaderno.

Tenía la dentadura terriblemente manchada de marrón. No tenía la menor idea de lo que había pasado aquel joven, pero su aspecto de abandono, melancolía y tensión sugería que llevaba una pesada carga, como una depresión. Sí, puede que fuese un poco bipolar. Reconocía las señales por haberlas visto en su propia madre y en su compañero de piso, Tony, allá en Estados Unidos.

—¿Y por qué aquí? —preguntó, incapaz de resistirse.

Seth había vuelto a quedarse ensimismado y miraba por el pasillo como si ella ya no se encontrara allí.

—Disculpa, ¿cómo dices?

—¿Por qué trabajas aquí?

El portero se ruborizó de repente.

—Soy... Verás... lo cierto es que yo también soy pintor.

Apryl permaneció aturdida varios segundos.

—¿Y por qué pasa un pintor aquí toda la noche? Yo pensaba que necesitabais luz natural y esas cosas para trabajar.

Seth adoptó una expresión de azoramiento. Era otra pregunta que parecía causarle incomodidad.

—Bueno, aquí sólo dibujo. Nada importante, en realidad. Sólo bocetos de vez en cuando. Ideas. Pensé que sería el trabajo ideal. Ya sabes, paz y tranquilidad. La soledad de la noche. Por eso pedían un artista... Pensaban que encajaría con el puesto.

—¿Pedían?

—El edificio. La dirección. El anuncio que vi decía que era el trabajo perfecto para un estudiante de bellas artes. Pero luego... luego resultó que no era exactamente así. Aunque... —De nuevo parecía distraído, ansioso e incómodo.

Detrás de la mesa, sobre la silla de cuero, Apryl vio un cuaderno grande y blanco y una caja de lápices. Se levantó y se dirigió hacia allí.

—¿Es tu trabajo? —Debía de haberlo distraído al entrar. Había estado dibujando, aunque aún no podía ver el qué. Desde donde estaba no se captaba con claridad. Se inclinó hacia adelante, entornó los ojos y ladeó la cabeza para ver mejor.

Al detectar su interés por sus bocetos, Seth recogió el cuaderno y ocultó los dibujos contra su pecho, y Apryl se quedó sólo con el recuerdo de lo que acababa de vislumbrar. ¡)e lo que, por un momento, la había dejado aturdida.

Seth respiraba entrecortadamente y había empezado a sudar. Podía ver cómo le brillaba la frente.

—Por favor, déjame que lo vea. Me gustaría verlo. ¿Lo has hecho tú? — No podía contenerse. Era incapaz de disimular su interés, su desesperación incluso, por ver aquel cuaderno.

Estiró un brazo hacia él.

—Vamos, venga. Déjame que lo vea.

Seth bajó el cuaderno del pecho, donde lo había estado aferrando.

—Lo siento, pero... Bueno, mi trabajo no es muy agradable... Es decir, no está terminado... todavía. Será un placer mostrártelo cuando haya acabado.

Y entonces miró hacia la izquierda y tragó saliva, como si de repente hubiera visto algo muy desagradable, amenazante incluso. Ella siguió la dirección de su mirada, pero no vio más que una planta de interior cuyas grandes y cerúleas hojas caían sobre una moqueta immaculada.

—Adelante, Seth, enséñaselos a esta chica tan mona. Tus dibujos son buenos. Ya te lo he dicho, ¿no?

El terrible hedor a cenizas húmedas, productos químicos quemados y tejido derretido había precedido la aparición del muchacho durante una fracción de segundo. Pero la advertencia no mitigó en modo alguno el efecto de su llegada. Seth se quedó mirando a la criatura encapuchada con mayor aversión que nunca. En los últimos tiempos, sus apariciones eran presagios de una muerte inminente. Negó con la cabeza.

—No deberías ser tímido, colega. Adelante, enséñaselo a esa fulana. Le encantará. Te dije que él te iba a traer un regalito. Esta tía ha estado metiendo las narices por todas partes, colega. Así que vamos, adelante, dale un pequeño susto a la señorita. —El muchacho se echó a reír y la capucha tembló de un modo que Seth encontró repulsivo—. La zorra de su tía era igual. Y encontró más de lo que esperaba.

Seth tragó saliva de nuevo, se aclaró la garganta y volvió a negar con la cabeza, más consciente que nunca de que Apryl lo estaba mirando fijamente.

—Adelante, Seth. —La voz del chico se volvió dura, inflexible, y cargada de maldad—. Haz lo que se te dice de una puta vez, colega.

Apryl endulzó la expresión, esbozó una leve sonrisa y lo miró a los ojos.

—Seth. Lo que acabo de ver era... bueno. Déjame que lo vea, por favor.

Seth apartó la mirada de la planta con la que acababa de mantener una especie de comunicación inaudible y miró lo que había dibujado. Hizo una

mueca, vaciló un instante y luego le pasó el cuaderno a Apryl. En cuanto las uñas pintadas de la chica tocaron el cuaderno, se metió las manos en los bolsillos y se miró los zapatos, como un niño tímido y apocado.

Apryl se apartó un paso de la mesa y se quedó mirando el borrón de sombras, líneas, manchas y trazos, elementos que, en conjunto, formaban la parodia encorvada, carente de rostro y aun así atormentada de un anciano, o algo parecido, compuesto de ramitas y dotado de una forma vagamente más humana que animal, atrapado en el interior de una especie de cubo o rectángulo transparente. Rápidamente pasó la página.

Seth dijo algo a modo de objeción, pero ella no lo oyó con claridad, pues estaba totalmente absorta observando una imagen similar a un pájaro, prisionera entre las manos de algo imposiblemente delgado. Y en la siguiente página que pasó, y la otra y la otra, sin darse cuenta de cómo se le había acelerado el corazón y sin que le importara tampoco, ajena a la velocidad a la que subía y bajaba su pecho, como en estado de *shock*, mientras observaba aquellas aterradoras insinuaciones de tormento, impotencia y desespero, mientras contemplaba el sufrimiento de los ojos y la flacidez de las bocas de las criaturas dibujadas por el portero; y se dio cuenta de que invadían su cabeza y la dejaban incapaz de pensar o sentir nada que no fuese lo que ellas exigían. Al llegar al último de los bocetos se obligó a levantar la mirada y recobrar la compostura. La similitud de los dos estilos era innegable. Podrían haber sido falsificaciones de la obra de Hessen.

—No entiendo por qué dices que no conocías a Hessen.

Seth pareció dolido por el tono de acusación de su voz.

—Son idénticos a los bocetos de Hessen. Tienes que haber visto su trabajo.

Los ojos de Seth volaron a derecha e izquierda, como si estuviera buscando algún sitio donde esconderse. Había mentido. Puede que la señora Roth u otro de los inquilinos le hubieran hablado sobre Hessen y luego, tras investigar sobre él, hubiera comenzado a imitar su estilo de manera tan convincente como si... como si el propio Hessen hubiera dibujado aquellos bocetos o, quizá, guiado su mano.

—Seth, lo siento, pero estoy un poco confundida. Estos dibujos podría

haberlos hecho Félix Hessen. No soy una experta en arte, pero se parecen mucho a los suyos. He pasado mucho tiempo observando sus dibujos. Los que sobrevivieron.

—No... no conocía el nombre. Puede que viese algo alguna vez...

Estaba aterrado. Realmente asustado de lo que estaba diciendo. Si no iba con cuidado corría el peligro de perderlo.

—Quiero que entiendas por qué lo digo, Seth. Descubro un artista que trabaja en este edificio como guardia de seguridad y cuyas creaciones parecen dibujos originales de Hessen. Pero tú aseguras que no sabes nada de él. No sé qué decir. O sea, ¿cómo es posible que no sepas nada?

Seth hizo el amago de responder. Luego se detuvo. Volvió a intentarlo, pero al final no lo hizo.

—¿Qué sucede? Dímelo. Ibas a decir algo.

El portero negó de nuevo la cabeza.

—Sí que he visto algo. —La miró un momento de soslayo y luego apartó los ojos—. Pero no sabía que hubiera sido Hessen quien lo pintó. Es decir, no siempre me preocupo por esas cosas. Cuando veo algo que me gusta, quiero decir.

Estaba mintiendo otra vez. Decía lo primero que se le ocurría para justificarse, pero no era capaz de mirarla a los ojos.

—¿Dónde, Seth? ¿Dónde lo viste? ¿Fue aquí?

Al oír esto, el portero levantó bruscamente las cejas. Tragó saliva pero fue incapaz de decir nada y abrió los ojos exageradamente. Fue la respuesta que ella necesitaba.

Sus pensamientos comenzaron a desbocarse. Parte de la obra de Hessen había sobrevivido dentro de Barrington House. Tom Shafer le había dicho que lo habían destruido todo: Arthur Roth, su tío abuelo Reginald y él mismo habían quitado «esa basura» de las paredes y la habían quemado en un horno del sótano. Y puede que también el cuerpo del artista. Pero no todo había sido reducido a cenizas.

La historia relatada por Shafer sobre la desaparición de Hessen la había aterrorizado, pero su sentido común seguía clamando que no podía ser cierta, como si Hessen fuese una especie de ilusionista de rostro desfigurado capaz

de desaparecer dentro de una habitación cerrada llena de espejos y símbolos rituales. Se había repetido a sí misma durante todo el día que aquello era un disparate. Que la loca de su esposa había enterrado la verdad en algún lugar dentro de él hacía mucho tiempo. Lo mismo que la señora Roth, que también había tratado de confesar algo demasiado absurdo y terrible como para decirlo en voz alta. Algo como un asesinato, un asesinato del que todos ellos eran cómplices.

Pero en cuanto volvió a estar en el interior de Barrington House lo creyó de nuevo. Supo de manera instintiva que nadie —ni Lillian, ni Betty Roth, ni Tom Shafer— le había mentado. Stephen le había ocultado algo. Y ahora lo hacía Seth. Se daba cuenta de ello. Los dos estaban mintiéndole, ocultando algo. Apenas podía respirar.

Sólo unos chalados como los Amigos de Félix Hessen podían creer algo así. Pero allí estaba Seth, a su lado, en Barrington House, el nervioso y balbuceante Seth, justo debajo del lugar en el que habían sucedido todas las cosas que se negaban ahora a ser olvidadas.

—Sus pinturas siguen aquí, ¿no es cierto?

Las manos de Seth temblaban y uno de sus pies golpeteaba nerviosamente el suelo.

Apryl trató de calmarlo con una sonrisa. Parecía fuera de sí. Aunque su aspecto era vulnerable y nada amenazante, se preguntó si sería peligroso. Y tal vez fuese lo bastante inestable como para confesar lo que sabía.

—Quiero ver más. Más de tu trabajo. Como esto. Me gusta. Y también las obras que lo inspiraron. Lo que has visto aquí dentro. No se lo diré a nadie. Será nuestro secreto. Y luego yo te contaré algo. Mira, tengo información sobre Félix Hessen. Sobre... lo que dejó atrás. Un legado, aquí, en Barrington House, que nadie más conoce.

Seth no dijo nada. Era como si algo se lo impidiera. No podía hacer otra cosa que seguir tragando saliva.

Apryl dejó el cuaderno sobre la mesa.

—Tenemos que hablar, Seth. Pero no aquí... —Miró a su alrededor con nerviosismo—. Mañana. ¿Es posible?

—No sé...

Ella alargó el brazo y le tocó la mano.

—No quiero ponerte en un compromiso, Seth. Podemos ir a cenar. Y hablaremos, nada más. Esto parece cosa del destino. Habernos conocido así. Cuando vine aquí no me esperaba esto. Pero es evidente que se trata de una conexión.

Seth se pasó la lengua por los labios. Quería hablar, pero no conseguía encontrar la voz.

—Deja que te dé mi número —dijo ella. Cogió el cuaderno de notas de la mesa y escribió su móvil sobre la primera hoja.

Capítulo 32

Sentado a solas en la mesa de la ventana del bar del cine (que, como siempre, estaba vacío a primera hora de la tarde, después de la salida de los espectadores de la sesión de mediodía y antes de la llegada de los trabajadores en busca de anestesia mental), Seth se removió en la silla mientras estudiaba nerviosamente Upper Street en busca de Apryl.

Después de darse un largo baño, el primero en semanas, y de ponerse la ropa más limpia que pudo encontrar, había dedicado un momento a contemplar las paredes de su habitación. Y concluyó con satisfacción que Apryl quedaría asombrada. Sobre todo cuando le dijera que aquello formaba parte de un proyecto mucho más ambicioso.

Luego despejó el suelo para que la chica pudiera moverse y observar su obra desde distintos ángulos. Tres de las paredes ya estaban cubiertas. Y ni la granulosa luz del día ni la luz eléctrica de la solitaria bombilla del techo podían aliviar la oscuridad que contenían, ni impedir que se propagara reptando sobre el suelo y el techo mugriento. Hasta las esquinas y los ángulos rectos en los que se unían las paredes se perdían en las sombras si uno no hacía un esfuerzo por ver las juntas.

Pero en medio del lustre de la lisa ausencia de luz brotaban las figuras. Salidas de una profundidad que dejaría estupefacto al público. ¿Cómo lo había creado?, le preguntaría ella. ¿Cómo era posible sugerir tal sensación de infinito o transmitir la impresión de terrible frío que se apoderaba de ti al mirarlas? No tenía ni la menor idea.

Había utilizado la escalerilla de mano de la cocina para aumentar la altura de la pieza y así incrementar la sensación de que los personajes estaban suspendidos de la nada. Aunque tampoco estaba seguro de cómo había conseguido el efecto de movimiento de sus figuras. Porque había movimiento en toda la obra. La interminable y fría oscuridad en la que sus tormentos se repetían hasta el infinito parecía ahora rebosante de extrañas corrientes.

A veces, cuando su trabajo lo cogía desprevenido, se sentía tentado de pensar que ya no eran paredes, sino una enorme apertura a otro lugar, un lugar tan vasto y profundo que no había manera de encontrar el otro extremo. Y las imágenes de las figuras, dibujadas desde distintos ángulos, que ascendían a la superficie como atraídas por la luz de su cuarto, todavía lograban sobresaltarlo cada vez que entraba. Aunque sólo hubiera ido al baño y volviera al cabo de pocos minutos, sin poder evitarlo se quedaba absorto, presa de mudo asombro, al contemplar lo que había hecho, lo que había plasmado allí arriba.

Era imposible familiarizarse con ellas, con todas aquellas cosas que se rodeaban con sus propios brazos, o que estaban allí cautivas en contra de su voluntad, cuyos trazos captaban tensión y resistencia en las extremidades sólo sugeridas, o en la perfecta sutileza de un ojo abierto de terror, o en el temblor de un labio justo después de un chillido de desesperación.

Todas tapadas, rehechas y luego perfeccionadas hasta alcanzar el ángulo y la postura perfectos para cada una de ellas. Hasta que los dientes castañeteaban estúpidamente y las bocas se abrían para proferir gritos que creías poder oír, y los ojos aparecían enrojecidos transmitiendo un dolor que sacaba chispas a tus terminaciones nerviosas.

Apryl le había hecho redoblar sus esfuerzos aquella mañana. Sus manos habían sido más cuidadosas al trazar, cortar y rehacer las oscuras manchas rojas y negras de las que las retorcidas figuras nacían húmedas y aullantes. Era como si de pronto tuviese algo que demostrar, como si estuviera preparando una exposición para una audiencia predispuesta. Si sus dibujos la habían afectado, quedaría sobrecogida al ver su fresco.

No estaba en peligro. No podía estarlo. El muchacho encapuchado y su amigo del apartamento dieciséis no podían tener nada contra ella. Sólo había

estado cinco minutos en el edificio. Y no había por qué profundizar en el tema de la señora Roth y los Shafer. Era imposible que los hubiera conocido demasiado. E incluso en el caso de que así fuese, seguro que habría aplaudido su desaparición. Tenían cuentas pendientes. Y a cambio de su ayuda ahora lo estaban recompensando. Ellos podían conseguir cualquier cosa. Como que una chica preciosa entrara en tu vida cuando tu mente estaba hecha pedazos. Alguien que podía volver a colocar todos los trozos en su sitio y convertirte de nuevo en una persona completa. Así lo había insinuado aquel monstruo encapuchado. Le había dicho que le traerían un regalito, algo muy bueno.

¿Era posible algo así? ¿Que le estuvieran haciendo una ofrenda por todo lo que él había entregado al lugar de los espejos? Apryl había despertado algo vital en Seth que llevaba mucho tiempo moribundo. Y a pesar de su apariencia descuidada y miserable, había visto algo interesante detrás de ello. Había intuido en él algo que la había interesado. Incluso había hablado del destino después de ver sus dibujos. De una conexión. Y ahora quería ver más muestras de su trabajo. Y comer y tomar algo con él; pasar tiempo en su compañía. Incluso era posible que aquella mujer extraordinaria estuviera dispuesta a acompañarlo a casa para ver sus paredes. Las paredes serían la prueba. Su arte le mostraría a la chica lo que tenía dentro, y ella le contaría más cosas sobre su maestro y por qué había vuelto a las vidas de quienes lo habían castigado tanto tiempo atrás. ¿No era eso lo que había insinuado?

Puede que las muertes hubieran terminado ya y su obra pudiera seguir floreciendo. Puede que incluso en la seguridad de un puesto de jefe de porteros con Apryl como compañera. Ellos podían conseguir cualquier cosa. Hacerte caer de rodillas en tembloroso espanto o arrojarte a una nada gélida como un madero a la deriva, o mostrarte maravillas que te dejaban sobrecogido y boquiabierto.

Iba a ser así. Lo estaban recompensando, se repitió una vez tras otra hasta llegar a creerlo, al menos durante breves espacios de tiempo. Tenía que salir bien, tenía que ser así, porque no tenía ningún control sobre ello.

No podía ponerse nervioso cuando ella llegara. Tenía que mantener la compostura. Mostrarse interesante.

Allí estaba. Avanzando a pasos lentos mientras comprobaba los nombres

de los edificios en busca del lugar en el que le había pedido que se vieran. Un placentero estremecimiento lo recorrió de la cabeza a los pies. Era preciosa. Y estaba allí por él, un artista. Dios, era un artista. Por fin lo era.

Cuando entró en el bar, un poco tímida, se levantó para recibirla. Su dulce y embriagador perfume lo aturdió: el potencial de misterio de un perfume sólo se percibía en su totalidad al brotar del pálido cuello de una mujer hermosa. El tentador sonido de sus tacones altos sobre el suelo de madera hizo que el barman volviera la cabeza.

Se había vestido para Seth. Para complacerlo. Con un sencillo pero elegante traje negro por debajo de un largo abrigo hecho de lana fina que parecía muy caro. El vestido estaba abierto a la altura del escote para mostrar parcialmente la pesada y blanca suavidad de los senos. Un maquillaje completo pero cuidadosamente aplicado cubría sus exquisitas facciones. Su cabello, destellando en tonalidades que iban del negro al azul, estaba recogido con esmero en la parte alta de la cabeza. Y lo que se podía ver de sus piernas resplandecía en unas medias casi invisibles antes de desembocar en unos zapatos negros de tacón alto.

—Hola, Seth. Me alegro de volver a verte —dijo, antes de inclinarse hacia adelante para depositar un beso en cada una de sus mejillas. Él se permitió disfrutar brevemente del aroma de su lápiz de labios y de su piel al tenerla cerca. Todas las frases que había estado ensayando se borraron de su mente. Pero sus ojos la lisonjearon. Sacudió la cabeza, atinó a esbozar una sonrisa y dijo:

—Uau.

Capítulo 33

Cosa que hizo reír a Apryl que sintió que sus esfuerzos habían dado sus frutos. Puede que se hubiera excedido un poco al vestirse, pero había ido preparada para convertir la tarde con Seth en una velada con Seth. Era posible que tardara mucho en ganarse su confianza. Bebería con moderación. Aquella noche el protagonista era él. Harían lo que quisiera. Y no estaba acostumbrada a que sus intentos de impresionar a un hombre resultaran fallidos.

Sentía aún nervios en la boca del estómago, pero esperaba calmarlos con la primera copa de vino, que Seth fue a pedir a la barra del bar. Le había costado recuperar la calma después de conocerlo. Había tratado de distraerse con los agentes de la inmobiliaria, yendo de compras durante el día y después con Miles, que volvió a hacer un esfuerzo por aceptar su torrente de teorías conspirativas sobre la desaparición de Félix Hessen en el salón de su propia casa seguida por la incineración de sus obras. En cuanto a su afirmación de que la influencia del pintor aún seguía vigente sobre Barrington House y sus intenciones de interrogar a Seth, las recibió palideciendo de preocupación por ella y terriblemente decepcionado por el hecho de que pudiera dar crédito a tales cosas.

Pero Seth había estado, estaba totalmente convencida, en presencia de la obra de Félix Hessen en Barrington House. Tom Shafer debía de estar equivocado: algunos de los cuadros habían sobrevivido y aún permanecían en algún lugar de aquel edificio. Puede que en el propio apartamento dieciséis.

Seth los había descubierto y ella pretendía averiguar cómo. Era absurdo: Miles se equivocaba y los Amigos de Félix Hessen estaban en lo cierto.

Era imposible no ver la presencia de los temas y el estilo característicos de Hessen en los dibujos de Seth, que además contenían una anticipación de lo que Hessen podía haber llegado a conseguir como pintor. Seth era un artista muy dotado. Un hombre capaz de emular lo que debía de haber visto en las obras de Hessen: pinturas al óleo que llevaban un paso más allá el horror de sus dibujos supervivientes. Miles lo creería cuando viese el trabajo de Seth y pudiera confirmar por sí mismo el parecido.

Y si procedía con cuidado, tal vez pudiera incluso mostrarle a Miles lo inimaginable: un original. Algo que el extraño y solitario portero habría descubierto en el viejo edificio. O que le habría mostrado la presencia de Hessen. Algo que, en cualquier caso, había guiado su mano como artista y, quizá, como cómplice del asesinato de los inquilinos más viejos. Le costaba relacionar a aquella figura desgarrada e introvertida con la violencia. Pero alguien estaba ayudando a lo que quedaba de Hessen en aquel edificio. Alguien estaba coaligado con el indistinto pero palpable mal que llevaba cincuenta años embrujando el edificio. Y en aquel momento, dado que Stephen estaba esquivándola, Seth era el primero en la lista de sospechosos. Estaba implicado de alguna manera. Se había traicionado la pasada noche. Cómo y por qué, ella no podía saberlo, y necesitaba algo más que cotilleos y suposiciones. En ese sentido, Miles tenía razón.

Seth volvió desde la barra con una copa grande de vino blanco. Tuvo que contenerse para no agobiarlo con preguntas, y se recordó una vez más que debía proceder con cuidado para conseguir la información que necesitaba. Como había hecho con Betty Roth y los Shafer. Aquello requería tacto. Ninguno de ellos tenía nada que ganar contándole aquellas cosas, y sí, en cambio, mucho que perder. Al menos eso parecía. Así que dejó que fuera él quien iniciase la conversación.

—Bueno, pues háblame sobre Félix Hessen —dijo Seth entre nerviosos sorbitos a su pinta de cerveza.

—La verdad es que no soy una experta y, por lo que he podido ver de tu trabajo, yo diría que tienes mucho más que contar. Al menos sobre su estilo.

Seth se miró las manos sobre la mesa, que en aquel momento peleaban con un papel de fumar. Apryl se dio cuenta de que había vuelto a ponerlo nervioso, así que cambió de táctica.

—Puedes leer este libro. Conozco al autor, Miles. Es la única obra impresa que existe sobre la obra de Hessen. —Sacó el libro del bolso y se lo pasó empujándolo sobre la mesa—. Sé que a Miles también le impresionarían tus dibujos. Trabaja en la Tate.

Seth se ruborizó y asintió con rapidez. Cogió el libro y lo sostuvo sobre su regazo.

—Dices cosas muy amables. Últimamente no oigo muchas palabras de aliento. —Se rió con cierto nerviosismo—, Pero las cosas están cambiando. Estoy trabajando en un proyecto muy ambicioso. En mi casa. En mi cuarto. Aunque más bien es un estudio. —Sus ojos cobraron de repente una viveza que la sobresaltó—. Tal vez se lo podría enseñar a ese Miles antes de pasarlo al lienzo.

Lentamente, Apryl cruzó las piernas y las sacó de debajo de la mesa para que él pudiera verlas. Y le preguntó cosas sobre él, sobre su historia, sobre el lugar en el que había estudiado y sobre su familia, lo que provocó una serie de respuestas tímidas y evasivas. No parecía interesado en nada que no fuese su trabajo más reciente, del que hablaba con mucho entusiasmo aunque sin revelar gran cosa. O puede, sospechaba ella, que simplemente no fuera capaz de explicar lo que estaba creando.

Cuando Apryl volvió a la mesa con la tercera ronda (de las cuales la segunda había sido una Coca-Cola), Seth pareció volverse más locuaz.

—Ya he renunciado a analizar todo lo que brota de aquí dentro, Apryl. Eso no me lleva a ninguna parte. Pero me siento como si estuviera en contacto con algo que está en lo más profundo de mi interior. Y tiene alguna relación con lo que hay ahí fuera. Y puede que con lo que después de todo esto. Ya sabes, de la vida. Pero sólo es relevante en imágenes. No existen palabras para definirlo. No se puede explicar.

Ella había estudiado cuidadosamente sus ojos inquietos, su constante hábito de fumar y su nerviosismo, pero sospechaba que no estaba tratando de cultivar un aire de misticismo mostrándose evasivo con respecto a su trabajo.

Era otra cosa. Tenía el presentimiento de que Seth sentía una profunda inquietud, si no temor, por lo que estaba haciendo, pero que era incapaz de dejar de hacerlo.

Hablaba con profusión sobre Londres y sobre sus habitantes, pero tampoco tenía nada bueno que decir sobre ninguno de ellos.

—Es un lugar terrible, Apryl. Aquí es todo muy difícil. Se está cayendo a pedazos. Transforma a la gente. A todo el que se queda aquí. Posee una energía perniciosa, disfuncional. He estado tratando de trabajar en ello desde que llegué. —Dio unos golpecitos al libro de Miles sobre Hessen—. Creo que a él le pasaba lo mismo.

A veces costaba seguir el hilo y el sentido de sus palabras. Su cabeza era una tormenta de ideas y pensamientos que pugnaban por encontrar salida al mismo tiempo. Era como si estuviera tratando de encontrarle el sentido a su propio y maniático temperamento exponiéndolo ante ella. A Apryl le resultaba agotador, y cuando vio que terminaba su tercera pinta sugirió que fuesen a comer algo, temiendo que de lo contrario se emborracharía de manera irreparable y ya no podría contarle lo que quería saber.

Durante la cena encontraría el momento de preguntar por Barrington House y el apartamento dieciséis. Seth estaba empezando a mostrarse locuaz y parecía desesperado por impresionarla. Se acercaba el momento de presionarlo hasta conseguir que le hablara de lo que había visto, lo que sabía y lo que había hecho.

Todo indicaba que hacía mucho que no estaba en compañía de una mujer. Lo sorprendió observándola con una intensidad que le resultaba incómoda. Ya no era sólo cuestión de seducirlo hasta ganarse su confianza, sino también de calibrar las consecuencias. Pero en el pequeño restaurante indio al que lo llevó, Seth cambió de humor de repente. Fue como si algo llamara su atención desde una ventana. Volvió la cabeza para seguir su mirada, pero no vio nada fuera de lo normal al otro lado, aparte la variada mezcolanza que llenaba las calles de una ciudad que parecía incapaz de permanecer inmóvil un instante.

—¿Qué pasa? ¿Alguien que conoces? —preguntó.

Capítulo 34

Allí estaba, en plena calle, justo enfrente del lugar en el que se habían sentado.

La silueta surgía de las sombras polvorientas y la luz anaranjada que emitía el interior de un bar. Las manos en los bolsillos, la boca ovalada de la capucha orientada hacia él, vigilante. Por un instante desapareció detrás de un autobús de la línea diecinueve que pasaba lentamente, pero después reapareció.

«Barrington House», oyó decir a Apryl, como si fuese una especie de invitación para que la figura encapuchada apareciera e invadiera su privacidad.

Y entonces se volvió también ella hacia allí. Hacia la oscuridad que brotaba rápidamente y absorbía todos los detalles, fundía el ladrillo con el hormigón y los coches con el asfalto, que se tragaba las piernas de los caminantes y disolvía los colores en la vaguedad del crepúsculo londinense. Pero por muy penetrantes que fuesen sus bonitos ojos, ya sabía que no podrían ver a aquel centinela. Vigilante y expectante, la figura estaba allí sólo para él.

—¿Qué pasa? ¿Alguien que conoces?

Seth negó con la cabeza, con el rostro aún más pálido que de costumbre.

—No. Aunque pensaba que sí. —Devolvió su atención a Apryl, pero no consiguió concentrarse en lo que le estaba diciendo mientras sus ojos volvían una vez tras otra a lo que quiera que hubiese en la calle y que lo había

distraído de pronto—. Háblame de Félix Hessen —dijo, repentinamente serio, ajeno a la llegada de dos platos a la mesa, uno crepitante y el otro humeante—. Por favor.

Sin prestar atención a la comida, escuchó con atención mientras ella concluía una breve relación de la vida de Hessen contándole que su visión había permanecido inconclusa porque ninguno de sus óleos había sobrevivido. Pero no le contó la historia completa. De hecho, tuvo que contenerse varias veces. Había ciertos detalles que decidió omitir. Especialmente de la historia oficiosa que había ido elaborando. No le habló de lo que la señora Roth, Tom Shafer o Lillian le habían dicho sobre los cambios en el edificio, ni de los sueños que todos ellos habían tenido después de la llegada de Hessen: las cosas que veían en los espejos, los cuadros y las escaleras y que oían detrás de las puertas. Optó por no mencionar nada de aquello y por retratar a Hessen como un excéntrico incomprendido y misántropo, creyendo que aquello apelaría a la imagen que Seth tenía de sí mismo.

Él comenzó entonces a hacerle preguntas muy directas. A sondearla sobre los estudios de Hessen con relación a lo oculto, sobre las teorías referentes a su desaparición, sobre lo que se sabía de sus ideas, de su obsesión con la muerte, sobre los títulos de los diarios y los libros que aparecían en su peculiar vida, sobre la razón por la que había estudiado anatomía y lo que ella creía que estaba tratando de conseguir. Y al tratar de satisfacer su insaciable necesidad de información, en un momento dado ella mencionó el Vórtice.

El rostro de Seth se puso tenso. Apryl no habría podido decir si de asombro o de temor.

Sus ojos se abrieron violentamente y su voz comenzó a temblar mientras la presionaba, una y otra vez, tratando de obtener más detalles sobre el Vórtice, aclaraciones sobre el deseo de Hessen de escudriñar en su interior. ¿Tenía otros libros? ¿Podía leer los diarios de su tía? Era importante, le dijo, e incluso alargó una mano por encima de la mesa y la agarró con fuerza por la muñeca.

—Tengo que saberlo, Apryl —dijo mientras desviaba la mirada en dirección a la calle. Su labio inferior se movió como si estuviera murmurando

algo para sus adentros—. Por favor, es muy importante para mí. Para mi trabajo. ¿Puedes ayudarme?

—¿Por qué, Seth? ¿Por qué es tan importante? —preguntó ella tratando de calmarlo con una sonrisa.

—No puedo decírtelo. Aún no. Pero quizá lo haga dentro de poco.

—Realmente quiero ayudarte, Seth. Haré lo que esté en mi mano. Me intriga mucho tu trabajo. Y a Miles también le intrigaré. Creo que querrá ayudarte cuando vea el talento que tienes. Y se le da mejor que a mí hablar de Hessen. Yo no soy una experta.

—Lo haces muy bien. —Bajó la mirada hacia el plato y removió un poco de arroz basmati con el tenedor. Cerró los ojos durante unos segundos y luego se excusó y fue al baño. Donde permaneció diez minutos.

Al volver le temblaba una de las manos. Ella fingió no darse cuenta, pero le preguntó por qué no comía. A lo que él respondió con una risilla nerviosa diciendo que prefería fumar. Luego dirigió la vista de nuevo a aquel lugar en la calle que tanto lo fascinaba.

Lo estaba perdiendo. Parecía hundido en su miseria. Sus tics se habían vuelto maniáticos y respiraba con inhalaciones rápidas, como si estuviera sufriendo un ataque de ansiedad. Tenía la sospecha de que, en cualquier momento, iba a darle una excusa y marcharse.

Alargó una mano hacia él y tomó una de las suyas.

—Algo te está pasando, Seth. No te preocupes. Se nota que has estado sometido a una gran presión. ¿Te sentirías mejor si fuésemos a tu casa? Quizá podrías enseñarme tu trabajo. Aquí estás incómodo.

—Lo siento —dijo él—. Lo... lo que pasa es que... —Pero fue incapaz de terminar la frase.

—Déjame que pida la cuenta e iremos a un sitio más tranquilo.

Ya en la calle, Seth caminaba demasiado de prisa para que Apryl pudiera seguirlo con los tacones y tuvo que pedirle que parara un poco.

—Lo siento. Lo siento mucho, Apryl —repitió tres veces.

—No pasa nada. En serio —respondió ella. Estaba helando. Un viento

frío y polvoriento soplaba desde detrás de ellos.

—A veces... lo que pasa es que... me pongo... Es difícil de describir.

—Pues no lo intentes. Simplemente, vamos a tu casa.

—Es muy amable de tu parte. En serio. Me siento avergonzado.

—No seas tonto. ¿Quieres que lleve algo? ¿Un poco de vino, quizá?

—Ya tengo, creo. En la nevera. En mi cuarto no hay gran cosa; sólo una cama y una nevera. Es un estudio para trabajar, más que nada. Aunque puede que te sorprenda un poco. Me refiero a que está muy desordenado.

—No hace falta que te disculpes, Seth. Tendrías que ver mi apartamento.

—¿Ah, sí? —Pero volvía a estar distraído y asustadizo, y de vez en cuando miraba los umbrales oscuros de tiendas situadas al otro lado de la calle o se volvía hacia callejones angostos.

De Upper Street a Hackney, donde él vivía, la atmósfera cambió. No sólo lo sintió, sino que también lo vio. Había menos gente en las calles y las tiendas tenían cierto aire de abandono. Pasaron por delante de varias casas de apuestas, pubs de aspecto poco sugerente y un puñado de restaurantes de comida rápida con carteles escritos a mano en las ventanas. Las grandes jaulas rectangulares de los edificios de protección social, rodeados por vallas metálicas, se levantaban ominosas por encima de pequeñas zonas de abarrotadas construcciones victorianas.

—Espero no estar siendo demasiado descarada. No quiero parecer una intrusa.

—No. En absoluto —dijo él, distraído, antes de volver la cabeza—. Tengo muchas ganas de saber lo que piensas. No querría enseñárselo a nadie más que a ti, Apryl. Creo que lo vas a entender. En serio.

—¿Por qué?

—Por todo lo que dijiste sobre la visión de Hessen. Creo que hemos estado persiguiendo lo mismo.

Capítulo 35

Mientras subía por la oscura y angosta escalera, no pasaba un instante sin que lamentase haber insistido en ver sus cuadros. Pero no por miedo a él, que le parecía un sujeto inofensivo; vehemente, emotivo y sensible, pero no agresivo. Sin embargo, había una faceta de su carácter que sólo ahora estaba empezando a entender. Podía soportar su tendencia a abstraerse en sí mismo, sus rápidos cambios de humor, las incesantes digresiones que brotaban de sus precipitados y excitables monólogos, pero aquella mirada atormentada y rayana en algo muy próximo al verdadero terror la inquietaba ahora mucho más que en el restaurante. Porque allí estaba más presente, como si la estuviera llevando hacia algo a lo que también ella debería tener pánico.

Pero cuando pensaba en que vivía sobre aquel pub de tres al cuarto, en un laberinto de paredes con la pintura levantada, alfombras apestosas y pasillos tenebrosos, con ventanas mugrientas sobre patios atiborrados de basura y garajes abandonados, sentía incluso lástima por Seth y su triste vida. Trabajaba de noche en Barrington House, bajo la luz cegadora y blanca de aquella recepción, y luego se iba a dormir a una de aquellas habitaciones durante el día, sólo para despertar avanzada la tarde en aquel vecindario deprimente, habitado por gente peligrosa y marginada, y todo ello al tiempo que trataba de completar una visión abstracta y tortuosa. Algo así bastaría para volver loco a cualquiera. Tuvo que poner coto a su innata tendencia a la empatía, que estaba interfiriendo en su propósito: había ido allí para descubrir hasta qué punto estaba implicado con aquella cosa terrible, aquella fuerza

homicida que moraba en Barrington House.

Subió tras él por un edificio que apestaba a sudor masculino, a comida frita y a ropa húmeda secada en los radiadores, a través de un número excesivo de escaleras, recodos y pasillos que se desvanecían en la oscuridad o desembocaban delante de puertas de color rojizo.

Cuando finalmente Seth salió de la escalera y la llevó por un descansillo abarrotado de armarios viejos y luego por un pasillo estrecho hasta su puerta, estaba exhausta. Entonces, mientras él abría la puerta, se miró con irritación las piernas para buscar el lugar en el que se había arañado con algún objeto de madera en la oscuridad. El fino material de sus medias se había desgarrado y le caía hasta el tacón del zapato en tres sitios distintos.

—Está terriblemente desordenado. Espero que lo entiendas, sólo es un espacio de trabajo. Normalmente no vivo así.

—Claro. Déjame entrar. No me gusta estar aquí fuera —dijo con una voz levemente teñida de fastidio mientras volvía la mirada un momento hacia el oscuro y estrecho pasillo por el que habían pasado. Habría que clausurar aquel lugar. ¿Cómo podía alguien vivir allí?

«Normalmente no vivo así.»

¿Quién podría hacerlo sin perder la cabeza?

Había pintado las putas paredes.

Había cubierto tres cuartas partes de la habitación con un mural que la mayoría de los psiquiatras atribuirían a una mente enferma.

Las figuras suspendidas de aquella oscuridad sin fin anulaban todos sus otros sentidos, aparte de la vista. Era infantil en su simplicidad. Un primitivismo estridente y desnudo que rehuía la literalidad en el retrato para sumergir al espectador en la conmoción de la distorsión y el pánico psíquico.

Tuvo que sentarse en la cama, desde donde siguió observando las paredes con la boca abierta. Mirando aquellas cosas retorcidas que sonreían o chillaban colgando del infinito y la oscuridad absoluta.

—Es sólo un lugar para plasmar ideas. Estudios de figuras. Los esbozos preliminares están detrás de ti. La mayoría de ellas las hice de noche. Y tengo

muchas más del mismo estilo en los cuadernos. Sólo estoy tratando de encontrar los colores en las paredes. Y también una combinación de texturas para el fondo que... que sobrecoja realmente.

Pues lo había conseguido. Si Hessen había llegado a pintar algo, seguro que se parecía a aquello. Apartó los ojos de las paredes y miró el suelo, cubierto de sábanas saturadas de pintura y manchas de grasa. En un rincón del cuarto se veía ropa amontonada. Aparte del viejo y amarillento frigorífico y la cama manchada de sudor no había nada. Ni una sola cosa que le permitiera apartar los ojos de las paredes y de las cosas que gritaban en ellas, desfiguradas, crucificadas, flageladas y clavadas en el sitio.

Aquellos seres atormentados y torturados no pretendían iniciar un diálogo ni sugerir algo parecido a una narrativa. Sólo existían para inspirar asombro en quien los mirara. La golpearon con un puño de espanto, pero también con una fría descarga de reconocimiento. Como si la experiencia más desapacible y dolorosa del espectador —los momentos paralizantes de duda y desesperación, la asfixia de la aversión hacia uno mismo y el odio, las cadenas del pesar y la cuerda floja del miedo— estuviera personificada en aquellas figuras. Eran los mismos y mórbidos destellos de seres medio formados y sumidos en la agonía, aquejados por la violencia de la desintegración, que Hessen había empezado a dibujar a partir de 1938. Pero Seth había llevado sus ideas un paso más allá, usando los estudios de Hessen como trampolín, para poder plasmar todo lo que aquéllos prometían en lienzos de mayor tamaño y en la riqueza de los óleos.

—Tú has visto sus cuadros, Seth. En alguna parte. Estoy convencida de ello. Dímelo, Seth, por favor. Por eso trabajas en ese edificio. Lo sabías.

Seth negó con la cabeza y se apartó un paso de la ventana, desde donde había estado presenciando cómo Apryl quedaba paralizada frente a las paredes.

—No. No había oído hablar de él en toda mi vida. Yo estudié a Brueghel, al Bosco, a Dix y a Grosz. Todos ellos me parecían interesantes. Puede que fuese eso lo que me preparara para esto, para continuar con su trabajo. Y Londres es el medio perfecto para hacerlo. La frontera es más fina aquí. Nada se marcha.

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella. Lo entendía a medias, pero su mente no quería procesar la verdad.

—Me sucedió algo. En mis sueños, mientras trabajaba aquí. Algunos fragmentos de los sueños seguían en mi cabeza al despertar. El mundo cambió desde entonces. Pensé que me había vuelto loco. Comencé a ver cosas, Apryl. Después de oír los ruidos en el apartamento dieciséis. Como si estuviera tratando de llamar mi atención. Así que entré. Y vi los cuadros. Y entendí lo que había estado viendo. Lo que me había mostrado un maestro en mis sueños.

Dejó de hablar. La expresión de Apryl lo silenció. Al oírlo mencionar los cuadros del apartamento dieciséis, Apryl sintió que se le erizaba la piel por debajo del cabello.

—¿Cuadros? ¿Los cuadros de Hessen siguen allí dentro? —Se levantó—, Dímelo, Seth. Dime la verdad. ¿Hay cuadros dentro del piso?

Seth apartó la mirada, hizo una mueca, como si alguien acabara de entrar en la habitación, y al fin dijo:

—Lárgate, joder.

—¿Cómo?

—Perdona. No es a ti.

—¿Seth?

Él sacudió la cabeza. Sus labios se movieron, como si estuviera a punto de hablarle a la puerta, y luego desvió la mirada, se cubrió las pálidas y temblorosas facciones con las manos y suspiró.

—No es... no es seguro.

—¿Seguro? No entiendo. ¿Qué quieres decir?

Seth se dejó caer en la cama sin apartar las manos de la cara.

—No puedo decírtelo. No me creerías. No debería haber entrado allí. No está permitido. No puedes contárselo a nadie. Sólo quería asegurarme de que nadie había irrumpido en el apartamento. Por los ruidos. Y la llamada de teléfono. Pero entonces los vi. Los cuadros. Dios mío, esos cuadros...

Al terminar la frase volvió a mirar la puerta roja de su habitación, como si alguien la hubiera aporreado de pronto o hubiera llamado a voces desde el otro lado.

—Vigila lo que dices cuando hables conmigo, capullo. Y le vas a enseñar los cuadros, Seth. Lo dice nuestro amigo. Quiere conocer a esta putita. Darle su merecido por cotilla. Como a su tía, la vieja bruja. Hay muchas cosas que cotillear en los sitios adecuados, ¿no te parece? Lo sabes mejor que yo, tío. Así que llévala allí arriba. Ya sabes dónde.

»Es la última, Seth. Ya casi has terminado. Y recibirás tu recompensa. El arreglará las cosas. Verás qué bien sales de ésta. Vas a venirte a vivir con nosotros. Sólo tienes que pintar unos cuadros y hacer algunas cosas y vendrás a vivir con nosotros. Siempre estaremos juntos. Así que haz lo que te decimos, joder, y lleva a esta zorra allí arriba.

—¿Qué cuadros? ¿Los de Hessen?

Seth exhaló un fuerte suspiro. Luego tragó saliva. Apartó los ojos de la puerta y la miró. Con pena, pensó ella.

—Tienes que entenderlo. Nada me había, dado nunca tantas ideas. Ningún otro artista me había hablado de ese modo. Me lo ha enseñado todo de nuevo. Me ha enseñado a encontrar una voz propia, Apryl. Pero...

De repente, Apryl se sintió mareada. Desorientada por las cosas absurdas que él estaba diciendo y la repentina certidumbre de que los cuadros de Hessen existían de verdad. Era como estar leyendo de nuevo los diarios de Lillian. Y que la confirmación hubiera llegado así..., de la mano de aquel joven nervioso y obsesivo, con unas ojeras tan profundas por la falta de sueño que comenzaba a aparentar que sufría de una enfermedad terminal.

—Necesito beber algo. —Dio un trago al vino blanco, barato y ácido, que Seth tenía en la nevera. Al menos estaba frío. Luego volvió a sentarse en la cama para recomponerse—. Seth, quiero saber qué hay dentro del apartamento dieciséis.

Con una mueca en el rostro, él se sirvió un poco de vino en una taza de café sucia y luego encendió otro cigarrillo.

—Quiero saber qué les sucedió, Seth. A mi abuela y a los demás. Sabes

que él los mató, Seth. Que aún sigue en el edificio. Lo sabes, ¿no?

El cuerpo del hombre pareció deshincharse mientras se sentaba al borde de la cama. Metió la cabeza entre las rodillas y, al arquear la huesuda columna, todas las articulaciones se hicieron visibles por debajo de la fina camisa. Ella cruzó las piernas tan de prisa que las medias sisearon.

—¿Lo ayudaste?

Seth levantó la cabeza.

—Me engañaron.

—¿Cómo? ¿Cómo lo hizo?

La miró con el rostro pálido y ojos salvajes y desbocados.

—Yo sólo dejé que volviera. No sabía... —Tragó saliva y miró hacia la puerta, con los ojos cubiertos de lágrimas—. Y luego fue demasiado tarde.

Apryl le puso una mano en el antebrazo. Él la miró y se echó a llorar.

—De todos modos, nadie nos creería —dijo Apryl, tanto para sí misma como para él—. Sobre lo que sabemos. Lo que sólo nosotros sabemos. —Entonces sus ojos se endurecieron de repente con una fuerza tal que lo aterrorizó—. Pero hay que devolverlo a su lugar, Seth. Y hay que cerrar lo que ha usado para entrar, sea lo que sea. Mató a alguien de mi familia. Y tú lo ayudaste. Así que ahora vas a ayudarme o habrá problemas. Más de los que podrás soportar. Y Miles lo sabe. Mi amigo. Lo sabe todo, así que será mejor que no me pase nada cuando suba al apartamento dieciséis y acabe con esa mierda. ¿Entendido?

Fuera de la habitación, alguien tropezó en la oscuridad y maldijo con un marcado acento irlandés. Los dos se quedaron mirando fijamente un momento. Apryl se llevó una mano al pecho.

Seth tragó saliva.

—No es eso. Puedo meterte allí fácilmente. Muy fácilmente. No es eso.

—Entonces ¿qué?

Él miró a la puerta y susurró, como si le diera terror que alguien pudiese oírlo.

—Es peligroso.

Apryl sintió que se le helaba la piel y luego se le ponía tensa alrededor de los músculos.

—¿Cómo?

—El apartamento. Cambia las cosas. Es peligroso verlo. Y no creo... que todo el mundo pueda ver los cuadros. —Lo dijo con tal convicción que ella se estremeció, como si de repente hubiera entrado una corriente helada por debajo de uno de los descascarillados marcos de madera de las ventanas.

Seth señaló la pared.

—Esto no es nada comparado con su obra. Es un simple facsímil. Pero sus cuadros son... Hay algo antinatural en ellos. Algo imposible. Cambian. Están vivos. —Y entonces tuvo que apartar la vista, como si fuese incapaz de soportar la visión del miedo de Apryl—. Hessen sigue allí dentro. En el apartamento. Y no está solo.

Capítulo 36

Y al fin había llegado la hora en que podía bajar el último tramo de escalera hasta su apartamento en el sótano. Con la mente, la espalda y las piernas cansadas, como si todo su ser estuviera amoratado de fatiga, Stephen se dirigió hacia allí. De vuelta con su esposa. Normalmente iba a verla media hora durante la pausa de la comida y luego otra vez a las seis y media, cuando llegaba el portero de noche.

Stephen era la única compañía que le quedaba a Janet. La única voz real que oía nunca, aunque ya no fuese demasiado locuaz. A los inquilinos les gustaba ser ellos quienes hablaran, y les complacía Stephen porque escuchaba y nunca invadía su espacio ni su tiempo con su propia personalidad. Era una táctica que tenía sus ventajas. Cuanto menos dijeras, más fácil era tu vida.

En la única parte del sótano que estaba enmoquetada se hallaba la puerta del apartamento que le correspondía como jefe de porteros. A su alrededor se oían los chirridos, estremecimientos y sacudidas de la sala de motores, ruidos que se alzaban por encima del distante bombeo de las calderas. Allí abajo, si te concentrabas, podías oír aquel tráfago en todo momento. Cuando aceptó el trabajo y se mudaron allí, Janet y él pensaron que no serían capaces de soportar el constante ruido. Pero si algo había aprendido como jefe de porteros de Barrington House es que uno se acostumbra en seguida a toda clase de cosas y acepta lo que no se puede cambiar.

Mientras introducía la llave en la cerradura, se preguntó si Janet sería consciente en todo momento del funcionamiento de las máquinas del edificio

o del paso de los vehículos por la calle, un nivel por encima de su sótano. Ya nunca salía del piso salvo que él la llevara a alguna parte. Cosa que Stephen no hacía si significaba alejarse más de kilómetro y medio en cualquier dirección.

Una vez dentro del piso, en el pequeño pasillo que estaba demasiado lleno de cosas como para que una persona pudiera incluso inclinarse, se quitó los zapatos. El calor y el olor de las pacientes exhalaciones de Janet lo alcanzaron al instante. El piso no era lo bastante grande para una persona y mucho menos para dos. Pero Janet no se movía demasiado, así que se las arreglaban lo mejor que podían.

Estiró un brazo y tanteó en busca del interruptor de la luz donde el pasillo se abría al salón. Las viejas cortinas y la moqueta barata hacían que el piso pareciera naranja, un color que, de algún modo, contribuía también a reducir sus dimensiones. No le gustaba pasar demasiado tiempo allí dentro, y por las tardes hacía lo posible para irse a dormir temprano. Para terminar con la miseria de cada día.

No había bajado a la hora de la comida a encenderle la televisión a Janet. Aquel día no. Había tenido mucho que hacer arriba. Así que Janet se había pasado toda la mañana y las primeras horas de la tarde allí sentada, en la oscuridad.

Silenciosa e inmóvil, permanecía en su silla, exactamente en la misma posición en que la había dejado aquella mañana, con su bata rosa y la manta de cuadros sobre el regazo y las piernas.

Olía a pis.

Y debía de estar sedienta. El vaso con la pajita, en la mesita que tenía junto al brazo, estaba vacío.

Pero no a caca. Sí, lo había hecho aquella mañana antes de que él subiera a trabajar.

Le habría gustado abrir una ventana para airear la minúscula habitación. Estando tan cerca de la caldera, el calor resultaba insoportable. Pero la ventana estaba justo detrás de la silla de Janet y no quería que cogiera frío.

En la cocina, que siempre le recordaba a la caravana que antes alquilaban en Devon, abrió la nevera. Las superficies eran de fórmica y todo estaba

construido en miniatura, como si lo hubieran hecho para una casita de muñecas. Qué manera de vivir.

Abrió la nevera, que emitió un silbido. Quedaban tres platos precocinados. Tomaría el estofado Lancashire. Aquella noche, después de haberse pasado todo el día oliendo las axilas de Piotr, no le apetecía el *curry*. Después de terminar, y una vez que los macarrones con queso se hubieran enfriado, podría dárselos a Janet. Ella no podía decirle si estaban demasiado calientes. Tenía que fijarse en sus ojos para saberlo.

Mientras el microondas ronroneaba y daba vueltas con la luz encendida, fue al salón y puso en marcha el televisor con el mando a distancia. Al instante bajó el sonido. Se deshizo el nudo de la corbata, de color plata, con movimientos parsimoniosos. Luego se desabrochó las mangas de la camisa y se las subió hasta los antebrazos. Janet lo observaba.

Del pequeño armario que había sobre el horno sacó el whisky de malta que el señor Alfrezi le había regalado las últimas Navidades. Era la última botella, pero los inquilinos eran muy generosos en Navidad. Si cuidabas de ellos, ellos cuidaban de ti, le decía siempre al personal. Y le diría lo mismo a Seth cuando le traspasara el apartamento. Le transmitiría sus sencillas instrucciones y consejos... como llevaba diez años deseando hacer. El momento ya casi había llegado.

Tomó dos grandes tragos directamente de la botella y se encogió al sentir cómo se abría paso el ardiente licor por su garganta. Sí, iban a ser unas buenas Navidades.

Las pasadas se había llevado tres de los grandes en propinas, además de cuatro botellas de champán, dos de tinto de primera y ocho de whisky. Y este año sería aún mejor. Su mujer estaba muy enferma, todos lo sabían. Y había respondido a las muertes de la señora Roth y de Tom Shafer con «notable sensibilidad», según el señor Glock. La hija de Betty Roth incluso le había cogido las dos manos y le había dicho algo muy parecido con lágrimas en los ojos. Al parecer, su madre le tenía mucho cariño. Cosa que él no había notado nunca.

Se acercó al sofá que había junto a la silla de Janet y, con un fuerte suspiro, se dejó caer pesadamente sobre él. Luego colocó los pies encima del

pequeño escabel acolchado. Se quitó las gafas y se frotó los ojos.

Janet miraba el suelo delante de su silla sin expresión alguna en la cara. Últimamente no parecía reaccionar a casi nada. Salvo a una cosa: pero aquello nunca fallaba.

Dio otro trago a la botella y exhaló un suspiro de satisfacción.

—¿Sabes, cariño? Me alegro mucho de no haber visto nunca lo que viste ahí arriba. Dentro del piso. Seth va a subir allí esta noche para hacerle el trabajo sucio al crío. Y se va a llevar consigo a esa preciosidad. La que heredó la casa de la vieja Lil. Ya sabes, la nieta. Y luego podré largarme, querida. Muy lejos. Adiós muy buenas.

Janet seguía mirando el suelo. Estaba empezando a enfadarse con ella. Para ser sinceros, como compañía nunca había valido gran cosa. Pero ¿qué sabía él cuando se casaron? Por aquel entonces no se tenían tantas oportunidades y posibilidades como los jóvenes de hoy en día. Al verlo con perspectiva, estaba seguro de que habría hecho las cosas de otro modo. Pero aún tenía tiempo. Tiempo de largarse de allí y disfrutar un poco. En lugar de vivir en aquella desmoralizante lata de sardinas al servicio de cretinos ricos como Glock y Betty Roth.

Hizo un gesto de cabeza en dirección a su mujer y alzó las cejas para subrayar su argumento.

—Y los dos sabemos demasiado bien lo que puede pasar si decides colarte allí arriba, ¿verdad, cariño? Ya te lo dije entonces y te lo repito ahora: lo que está muerto es mejor que siga muerto. Si lo traes de vuelta sólo puedes causar problemas. Pero no podías hacerme caso, ¿verdad?

En la cocina sonó el timbre del microondas. Stephen se levantó de su asiento y fue hacia allí. Mientras quitaba la humeante tapa del estofado, siguió hablando distraídamente sin volver la cabeza.

—Tenías que subir allí arriba como la vieja Lil a revolverlo todo en busca del crío. Si no lo hubieras hecho, nada de esto habría ocurrido. Así que creo que se puede decir que es todo culpa tuya. En serio. Si no hubieras traído al cabezota de nuestro hijo de dondequiera que estuviese metido haciendo de las suyas, la vieja Roth y los Shafer seguirían tocándole las pelotas a todo el mundo en Barrington House. Y nosotros no nos habríamos quedado aquí

encerrados hasta ahora, hasta su muerte. ¿Lo sabías? ¿No? Pues ahora ya lo sabes, cariño.

Dio la espalda a la encimera con la comida en una bandeja.

—Cuesta creer que ese mamón tan cruel fuese carne de nuestra carne. — Negó con la cabeza—. Dios, aún no puedo creer que consiguiera que Seth se cargara a los viejos Shafer y a Betty. Aunque no sé de qué me sorprende. Durante todos aquellos años, mientras yo servía a mi país en Irlanda, tú dejaste que ese cabroncete anduviera por ahí suelto hasta que se convirtió en un pequeño salvaje. ¿Eh? Le encantaba crear problemas, vaya que sí. Hasta que acabó por quemarse. Dios todopoderoso. Pero es mucho más peligroso muerto.

Echó la mezclanza de verduras y dados de humeante ternera en un plato de pyrex y cogió un tenedor de un lado de la bandeja.

Sopló sobre la comida, se llevó rápidamente el tenedor a la boca y siguió hablando mientras masticaba.

—Hay que reconocer que Seth ha hecho lo que tenía que hacer. Lo mismo que yo. Aunque me enorgullezco de decir que he sido más concienzudo que él. Siempre se deja las puertas abiertas. Nunca piensa las cosas a fondo. Es demasiado nervioso para el trabajo. Pero yo limpio a fondo lo que él se olvida de limpiar. Arreglo las cosas. Como siempre he hecho en este puto sitio. Me aseguro de que los símbolos sigan detrás de los cuadros, en los sitios justos, tal como me enseñó nuestro hijo, por mucho que se empeñe la dirección en cambiar la decoración. Menudo trabajo me dieron en la escalera del bloque oeste cuando trajeron los nuevos grabados. Tuve que trabajar de prisa en el exterior de los pisos que al chaval le interesaban para que las cosas siguieran donde estaban y mantener a la gente aquí hasta su muerte. Cosa de la que Seth se está ocupando con una eficiencia de la que, honradamente, no lo creía capaz cuando lo contraté. Así que me gusta pensar que nuestro crío, y los amigos que se ha traído consigo, están satisfechos con mi trabajo. Aunque el pequeño cabroncete es tímido, cariño, muy tímido. Lo habrá sacado de su madre.

Se recostó en el asiento y chasqueó los labios. Se pasó la lengua sobre las encías.

—Pero supongo que le han estado enseñando cosas a Seth, como hicieron contigo la noche que pasaste allí arriba. —Señaló con el tenedor para dar mayor énfasis a sus palabras—. En el caso de Seth, como es pintor, era exactamente lo que tenía que ver. Ya sabes, para inspirarse. Los pintores necesitan esas cosas. Eso es lo que me dijo el crío la última vez que lo vi. Y Seth tiene más estómago para ellas que yo. Le gustan. No como a los demás. Ni tampoco a ti. Mírate ahora, ¿eh? Es lo que pasa cuando uno anda fisgando donde no debe. Me pregunto lo que le tienen preparado a esa chica, Apryl, ¿eh, cariño? Nunca le he preguntado al crío lo que le ha pedido a Seth que haga, pero algo me dice que no es lo que ella se espera.

Se terminó el estofado en silencio, concentrado. Tenía hambre y persiguió cada guisante hasta el último rincón del plato.

—Mmm. Voy a servirte los macarrones con queso, querida. Antes te gustaban, pero para mí que huelen y saben a mierda.

De regreso a la cocina, metió el cartón del estofado en el cubo de basura y luego dejó el plato en la palangana azul, dentro del fregadero.

Una vez que la comida de Janet estuvo lista, se arrodilló en el suelo junto a su silla, cogió un poco de un lado del plato, donde estaba menos caliente, y sopló en el tenedor para asegurarse.

—Toma, ya verás qué bien.

Sin mirarlo a los ojos, Janet dejó que le metiera el tenedor en la boca, masticó unos segundos y luego tragó.

—Pero esa chica... —continuó él—. Es un poco perturbador. Por eso necesito un trago. Y pienso acabarme la botella esta noche, ¿me oyes? Así que te agradezco por anticipado que hoy no montes mucha bulla.

Janet miró a su marido con los ojos más abiertos.

—Es muy guapa, Janet. Ya te lo había dicho antes. Una chica preciosa y muy bien educada. A pesar de todos esos tatuajes, es tan amable como Lillian. Me recuerda a la vieja Lil. La verdad es que sí. —Negó con la cabeza y luego le metió el tenedor en la boca tres veces en rápida sucesión. Le dolían las rodillas y quería terminar cuanto antes.

—Ya fue lo bastante malo ver las caras de Betty y del viejo Tom Shafer, pero no me apetece saber lo que le hacen a una criatura joven y bonita como

Apryl. Lo de la chica es un desgraciado accidente, lo reconozco. Simplemente ha tenido la mala suerte de estar en el lugar erróneo en el momento equivocado. Y de meter la nariz donde no debía. Como tú. Una desgracia. Una puta desgracia, cariño. Y como tú, aquella primera vez, dudo que vuelva a ser la misma después de haber estado allí arriba con ellos. Tan cerca, ya sabes. Tendrá suerte si no le da un ataque también. Espero que sea el corazón lo que le falle. De verdad. Para que no acabe como tú.

Dejó el tenedor sobre la bandeja.

—Ya es suficiente. No quiero que empieces a engordar otra vez. No puedes hacer ejercicio y esta mierda está llena de grasa. —Con un gruñido, se puso en pie apoyándose en el brazo de la silla de Janet—, Voy a por una servilleta, tienes toda la barbilla manchada.

Cuando volvió con la bayeta que utilizaba para limpiar la superficie de la cocina, Janet estaba llorando. Le limpió la barbilla.

—Mira, si te vas a poner así otra vez te meto en el dormitorio y cierro la puta puerta. He tenido un día muy duro. Intentemos pasar las próximas semanas sin jodernos el uno al otro. Entonces se acabará todo. Confío en que la hija de la señora Roth venda los dos pisos. Y sabes tan bien como yo que las cosas no tardan mucho en venderse por aquí. Así que después de eso, se acabó. No creo que pueda arriesgarme más que un mes, como mucho. Porque cuando alguien se mude al dieciséis, ¿qué? ¿Eh? Podría quedarme aquí, atrapado de nuevo gracias a ti. Ya estamos corriendo muchos riesgos. Dos muertes, la señora Shafer chiflada perdida y ahora lo de la muchacha. Así que le pasaré el puesto al bueno de Seth lo antes posible y luego adiós muy buenas, cariño. Me lo prometieron. Me dejarán salir. Llevo una puta década sin poder pasar de Bond Street.

Sorbió entre dientes un momento y levantó la mirada hacia el techo.

—Puede que todo salga bien. Si lo piensas un poco, hasta puede que me haga quedar bien. Lo he pensado a fondo, cariño. No como vosotros, putos blandengues. Verás: la tensión de los recientes sucesos, todos estos años soportando la invalidez de mi esposa y luego el quedarme viudo... ¿Quién podría culparme por dejar el puesto? ¿Por hacer las maletas y marcharme en busca del sol? Creo que saldrá bien.

Janet comenzó a emitir una especie de gemido. Un fuerte lamento que procedía del fondo de su pecho. Sus ojos volaron de un lado a otro, como si estuviera buscando una salida.

Stephen no le prestó atención. Habría hablado solo de no haber estado ella allí para escucharlo. Para organizarlo todo dentro de su cabeza. Hablar solo ayudaba. Allí lo hacía mucha gente.

—No tienen nada contra mí. He cumplido con mi parte y ahora puedo irme. El chaval me enseñará cómo eliminar lo que sea que me tiene aquí atrapado, lo que no me deja alejarme más de un kilómetro y medio. Ya me conozco al dedillo toda la puta zona. Ahora le toca a Seth. Querían un pintor y les he dado un pintor. Aunque yo diría que con él han hecho un trato distinto. Yo me negué a matar a esos viejos cabrones. Aunque Dios sabe que lo he pensado muchas veces, sólo por poder salir de aquí. Pero entonces apareció Seth. En el momento justo. Joder, qué frío hace.

»Así que te daré otros quince días y luego te llevaré allí arriba por última vez. Bastará con una última visita. No dirás que no te aviso con antelación. Es lo justo. Pero aún no sé la fecha exacta. Habrá que esperar un tiempo para ver cómo salen las cosas, así que sé paciente. Y luego, el crío y tú podréis pasar juntos todo el tiempo que queráis.

Janet trató de echarse hacia adelante en la silla. El esfuerzo fue tan grande que los ojos estuvieron a punto de salirse de las órbitas, y Stephen, sin mirarla, le puso una mano sobre el pecho y la empujó hacia atrás. Con un jadeo, su mujer volvió a quedar inmóvil.

—Después de eso, cualquiera sabe lo que puede pasar. Es sólo una teoría, ojo, porque allí arriba las normas son distintas, pero creo que Seth nunca podrá alejarse mucho de este sitio. Cadena perpetua para el viejo Seth. Se quedará en este piso hasta que las ranas críen pelo. Y tú también, cariño. Puede que tu cuerpo sí se marche cuando todo haya terminado, cuando hayan acabado contigo allí arriba. Pero tú no. Tú irás donde están nuestro hijo, la vieja Roth y Shafer. Quizá allí podréis reanudar la amistad, en ese otro sitio, con el resto de ellos. No quiero estar por aquí cuando eso suceda. Ya ha sido suficientemente malo pasar tanto tiempo juntos. No quiero seguir viéndote en los espejos o en los cuadros de las escaleras. No sería bueno para mis nervios.

Seguro que tú especialmente lo agradeces.

Tomó asiento junto a ella y dio otro trago a la botella. Janet comenzó a proferir un sollozo constante y rítmico.

—Vamos, no hace falta ponerse así. Esto no tenía nada que ver con nosotros hasta que tuviste que meter las narices.

Se levantó y se acercó a la silla. Janet se encogió. Quitó los frenos de goma grisácea de las ruedas, la apartó de la pared y la empujó en dirección a la puerta del dormitorio.

—No entiendo por qué hacéis las cosas las mujeres. En serio, no lo entiendo. Siempre metiendo las narices donde no se os ha perdido nada. Y luego, cuando todo se va a la mierda, venga a llorar y a protestar.

Introdujo la silla en el diminuto dormitorio y la dejó en el rincón, junto a la cama.

—Ahora quiero pasar un rato solo. Llevo todo el día de pie. Te cambiaré por la mañana. Ahora mismo no soy capaz de hacerlo.

Cerró la puerta y dejó a su esposa en la oscuridad. Al sentarse de nuevo en el sofá pensó, aunque era una mera suposición, que los inquilinos serían muy generosos en Navidad, cuando anunciara que se retiraba como jefe de porteros de Barrington House.

Capítulo 37

Cuando llegó Apryl, a la una de la mañana, Barrington House estaba envuelto en una oscuridad húmeda. Las luces de la mayoría de los apartamentos estaban apagadas. Sólo en las zonas comunitarias las bombillas descoloridas iluminaban las lúgubres escaleras y los deprimentes descansillos. Pero no había nada reconfortante en aquella luz, nada cálido, ni nada en el tenue fulgor del interior que pudiera inspirar el deseo de buscar refugio allí, aunque fuera estuviese lloviendo.

Al final de la zona de recepción Seth observó a Apryl mirar a través de las puertas principales el lugar en el que él se sentaba cuando se ponía el sol. Alrededor de su silueta, la noche era un borrón de profundidad y reflejos, como una combinación de mundos interiores y exteriores. Dos lugares distintos unidos en aquella fina capa de cristal.

Llevaba un abrigo largo y oscuro y tenía el cabello recogido con un pañuelo. Casi podía percibir su olor. Aquel dulce, maravilloso olor. Incluso al otro lado de la puerta, antes de que ella abriera usando la contraseña, pudo sentir su llegada.

Detrás de la esbelta figura de Apryl oyó el ruido del motor de un coche y luego vio pasar un taxi negro. ¿Había venido en taxi? Le había dicho que no lo hiciera. No quería que nadie la viera entrar en el edificio aquella noche. Ni que le dijera a nadie adónde iba. Tenían un trato. ¿Quién podía saber cómo iban a salir las cosas allí arriba? Le bastó con pensarlo para ponerse enfermo de miedo.

Miró al techo. Parte de lo que fuera que hubiese allí dentro debía de haber escapado de la sala de los espejos en una época en que tanto los inquilinos como Barrington House eran más jóvenes, antes de que al edificio lo envejeciera lo que había entrado en él, lo que ahora moraba entre sus antiguos ladrillos.

Había llegado a pensar que todo empezó con el comienzo de la vida y que el edificio no era más que el ojo de la cerradura por el que se habían colado algunas corrientes de aire. Pero sólo podía suponer por qué invisibles caminos se había propagado luego su influencia. Hessen la utilizaba para encontrar aliados y destruir a sus enemigos. De entre aquellos que estaban cerca de él y de aquel terrible colectivo que utilizaba la locura y la pesadilla para dejarse ver en los lugares a los que sólo podían llevarlo hombres como Hessen. Para no devolverlos luego.

Hessen había esperado cincuenta años a que alguien terminara su obra. Era más grande que Seth y éste no podía desafiar su voluntad. Su tutor había esperado demasiado tiempo aquella oportunidad. Incluso había inmovilizado a la señora Roth y a los Shafer para mantenerlos cerca todo ese tiempo mientras esperaba. Sin olvidar nunca. Sin perdonar. Tan puro en su propósito como debe ser un artista.

Salió de detrás de la mesa y se acercó a recibir a Apryl.

—Has venido en taxi. Te dije que no lo hicieras. Te dije que fueses discreta.

—No lo he hecho. El taxi me ha llevado sólo hasta Sloane Street y desde ahí he venido andando. Como tú querías. —Alargó la mano y le tocó el brazo—. No pasa nada. Puedes confiar en mí, Seth. Quiero que confíes en mí.

Al mirar sus preciosos ojos y luego demorarse un instante en los labios rojos, pintados de un escarlata brillante que contrastaba de manera cautivadora con el blanco de la piel de su rostro, sintió que era capaz de creerla. Siempre pasaban taxis por allí, buscando clientes en las zonas más opulentas de la ciudad. Eso era todo. Pero, Dios, sí que estaba nervioso.

—¿Tienes las llaves? —preguntó ella.

Seth las sacó del bolsillo. Las hizo tintinear en el llavero de plata delante de la cara de la chica.

—Recuerda. Si alguien te ve, si te encuentras con el jefe de porteros, no menciones el número dieciséis. No estará por aquí, pero te lo digo por si acaso. ¿Vale?

—Claro. Vale. —Estaba nerviosa pero había emoción en sus ojos. Eso le gustaba. Sintió el deseo estúpido de darle un beso antes de que subiera. Pero al pensar adónde se dirigía tuvo que tragar saliva para tratar de desalojar el pánico de su garganta.

—Deja que coja el busca. Luego subiremos por la escalera. El ascensor hace demasiado ruido y a veces se para. No quiero correr ningún riesgo.

—Seth, lo que estás haciendo... tiene que terminar. Lo sabes. Y lo vamos a hacer juntos. Lo entiendes, ¿verdad? Lo que trajiste aquí se puede devolver a su lugar. De algún modo tenemos que poder.

Su forma de mirarlo le provocó una reacción en el estómago, en el centro mismo de su ser. Sintió un grato estremecimiento. Y un pequeño mareo. Era un tipo de mujer a la que se podría quedar mirando sin más. Toda la vida.

Pero no se enteraba de nada.

Capítulo 38

Lo siguió escalera arriba, detrás de sus estrechos hombros ceñidos por la chaqueta azul y las piernas finas y largas en los arrugados pantalones de franela. Él caminaba con rapidez, y cada vez que se volvía para subir el siguiente tramo de escalera se fijaba en lo pálida que tenía la cara. Y en la rapidez con que movía los labios mientras murmuraba para sí.

Con la respiración más acelerada de lo que le habría gustado, o de lo que habría creído justificado, subió por escaleras aparentemente interminables cubiertas de gruesas alfombras verdes. Dos veces estuvo a punto de perder el equilibrio sobre los tacones altos que llevaba, mientras lo seguía tratando de controlar su miedo. La idea de entrar en aquel apartamento le hacía sentir unas náuseas provocadas por el tipo equivocado de excitación. No había tomado parte en el fin de Hessen ni en la destrucción de su obra, pero no podía sino preguntarse qué haría su presencia para defenderse contra una amenaza o una intrusión.

Al menos Miles se encontraba fuera del edificio, esperando su señal. Le había dado la contraseña de la puerta principal e indicaciones para encontrar el piso una vez dentro. Si se sentía amenazada, lo llamaría al instante. Había hecho lo posible por impedir que ella acudiera allí esa noche, pero aquella solución de compromiso era lo máximo que había conseguido.

Y entonces Seth se detuvo. Se volvió hacia ella rápidamente. Su rostro era un manojo de nervios y tenía las manos entrelazadas con fuerza.

—Hemos llegado —susurró con voz débil a causa de la subida o de la

idea de colarse en el apartamento.

Apryl miró tras él la puerta con el número 16 en bronce clavado sobre la teca. Allí era donde Hessen había vivido y trabajado. Donde había tratado de aislarse de toda vigilancia y toda interferencia dentro de la ciudad de la que extraía su inspiración. El lugar en el que había sufrido y donde había estado a punto de modificar la dirección del arte moderno. Pero era también el lugar en el que había conseguido entablar un contacto de naturaleza extraordinaria con un mundo invisible. Y donde su propio rostro había quedado mutilado antes de morir a manos de la familia de Apryl, que luego la había llevado a ella hasta allí con su extraña y divagante confesión en una serie de diarios manuscritos. Y ahora era un lugar que había que sellar por medio de algo más que una puerta cerrada. Lo que aún permitía entrar a Hessen tenía que ser retirado y destruido de manera más concienzuda que en 19 . Cómo iba a hacerlo exactamente, Apryl no lo sabía, pero registrar el apartamento, se dijo interiormente, era el comienzo.

—¿Lista? —susurró Seth.

Asintió.

—Déjame entrar a mí primero. Tú espera aquí hasta que te llame.

—Claro —creyó que decía, pero su voz era tan débil que probablemente se perdiera entre el aire cálido y se esfumara alrededor de sus rodillas.

Con todo cuidado, Seth abrió la cerradura.

En el mismo momento en que la puerta principal se cerró tras Seth, Apryl abrió el teléfono móvil y susurró:

—Soy yo. Sí, sí, estoy bien. Estoy en la puerta del apartamento. Él ha entrado. Voy a dejar el teléfono abierto y lo llevaré en la mano para que puedas oírlo todo... Sí, lo haré... tranquilo.

Capítulo 39

Seth levantó el pestillo y cerró la puerta detrás de él.

Las luces del vestíbulo estaban encendidas. El pasillo se alejaba de él como un embudo rojo de apariencia carnosa, con coágulos de sangre en el suelo, en los espacios entre las lámparas. Y estaba en completo silencio. Todos los cuadros estaban cubiertos de muselina como la última vez que entrara allí acompañado. Apartó el recuerdo de su mente y cruzó el pasillo teñido de color sangre hasta la sala de los espejos, con una vaga sensación de movimiento en el aire que lo rodeaba, como si una energía inquieta invadiera aquellas salas, dando vueltas y vueltas, incluso cuando él no se encontraba allí.

Las cosas parecían tranquilas aquella noche en la sala de los espejos. Al otro lado de la puerta no se oía ningún grito arrastrado desde el techo por una corriente de aire lejana. Nada daba golpes, ni reptaba o arrastraba otras cosas hacia la oscuridad. Nada. Sólo el aire inmóvil y frío en el que el mayor artista conocido por el hombre se ocultaba detrás de sus cuadros.

Se detuvo un instante. Contuvo las vueltas que daba su cabeza. Hizo acopio de fuerzas para enfrentarse a lo que pudiera ver, para soportar lo que pudieran compartir con él aquella noche y para no pensar en lo que sería de Apryl, la dulce Apryl. Allí dentro, en aquel cuarto. Era «la última». Eso había dicho el chico. Luego tendría que aprender a vivir con ello. Y si el tal Miles lo denunciaba, ¿qué?

¿Qué podrían probar él o cualquier otro? Diría que ella lo había obligado

a mostrarle el apartamento porque estaba obsesionada con una conspiración relacionada con un pintor muerto. Sólo tenía que conservar la sangre fría y mantener la puerta cerrada hasta que ellos hubieran tomado lo que querían. Pero ¿luego seguiría viva, como la vieja señora Shafer? Tenía que ser así. ¿Qué iba a hacer con una muerta? ¿Dónde estaba el muchacho? Tenía que hablar con el muchacho antes de meter a Apryl allí.

Tragó saliva, abrió la puerta y se asomó a la fría y oscura habitación. No había nada salvo los suelos de madera desnuda, los marcos tapados y los espejos vacíos. Su cuerpo se estremeció de alivio. Puede, sólo puede, que no fuese a ocurrir nada aquella noche. Nunca se podía estar seguro, pensó, cuando se trataba con tales criaturas.

Tanteó en la pared interior hasta encontrar el interruptor de la luz y, al pulsarlo, una luz débil y rojiza inundó el espacio. Algún conservador invisible había vuelto a cubrir los cuadros, pero había dejado destapados los cuatro grandes espejos, frente a frente por parejas, de manera que sus plateados pasillos se reflejaban unos en otros y formaban sendos túneles que se alejaban hasta los últimos confines de la luz y de la visión. Paso a paso, caminó hasta el centro de la habitación, observando los espejos por si veía algún movimiento. En busca del que quería conocer a Apryl.

Pero sólo se vio a sí mismo.

Entonces apretó los dientes al pensar en lo que vería aquella noche entre los bordes de los marcos dorados, chillando, retorciéndose y desplegando los miembros. Estaba todo preparado. ¿Los destaparía? ¿Expulsarían a las criaturas para que todo volviera a empezar una vez más?

Era hora de ir a buscar a su invitada.

Pero al volverse hacia la puerta, un movimiento repentino y veloz atrajo sus ojos hacia el espejo de la derecha, sobre la chimenea vacía. Y cuando miró en aquella dirección, lo único que vio en el espejo fue un reflejo de su propio semblante pálido.

No había sido nada. Sólo su imaginación.

Entonces, en la periferia de su campo de visión, a la izquierda, volvió a detectar un movimiento rápido pero lejano dentro de otro espejo. Se volvió rápidamente hacia él. Y no vio nada, salvo el reflejo de sus ojos negros

devolviéndole la mirada.

Le sorprendió que los cuatro espejos estuvieran conectados en un lado de cada reflejo. Como si los cuatro, al mirarse, ofrecieran un medio de paso a lo que quiera que contuviesen. Antes de ser utilizados como salida por todo lo que fuese arrastrado hasta su interior.

Anticipándose a un movimiento circular, se volvió al instante hacia el siguiente espejo, en el extremo de la sala rectangular. Y allí vio que un rostro pálido cruzaba por el fondo de la superficie plateada, a medio camino del túnel de los reflejos, pero esta vez más cerca de la superficie del espejo. Esta vez fue una mancha roja, un momentáneo florecimiento de color escarlata cerca de la base del espejo, como si una cara coloreada sobre un cuerpo encorvado estuviera mirando hacia dentro, hacia la habitación donde se encontraba él solo en aquel momento.

Tenía demasiado miedo como para volverse y ver lo que se había acercado a la superficie en el siguiente espejo, el que tenía detrás. Una inesperada estática le había erizado los pelos de la nuca.

Movió los ojos hacia abajo y hacia la derecha, pero fue incapaz de volverse del todo. En su lugar, se quedó mirando el suelo de madera a sus pies. Y escuchó.

Las luces emitían un pequeño zumbido. No había otro sonido. O puede que sí. En la lejanía. Quizá fuese el tráfico lejano del mundo del exterior, más allá de las cortinas, las ventanas y las paredes. O el rumor de una tormenta que, al aproximarse a Barrington House, arrastrara sus inicios sobre los tejados y los desfiladeros de piedra de las calles y los callejones.

No. No era un movimiento hacia adelante, sino hacia abajo, y desde una distancia enorme que, sin embargo, menguaba a cada segundo que pasaba.

Un momento de mareante pánico invadió cada molécula de su ser, y entonces, de repente, logró escapar de las garras de la parálisis que lo aturdiría y correr hacia la puerta. Pero el muchacho encapuchado se encontraba frente a él, en el umbral. Con las manos en los bolsillos y el rostro escondido en el interior en sombras de la capucha.

—Vienen a por esa guarra, Seth —dijo—. Quieren enseñarle el otro lado. La vieja zorra de su tía se les escapó, pero no se van a quedar sin ésta, colega.

De eso puedes estar seguro.

La enormidad de lo que estaba sugiriendo aquel delincuente lo dejó sin aliento. Negó con la cabeza. Su sonrisa nerviosa lo hacía sentir idiota.

—No. No lo haré.

Dio otro paso hacia el muchacho.

La capucha se movió de un lado a otro.

—De eso nada. La vas a traer aquí a toda leche. No permanece abierto mucho tiempo. Ya te lo dije. Tienes que darte prisa. Mete aquí a esa guarra y cierra la puta puerta. Ya sabes cómo se hace, colega. Se te da bien. No empieces a ablandarte ahora. Sólo te está utilizando, tío. Piensa que eres un capullo chiflado. Está tratando de jodernos el negocio. Así que tiene que desaparecer. Lo de esta noche va a ser especial, Seth. Va a pasar al otro lado. Allí abajo, con nuestro amigo.

—Pero ¿qué hago con el cuerpo? A ella no puedo dejarla en una cama y largarme sin más. Hay un tío que sabe que está aquí.

El muchacho cerró la puerta de la sala de los espejos dejándolos a los dos allí dentro. Levantó la mirada.

—No habrá ningún cuerpo, colega. Ya te lo he dicho. No va a quedar ni rastro de esa guarra cuando el jefe termine con ella. La tía va a pasar al otro lado, como él, hace muchos años. No va a quedar absolutamente nada, joder.

—Pero...

—¡Ya viene! Va a empezar, tío. —La voz rezumaba tanta dicha infantil que parecía cargada de tensión. Los pequeños brazos salieron de los bolsillos y una fila de dedos, fundidos todos en una única masa, apareció por un momento a la luz.

Sobre ellos las luces parpadearon. Luego, de repente, se ensombrecieron. Fue como si una nube pasara por delante del sol. El cuarto se cubrió de sombras. Y entonces llegó una voz desde el exterior de la habitación, pero demasiado lejana como para formar parte de aquel lugar. Una voz que lo llamaba por su nombre:

—¿Seth? ¿Seth? Me estás asustando de verdad. ¿Dónde estás?

Era Apryl.

—¡Apryl, no! —gritó—. No entres. ¡Quieta!

—¡Cierra la boca! —chilló el crío, y a continuación alzó los pequeños brazos como si pretendiera entablar una pelea con él.

En ese momento, la temperatura descendió bruscamente hasta que Seth se sintió como si tuviera los huesos llenos de finos carámbanos. Lo que quedaba de la habitación, las paredes, el suelo y el rodapié, el muchacho encapuchado y la misma sustancia de lo sólido y lo visible, se fundió en la oscuridad tan de prisa que dejó de ver hasta el suelo de madera bajo sus pies.

El instinto le suplicaba que huyera. Que corriera en dirección a la puerta y abandonara el edificio seguido por Apryl. Pero sabía que no tenía alternativa. Había sentido tal impotencia desde su llegada a la ciudad que la voluntad ya no era un recurso que pudiera emplear. ¿Lo había sido alguna vez?

Y de todos modos, el encuentro era inevitable. La presencia que se había colado en sus sueños y lo había vigilado desde lejos, la que le había permitido abrir los ojos al mundo, acabaría por presentarse más tarde o más temprano. Siempre lo había sospechado.

Dio dos pasos titubeantes hacia donde su memoria le decía que se encontraba la puerta, con todos los músculos del cuerpo temblorosos por el frío glacial y la repentina aparición de los gritos que descendían desde lo alto, dando vueltas, impotentes, arrastrados de un lado a otro por frías turbulencias.

A su espalda, algo exhaló un suspiro. Llenó la fría sala con un chirrido que parecía salido de unos pulmones más grandes que los que habría podido albergar un cuerpo humano. El sonido se prolongó formando una dilatada espiración y se dispersó como un gas lleno de escarcha por todos los rincones del cuarto. Se arrastró por el suelo para tragarse los últimos vestigios visibles a los ojos de Seth.

Su compañero encapuchado no estaba por ninguna parte. No había ni rastro de él. Ni de calor o evidencia alguna de que el mundo existiera o hubiera existido alguna vez.

Y entonces llegaron todos los demás. Desde arriba, en una multitud de gritos y alaridos distantes. Precipitándose tan rápidamente hacia él que sintió deseos de desplomarse de terror para no poder verlos.

Dio varios pasos temblorosos sobre unas piernas que apenas alcanzaba a

sentir y tuvo la certeza de que se le pararía el corazón y la sangre se le helaría y luego estallaría en mil pedazos si algo llegaba a tocarlo allí dentro, en la oscuridad.

Tras él, muy cerca ya, en competición con el torbellino que caía sobre él y que no se atrevía a mirar por miedo a ver cómo descendía, oyó el ruido de unos pasos sobre un suelo duro.

El tono del suspiro continuado que inundaba el lugar a bocanadas se alzó con una nota de expectación. O de excitación. Bajo aquel manto de temor fue incapaz de discernirlo. No podía pensar con claridad. Ya no sabía casi nada: ni en qué dirección estaba mirando, ni si sus pies seguían tocando el suelo, ni si su cuerpo estaba cayendo, cayendo y cayendo hacia el lugar en el que tendría que haber estado el suelo. Ni por qué en un lugar en el que no había norte ni sur, cielo ni tierra, seguía llegando tan lejos con la mirada. Puede que sólo distinguiese unos centímetros más allá de su nariz, pero podía vislumbrar algo rojizo que se movía cuando él parpadeaba y trataba de enfocar la mirada. Y que sólo se hacía nítido durante una fracción de segundo, momento en el que creía entrever lo que parecía ser una tela teñida de rojo sobre una cabeza de pequeño tamaño, con unas facciones marcadas que presionaban contra el ajustado tejido escarlata. Y cómo brotaba el suspiro de lo que podría haber sido una boca abierta.

Se tapó los ojos al sentir que el frío le quemaba la carne de la cara.

Capítulo 40

Seth llevaba dentro cinco minutos. Y ella había permanecido allí, nerviosa, junto a la puerta del apartamento dieciséis, dando vueltas a un mechero en el interior de uno de los bolsillos de su abrigo mientras trataba de oír algo en el interior del piso.

En una ocasión le pareció oír que se acercaba a la puerta a paso vivo, como si estuviera corriendo hacia ella. Pero ésta no se abrió. Y los pasos sonaban diminutos, como los de un niño.

Cuando alzó la voz y lo llamó «¿Seth? ¿Seth?», los pasos se detuvieron y su recuerdo sobre ellos se volvió vago de repente, lo que la llevó a pensar que procedían de otra parte del edificio, de otro piso, de otro apartamento. Puede que fuese así.

Y entonces le pareció oír que se cerraba una puerta en el interior del apartamento. Lejos, detrás de la mampostería y la madera. Claro que también aquel ruido podía haberse originado en otra parte del edificio. Era difícil de decir.

Pero no podía quedarse fuera mucho más tiempo. ¿Qué estaba haciendo allí, de todos modos? Se preguntó si Miles tendría razón. Si aquello sería una trampa, una emboscada. No podía seguir así mucho más tiempo. Sacó las manos de los bolsillos.

—Hola. Soy yo.

—Apryl. ¿Estás bien?

—Sí.

—¿Qué está pasando?

—Ni idea.

—¿Has entrado?

—No, sigo esperando fuera. Lleva una eternidad ahí dentro. No sé qué está haciendo. Me ha dicho que esperara aquí. ¿Lo espero toda la noche?

—Esto no me gusta. Voy a subir.

—No. No lo hagas. Lo estropearás todo. Se lo he prometido.

—Podría ser una trampa.

—No. Ya te lo he dicho... Creo que es inofensivo. —Lo dijo para tranquilizar a Miles, pero no estaba segura de seguir creyéndolo ella misma.

—¿Crees que es inofensivo! Por Dios, Apryl.

—No sé por qué está tardando tanto. Así que voy a entrar. No ha cerrado con llave. Sólo quería decirte que voy a dejar la línea abierta. Por si acaso.

—Apryl, no entres. No quiero que lo hagas. Es un error. Estás cometiendo un allanamiento de morada. No me gusta cómo se está poniendo todo esto.

—No me pasará nada. Confía en mí. Tú límitate a escuchar. Por si acaso. No me quedaré mucho rato. Sólo quiero ver qué hay ahí dentro. Nos veremos en unos minutos.

—Me estoy hartando de esto. Es una locura. ¿No te sientes ridícula?

Apryl empujó la puerta principal.

Los goznes chirriaron al abrirse hacia dentro la pesada puerta. Al otro lado había un pasillo a oscuras. La luz del descansillo le permitía vislumbrar a duras penas el extremo de un lúgubre ático en estado de abandono.

—Seth —susurró en dirección a la penumbra—. Seth. Seth.

Dio un paso hacia el interior y buscó el interruptor de la luz. Y se encontró con un antiquísimo trasto de cerámica que se parecía a la mantequera de su abuela, sólo que del revés. Lo accionó, y sonó un chasquido hueco que no recibió respuesta de los elaborados apliques de las paredes.

Guiada tan sólo por la luz procedente del descansillo, siguió adentrándose

en el desierto corredor, acompañada por los crujidos del parqué bajo sus pies.

—Seth —dijo de nuevo, esta vez en un tono más alto—, Seth. ¿Dónde estás?

Al pasar junto a otros dos interruptores, los accionó también sin ningún éxito. No funcionaban.

Se estaba quedando sin luz. La oscuridad del apartamento se tragaba el brillo amarillento del descansillo antes de que pudiera propagarse desde la entrada. Y entonces, de repente, todo se volvió negro a su alrededor.

Volvió la cabeza hacia atrás y vio que la puerta principal se había cerrado silenciosamente hasta la mitad, como empujada por su propio peso en dirección al marco. Retrocedió, temiendo que sus tacones hicieran demasiado ruido sobre el suelo de madera, abrió la puerta y la bloqueó con su espejito de mano. Luego volvió a encaminarse al pasillo.

Esta vez se fijó mejor en las puertas por las que estaba pasando. Suponía que las más pequeñas, pintadas de blanco, pertenecían a armarios. Las otras debían de dar a habitaciones, como en el piso de Lillian.

—Seth —dijo. Una nota de autoridad, mezclada con irritación, tornó penetrante la palabra en medio del silencio.

Apryl sacó el mechero, lo encendió y lo levantó para tratar de ver mejor.

Un papel decididamente feo cubría las paredes. El paso del tiempo lo había teñido de marrón y tenía una textura granulosa bajo los dedos de Apryl. Las paredes estaban desiertas, como en el resto de los apartamentos que había visto. No había ni rastro de los cuadros que Seth había prometido mostrarle, ni tampoco de él, por cierto.

—¿Seth? ¿Seth? Me estás asustando. ¿Dónde estás?

Tras avanzar unos pasos más, se quedó prácticamente sin otra luz que un tenue vestigio de la que entraba por el pasillo y el pálido parpadeo de su mechero. La brillante pero escasa llama de éste se dispersaba en la fría y densa atmósfera sin llegar a penetrar en las sombras más allá de un pequeño radio. Pero alcanzó a revelar una puerta cerrada a mano izquierda del pasillo. En el piso de su tía abuela correspondía al salón. Y en su interior le pareció oír una voz lejana.

—¿Seth? ¿Eres tú?

Como desde muy lejos, la voz de él respondió:

—¡Apryl, no! No entres. ¡Quieta!

Una corriente escapó por la ranura que quedaba entre la puerta y el suelo y sopló fría sobre sus manos. La llama del mechero parpadeó un momento, teñida de azul, y luego empequeñeció sobre la rosca del mechero antes de apagarse. Aunque pareciera imposible, era como si la voz de Seth hubiera llegado hasta ella desde muy lejos. Permaneció inmóvil, con todo el cuerpo tenso, sintiendo un hormigueo en la base de la columna vertebral. Escuchó.

Alguien estaba hablando de nuevo dentro de aquella habitación. Sí, se oía una voz. No, varias voces. ¿Sería un televisor? ¿Una radio? Se acercó a la puerta y pegó la oreja a la madera. El sonido parecía lejano, como si estuviera andando junto al estadio de los Yankees en hora de partido. Debía provenir de más allá del edificio.

A su mente afloró de repente todo lo que la señora Roth y el señor Shafer le habían contado sobre los ruidos que oían dentro de aquel apartamento. Se llevó el móvil al oído y se apartó de la puerta.

—¿Miles?

—Sí, aquí estoy. ¿Qué pasa?

—No sé. Aquí dentro no hay luz. No veo gran cosa. Pero oigo algo. Aunque no sé si viene de fuera. ¿Tú oyes algo desde ahí abajo?

—¿Cómo qué?

—Como una multitud.

—¿Qué quieres decir?

—¿Hace viento fuera?

—¿Qué?

—Viento. Que si hace viento fuera.

—No. Hace un frío de mil demonios y hay mucha humedad, pero no sopla nada de viento. ¿De qué estás hablando?

—Estoy oyendo algo. —Desde luego que lo oía. O estaba aumentando de intensidad o su oído mejoraba por momentos. Era como una tormenta. O algo realmente ruidoso y lejano pero que no captaba con toda nitidez. Desde debajo de la puerta, el aire frío aumentó su fuerza e hizo que se apartara otro paso.

—¿Apryl? ¿Apryl? —oyó que decía la vocecilla de Miles desde el teléfono.

—¿Seth? ¿Qué estás haciendo? —preguntó ante la puerta al tiempo que volvía a levantar el mechero delante de su cara. Intentó encenderlo, pero la corriente de aire lo hacía imposible.

—Aquí abajo —dijo una voz desde el interior de la habitación, al otro lado de la puerta. ¿Era Seth?

—¿Cómo? —Rápida, desesperadamente, sus dedos hicieron girar la ruedecilla de metal del mechero. Levantó el teléfono—. Me parece que oigo a alguien dentro de la habitación.

—Apryl, me estás preocupando. ¿Qué demonios está pasando ahí?

Apryl levantó el mechero. Éste soltó una chispa y se apagó. Entonces, al siguiente intento, se encendió. Dio un paso titubeante hasta el umbral mismo del cuarto, con la llama delante de la cara. Aturdida por los furiosos latidos de su propio corazón, entornó los párpados por encima del mechero y decidió echar un vistazo al interior de la habitación para averiguar qué estaba haciendo Seth. Tenía que ser él. Con alguien más. ¿O estaría hablando solo? Acercó la mano al picaporte.

Y la puerta se abrió sola.

Alguien la había abierto desde el otro lado. Apryl aspiró profundamente. La llamita del mechero se apagó al instante, engullida por la oscuridad y el frío que salieron de pronto de aquel cuarto con un rugido atronador, como si una presión tremenda se abriera paso desde un espacio confinado pero volátil. Sí, todo estaba vivo allí dentro. El aire estaba vivo y tan saturado de gritos que retrocedió ante su embestida.

La escasa luz procedente del descansillo se apagó y todo cuanto había en su campo de visión —el mugriento papel de las paredes, la forma imprecisa del techo, la moldura— se esfumó. Todo desapareció. Eclipsado por algo tan denso y negro que no dejó otra cosa que una sensación térmica.

Mientras Seth salía huyendo de allí, de aquella eternidad, el pelo de Apryl se pegó a su cráneo y sus párpados se entrecerraron bajo la repentina acometida de un viento ártico. Y con él salió una ráfaga de aullidos de tal miseria y frenesí que Apryl no pudo hacer otra cosa que sumarles su propio y

prolongado grito. Pero al menos el suyo procedía de una boca viviente.

Capítulo 41

Seth se desplomó en el pasillo, al otro lado de la puerta, jadeando y sollozando. Entonces levantó la mirada y vio al muchacho encapuchado unos pasos a la izquierda. La capucha giraba con violencia para lanzar miradas alternativamente a Seth y a la traumatizada figura de Apryl. Ella estaba apoyada en la pared, unos pasos a su derecha, y una de sus botas, girada en un ángulo insólito, ya no sustentaba su peso. Al otro lado del pasillo, la puerta principal seguía abierta.

—¡Seth! ¡Seth! —La voz del delincuente brotó en un chillido del interior de la temblorosa capucha—. Mete a esa maldita guarra ahí dentro. Métela a hostias. Si no lo haces lo lamentarás. Se te llevará a ti en lugar de a ella. O ella o tú. ¡Haz lo que te digo, coño!

Una aturdida Apryl miraba fijamente a Seth, incapaz de pronunciar palabra.

—Quiere verte —dijo éste con una voz que a él mismo le pareció patética y miserable—. Ahí dentro.

Apryl negó con la cabeza y se volvió para echar a correr.

—¡Seth! —chilló el muchacho, y fue tras ella—. Métela. Ahí dentro puedo ayudarte con esa zorra. Tú sólo tienes que meterla y nosotros haremos lo demás. ¡Vamos!

Al ponerse en pie e iniciar la persecución, Seth se dio cuenta de que estaba llorando.

—Apryl. Apryl. —La agarró por el cuello del abrigo y dio un tirón hacia

atrás. El cuerpo de la chica volvió hacia él con los pies en el aire antes de caer con fuerza sobre los tablones del suelo. Levantó el rostro contorsionado para echarse a llorar. Se había hecho daño al golpearse el coxis contra el suelo. Al instante, Seth sintió deseos de disculparse.

—Eso es. Eso es. Ya la tienes —chilló el muchacho entre las punteras de las botas de Apryl, que lanzaban patadas y trataban de encontrar un punto de apoyo en los baldosines de mármol.

—Seth. No —suplicó ella entre los gemidos y sollozos que exhalaba a causa del dolor que le impedía defenderse y la mantenía paralizada.

Seth la arrastró por el suelo caminando hacia atrás con largas zancadas, agarrándola por el cuello del abrigo. Ella trató de frenar su inexorable avance hacia la puerta, que se estremecía con la fuerza de la tormenta desatada en su interior, casi como impaciente y excitada, dando palmadas sobre la dura y suave superficie del suelo. El cuello del abrigo subió por encima de su cabeza en su intento por sacarse la chaqueta. Seth dio una vuelta a la tela del cuello en su puño y empujó los dos hombros de la chica hacia dentro para que sus brazos no pudieran moverse con tanta facilidad. Oía su propia respiración jadeando violentamente.

—Lo siento. Lo siento —repetía con voz sollozante.

El muchacho encapuchado sacudía sus cortos brazos en el aire mientras los seguía por el pasillo.

—Dentro. Dentro. Dentro. Dentro. —Su voz se había transformado en un chillido.

—Oh, Dios, no. Por favor, Seth —sollozaba ella mientras, con el bonito rostro manchado de rojo y de sombra de ojos, volvía la cabeza a un lado para mirar la puerta hacia la que la estaban arrastrando. El terrible aire glacial, acumulado alrededor del umbral, le ofreció un anticipo del vacío negro e infinito que esperaba para reclamarla.

Seth alargó rápidamente un brazo hacia atrás y cogió el picaporte de la puerta. Los movimientos de Apryl se hicieron frenéticos al sentir que la mano que la agarraba por el cuello del abrigo se relajaba un poco, y casi logró ponerse en pie. Pero él le dio una patada en una pierna y la hizo caer de costado, sollozando, con la chaqueta enredada alrededor de la cara y el

cuello. En la práctica se había convertido en un efectivo cabestrillo que podía utilizar para meterla allí dentro a tirones.

El muchacho encapuchado saltaba y jadeaba con impaciencia junto a la pelea, como una comadreja que acabara de ver una madriguera con un ratón dentro. Sus pies comenzaron a golpetear el suelo y un extraño y agudo relincho salió del interior de la capucha oscura mientras se preparaba para seguirla a la oscuridad y terminar el trabajo.

La puerta se abrió de par en par y una colosal corriente de turbulencias heladas cayó sobre ellos, como una ola sobre la cubierta de un barco a la deriva. Justo al otro lado de la puerta se había congregado un número tremendo de voces, emitidas por bocas que Seth no quería ver. Gritaban desde arriba y aullaban desde abajo. Chillaban desde los lados y se precipitaban hacia la puerta, como si en aquel inesperado puntito de luz se hubiera presentado la ocasión de volver a vivir.

Empleando todas sus fuerzas, Seth se adentró un paso en la oscuridad y el viento. Y luego, con un segundo paso, arrastró consigo a la histérica chica.

Capítulo 42

—¡Apryl! ¡Apryl! ¡Joder! —Miles se apartó el teléfono de la oreja y echó a correr hacia la entrada de Barrington House. Subió la escalera de tres en tres hasta la plataforma de mármol pulido que había frente a las amplias puertas de cristal. La inercia hizo que patinara de costado sobre sus zapatos de suela de cuero. Era incapaz de respirar por la sorpresa y el miedo que le había provocado aquel grito: el terror en la voz de Apryl, perdida dentro de una ventolera que hizo que la señal, con un chirrido, se interrumpiera intermitentemente y al fin se cortara. Alargó la mano hacia el teclado y pulsó los botones de acero inoxidable. Uno. Nueve. Cuatro. Nueve.

En el interior del pesado marco de bronce que mantenía unidas las dos puertas de cristal, el mecanismo de la cerradura emitió un fuerte chasquido al abrirse. Pasó corriendo al interior y luego continuó por el largo y enmoquetado pasillo. Sólo al acercarse al amplio círculo del mostrador de recepción y el silencioso invernadero, con sus sillas, sus mesitas de café, sus revistas y sus jarrones de flores secas logró respirar de nuevo. Aspiró una enorme bocanada de aire cálido con unos pulmones que no estaban acostumbrados al ejercicio vigoroso.

«Por la salida de incendios», se dijo. Aquella salida de incendios. Hasta la escalera y el ascensor. Podía oír la voz vivaz de ella, hablándole de apartamentos y ascensores con frases que parecían extraídas de un diálogo de película, dando vueltas en un torbellino de pensamientos que era incapaz de detener.

Se lanzó escalera arriba. Entonces se detuvo. Y permaneció un momento impotente, con los miembros temblorosos, mientras su razón trataba de contener lo suficiente el incendio de su pánico para poder decirle que el apartamento se encontraba ocho pisos más arriba y él estaba casi rendido tras haber atravesado corriendo la zona de recepción. Ahí estaba el ascensor, podía cogerlo. Se encontraba en la planta baja. Sí, allí lo veía, con el espejo detrás, los paneles de madera y todo iluminado por una luz amarillenta.

Al entrar le temblaban las manos. Su dedo índice pulsó el botón equivocado, el del quinto piso. Luego pulsó el nueve. El cinco permaneció iluminado. También el nueve.

—¡Joder! —Gritó para sí, antes de controlarse y pulsar el ocho, el piso que tenía los números 16 y 17 esparcidos junto al botón.

¿Qué estaría haciendo ese cabrón de Seth? ¿Atacarla? ¿O algo peor?

¿Cuánto podía tardar aquella cosa? Le pareció que transcurría algo así como un minuto entero mientras el ascensor, entre chasquidos y chirridos de maquinaria, comenzaba a ascender hacia Apryl.

¿Qué iba a hacer? Sólo ahora que había dejado de correr y de aporrear los botones y se veía obligado a permanecer inmóvil y aguardar tenía tiempo de pensar lo que se esperaba de él. Se preguntó si podría incluso pelear, llegado el caso. Simplemente, no estaba seguro. Su última pelea había sido en el colegio, décadas atrás.

—Oh, Dios —dijo al pensar en lo absurdos que estaban resultando los acontecimientos de aquella noche. ¿En qué estaba pensando Apryl? Cuando el condenado ascensor se detuvo en el quinto piso, su nerviosismo se transformó en rabia dirigida contra ella. Sus ridículas historias, sus alocadas especulaciones sobre asesinatos y luego aquello, colarse en una casa de noche en compañía de un guardia de seguridad chiflado como una especie de detective aficionada. Se maldijo a sí mismo por haberse dejado involucrar en aquello. Nunca se había parado a considerar la posibilidad de que tal vez estuviera tan loca como su tía.

Finalmente, el ascensor llegó al octavo piso. Pero ahora que se encontraba tan cerca ya no quería salir. Desde la ventanilla de observación enrejada de la puerta del ascensor, comprobó el descansillo. No había nadie, pero la puerta

principal de uno de los apartamentos estaba abierta. Debía de ser el dieciséis.

—Joder. —Con el máximo cuidado posible, abrió la puerta exterior y miró hacia los lados para asegurarse de que nadie lo esperaba allí agazapado—. Apryl —susurró en un tono muy bajo—. Apryl. —Y esperó, con la mitad del cuerpo fuera del ascensor, a que llegara una respuesta.

No llegó.

Salió del ascensor, se acercó al apartamento dieciséis y, al asomarse, sólo vio un pasillo sin iluminar, descuidado y vacío.

Desde el umbral volvió a llamarla otras dos veces. Entornó lo ojos y trató de ver lo que había al final del pasillo, pero estaba demasiado oscuro. Tendría que entrar.

Así que lo hizo, lentamente, incapaz de dar crédito a lo que le estaba sucediendo: entrar sin que lo invitaran en un apartamento privado de un edificio privado. Pero no había dado ni dos pasos dentro del apartamento cuando se agazapó, con el cuerpo tenso, y exclamó en voz alta:

—¡Jesús!

Podía oírlo. La multitud. La tormenta. Las voces. Todas las cosas de las que ella le había estado hablando. Daban vueltas y vueltas al otro lado de la puerta central de la parte izquierda del pasillo. Por la que el tío abuelo de Apryl había arrojado a Hessen.

Dudaba que tuviera las fuerzas necesarias para tocar siquiera el picaporte. Pero entonces la oyó. En la lejanía, allí dentro. Llorando. En medio de aquellos rugidos y aquel griterío excitado, como si una tribu de simios se hubiera reunido en las ramas de los árboles por encima de un leopardo, la oyó. Con pequeños y quebrados sollozos. Gimiendo y suplicando clemencia, como si la estuvieran asesinando.

—¡Dios! —Se abalanzó sobre la puerta.

Y cayó en la nada. En la más pura ausencia.

Un lugar en el que sólo se percibían un frío glacial y el clamor de miles de voces que gritaban. Pero cayó sobre un suelo sólido que no podía ver, con las manos pegadas a las orejas. Y al retorcer el cuerpo en busca de la chica, sintió que sus pies y la parte baja de sus piernas colgaban por encima de un borde, cuyas profundidades eructaban un viento aún más frío y más violento,

como si hubiera topado con un gigantesco acantilado y no tuviera otro sitio adónde ir salvo arriba, en dirección a la eternidad.

Arrastrándose, logró apartarse del abismo junto al que había caído, pero en ese momento una colección de cosas parecidas a dedos, tan finas como lápices y tan duras como huesos, lo asió por el tobillo como si fuese un inesperado asidero aparecido de repente en una penosa escalada desde el olvido.

Se puso trabajosamente de rodillas, con los brazos extendidos para que el viento no lo arrastrara al precipicio que podía sentir cómo se abría a su alrededor en medio de aquel caos negro como la pez. Tenía la camisa hinchada como un globo y su corbata se agitaba de lado a lado como la cola de un perro.

—¡Apryl!

La vio, agitando los brazos de un lado a otro, tratando de arañar con los dedos a dos figuras encorvadas que había sobre ella. Una de sus botas lanzó una patada y giró violentamente las caderas en un gesto desesperado. En las puntas de sus tacones se veían los reflejos de la escasa luz que lograba colarse a través de la puerta abierta por la que había caído.

Apoyado sobre las manos y las rodillas reptó hacia allí. Y vio un niño. Aunque le pareciera imposible, un niño con un abrigo con capucha sacudía los brazos tratando de alcanzar la cara de Apryl, que se debatía de un lado a otro para esquivar los golpes. Luego la emprendió a patadas con ella para que se moviera. Para empujarla hacia adelante... Miles pensó en el abismo sobre el que sus propias piernas acababan de estar suspendidas. La otra figura, capaz a duras penas de permanecer en pie en medio del tifón, intentaba inmovilizarla agarrándola por los brazos.

Se puso en pie y dio dos pasos, como un borracho, en dirección a ellos. Tuvo que rodearse el tórax con los brazos en un intento desesperado por soportar los terribles y violentos escalofríos que amenazaban con arrojar su cuerpo helado al abismo. Pero entonces se detuvo en seco al ver lo que entraba y salía del vacío sin luz que rodeaba a las figuras que forcejeaban.

Había rostros sin cara y carne sin piel sobre huesos que se retorcían de manera atroz en aquella luz mínima, y patas traseras que lanzaban coces a las

demás criaturas ciegas y de zarpas ávidas. Y frente a este tapiz en movimiento de desfiguración y criaturas óseas de miembros convulsos, cuyas mandíbulas parecían estar dislocadas de sus cráneos, un rostro rojizo de brazos largos y marrones que nacían de unos hombros imposiblemente pequeños parecía precipitarse sobre el trío enzarzado en la pelea. Pero entonces, con una brusca sacudida, volvía hacia atrás, como si tirara de él algún invisible arnés, alejándolo de la luz, antes de repetir el movimiento. Pero cada vez que regresaba estaba un poco más cerca de Apryl y de las siluetas sacudidas por el viento que nunca volverían si llegaban a caer allí dentro.

El muchacho encapuchado levantó la mirada hacia Miles en el último momento, cuando el pie de éste lo alcanzó en mitad del torso. Empujado por el viento, salió despedido hacia atrás como una cometa en una corriente y fue tragado al instante por los miembros móviles y tendinosos, demasiado flacos para servir de gran cosa aparte de arañar en la oscuridad. Pero Miles había sentido la solidez de la criatura contra la suela de su zapato, la misma solidez de un niño de verdad. Y el saliente del que todos ellos colgaban lo había prácticamente succionado.

Con los sentidos cada vez más embotados y aquejado por una dificultad creciente para respirar, Miles comprendió que el hombre de la camisa blanca, con el rostro y los ojos cubiertos por una película de escarcha, era Seth. Y el demente portero de noche, con las fuerzas que aún le quedaban en aquella terrible tormenta, estaba tratando por todos los medios de arrojar a Apryl al abismo, tirando de ella por un brazo que había logrado sujetar a la altura del codo.

El cuerpo de Apryl giró sobre sí mismo hasta quedar boca abajo, y tanto su cabeza como los hombros desaparecieron tras el borde, en medio de un racimo de criaturas temblorosas y blancas de miembros ávidos. El ser de la cabeza rojiza volvía a estar casi encima de ellos.

Miles saltó impulsándose con el pie que tenía más adelantado y embistió a Seth en pleno pecho con el hombro.

Y entonces cayó, con la mitad del cuerpo sobre la plataforma invisible, la única cosa que los sustentaba en medio de aquel remolino, y la otra mitad

fuera. Miles oyó el agudo grito que profirió Seth. Y con el rabillo del ojo tuvo la certeza de ver cómo la esquelética y rojiza criatura abrazaba la forma frenética de Seth con un movimiento espantoso que le recordó al que hace un cangrejo para llevarse la comida a las fauces con las pinzas.

Y entonces su cabeza se hundió por un instante en algo que primero le pareció un montón de helechos y ramitas puntiagudas y luego una masa de carne fría. Pero entonces empujó con todas sus fuerzas hacia atrás y se apartó del borde del saliente.

Y vio el cuerpo de Apryl de cintura para abajo. El resto de ella se había perdido, como si la hubieran seccionado por la mitad, y colgaba del borde de la plataforma. Las garras de las criaturas que arañaban desde un lugar que, afortunadamente, sólo estaba iluminado parcialmente, estaban arrastrándola hacia el vacío. De rodillas, lanzó un largo grito y la agarró por los tobillos. Asió uno y luego otro con los dedos entumecidos y tiró hacia atrás, hacia la superficie sólida que seguía sin poder ver. Donde Apryl se balanceó de lado a lado, con las manos en la cara, ciega y contusionada por el terrible frío.

Con sus últimas fuerzas, gritando hasta que sus cuerdas vocales amenazaron con romperse, mantuvo agarrados los dos tobillos por las botas. Tendido de espaldas, tiró de ellos como si estuviera remando en una balsa para sacarla de allí. Hacia la puerta abierta y la luz.

Apryl se movió. En el suelo, a su lado, donde estaba hecha un ovillo contra la pared, frente a la puerta que se había cerrado violentamente cuando salieron arrastrándose, helados y balbucientes. Al otro lado, en lo que desde fuera aparentaba ser una habitación, los últimos murmullos del viento y los terribles gritos de los condenados finalmente quedaron en silencio.

Entonces Apryl volvió a moverse y emitió un gemido. Miles se arrastró hasta ella, que yacía encogida dentro de su abrigo en la penumbra.

—Apryl. Apryl. Apryl —musitó, dirigiéndose a ambos en realidad, para introducir algo real y familiar en aquel lugar siniestro—. Soy yo. Estoy aquí, cariño. —Alargó una mano hacia donde creía que debía de estar su brazo, pero ella retrocedió rápidamente hacia la pared ocultando todos los miembros

bajo el abrigo, sin dejar de ocultar la cara mientras seguía profiriendo aquellos pequeños sollozos.

—Me duele —dijo en medio del llanto.

—Apryl, soy yo, Miles. No pasa nada, cariño. Estoy aquí.

Pero ella, en lugar de responder, permaneció inmóvil junto a la pared, tiritando bajo el abrigo.

Miles miró a su alrededor en la oscuridad para asegurarse de que todas las puertas estaban cerradas. En algún lugar de su interior prendió y luego se propagó una chispa roja de rabia. Se puso de rodillas.

—La policía está de camino —dijo, respondido por el eco de su voz en el apartamento—. ¿Los oyes?

Apryl comenzó a llorar con voz débil y a columpiarse adelante y atrás, como si le doliera mucho. Al acostumbrarse a la oscuridad, Miles vio que se agarraba el cuerpo con fuerza y que tenía la cabeza gacha. Estaba realmente mal. Tenía que sacarla de allí de inmediato.

Dejó que la levantara sin oponer resistencia. Se puso en pie como si estuviese acostumbrada a que la llevaran de un lado a otro. Pero Miles no le separó los brazos del torso y ella mantuvo el cuerpo inclinado y la cabeza orientada hacia el suelo hasta que estuvieron fuera del apartamento, bajo la luz amarilla de delante de las puertas del ascensor, donde, con toda la suavidad que le fue posible, dijo:

—Enséñamelo, Apryl. Enséñame dónde te duele. —Sólo entonces le mostró ella las heridas.

Vio la carne ennegrecida de sus muñecas y por todas las manos, como si se las hubiera lastimado al tratar de quitarse algo. Sus preciosas manos blancas estaban negras con algo que emitía un brillo apagado, como el cuero endurecido o el tejido congelado. Y le faltaban algunos dedos.

Sus finos brazos temblaron cuando por fin levantó la cara y le mostró su hermoso rostro, pálido y cubierto de lágrimas en algunas zonas, y con el pelo arrancado a un lado de la cabeza.

La apretó contra su pecho y tragó saliva. Cerró los párpados con fuerza para expulsar de su mente la última visión de la criatura que los había seguido justo hasta el umbral de la puerta. Algo que se movía a cuatro patas y

había tratado de agarrar a Apryl en la misma entrada. Hasta que ella le había dado una patada. Le había clavado los tacones con todas las fuerzas que le quedaban a su mente y a su cuerpo. Lo había pisoteado como si fuese un montón de leña. Y Miles se dio cuenta de que lo que había visto esfumarse allí, mientras lo absorbía el borboteo de aquel vacío, era todo lo que quedaba de Félix Hessen. Había estado lo bastante cerca del pintor como para verlo una vez más, y quizá durante todas las noches hasta el fin de sus días, cuando tendió hacia la muchacha unos brazos tan largos y tan finos que no podían ser más que hueso.

Capítulo 43

Stephen paseaba por el abarrotado salón. Las perneras de sus pantalones rozaban los dedos inertes de los pies de Janet, que sobresalían por debajo de la manta de cuadros que le cubría el regazo.

—Y ahora no hay ni rastro de Seth. Supongo que se lo habrán llevado consigo. Increíble, ¿no? Que puedan pasar cosas como ésa... He comprobado todas las cintas esta mañana antes de borrarlas, y lo he hecho a fondo. No salió del edificio. Se le ve yendo de la recepción al ascensor en la cámara tres, con esa chica, Apryl, y luego nada. Piénsalo, querida. No ha bajado desde entonces.

»Pero tampoco está en el dieciséis. Lo he revisado de arriba abajo. Está vacío. Lo que entró por allí ha vuelto a desaparecer. Se llevó lo que quería y se ha esfumado sin dejar ni rastro. La policía busca a Seth. Pero les va a costar mucho encontrarlo. —Se echó a reír, pero no había ninguna alegría en el sonido que brotó de su interior.

Se sentó en el sofá, cuyo desgastado tejido había quedado brillante tras diez años de roce con sus nalgas.

—La chica se marchó en una ambulancia. Tenías que haber visto cómo estaba. —Tomó un trago de la botella de whisky que empuñaba su enorme mano e hizo una mueca al sentir el ardor del licor en la garganta, antes de señalar con ella a su silenciosa e inmóvil esposa, que se limitaba a observarlo con ojos inquietos—. Parece que las cosas no han salido como estaba planeado, querida. Lo supe en el momento en que su novio, o quienquiera

que sea ese tío, me despertó en plena noche. No, cariño, yo diría que un par de cosas no salieron como estaba previsto anoche.

En ese momento se disponía a preguntarle a su silenciosa esposa si podía oler aquello... aquel tufo terrible a algo quemado y podrido a la vez. Pero se detuvo al ver la pequeña figura que aparecía justo al otro lado del radio de la luz de la lámpara, en el minúsculo vestíbulo que había junto a la puerta principal.

Se quedó allí, sin amenazar con entrar del todo en el salón, cosa por la que los dos se sintieron agradecidos. Por el hedor que precedió a su aparición, su cabeza debía de estar echando humo todavía, pensó el jefe de porteros.

Stephen se levantó y tragó saliva. Janet comenzó a proferir un sonido frenético que parecía nacer detrás de su esternón. Empezó a columpiarse adelante y atrás en la silla de ruedas aparcada junto a la ventana, usando los pocos músculos de su abdomen que aún funcionaban después de los tres ataques consecutivos que habían paralizado el noventa por ciento de su sistema nervioso la noche que se introdujo en el apartamento dieciséis y se encontró con su hijo muerto por primera vez.

—Dios. —Stephen se apartó un paso de la sonriente aparición—. Dios mío.

—Ya te gustaría —dijo la cabeza ennegrecida.

Ya no había capucha alrededor de su cabeza. Parecía que se la hubieran arrancado. Al igual que una manga junto con el brazo que contenía. A la altura de la articulación brillaba algo oscuro. El resto de la trenca estaba ennegrecido y cubierto de manchas alargadas y desagradables, como si unas manos húmedas hubieran pasado las palmas a lo largo de la tela al tratar de agarrarse a ella. Pero lo peor, lo que hizo que Stephen gimiera en voz alta y dejara caer la botella de whisky, fue la cabeza de la que salía la voz.

El blanco de los ojos y de los relucientes dienteceillos de su sonrisa dolorida acentuaban aún más la alquitranada ruina de la carne por el contraste.

—Traigo noticias.

—No las queremos. Ya no. No queremos nada de ti. —Stephen tragó saliva y trató por todos los medios de apartar los ojos de la masa tambaleante

que había en el umbral—. Se acabó. Se ha terminado, ¿me oyes? He hecho lo que me pedisteis.

—De eso nada. Las cosas han cambiado.

—Para mí no. Teníamos un trato.

—Pues se ha ido a la mierda. Salvo que puedas traer otra vez a esa guarra aquí y meterla en ese cuarto con las criaturas, no vas a ir a ninguna parte. Pero no creo que quiera volver a ver ese sitio, ¿verdad?

Stephen negó con la cabeza lentamente mientras el impacto de las palabras de su hijo muerto iba haciendo efecto.

—No te pasará nada. Nadie sabe que estás en el ajo. Pero alguien tiene que mantener los símbolos de las paredes. Y debajo de los tablones. Si no eres tú, ¿quién nos va a hacer ese favor?

—No. Ya no. Tenéis a Seth. Teníamos un trato.

El cráneo ennegrecido y carbonizado sonrió.

—Será mejor olvidarse de Seth. Sólo nos quedas tú.

Stephen cayó de rodillas con las manos unidas en una súplica.

—Dile a él... Dile a esa cosa... que se acabó.

—Ve y díselo tú mismo. En la oscuridad. Donde yo acabo de estar. —El muchacho miró el lugar que antes ocupaba su brazo y luego, mientras recorría con la mirada el manchado abrigo, soltó una risilla—. No vas a ir a ninguna parte, papi. Te vas a quedar aquí a cuidar de mamá. Como una familia feliz.

Epílogo

—Dios. Dios, joder, coño —maldijo Archie mirando las paredes—. Es que no me acostumbro.

A su espalda, Quin no dijo nada. Se limitó a parpadear un par de veces como si estuviera mirando al sol.

—¿Tú qué crees que es? —preguntó Archie con las manos en las caderas, al pie de la deshecha cama de la habitación abandonada.

Quin no pudo o no quiso responder. Hacía cuatro semanas que no se pagaba el alquiler de la habitación y que nadie recordaba haber visto a Seth entrar o salir del edificio o usar la cocina. Que es precisamente lo que le había dicho a la policía cuando vino a buscarlo.

Tendría que haberse tomado más interés en Seth, pero no le gustaba espiar. Todo el que acababa viviendo en el Green Man tenía sus razones. Razones personales. Quienes pasaban por allí no solían hacerlo por decisión propia. Y Seth siempre se había portado como un buen inquilino. Pagaba a tiempo y no molestaba a nadie. Así que no le había importado que se retrasara un poco con el alquiler. Pero cuatro semanas ya era demasiado, y tampoco quería que la pasma anduviera metiendo las narices por el pub.

No había nadie en la habitación un mes antes, cuando les abrió la puerta, ni lo hubo en ningún otro momento desde entonces, cuando probó a llamar o asomó un momento por la puerta. No era la primera vez que pasaba: la gente vivía allí, a veces durante años, y luego se esfumaban sin dejar ni rastro. El trastero estaba lleno de cosas dejadas por inquilinos anteriores. En el Green

Man no se llevaba un archivo ni se hacían preguntas. Ése era precisamente su atractivo. Mientras pagaras tus setenta libras a la semana y no molestaras a nadie, era como si no tuvieras casero.

Pero ahora que lo pensaba, ¿no había dicho Seth que era pintor? Una vez, hacía mucho tiempo. Quizá sí. No se acordaba. Allí había estado pintando algo, desde luego. En las paredes. Incluso en el techo.

—¿Qué hago con esto? —preguntó Archie mientras señalaba la ropa amontonada de la esquina, las pinturas reseca, los pinceles tiesos, los dibujos esparcidos sobre las sábanas polvorientas, el cenicero lleno a rebosar de colillas y la mochila que había detrás de la nevera—, ¿Quin?

—¿Qué?

—Que qué hago con esto, digo.

Quin apartó los ojos de las tonalidades rojizas de la parte alta de la chimenea. Era como estar contemplando una autopsia.

—Meterlo en el trastero. Por si vuelve a buscarlo.

Archie asintió y luego miró la pared opuesta a la puerta.

—Ese desgraciado estaba chalado. No creo que volvamos a verlo.

Quin miró el perfil de la cara de Archie, esperando que se explicara mejor o que al menos, al volverse, intercambiaran una mirada de entendimiento mutuo. Pero entonces se dio cuenta de que en realidad no sabía lo que quería. No sabía lo que había en aquellas paredes ni lo que aparecía en su cabeza al mirarlas. Las imágenes lo hacían sentir incómodo y un poco enfermo al mismo tiempo, como si de pronto estuviera muerto de preocupación. Y sin embargo, tampoco sabía muy bien qué era lo que estaba viendo.

Archie movió la cabeza con incredulidad.

—¿Qué es eso, una cara o algo así? O un perro. Parece que tiene dientes.

Hablaba para aliviar un poco la sensación que lo había embargado al encender las luces y abrir las finas cortinas. Tendrían que haberse enfadado por lo que les había hecho a las paredes. O haberse reído por lo absurdo que era. O incluso admirarse por la habilidad que había demostrado al retratar aquello de un modo que afectaba tanto al espectador. Era algo que dejaba sin aliento, no se podía negar. Pero Quin no podía sentir gran cosa en ese momento, aparte de una profunda incomodidad para la que no tenía palabras

y un deseo de cerrar los ojos con fuerza. No quería ver más.

—Deja las sábanas donde están y pinta las paredes hoy mismo. Vas a tener que poner dos capas de pintura blanca.

—Tendré que usar un rodillo.

—Me da igual lo que tengas que usar, pero líbrate de esto. Quiero el lugar disponible el viernes. Al primo de Kenny lo ha dejado la parienta y está buscando un sitio. Que se venga.

Archie asintió sin apartar la mirada de las paredes. Quin salió del cuarto.

—Dios —dijo Archie por lo bajo, y negó con la cabeza una última vez antes de quitarse las gafas. Pintaría el cuarto sin ellas. Al menos así no tendría que mirar muy de cerca aquellas cosas que trepaban por las paredes y reptaban por el techo. Pero incluso una vez que las hubiera tapado, se preguntó si llegaría a olvidarlas algún día.

Agradecimientos

Las siguientes obras me sirvieron como inspiración para el diseño interior de *Apartamento 16* y de la vida de Félix Hessen: *Wyndham Lewis* de Richard Humphries; *The Bone beneath the Pulp: Drawings by Wyndham Lewis* editado por Jacky Klein; *Francis Bacon and the Loss of Self* Ernst van Alphen; *Francis Bacon: Taking Reality by Surprise* de Christophe Domino; *Interviews with Francis Bacon* de David Sylvester; *Grosz* de Ivo Kranzfelder; *Diana Mosley* de Anne de Courcy; *The Occult Roots of Nazism*, de Nicholas Goodrick-Clarke.

Quisiera enviar un agradecimiento especial a Julie Crisp por su fe, por su cuidadosa lectura del manuscrito y por sus notas, y a mi agente John Jarrold por conseguirme la oportunidad de subir un peldaño. También quisiera expresar mi gratitud y afecto hacia Ramsey Campbell y Peter Crowther, de PS Publishing, por franquearme las puertas del mundo editorial.

En cuanto a mis lectores, Anne Parry, James Marriott y Clive Nevill, una vez más he contraído una deuda al explotar vuestro precioso tiempo y vuestras dotes como críticos. Gracias.

Y por último, un agradecimiento muy especial para los majestuosos y antiguos edificios de apartamentos de Knightsbridge, Mavfair y Marylebone, gracias a los cuales financié mis «cursos de escritura a la vieja usanza» entre 2000 y 2004. Creí que nunca escaparía de allí.